El fin de los días grises

Gema Martín

El fin de los días grises

Gema Martín

Copyright © 2022 Gema Martín

©Todos los derechos reservados
©El fin de los días grises
©Gema Martín
gemamartin.info@gmail.com

Diseño de portada: Gema Martín-Romo Buj
Imagen editada de www.freepik.com
Edición: Gema Martín-Romo Buj

Primera edición: Diciembre 2022
Impreso por CreateSpace Independent Publishing Platform
Edición especial para Amazon

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mis fuentes de inspiración,
gracias por formar parte de mi día a día.

ÍNDICE

1. LA ENTREVISTA
2. AMIGA DEL ALMA
3. EL COMIENZO
4. TREMENDO ERROR
5. ¿POR QUÉ ME ODIAS TANTO?
6. DETALLES
7. DE HORMIGAS Y JUEGOS
8. ECHANDO UNA MANO
9. HOSTIA A MANO ABIERTA versión oral
10. EL CHAPARRÓN
11. CANTANDO EN LA DUCHA
12. QUEDADA DE CHICAS
13. PEQUEÑO MUNDO SUSPENDIDO
14. LA VISITA
15. LA CONVERSACIÓN PRIVADA
16. Y... ¡ACCIÓN!
17. CONOCIÉNDONOS
18. TODOS TENEMOS ALGUNA TARA
19. UN DÍA PERFECTO
20. VELADA INESPERADA
21. ENCUENTROS Y algún desencuentro
22. ESPECIE DE LUNA DE MIEL
23. PREPARATIVOS Y VISITA
24. LA CELEBRACIÓN
25. ASUSTADA PERO ESPERANZADA
26. OTRA VEZ NO, POR FAVOR
27. TIEMPO DE DUELO

28. NOTA DE COLOR
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

El fin de los días grises

1. LA ENTREVISTA

Por mucho que me miro en el espejo, todavía no me convence lo que veo pero el reloj me dice: “Ya te vale, Laurita: o sales ya o llegarás tarde y adiós a la posibilidad de conseguir el empleo.”
Escondo la blusa blanca de diminutos lunares en la cinturilla de la falda gris de talle alto que me cubre hasta las rodillas y me da la sensación de que voy demasiado peripuesta, sobre todo para el trabajo que voy a desempeñar.

El moño alto que me he hecho hace un rato tiembla como si la multitud de dudas que me asaltan se pelearan ahí dentro por salir. Lo deshago para liberarlas y dejo caer mi larga melena castaña, ondulada sutilmente gracias al recogido. Suspiro frente a mi imagen pero las dudas no desaparecen, siguen enmarañadas dentro de mi cabeza alimentando a la que más me confunde: ¿Un trabajo como este es lo que quiero?

Desde luego que no, pero en este momento de mi vida da igual lo que yo quiera; lo necesito y punto.

Me pongo unos calcetines de lana calentitos y me calzo mis deportivas favoritas —unas de correr naranja fosforito y gris reflectante que me regaló mi madre con la esperanza de que retomara mi gran afición. Meto los zapatos de tacón en una bolsa y salgo de mi cuarto.

Hugo está jugando en la cuna de viaje que hace a la vez de parque y que hemos colocado en medio del salón para que esté más cómodo —y también más controlado porque todo su afán es meter sus deditos regordetes donde pueda pellizcarse o llevarse algún calambre.

No puedo resistirme a abrazar ese cuerpo tan blandito y calentito que huele a colonia de bebé y que me reclama con las manos arriba abriendo y cerrándolas con ansia. Me regala un beso húmedo en la mejilla acompañado con un “muaa”. Enseguida sale mi madre de la cocina secándose las manos con el delantal y me lo quita de los

brazos.

—Anda, no te entretengas, cariño. Que más vale esperar a que te esperen.

Hugo hace un puchero y dirige sus brazos hacia mí. Se me encoge el pecho solo de pensar en separarme de mi hijo. Mi madre da saltitos con él y gira sobre ella misma para distraerlo.

A sus setenta y tres está estupenda y tremendamente ágil y como lleva el pelo teñido con un corte más moderno que el mío, parece mucho más joven de lo que es.

—¿Sabes lo que vamos a hacer tú y yo mientras esperamos a que vuelva mamá? —consigue captar su atención— ¡Una tarta!

—Síí —aplaude mi niño contento— ate.

—Eso, de chocolate, con muuuucho chocolaaaate— canturrea mi madre.

—Me encanta el chocolate —me relamo y le doy en beso en el moflete y otro con achuchón a mi madre— entonces será mejor que me de prisa, a ver si os la vais a comer toda y no me dejáis ni las migas.

Hugo se ríe y da palmas y yo aprovecho para ponerme el plumas, coger el bolso y abrir la puerta para desaparecer.

—¡Hija: los zapatos! —alza la voz mi madre para detenerme antes de que salga del portal. Al reconocer la bolsa que zarandea en la mano, me llevo las manos a la cabeza y sonrío abochornada.

◆◆◆

El aire gélido de la calle me devuelve al presente. Los árboles están desnudos, el sol luce su habitual tono apagado de invierno y en algunas zonas sombrías hay finas placas de hielo en el suelo, que lo hacen peligroso porque no se ven. Sale vaho por mi boca incluso dentro del coche. Pongo la calefacción a tope para entrar en calor y salgo de Alcalá de Henares repasando mentalmente el mapa que he visto en el ordenador de casa. Tengo más o menos localizada la zona donde se encuentra el lugar de la entrevista: un chalé en una zona residencial en Boadilla del Monte. Mi plan de datos es una porquería y estoy casi en reserva, no creo que me alcancen para llevar el navegador encendido todo el camino, así que me lo reservo por si me hiciera falta cuando llegue a la urbanización, que parece un poco caótica. De hecho, el agente de empleo me garabateó un mapa en una cuartilla, que a juzgar por los trazos del dibujo, parecía alumno de la escuela de “con un seis y un cuatro hago la cara de tu retrato”.

Da gusto circular a estas horas por la autopista porque el tráfico es fluido y no hay demasiados coches ni camiones que me rebasen a gran

velocidad. Pongo la radio para relajarme un poco pero mi mente es caprichosa y me lleva a la tarde de ayer en la oficina de empleo con mi asesor.

Recuerdo cómo me eché a llorar de impotencia en su cara cuando llevaba un rato conmigo y no encontraba ningún trabajo que se ajustara a mi perfil. Tantos meses sin encontrar trabajo y debiéndole dinero a mi mejor amiga. Eso debió de ablandar un poco el corazón de aquel pobre hombre. Un señor alto y desgarbado con nariz aguileña y gafas minúsculas de montura metálica. El hombre miraba y remiraba la pantalla de su ordenador y no paraba de rascarse la coronilla brillante y pecosa con una mano, mientras con la otra daba golpecitos sobre el ratón o giraba la ruedita del centro para hacer más rápida su búsqueda.

—Bueno, esta podría encajar —rompió al fin su incómodo silencio— pero es de interna; ya sabe: para limpiar, cocinar y cuidar de un niño. Tiene experiencia limpiando casas, ¿verdad?

—Sí, claro y también cocino —contesté impaciente.

—Y ¿cuidando niños?

—Bueno, soy madre de uno —me sentí más esperanzada.

—¿Qué edad tiene su hijo? —preguntó asomándose por un lado de la pantalla.

—Veinte... —El hombre me miró con satisfacción pero enseguida frunció el ceño y torció la boca cuando le especifiqué que eran meses. Volvió a rascarse la calva y a punto estuve de rascarme yo también.

—Verá, además de las labores del hogar, tendría que cuidar de un niño de ocho años, ¿se ve usted capaz?

Estaba empezando a desesperarme pero conseguí serenarme antes de que aquel hombrecillo, que me ponía histérica cada vez que se rascaba de aquel modo, lo notara.

—Por supuesto, no sé si se habrá fijado en mi currículum pero tengo el Grado de Magisterio y casi acabé el Máster de Educación Especial... Podría cuidar de él y ayudarle con las tareas del colegio.

El hombre carraspeó otra vez pero, aunque mi explicación le había gustado, había algo que no terminaba de encajarle.

—Sí, lo he visto pero no veo por ningún sitio que haya trabajado como maestra en ninguna escuela o academia. Veo varios años parada desde que acabó sus estudios y lo más reciente es la limpieza de hogares desde hace algo más de un año —pareció pensárselo mejor y alzó la mano antes de que yo abriera la boca —No es necesario que me de explicaciones, llamaré ahora mismo al señor Evans para ver cuándo puede atenderla.

◆◆◆

Tal y como me lo había imaginado, tengo que echar mano del viejo móvil para ubicarme. Es una urbanización antigua, de esas en las que apenas hay aceras, o si las hay, son estrechas y están invadidas por grandes y anchos troncos de pinos altísimos. Me desvío de la avenida principal y me meto por otra más estrecha y después, por la calle en cuestión, que termina en un fondo de saco, donde se encuentra la casa.

Me detengo frente a un portón de hierro custodiado a ambos lados por un grueso y largo muro de piedra acabado por una valla del mismo estilo de la puerta.

Lanzo una maldición ahogada al ver que ya pasan cinco minutos de la hora a la que había sido citada.

—Sí, dígame —responde la voz metálica de una mujer a los pocos segundos de apretar el botón del telefonillo.

Me aclaro la garganta antes de responder.

—Soy Laura Morán, tengo una entrevista con el señor Evans...

Me interrumpe un zumbido mecánico por respuesta. Empujo con la mano y se abre una pequeña parte del pesado portón. El suelo de hormigón impreso color gris oscuro se extiende por buena parte de la entrada. A la izquierda hay una gran cochera de madera y aluminio para dar cobijo a tres o cuatro coches. Solo la ocupa un coche negro de gran volumen tan reluciente que parece recién sacado de un concesionario. Continúo caminando hacia la puerta sin dejar de mirar embobada al edificio rectangular color blanco con grandes ventanas distribuidas alrededor de toda la fachada.

—Guau —se me escapa en voz alta, sin darme cuenta de que tengo la boca abierta admirando el contraste del edificio de líneas rectas con el verdor del jardín y de la variedad de colores de las plantas que lo adornan. A ambos lados de la casa continúa la alfombra de césped perfectamente cortado, como el de los campos de golf que había visto con Pablo en Escocia, cuando los dos éramos unos recién licenciados.

Se me hace un nudo en el estómago y por unos momentos me siento sobrepasada y tentada de salir corriendo de este lugar.

—Señorita —me interrumpe una voz chillona de manera muy tosca—, llega usted tarde, no se entretenga viendo las flores. El señor es un hombre muy ocupado.

Me mira con cierto aire de reproche por encima del hombro y me pide que la acompañe. Tiene el pelo canoso, recogido en una coleta tan tirante que no le he visto ni una sola arruga en la cara. Anda con

agilidad pero algo patihueca y tiene las piernas muy delgadas en comparación al tronco, que es mucho más corpulento. Me recuerda un poco a mi madre, debe de andar por la misma edad.

Me pide sin ocultar su malestar que le entregue mi abrigo para que esté más cómoda. Lo guarda en el armario que hay en la entrada y cierra la puerta con fuerza. Después me indica que la siga y yo solo puedo tragar saliva y lo hago tan fuerte que por un momento creo que me ha oído porque se ha girado y me ha dedicado una mirada bastante desagradable.

Pues sí que empezamos bien, si me mira así la asistenta...

No sé por qué me hace sentir tan culpable esta señora y no puedo quedarme callada.

—Lo siento muchísimo, de verdad, no encontraba la calle... —Se gira, entrelaza las manos sobre la estola y me mira con incredulidad e indiferencia.

—Será mejor que se lo cuente usted misma —responde alzando las cejas y dándome la espalda de nuevo.

El recibidor es muy grande y abierto. A un lado suben unas escaleras modernas de peldaños suspendidos. Detrás de ellas, hay un gran salón del que solo puedo ver una parte con sofás blancos y unas puertas de cristal que dan al jardín trasero. Arriba se ve parte de un distribuidor con un gran tragaluz que ilumina toda esa zona. Del techo cuelgan unas arañas con cristales muy brillantes que me recuerdan a las piedras de Swaroski pero en versión gigante. Me gusta el contraste de estilos moderno y clásico. Los cuadros que adornan las paredes son de arte abstracto. No he sido nunca muy fan de ese tipo de pintura pero he de reconocer que me gusta cómo está decorada la casa.

Atravesamos en silencio el gran recibidor pisando el impecable y brillante suelo de mármol y me quedo fascinada por la amplitud y la luminosidad de este lugar.

Da unos golpecitos en una puerta y la abre despacio. Se asoma con cautela al interior.

—Señor Evans, la señorita Morán ha llegado —su voz es más suave cuando se dirige hacia su jefe.

¡Nos ha jodío!

Lo que no entiendo es por qué es tan seca conmigo; que yo sepa, no le he dado motivos para que me trate así.

—Gracias, Amalia. Hágala pasar, por favor —responde una voz grave y profunda en un español perfecto adornado con un ligero acento británico.

Amalia me invita a entrar y le doy las gracias acompañada de una sonrisa, lo más cálida posible, antes de que se retire. Ella agacha la cabeza aceptando el agradecimiento con los labios torcidos sin esforzarse por ocultar su desconfianza. Levanta las cejas sorprendida al mirar hacia abajo y después me dedica una mirada que no soy capaz de descifrar. Me giro buscando la voz vibrante y melódica del señor Evans que está hablando por teléfono y a mi espalda suena con suavidad la puerta al cerrarse.

Él se pasea ahora de un lado a otro del inmenso despacho en silencio y mirando al suelo, con una mano en la cintura y la otra masajeándose la frente. Sin apenas mirarme, me hace un gesto con la mano para que espere. Y yo, como una idiota, asiento aun sabiendo que no me ha visto.

Hago un recorrido visual por el despacho y alucino con lo grande que es. Hay dos ventanales separados por una frondosa planta que llega casi hasta el techo. Al lado hay una zona como más de relax, con un conjunto de sofá y dos sillones estilo Chester en color marrón desgastado. En el centro, una mesa de madera tan oscura a juego con el escritorio que tengo delante, que parece estar custodiado por una gran librería que ocupa toda esa pared y que está llena de libros —pero no como las típicas bibliotecas con libros de lectura: esta tiene libros de lomo muy gordo y tapa dura, algunos premios con distintas figuras y sus respectivos pedestales donde hay una placa dorada o plateada, según la figura. Al otro lado, a mi izquierda, hay una enorme mesa inclinada con unos planos apoyados sobre ella, donde incide la luz natural que proviene del amplio tragaluz del techo.

Doy un respingo al escuchar su voz, esta vez autoritaria y vibrante cuando se dirige a su interlocutor. Y me quedo algo embobada observándole con disimulo mientras mira por la ventana. Él lleva unos pantalones de pinzas color gris marengo que se ajustan a sus caderas y una camisa blanca que contrasta con el color oscuro de su cabello ondulado, corto por detrás y algo más largo por arriba.

Parece que nos hemos puesto de acuerdo, le faltan los lunares.

—Me da igual —rebate arrastrando las palabras y se frota la nuca con la palma de la mano—, creo que hay pocos tan generosos como yo, lo mínimo es que hagáis bien vuestro trabajo, joder.

Me gustaba más la voz del principio, esta me acojona un poco.

Se hace el silencio, escucha lo que la otra persona le dice pero está claro que está perdiendo la paciencia a juzgar por cómo cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro o cómo echa la cabeza hacia atrás a la vez que emite un sonoro suspiro. Se dirige hacia el otro ventanal y apoya una mano sobre el marco de la ventana.

—Bueno, vale —corta la conversación— ya hablaremos en otro momento, tengo ahora una reunión importante y ya voy con retraso.

Cuelga el teléfono desde el pinganillo que lleva acoplado en la oreja y se queda unos segundos mirando por la ventana —esta vez tiene la mano apoyada en el mismo sitio pero la cierra con tanta fuerza que se le marcan los nudillos.

Yo lo observo con una mezcla de curiosidad y de miedo. Por la postura de su cuerpo parece abatido pero también tenso y muy pero que muy enfadado.

Quien quiera que lo haya cabreado así, me ha dejado un ambiente cojonudo para hacer la entrevista en esta casa en la que todos parecen estar enfadados.

Aprieto el bolso contra mi pecho como si así consiguiera apaciguar a mi histérico corazón que no late, más bien da brincos en mi interior.

—Tome asiento, por favor —dice sin apartarse de la ventana. No hace falta ser muy observadora para darme cuenta de que está haciendo un auténtico esfuerzo para controlar su enfado. Pues ala, que se tome el tiempo que haga falta. Yo, mientras tanto, muy obediente, me siento en una de las dos sillas que hay frente al gran escritorio de madera marrón casi negro, parecido a uno de esos tan chulos de Ikea pero de madera más robusta, algo más grande y seguramente, más caro.

—Disculpe por haberla hecho esperar —Ha vuelto la voz melódica más relajada y pausada.

Se gira y contiene el aliento por unos instantes cuando me ve sentada al pie de su escritorio.

Juraría que me ha dicho que tomara asiento, parece que le ha sorprendido verme sentada. Como no puedo con esa mirada tan escrutadora que me está dedicando, le confieso mi falta:

—Discúlpeme a mí por llegar un poco tarde —le digo orgullosa de que mi voz no se haya visto traicionada por ningún gallo.

Soy incapaz de mantenerle la mirada por mucho más tiempo, no puedo con esos ojos de color azul tan claro y tan penetrantes.

—Me he equivocado de calle y —mi voz se ha vuelto casi imperceptible— y me ha costado un poco encontrar la casa.

Me observa con el semblante serio, no hay duda de que sigue furioso, tensa la mandíbula; hasta me ha parecido escuchar el crujido de alguna muela. Empiezo a arrepentirme de haberle comentado lo de mi retraso porque al parecer, no se había dado cuenta y creo que he empeorado el humor de mi entrevistador.

—No perdamos más tiempo entonces —dice ignorándome mientras

ojea un folio que ha cogido de su mesa— veo que ha trabajado como camarera y asistenta. Estudió —hace una pausa, me examina extrañado y sigue leyendo en voz alta—... Magisterio de Lengua Extranjera y después —alza la mirada con curiosidad pero con el semblante serio e impenetrable—... un Máster en Educación Especial que no llegó a terminar.

Yo solo asiento según va recitando mi currículum, nerviosa, avergonzada y colorada como un tomate porque este hombre tan serio me intimida mucho.

Parece algo mayor que yo, posiblemente pase de los cuarenta. Su pelo negro empieza a cubrirse con alguna cana a la altura de las sienes y su barba poco poblada, pero bien cuidada, está empezando a cubrirse de pelo blanco por algunas zonas.

Toma asiento al otro lado del imponente escritorio y se acomoda en su sillón de piel —gesto que mi cuello agradece.

—En el currículum no veo que tenga experiencia como maestra y no llegó a terminar el máster, ¿por qué?

Esa mirada tan intimidatoria me hace sentir pequeña a su lado. Es obvio que él se ha centrado en su carrera y que le ha ido muy bien a juzgar por la casa y el coche que tiene y también por su impecable presencia con ropa cara. A mí se me hace muy difícil explicar en tan poco tiempo lo complicada que ha sido mi vida en los últimos años.

—Bueno, cuando me fui a vivir con mi pareja, me adapté para que pudiera desarrollar su carrera profesional y como viajábamos mucho —carraspeo y vuelvo a respirar— quiero decir, que no teníamos una residencia fija y a mí me resultaba prácticamente imposible comprometerme con ningún trabajo. No aparece en el currículum pero sí tengo experiencia dando clases particulares de español cuando estuve en Escocia y de inglés y de español cuando estuve en Italia. Después tuvimos la oportunidad de regresar a España y me matriculé en el máster.

Me remuevo en el asiento incómoda y cortada ante la expresión con la que me observa, con una mezcla de frialdad y de escepticismo que no sé hasta qué punto le interesa lo que le estoy contando.

—Continúe, por favor —me pide mientras hace anotaciones en una libreta.

Se me hace otro nudo en el estómago.

—Pues... sin buscarlo, me quedé embarazada y mi pareja... —aún me cuesta quitarme la costumbre de llamarlo así— bueno, él y yo nos separamos y tuve que dejar el máster. Desde entonces he trabajado limpiando casas...

Agacho la cabeza. Me pone tan nerviosa este hombre que me refugio observando cómo mis dedos torpes juguetean con el asa del bolso.

—Ya veo, dejaste de ser una mantenida —susurra y sigue anotando en la libreta. Hace una pausa y me mira con desdén— y la pensión que le pasa su ex pareja no es suficiente para cubrir sus gastos, ¿me equivoco?

Jo-der. ¿A qué coño viene esto? ¡Será cabrón! Me dan ganas de soltarle un bofetón y largarme de aquí pero necesito el trabajo y no puedo mandarle a la mierda.

—Verá, señor Evans, he venido aquí a hacer una entrevista de trabajo —deja de anotar y levanta la cabeza para examinarme de nuevo—, no para hablar de mis intimidades como si esto fuera una cita; de todos modos, si se queda usted más tranquilo, responderé a su grosera pregunta: No es suficiente porque no me pasa ninguna pensión. Desde que se marchó hace algo más de dos años no he sabido nada de él, ni quiero, porque no necesito a nadie que me mantenga. Por eso busco trabajo, porque quiero sacar adelante a mi hijo y no depender de nadie.

Acabo mi discurso con dignidad, con las mejillas encendidas, apretando los labios y respirando con fuerza por la nariz. El señor Evans vuelve a bajar la mirada hacia su cuaderno y escribe más anotaciones. Esta vez, el que ha recibido la bofetada ha sido él porque se ha sonrojado.

—Muy bien, Laura —deja el bolígrafo sobre el escritorio y me mira con esos ojos grandes e hipnóticos de forma tan penetrante que me pongo nerviosa y siento la necesidad de mordisquearme las uñas.

—¿Y está segura de que podría trabajar en mi casa como interna de lunes a sábado? Lo digo por su hijo —revisa el documento y arquea una ceja sorprendido— Es... es muy pequeño, tiene solo dos años. Me imagino que tendrá a alguien que pueda cuidar de él mientras usted esté trabajando.

Pues claro que sí, gilipollas, o ¿piensas que lo voy a traer conmigo a trabajar?

—Sí puedo trabajar —respondo con seguridad y templanza—, tengo a alguien que cuidará de él.

—Pero es demasiado pequeño...

—Lo sé y no se quedará desatendido. Tengo la tranquilidad de que mi madre cuidará muy bien de él en mi ausencia.

Ahora el que parece estar nervioso es él. Inspira sonoramente, entrelaza sus manos sobre la mesa y continúa con el mismo tono serio y retador.

—Por último, me gustaría saber cuáles son sus planes de futuro; quiero decir, ¿querrá dedicarse a esto toda la vida o tratará de encauzar su carrera profesional?

—Señor Evans, en estos momentos mi única prioridad es sacar adelante a mi familia pero no descarto retomar el máster en un futuro, cuando me sea posible. Estese tranquilo, no me gusta dejar las cosas a medias ni abandonar a quien necesita mi ayuda, como sería el caso de su hijo.

Aunque me están dando ganas de mandarte a la mierda por grosero y prepotente…

Termina de anotar algo más en la libreta y se me queda mirando, sumido en sus pensamientos. Me incomoda mucho que me mire de esa forma tan hermética. De él depende ahora mismo que pueda llegar a fin de mes.

Me doy cuenta de que tengo las manos heladas y las froto discretamente sobre la falda buscando una forma de calmarme y de entrar en calor al mismo tiempo.

—Muy bien. Acompáñeme, por favor.

Se levanta y rodea el escritorio con paso elegante para ponerse por delante de mí. Yo me levanto de un salto, me cuelgo el bolso sobre el hombro y estiro mi falda.

¡Jodeeeeer, mecagüentoloquesemenea! Que no me he quitado las zapatillas ni los calcetines gordos de montañera.

¡Dios! ¿Por qué me odias?

Menos mal que este hombre va tan tieso que dudo que pueda doblar el cuello para mirar hacia abajo.

Le sonrió tratando de disimular semejante bochorno. Al tenerlo tan cerca me doy cuenta de lo alto que es y de lo fuerte que parece bajo esa camisa blanca que le sienta tan bien. Me recuerda al Capitán Sable con el que tantas veces soñé en mi adolescencia cuando leí La amante cautiva de Shirlee Busbee. Sacudo mentalmente esa absurda idea de mi cabeza y doy un paso hacia él para seguirlo.

Cuando estoy nerviosa me pueden ocurrir dos cosas: una, volverme parlanchina y chistosa, la otra, ser patosa. ¿Y qué es lo que me podía ocurrir en esta situación? Pues sí, efectivamente, le acabo de dar un pisotón que no sé dónde meterme. Me disculpo con un hilo de voz y él se aparta, me hace un gesto con la mano quitando importancia y se gira escondiendo una sonrisa antes de salir del despacho.

Le sigo con las mejillas coloradas y sin decir palabra, aunque resoplando en silencio. Gracias a Dios, las zapatillas no chirrían al pisar el reluciente suelo de mármol.

En ese momento me viene a la mente la serie que veía en mis tiempos de adolescente: El Príncipe de Bel Air e inevitablemente me viene la imagen de Jazz, el amigo de Will, lanzado por el aire cada vez que lo echaban de la mansión de los Banks. Meneo la cabeza para quitarme esa imagen y se me escapa una risita que me cuesta parar. El señor Evans se detiene y se gira sorprendido.

—¿Se puede saber qué le parece tan gracioso?

—Discúlpeme, es que me parece que hemos empezado la entrevista con mal pie —Me miro las zapatillas—. Siento el pisotón y no haberme quitado los calcetines y las zapatillas, le juro que tengo unos zapatos más apropiados en el coche. Pero entre las prisas y los nervios... En fin, que le agradezco el tiempo que me ha dedicado.

Extiendo la mano para despedirme con la poca dignidad que aún me queda y él me corresponde el gesto con un apretón firme y decidido. Al sentir el calor de su mano envolviendo la mía, me recorre un hormigueo por la mano, como un calambre, que me pilla por sorpresa. Él contiene el aliento de nuevo y me mira con curiosidad. Sin soltarme la mano y sin dejar de mirarme alza un poco la voz para llamar a Amalia.

Ya está, la despedida. Ahora es cuando viene el "ya te llamaremos" y la patada en el trasero.

—Tendrá que disculparme por no acompañarla yo mismo pero el deber me llama.

¿Qué fuerte, entonces la de la patada en el trasero va a ser la tal Amalia?

Ya no parece tan enfadado ni tan serio pero sí se le nota preocupado.

Amalia se acerca silenciosa a mi lado.

—Entro en una reunión online ahora mismo. Amalia la acompañará en mi lugar y si pasa la prueba definitiva, volveremos a vernos en mi despacho en —mira el reloj—... unos treinta minutos.

¿La tal Amalia también me va a entrevistar? ¿Tanto peso tiene lo que tenga que decir esta mujer?

Observo a Amalia por el rabillo del ojo. Ya no parece tan tensa como al principio pero está claro que sigue desconfiando de mí.

—Sígueme, por favor.

Vaya ahora me tutea, no sé si será bueno o malo.

La pillo un par de veces observando con disimulo mis zapatillas, y no me queda otra que encoger los hombros y regalarle una sonrisa tímida.

Subimos por las escaleras flotantes de madera y Amalia me explica que allí se encuentran los dormitorios, una sala de juegos y el

gimnasio del señor. Desde allí se puede apreciar la lujosa lámpara suspendida del alto techo y yo me pregunto cómo harán para mantenerla tan brillante e impecable, sin una mota de polvo.

—El hijo del señor se llama Liam, tiene ocho años y... y es un muchacho muy especial —Su voz interrumpe mi admiración por la belleza de todo lo que me rodea. Se gira para mirarme directamente a los ojos— El trabajo de la casa no me preocupa, sé que te desenvolverás perfectamente pero adoro a este niño y si veo la mínima duda cuando estés con él, le diré al señor que busque a otra, como he hecho con las otras.

Trago saliva y me estremezco al ver lo protectora que es esta mujer con el muchacho. Ahora empiezo a encontrar sentido a su comportamiento distante y desconfiado desde que he llegado a la casa.

—No los defraudaré ni a usted ni al señor y mucho menos Liam.

—Bueno, eso... ya lo veremos. Liam necesita a alguien que lo cuide, que lo entienda y que le ayude con las tareas del colegio. Créeme, no es una tarea tan fácil. Las anteriores que vinieron a cuidar de él no aguantaron más de dos semanas aquí. Se me parte el alma tener que empezar de cero cada vez que contrata el señor a alguien nuevo y se larga porque no tiene paciencia con el chiquillo.

—Entonces —bajo la voz y la alejo con suavidad de la puerta— antes de entrar, háble me de él y qué es lo que le ocurre exactamente. Créame, no soy de las que tira la toalla tan fácilmente.

Me mantiene la mirada, esta vez más esperanzada.

—El tutor ha hablado con el señor y le ha dicho que si el niño sigue igual, tendrá que repetir curso, pero él está empeñado en que con refuerzo en el estudio se solucionará todo...

—Pero usted cree que con eso no bastará, ¿verdad?

Amalia mira a ambos lados para asegurarse de que nadie las escucha y me susurra:

—Es que el pobre niño ha sufrido mucho en este último año y medio: Primero, el cambio de colegio y luego, la muerte repentina de su madre, hace unos meses.

—Vaya, no sabía que la señora Evans había fallecido.

La mujer se derrumba, se seca las lágrimas con un pañuelo que ha sacado de su estola azul marino.

—Sí, hija, sí. Fue una tragedia —hace una breve pausa para respirar y continúa— desde entonces ni el padre ni el hijo han vuelto a ser los mismos.

—¿Y en qué ha cambiado Liam exactamente?

—Pues... ha dejado de hablar; lo hace muy pocas veces, hay que insistirle mucho para que nos conteste pero lo peor es en el colegio —se enjuga las lágrimas— como no habla con nadie, ni profesores ni alumnos, pues no pueden evaluarlo.

—Vaya, debe de ser frustrante para todos, pero especialmente para Liam —respondo susurrando. Me lo imagino sufriendo en silencio la incomprensión de los adultos y de otros compañeros y siento una profunda lástima por él, sin conocerlo todavía.

Amalia se limpia de nuevo las lágrimas y me agarra del brazo, esta vez con más fuerza, le cuesta ocultar la desesperación.

—Por favor, Laura, sé paciente con él.

Poso la mano sobre la de la mujer, que ya me va cayendo mejor, para calmarla.

—Gracias, Amalia, lo tendré en cuenta.

—Suerte —me devuelve una sonrisa contenida.

El cuarto de juegos es un lugar aún más luminoso que el despacho del señor Evans. Toda la pared de enfrente está formada por un amplio ventanal con las cortinas recogidas con enormes alzapaños de hierro forjado. Al otro lado del cristal, se pueden apreciar las copas achampiñadas de enormes pinos que de no ser porque hay casas salpicadas alrededor, parecería que viven en pleno bosque. Bajo la gran ventana está Liam, un niño de piel pálida y pelo castaño más claro que el de su padre y más liso. Está sentado sobre sus talones, jugando con un montón de coches de distintos tamaños y colores. Los sube por una rampa y después los deja caer sobre los que quedan debajo y produce un ruido metálico.

—Liam, cariño. Ha venido Laura, ¿recuerdas que te hablé de ella ayer? —dice Amalia con un tono de voz suave y cercano.

Lo observo con curiosidad mientras permanece atento a su juego. Amalia se calla y al no encontrar ningún gesto de respuesta, me mira incómoda, incluso avergonzada.

Yo disimulo admirando la habitación tan espaciosa pero sin perderlo de vista del todo. Liam coge uno de los coches, el más grande, y lo hace rodar a gran velocidad hacia mis pies. Está claro que no quiere saber nada de cuidadoras nuevas. Amalia, inquieta y con la mente en otro lado, da un paso hacia mí. Al ver que el coche va a chocar contra los zapatos de Amalia, la agarro del brazo gritando:

—¡Cuidado, Amalia, un coche viene a gran velocidad hacia ti! ¡Tranquila, yo te salvaré!

La mujer, sin salir de su asombro, se deja llevar por mí y se aparta a tiempo de un salto. El coche golpea levemente el marco de la puerta.

Liam se echa una gran carcajada con aquella escena. Seguro que jamás pensó que Amalia pudiera saltar tan alto, siempre tan correcta, tan regordeta y tan mayor para él.

—¿Con que esas tenemos? —le digo desafiándolo con picardía, me remango un poco la falda y me arrodillo en el suelo de madera. Cojo el coche— Te vas a enterar. ¡Esto es la guerra! ¡Huye Amalia, huye!, ¡yo acabaré con el malvado gigante lanza-coches!

Y lo hago rodar en dirección al niño sabiendo que va algo desviado. Amalia se escurre por la puerta, tratando de contener una sonrisa y algo más aliviada, nos deja solos.

—¡Carambolas! —Liam se ríe al escuchar mi expresión— qué mala puntería tengo. ¿Cómo lo haces? ¿Me enseñas a tirar mejor?

El niño me observa receloso con unos ojos azules enormes y expresivos. Deja de sonreír y baja la mirada al suelo mientras choca un coche contra otro.

Vaya quizás he ido demasiado rápido. No me levanto del suelo y avanzo a gatas, acto que llama la atención de Liam, que me mira de soslayo, fingiendo que juega con sus coches.

Ya a su lado, intento sentarme en el suelo pero la falda que llevo no me deja hacerlo de manera cómoda.

—Creo que el próximo día me traeré ropa más cómoda; bueno, solo si tú quieres que vuelva, claro —cambio de tema sin esperar respuesta, como el que no quiere la cosa. Le hablo un poco más despacio, vocalizando muy bien y acompañándome de gestos por si Liam no controla demasiado bien castellano.

—¡Madre mía, cuántos coches tienes! Yo soy más de muñecas, por eso tengo tan mala puntería.

Cojo un coche pequeño y lo lanzo pretendiendo dar a otro coche pero pasa cerca sin golpearlo.

—¿Lo ves? No doy ni una —me río y retomo la conversación—. El caso es que mis muñecas corren mucho también pero no tanto, siempre se tropiezan cuando llevan tacones —me acerco al él poniendo la mano en un lado de la boca a modo de confesión— por eso prefiero llevar zapatillas, son más cómodas porque a mí sí que me gusta correr.

Muevo los pies para que él se fije en ellas. Liam sigue sin mover la cabeza pero puedo ver por el rabillo del ojo que repara en ellas y esconde una sonrisa. El niño vuelve a concentrarse en los coches con los que está jugando y veo cómo la oportunidad de conseguir el trabajo se me esfuma delante de mis narices.

Mientras me llega la inspiración le hablo en inglés.

—¿Te gustan las muñecas? —pregunto casi sin pensar, a la desesperada, un poco más bajito de lo no normal. Liam me mira alzando las cejas y niega con la cabeza. Está claro que entiende los dos idiomas y que oye bien.

—Umm, deja que adivine qué es lo que más te gusta —continúo en español y miro hacia arriba como si hiciera un gran esfuerzo de concentración—... ya lo tengo, a ti lo que te gusta son... los muñecos de superhéroes.

Vuelve a mirarme, esta vez arruga un lado de la nariz y niega con la cabeza.

—Qué raro, no suelo fallar. Espera que me concentre mejor —Vuelvo a hacer el mismo gesto, esta vez entrecerrando los ojos y acariciándome las sienes. Liam me observa con curiosidad.

—Sí, sí, creo que ya lo tengo... algo relacionado con las carreras y con la velocidad... ¡Ya sé! —Abro los ojos y lo sorprendo observándome con la boca abierta. Lo tengo en el bote. Elevo los brazos para darle mayor dramatismo al papelón que estoy interpretando y como si hubiera tenido una revelación le suelto— Los caballos, esos corren un montón.

Liam vuelve a reírse y niega con energía con la cabeza.

—Ah, que no son los caballos. ¿Pero cómo es posible? Te juro que soy muy buena en esto.

El niño agarra uno de los coches y me lo enseña, girándolo en el aire.

—Ya, ya, eso es un coche, ya lo sé, pero espera, no me distraigas que casi lo tengo, mira —Le enseño la lengua—lo tengo aquí, en la punta... ¿Qué podrá ser? Algo se me escapa.

Liam levanta el coche de nuevo y lo mueve con impaciencia.

—Sí, sí, si ya casi lo tengo. A ver tiene que ser algo que corra, porque está relacionado con las carreras, eso lo tengo claro; y también con la velocidad... —Crece en él la impaciencia, aunque no se mueve del sitio, lo cual me indica que no es hiperactivo ni tiene déficit de atención porque está totalmente concentrado en lo que voy a decir.

—Y tiene que ser muy rápido y además tener ruedas, claro, por eso me enseñas el coche —él niega y me señala emocionado los coches—. Además, si participa en carreras.... ¡Ostras! Ya lo tengo —le digo alzando la voz —¡Las motos!

El muchacho se lleva las manos a la cabeza y entre carcajadas me dice alargando las palabras en español perfecto:

—¡Los coches de carreras!

—¡Será posible!, pero ¿cómo no me he dado cuenta? Estoy fatal, de

verdad.

La risa de Liam es contagiosa.

—Qué rato tan agradable me estás haciendo pasar, eres muy divertido; con lo nerviosa que venía yo y mira, gracias a ti los nervios han desaparecido.

Permanezco sentada a su lado, con las piernas juntas y estiradas.

—Con razón me enseñabas los coches ja, ja, ja; me estabas dando pistas y yo sin enterarme, ja, ja, ja.

Los dos nos reímos a carcajadas y dejo caer el cuerpo hacia atrás. Mi cabeza roza el bajo de una de las cortinas de tela adamascada color crema que cuelga a un lado del ventanal y pataleo en el suelo a la vez que me río. Al verme así, la risa de Liam se hace más sonora y se ríe con muchas ganas, como si llevara tiempo sin hacerlo, como si lo necesitara con urgencia.

El niño dirige la vista hacia la puerta y todo su cuerpo se tensa súbitamente, después me clava la mirada asustado y de nuevo gira la cabeza hacia la puerta. Noto el cambio tan repentino de humor y me incorporo apoyando los codos en el suelo. El señor Evans permanece de pie junto a la puerta, serio, más tenso que antes y tan enfadado como cuando me ha recibido en su despacho. Instintivamente aprieto más las piernas, y las estiro tratando de no enseñar más de la cuenta. Me pongo de rodillas de inmediato y me siento sobre los talones, me peino el pelo como puedo con las manos mientras le hago una mueca graciosa a Liam para quitarle importancia.

—Señorita Laura, ¿podemos hablar un momento, por favor? —dice tajante, apretando los labios con tanta fuerza que se convierten en una fina línea que se camufla entre la barba en actitud severa.

¿Por qué me siento tan avergonzada si no he hecho nada malo? Madre mía, este me catapulta por payasa, como hacían con el pobre Jazz.

—Liam —le digo con dulzura— ha sido un placer conocerte, me lo he pasado genial contigo. Me has hecho reír un montón y no sabes cuánto lo necesitaba.

Me levanto con cuidado para no estallar la ajustada falda y me dirijo hacia la puerta. Antes de salir, me giro y le dedico una gran sonrisa al muchacho que me mira todavía asustado.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo ahí tirada, en el suelo? ¿Tan desesperada estás por que te contrate que crees que por revolcarte en el suelo y hacer el tonto delante de mi hijo conseguirás el empleo? Este trabajo es muy serio; la educación de mi hijo está en juego. Dame un solo argumento para que te contrate y no te eche a patadas de mi casa ahora mismo.

Me trago las acusaciones injustas que el hombre que tengo delante me ladra en la cara. La antigua Laura le habría soltado un bofetón pero el señor Evans me intimida mucho y me hace sentir como una niña vulnerable y avergonzada sin entender muy bien porqué me siento así cuando no he hecho nada malo.

Es tal la congoja que tengo que no soy capaz de decirle que era una estrategia para acercarme a su hijo. Las piernas me tiemblan y tengo que apartarle la mirada para que no vea que mis ojos están comenzado a brillar y a rebosar.

La puerta del cuarto se abre despacio y Liam tira de la camisa de su padre.

El señor Evans gira furioso la cabeza hacia su hijo, sin agacharse.

—Daddy —le susurra suplicante en inglés, mirando al suelo—Quiero decirte algo. Ven.

—Ahora no es buen momento, Liam —le dice seco y distante.

Liam frunce el ceño y vuelve a tirarle de la camisa. Antes de que el señor Evans le suelte una grosería me siento en la obligación de echarle un cable al niño.

—Adelante, vaya con su hijo, le espero abajo por si tiene algo más que decirme —Me giro y no le doy opción a que me conteste.

Bajo los escalones abatida, avergonzada y enfadada por su reacción desmesurada.

¡A la mierda, que le den por saco! No tengo por qué aguantar que me traten así, como si fuera... basura. Yo me largo de aquí.

Amalia sale de la cocina esperanzada y avanza hacia mí con agilidad. Me sorprende el cambio de la Amalia cortante que me recibió al principio y de lo confiada que se muestra ahora conmigo. Quizás ha sido por cómo me ha visto actuar con Liam o tal vez, y quizás tenga más peso esto, por cómo ha reaccionado el niño estando conmigo. Sea lo que sea que haya podido influir en el cambio de actitud, me reconforta ver una cara amable en este momento.

—¿Cómo ha ido? ¿Ya tengo sustituta? —pregunta pero el entusiasmo con el que ha ido a recibirme se desvanece al mirarme a los ojos.

—Pero chiquilla, ¿qué ha pasado? ¿Por qué lloras?

—No lo sé, Amalia, no lo sé. Con Liam genial: nos hemos reído mucho y hasta me ha hablado, es un chico muy listo...

—Entonces no debes preocuparte, seguro que te contrata.

—Es que el señor se ha puesto hecho una furia cuando nos ha visto— La asistenta cambia el gesto por otro de preocupación.

—¿Por qué?

—Porque nos ha pillado a los dos en el suelo tronchándonos de risa. Qué vergüenza, Amalia; yo tirada en el suelo, pataleando porque así le hacía reír más... ¡y yo con falda! —cierro con fuerza los ojos para borrar el pensamiento de que el señor me ha podido ver las bragas en un descuido—. Soy un desastre, cómo me va a contratar, no sabes la bronca que me ha echado por eso y encima me presento con estas pintas —hago una pausa y acepto el pañuelo que me tiende para limpiarme la nariz y secarme las lágrimas—, que con las prisas me he dejado los zapatos en el coche.

Amalia se lleva una mano a la boca para disimular la risa pero al verme tan desconsolada me pone sus manos sonrosadas sobre los hombros.

—Los hombres son tan simples a veces... No te preocupes, niña. Yo hablaré con él.

—Pues si te digo la verdad, no tengo muy claro si quiero trabajar en esta casa, pero he conocido a Liam y tengo la corazonada de que puedo ayudarle.

—Ojalá, consigas el trabajo porque al joven Liam le hace falta alguien como tú... y a Patrick, también.

Me cuesta unos segundos asociar el nombre que acaba de pronunciar, es la primera vez que me habla del señor Evans por su nombre.

—Serás una bocanada de aire fresco para ellos, no sabes cuánto lo necesitan —saca el paquete de pañuelos de papel y me ofrece otro. En ese momento se le ilumina la cara y me pregunta sorprendida—. Madre mía, ¿y dices que ya te ha hablado? Pero si has estado unos minutos con él.

Asiento sonriendo entre sollozos mientras me seco las lágrimas con cuidado de no emborronar la máscara de pestañas, ya solo me faltaba eso, que bajara las escaleras y me viera con la cara emborronada.

—Ven, te daré un poco de agua para que se te pase un poco el disgusto.

Las dos entramos en la gran cocina, tan moderna y luminosa que me recuerda a las de las revistas de decoración.

—No creas que el señor es siempre así, es que... —la mujer se calla de repente, se estira y se pone seria sin conseguir disimular del todo su malestar al ver que el señor Evans se asoma por la puerta.

—Laura —me llama midiendo mi estado de ánimo—, acompáñeme a mi despacho un momento, por favor.

—Tome asiento, por favor —me lo ofrece con el talante serio mientras

me rebasa para sentarse al otro lado del escritorio.

El soponcio no me ha desaparecido del todo y aunque ya no hay lágrimas, tengo la cara congestionada y siento que me falta el aire.

—No, gracias, estoy bien así, además, no quisiera alargar demasiado la entrevista y hacerle perder más tiempo.

Hay resentimiento en mis palabras y no me importa; es más, que se de cuenta del daño que me ha hecho siendo tan grosero y tan soberbio. No soy ninguna sumisa a la que pueda pisotear o tratar como le de la gana. Eso se acabó, me dejé llevar por la inercia una vez en la vida y no volverá a pasar.

—Creo que le debo una disculpa —me observa arrepentido e incómodo.

Así me gusta, que se joda un poquito él también.

—No me está resultando fácil llevar esta situación con la serenidad que debiera. Siento haberla hecho pasar… un mal momento.

—Lo entiendo perfectamente —le miro fijamente a los ojos, más recuperada y, en cierto modo, aliviada por la disculpa pero el corazón me late tan fuerte, que que noto presión en el pecho— a mí tampoco me está resultando fácil pero hago todo lo posible para controlar mi temperamento y no pagar mi frustración con las personas que me rodean.

Está claro que no se lo esperaba y que sin duda he dado donde tenía que darle porque en vez de ponerse hecho una furia, suspira y se deja caer sobre el respaldo de su asiento.

—Tiene razón y créame… siento mucho haberla hablado así. —hay dolor y arrepentimiento en la expresión de su rostro. Traga saliva y continúa con la conversación— Bueno… tampoco quiero hacerle perder tiempo así que me gustaría decirle que aunque su forma de actuar con mi hijo me ha confundido bastante, he de reconocer que ha funcionado y —se mira las manos por unos instantes y toma aire— que tanto a mí como a mi hijo… nos gustaría que trabajara para nosotros en esta casa.

Ni yo oculto mi recelo y ni él su incomodidad.

—Este es el contrato —me da una carpeta de cartulina de color marrón que ha cogido de su escritorio y comienzo a ojearlo—. Puede revisarlo con más calma en su casa, si así lo prefiere —sé que me observa, e intuyo que está nervioso, confuso y muy necesitado.

Me explica los horarios, mis vacaciones y permisos, así como las funciones que tengo que desempeñar. Cuando termina, repiquetea con sus largos dedos sobre la mesa.

—Además, no estará sola durante las dos primeras semanas: Amalia estará a su lado durante ese tiempo para ponerla al día con la casa y con mi hijo.

Sigo ojeando el documento. Se frota la nuca con la mano y yo sigo callada, haciéndole sufrir un poquito, poniendo cara de interés por lo que estoy leyendo aunque me da igual lo que ponga, solo tengo que firmar y ya estoy contratada —aunque pensándolo mejor, se merece un comentario del tipo "ya me pondré en contacto con usted si me interesa". Pero veo el salario y tengo que hacer un auténtico esfuerzo para ahogar una risita histérica en la garganta: 2.100€ más la seguridad social y dos pagas extra. Con ese sueldo puedo hacer frente a los gastos y devolverle a mi amiga Cris lo que me ha prestado cuando termine el mes.

Sé que me mira con interés, sin perder detalle de los gestos que hago. Será mejor que no tiente demasiado a la suerte.

Apoyo la carpeta abierta sobre el escritorio, tomo el bolígrafo que el señor Evans había dejado sobre la libreta donde había hecho sus anotaciones durante la entrevista y firmo el contrato con decisión.

—El lunes estaré aquí a las ocho de la mañana. Gracias por todo, señor Evans. No se arrepentirá de haberme contratado.

Le tiendo la mano y él me corresponde con un apretón.

Al igual que me había pasado antes, vuelvo a sentir esa especie de corriente eléctrica que me sube por el brazo al sentir su tacto sobre mi piel.

2. AMIGA DEL ALMA

—Hola solete, ¿qué tal fue la entrevista? —contesta Cristina con el sonido de un tenedor batiendo huevos en un plato.

—¡Conseguí el empleo! —contesto dando un salto.

—Aaahhh, lo sabía, tenía el presentimiento de que te cogerían —deja de sonar el ruido de fondo —Eso hay que celebrarlo. ¿Cuándo empiezas?

—Pasado mañana y estoy hecha un manojo de nervios.

—Si estás nerviosa es porque tienes interés y, conociéndote, lo harás genial.

—Qué maja, eso lo dices para animarme.

—Pues también, pero si te lo digo es porque así lo creo, ya sabes cómo soy.

Cristina es de esas personas totalmente transparentes y sincera. Nos queremos un montón y, aunque suene cursi, es mi amiga del alma. Coincidimos en alguna asignatura optativa común cuando yo cursaba Magisterio y ella Psicología y desde entonces nos hicimos inseparables. Digamos que somos la una para la otra como esa hermana que no tenemos.

—Quedemos esta tarde para merendar. Vente a casa y nos ponemos al día, ¿te parece? Todavía estoy con la pata chula y no podremos salir a dar paseo, me han mandado reposo otra semana más.

—Pues cuando me has cogido el teléfono no tenías pinta de estar guardando mucho reposo.

—A ver, querida, una cosa es la pierna y otra cosa son las manos, con estas puedo hacer auténticas virguerías.

—Ya, ya, seguro que Dani está encantado con esas virguerías que haces con tus manos...

—Qué cabrona eres —se ríe a carcajadas.

—¡Qué fina la psicóloga! Ala, a echar la monedita en el tarro de las palabrotas.

—Estoy sola en la cocina y mis hijas no me han oído, así que no cuenta. Venga, no me entretengas que tengo una invitada pedorra para merendar esta tarde y tendré que prepararle lo que tanto le gusta.

◆◆◆

Ya en la puerta puedo oler el delicioso aroma a bizcocho, uno que hace ella con trocitos de manzana que me chifla. Me quito los guantes y el gorro de lana para llamar al timbre. Enseguida me recibe dando saltos de alegría Irene, mi ahijada, y después sale a mi encuentro con la misma efusividad su hermana pequeña, Leticia. Entre tanto jolgorio consigo entregarles un regalito a cada una de ellas (de esos libros infantiles donde cada vez que pasan de página les piden buscar un animal u objeto determinado en la maraña de personajes ilustrados). Las dos salen dando brincos para meterse en un tipi blanco que hay en medio del salón.

Mi amiga y yo hablamos largo y tendido después de que Dani y las niñas se hayan ido a dar una vuelta para dejarnos más tranquilas y para que mi amiga no se deje el sueldo entero en el tarro de las palabrotas que siempre que está entre amigas se le escapan por doquier.

Después de hablar de cosas de madres —que ahora no vienen a cuento — le hablo sobre cómo fue la entrevista y mis impresiones sobre el niño y también sobre el borde de su padre.

—A ver, Laurita, es normal. Si el hombre enviudó hace relativamente poco, estará en pleno duelo, y el duelo de cada persona es diferente. Dale tiempo, mujer, seguro que en cuanto te conozca se le derretirá esa barrera tan fría que se ha puesto. Mírate, eres perfecta, eres cálida y brillante.

—Ni que fuera una estufa, tía. ¿Y cuando ya no sea tan frío qué?

—Pues serás ese soplo de aire fresco que tanto necesita...

—Hay que joderse, tienes más salidas que el metro.

—A ver, chica, me lo da mi profesión —sonríe y me agarra con cariño la mano— Ahora en serio, Laurita, tú no eres consciente de quién eres realmente, ni de lo que aportas. Pablo te apagó poco a poco porque no soportaba que brillaras tú más que él. Pero eso ya pasó y ahora estás empezando a ser la Laura que eras.

—No lo sé, tengo mis dudas. ¿Y si él no me deja hacer mi trabajo a mi manera?

—No le des más vueltas al comportamiento de tu jefe: no le conoces y él tampoco a ti, ya se irá relajando.

—Es que yo creo que la mala hostia esa que tiene le viene ya de serie, no me lo imagino siendo amable. Yo creo que si se ríe le chirría la mandíbula o le da un chungo.

Trato de ocultar mis dudas con chistes pero no me puedo quitar de la cabeza que quizás me precipité al firmar el contrato y comprometerme a empezar el lunes. A veces soy demasiado impulsiva. Ni de coña voy a ser capaz de aguantar a un jefe que me trate como el culo porque le de la gana. Pero por otro lado, pienso en Liam y todas las dudas que tengo se esfuman. Quizás Cristina tenga razón, quizás pueda ayudarles a los dos con un poco de cariño y de comprensión.

—Laurita, vuelve por favor —me dice Cristina chasqueando los dedos delante de mi nariz.

—Perdona, es que...

—Lo sé y no te preocupes por eso ahora, de nada sirve adelantarse a los acontecimientos, por lo menos en este caso.

Hace una pausa y empieza a reírse a carcajadas de golpe.

—¿Qué? ¿Por qué te ríes así? Tía, das miedo.

—Ja, ja, ja, calla, es que de pronto te he visto tirada en el suelo pataleando con tus zapatillas cantosas, los calcetines gordos de senderismo y tu falda de tubo, ja, ja, ja; seguro que se llevó una alegría viéndote las bragas, espero que llevaras unas bonitas, de encaje como mínimo.

—Qué va, llevaba las bragas estilo abuela, de algodón y de las que llegan hasta el sobaco y a juzgar por lo que vino después, no le debieron de gustar mucho.

—Quién sabe, los ingleses tienen un gusto muy tradicional, a lo mejor se puso bruto porque le molaron tus bragas.

—Eres la leche, ahora con qué cara le miro cuando le vea el lunes.

Me llevo las manos a la boca para ahogar una carcajada que no puedo contener a tiempo y ella me abraza con uno de esos abrazos suyos con balanceo, que te liberan y que te cargan de energía.

3. EL COMIENZO

Me despierto sobresaltada. Miro la hora en el móvil y me dejo caer de nuevo sobre el colchón, todavía puedo dormir un par de horas más. Por suerte he dejado la maleta preparada por la noche mientras Hugo dormía. Quise aprovechar todo el tiempo posible con mi hijo antes de desaparecer una semana por mi nuevo trabajo.
¡Madre mía!, casi una semana sin verlo, sin sentirlo, sin olerlo, sin disfrutarlo... ya me parece una eternidad. Me giro hacia el otro lado, para apartar mis preocupaciones y seguir durmiendo un poco más antes de que suene el despertador. En ese otro lado me viene a la cabeza el comentario tan grotesco que me hizo el señor Evans cuando le dije que estaba separada. ¿A qué vino aquello? Podía pensarlo, claro que sí, todo el mundo es libre de pensar lo que le de la gana pero de ahí a decirlo en voz alta... No tenía ningún derecho a hacerlo sin conocer la historia completa. Yo no fui la que salió por patas en cuanto vio la responsabilidad que se le venía encima. Todavía no entiendo porqué dudó Pablo de su paternidad. Me dejó bien claro que no quería saber nada de lo que llevaba en mi vientre. Hasta me aconsejó que interrumpiera el embarazo, el muy cretino. ¡Cómo pudo dudar con algo así! Para mí él lo había sido todo: fue mi primer novio, mi primer amor, perdimos la virginidad juntos y desde aquel día solo tenía ojos para él, jamás le puse los cuernos, jamás me fijé en otro hombre; de hecho, me he quedado tan jodida que no quiero saber nada de tíos.

Vuelvo a girarme hacia el otro lado y en este me asalta la imagen de Patrick Evans, apoyado en la ventana con su camisa blanca y varios botones desabrochados, enseñando parte de su pecho peludo —bueno, está claro que me lo estoy imaginando porque el hombre iba muy bien vestido y con los botones abrochados hasta arriba.

Coño es que todo lo que tiene de atractivo, lo tiene de capullo.

◆◆◆

Como si de un deja vu se tratara, me veo de nuevo aparcada junto a la acera del fondo de saco. En esta ocasión Amalia ha salido a recibirme hasta la calle y me ha dicho que aparque dentro, que se lo ha pedido el señor Evans.

Vaya, qué detalle.

Al abrir el portón grande veo que bajo la gran pérgola no hay ningún coche y me parece genial no tener que cruzarme con él a estas horas de la mañana. Solo falta que tenga mal despertar. En fin, sigo sus indicaciones y ocupo la plaza más lejana a la casa.

Me gusta mucho el uniforme que lleva Amalia. No es el típico de servicio doméstico —al menos no es el que me viene a la imaginación, el de las telenovelas que veía cuando era joven con mi madre: vestido negro ajustado, muy por encima de las rodillas, escueto delantal blanco, cofia y plumero en la mano como parte indivisible del conjunto. El de Amalia es una estola hasta la altura de las rodillas en azul marino que ella lleva sobre un blusón blanco y unos pantalones beige. Le echo otro vistazo con disimulo mientras me cambio los zapatos y meto las deportivas chillonas en una bolsa. La estola es muy favorecedora y se parece más a un pichi que a un delantal o a una bata.

—¡Bienvenida, Laura! Espero que vengas con mucha energía porque esta casa es muy grande y normalmente los lunes es cuando más alborotado está todo —se inclina hacia mí y a modo de confidencia me dice— dos hombres solos en casa durante el fin de semana... Te puedes imaginar el desastre.

Sonrío con cautela, sorprendida con el cambio de actitud de esta mujer que se muestra más amable y cercana que cuando la conocí.

—Espero que esos zapatos tan monos que te has puesto hoy sean cómodos porque vas a estar muchas horas de pie.

Me llevo la mano a la cabeza recordando la entrevista.

—Sí, estos son muy cómodos, mucho más que los que me dejé en el coche para causar una buena impresión.

—Pues está claro que no te hicieron falta para impresionarnos —le cambia la cara y se pone algo más seria— Siento mucho haber sido tan seca contigo el otro día, sobre todo al principio...

—Tranquila, no tiene importancia.

—Sí la tiene, hija. Es que veo que lo que queda de esta familia se desmorona. No sabes lo duro que es abrirle la puerta a unas desconocidas para que cuiden del niño y que todas hayan salido rana, sin contar la cantidad de entrevistas que tuvo el señor la semana pasada.

Al parecer, le había comentado a Amalia que si no daban con nadie en esa semana, mandaría al niño a Inglaterra con su abuela.

—Vaya, pero eso habría sido peor —pienso en voz alta y rápidamente me explico para que ella entienda mi razonamiento—; quiero decir, por muy buena que sea la abuela y por mucho que la quiera el niño, creo que se habría sentido desplazado, como si fuera un estorbo.

—Sí, yo tampoco estaba de acuerdo, de hecho, no sé muy bien a qué vino ese arrebato, la verdad.

—La desesperación, supongo. Seguramente se sienta desbordado y no sepa cómo ayudar a su hijo —al ver el tono que está tomando nuestra primera conversación como compañeras, decido tirar del sentido del humor que tanto me caracteriza —Pero no se preocupe porque ha llegado la Mary Poppins moderna, con zapatillas horteras y todo.

Amalia se ríe conmigo y me pide que la tutee. Cojo mi pequeña maleta del maletero y la sigo por el camino de hormigón impreso delimitado a ambos lados por sendos caminos estrechos de piedras blancas, donde cada metro y medio sobresale un farolillo a juego con el estilo moderno de la casa. Desde allí me quedo pasmada mirando los impresionantes ventanales de cristal.

—No es nuestro trabajo limpiar las ventanas de esta casa, al menos esas tan grandes. Vienen de una empresa a hacerlo, así que de momento, respira —me da una palmadita en el hombro y continúa caminando.

Llegamos hasta la puerta principal custodiada por dos grandes macetas rectangulares de hierro oxidado, como el portón de la calle, de las que sobresalen unas preciosas lenguas de tigre de un verde intenso y brillante con motas más claras.

—Hoy estaremos solas toda la mañana, el señor me pidió que viniera antes porque tenía que salir temprano a trabajar así que en cuanto dejemos a Liam en la parada del autocar del colegio te explicaré todo con más detalle.

Abre la pesada puerta de madera de color caoba y las dos entramos al espacioso y luminoso hall cuyo techo se alza hasta la altura de otro piso más donde se sitúa otro ventanal que ilumina aquel espacio grande y diáfano —. Ahora mismo se está lavando los dientes, y no tardará en aparecer por aquí.

Amalia me guía hasta la cocina.

—Te ofrecería un café o un té pero no te va a dar tiempo, mejor a la vuelta —me dice algo cohibida.

—No te preocupes, he desayunado bien esta mañana —miento por educación y porque dudo que los nervios me permitan ingerir nada

hasta bien pasada la mañana.

Me giro siguiendo la mirada de Amalia que se ha posado por encima de mi hombro.

—¡Buenos días, Liam! Me alegro mucho de verte. Estás guapísimo con ese uniforme tan chulo.

El niño sonríe desde la puerta. Parece un mini-hombrecito con pantalón gris oscuro de pinzas y jersey granate con el logo del colegio bordado en el pecho. Me evita la mirada pero lo noto contento.

◆◆◆

La parada está a unos cinco minutos andando. Esperamos a que pare el autocar y cuando se abre la puerta, una profesora delgada y rubia, de unos cincuenta, se pone las gafas que lleva colgadas con una cadenita dorada y anota algo en una carpeta que lleva apoyada en el antebrazo. Amalia aprovecha para presentarme como su sustituta y la mujer, muy amable, confirma mis datos con los que el señor Evans ha enviado al colegio como persona autorizada para recoger a Liam.

De camino a casa, Amalia me explica que en la puerta de la nevera está puesto el horario del colegio y que es importante tener en cuenta que cuando le toque educación física tiene que ir con el chándal del colegio y que cuando le toque natación, deberá llevar el uniforme de gala y la mochila de natación.

—Ahora te parecerá que son muchas cosas pero tranquila, en un par de semanas lo harás todo con los ojos cerrados.

Empezamos el recorrido por la cocina, que apenas la había podido ver en detalle cuando llegué por la mañana. La pared del fondo es una gran puerta de cristal que da a un jardín lateral y a un pequeño porche con una pérgola de madera, donde hay un conjunto de mesa y sillas de teka. Los muebles de la cocina están lacados en blanco brillante que contrastan con la encimera color caoba. La isla, a juego con el mobiliario, tiene una placa de inducción enorme y un saliente a un lado que sirve de barra y donde hay tres taburetes altos. La parte inferior de la isla está llena de grandes cajones y algunas baldas con diferentes libros de cocina. A un lado hay una mesa ovalada con seis sillas distribuidas alrededor. Apenas hay pequeños electrodomésticos a la vista, tan solo una cafetera como la de los bares pero en miniatura y un hervidor de agua a juego. El resto de grandes electrodomésticos como la nevera, el horno o el microondas están perfectamente integrados y dan un aspecto minimalista a la cocina.

Continuamos recorriendo la planta baja. Pasamos junto al despacho de los horrores y de ahí a un pequeño salón al que no le falta detalle: una

librería repleta de libros, un rincón de lectura, una mesa redonda para ocho comensales y una zona de sofás que están colocados en forma de L, orientados hacia el gran televisor que preside la sala y que está colgado en la pared. Debajo hay una chimenea encastrada de la misma anchura del televisor y un hueco a un lado lleno de troncos de leña. En el lateral de la habitación, hay una gran ventana y unos estores de color blanco roto opacos para evitar los incómodos reflejos sobre el televisor en las horas de más luz.

Si la casa fuera mía, este sería mi rincón sagrado sin lugar a dudas.

Salimos de allí y llegamos a un salón muy grande, del que se ve una pequeña parte desde la entrada. Los sofás están tapizados en blanco y forman una U, con un par de butacones modernos también en ese tono como si fueran los puntos de la diéresis. La mesa de centro es de cristal y apoya sobre dos bases rectangulares de mármol. Debajo hay una alfombra estampada con colores claros que se extiende bajo los sofás. Al fondo hay una gran puerta de corredera que da al porche amueblado del jardín. Cerca de los sofás, en una esquina del salón, hay un hermoso y brillante piano de cola negro que le aporta una nota de distinción a esta estancia.

Una moderna chimenea estanca en el centro del salón separa la zona de estar con la del comedor. Aquí la mesa es un rectángulo enorme de cristal apoyado sobre dos columnas de mármol, a juego con la mesa de centro, acomodada sobre otra mullida alfombra y que da cabida a doce comensales.

—Este salón lo usan muy poco. Al parecer, cuando vivían en la otra casa, a la señora Evans le gustaba mucho dar fiestas o hacer reuniones con amigos pero a la pobre no le dio tiempo a hacer lo mismo en esta casa. Antes, el señor encontraba algo de consuelo tocando el piano pero últimamente ni pisa este salón.

Amalia se acerca a un aparador estilo nórdico y coge un marco plateado con una foto. La mira con tristeza y pasa la yema de su índice por el cristal que protege la fotografía de del señor y la señora Evans junto a su hijo. Parece reciente porque Liam apenas ha cambiado. Los tres están muy sonrientes, haciendo muecas divertidas. De fondo, una playa de arena dorada en un día muy soleado. Me llama la atención la pose del señor Evans, tan divertido y feliz, sacando la lengua y arrugando la nariz. En cambio él sí parece haber envejecido diez años. En la foto no tiene ni una sola cana y se le ve tan jovial como a su mujer.

—La señora Evans era una mujer muy guapa.

Amalia asiente apretando los labios, tratando de contener las lágrimas que empiezan a asomarse.

—¿Qué ocurrió? —pregunto sin querer hacerlo en voz alta pero ya es tarde para echarse atrás.

—Un accidente —coloca la foto en su sitio, custodiada por varios adornos de porcelana y de cristal.

—Cuánto lo siento, debió de ser terrible para ellos... —le acaricio el brazo tratando de darle consuelo —parecía muy buena persona.

—Era excepcional. De esas personas que dejan un hueco tan grande que es prácticamente imposible de volver a llenar —contiene de nuevo las lágrimas y espira con fuerza, tensando los labios.

La entiendo perfectamente. Cuando murió mi padre, mi madre fue incapaz de rehacer su vida con otro hombre, quedó marcada para toda la vida y decidió volcarse en sacarme adelante; siempre me dice que los hijos son ese motor que te hacen seguir y luchar en la vida —y es cierto, Hugo es el motor de la mía.

Amalia se adelanta mientras saca un pañuelo del bolsillo de la estola y se seca las lágrimas. Lo guarda con discreción y abre la puerta de cristal con energía. Las dos salimos al jardín por el salón y la bocanada de aire fresco no puede ser más oportuna.

El porche está cubierto y es tan espacioso que cabe una mesa grande de madera en color marrón oscuro y un sofá de esquina con las colchonetas blancas y la mesa de centro a juego con la estructura y con el comedor exterior. Me quedo maravillada con el inmenso jardín y con la piscina de agua cristalina de fondo color turquesa que me invita a zambullirme pese a que la temperatura no acompaña mucho para mojarse.

Alrededor hay varias tumbonas y un rincón con sofás y mesitas auxiliares. Todo está conjuntado con armonía: los cojines en blanco roto y los muebles color wengé. Cerca de la piscina hay una barra levantada con piedra y con una larga y gruesa encimera de madera con seis taburetes altos con patas del mismo color que los otros muebles. A un lado hay una barbacoa enorme encastrada en una estructura de piedra a juego con la barra. Un pino gigante cobija del sol ese rincón con su amplia y tupida copa.

—Hay que estar muy pendientes del tiempo. Si dan lluvia o si ves el cielo como para llover, hay que recoger todos los cojines y meterlos en esa caseta de allí. Hoy los dejamos pero a mediados de semana habrá que retirarlos porque dan tormentas. Vamos, sígueme que todavía nos queda la parte de arriba.

Presto atención a todo lo que me va indicando pero no me quito de la cabeza al pequeño Liam, lo que debe de ser para él perder de esa manera a su madre. Yo misma pasé mucho tiempo empapando la

almohada con lágrimas por las noches porque por el día no podía mostrar debilidad ante mi madre; la veía tan mal que no quería entristecerla más aún.

—Amalia: Perdona que te haga una pregunta sobre Liam.

La mujer se gira y se pone frente a mí.

—Dime.

—Por lo poquito que he podido escuchar a Liam, he notado que la pronunciación de su español es perfecto... ¿Cuánto hace que viven en España?

Amalia inspira entornando los ojos, como si contara mentalmente.

—Los señores vinieron hace muchos años; no sabría decirte, quizás más de quince pero Liam nació aquí.

—Y, ¿por qué le cambiaron de colegio? ¿Tiene relación con... con la muerte de la señora? Discúlpame si parezco indiscreta, tan solo trato de comprender mejor el entorno del niño.

—No te preocupes, sé que lo haces con buena intención —sonríe vagamente— Le cambiaron de colegio porque antes vivían en la Moraleja y se mudaron a esta casa porque a la señora Evans la trasladaron al hospital Puerta de Hierro en el departamento de farmacia y también porque siempre les había gustado mucho esta zona. Pero vamos, si lo dices por el idioma, Liam habla perfectamente tanto el español como el inglés.

Me explica que a ella la contrataron entonces, cuando cambiaron de casa y que Liam aún estuvo yendo a su antiguo colegio hasta terminar el curso. Luego empezó en el que está ahora y meses después, en abril del año pasado, murió su madre y empezó el cambio de actitud de Liam, que empeoró en verano y con la vuelta al colegio.

◆◆◆

Amalia es como una locomotora. No para y se mueve con tanta agilidad que a veces me cuesta alcanzarla. Es admirable lo rápido y bien que hace su trabajo. Me está poniendo el listón demasiado alto y me siento despistada, lenta y torpe. Afortunadamente, Amalia resulta ser una maestra paciente y fabulosa. Por un momento, me enredo en mis pensamientos y temo el momento en el que mi compañera no esté.

—El señor no suele trabajar en casa y cuando lo hace, no come a una hora fija. Está siempre tan ocupado con llamadas y videoconferencias que hay veces que no tiene tiempo para comer. Aun así, te recomiendo que tengas algo preparado, por si acaso. También es conveniente que los días en los que trabaje aquí no pases el aspirador en la planta baja, mejor limpia el suelo con la mopa.

Ya me lo imagino: estas casas tan abiertas son muy bonitas pero te tiras un cuesco y resuena por todos los rincones.

Asiento tratando de no reírme de mi propia estupidez mental y trato de absorber toda la información que Amalia me brinda. Al pasar por el despacho del señor Evans, no puedo evitar pensar en él.

—Y, ¿cómo es el señor?; quiero decir, su carácter.

—Uff, pues a ver cómo te lo describo yo —se pasa la mano por el pelo y se rasca detrás de la oreja —. Digamos que el Patrick de ahora pierde la paciencia con facilidad, casi siempre está serio, apenas habla, solo lo justo... pero en el fondo sigue siendo la buena persona que era antes, estoy segura —tensa la mandíbula y desvía la mirada —. Pero incluso ahora, es bastante sensato y sabe reconocer sus errores y pedir disculpas en su momento.

Eso es cierto, en la entrevista me hizo temblar de miedo pero después se disculpó y reconoció que se había equivocado.

En fin, algo es algo, aunque no me quito de la cabeza que cuando Amalia no esté, vamos a tener más de un encontronazo. Y eso que yo soy muy prudente y educada y si cometo algún error, yo tampoco tengo ningún inconveniente en reconocerlo y disculparme. Para eso no soy orgullosa pero reconozco que hay un rasgo en mi carácter que me pierde... y es que no tolero la injusticia. Pobre del que se me ponga delante porque pierdo la vergüenza y me enfrento con uñas y dientes a quien sea.

La voz de Amalia me saca de mis cábalas con su tono relajado y agudo.

—Tranquila, no hace falta conocerte mucho para saber que eres una chica lista y que sabrás hacer bien tu trabajo para que todo vaya de maravilla. Y por el señor, no te preocupes; ya sabes: perro ladrador...

Sí, poco mordedor, como todos los perros pequeños pero tanto él como yo somos más como el perro grande, que tras el gruñido se lanza a morder sin más avisos.

—Bueno, creo que me las apañaré para que no me ladre tanto —le guiño un ojo divertida, ocultando la angustia que me reconcome.

◆◆◆

El único momento en el que hemos parado desde que Liam se fue al colegio ha sido durante la comida. Estoy agotada y todavía me queda el trabajo de la tarde. Me dejo caer sobre la silla a plomo y Amalia me dedica una mirada compasiva mientras me sirve un plato de garbanzos guisados con verduras.

Me revela más detalles a cerca del señor Evans, que es arquitecto y

propietario de un estudio junto a su socio y amigo, un tal señor Conti del que Amalia me cuenta que es muy simpático y bien parecido. Dice que el señor Evans, tiene épocas en las que tiene que viajar y que siempre que puede, vuelve en el día. En cambio, cuando ha tenido que ausentarse varios días, Amalia se ha tenido que quedar a dormir en casa, por eso quería contratar a una interna, para que siempre haya alguien que cuide de su hijo.

La hora nos da también para hablar de nosotras y de nuestras respectivas familias, aunque yo evito hablar del padre de mi hijo y ella, por discreción, no profundiza más, detalle que agradezco.

Ella va a ser abuela y es uno de los motivos por los que quiere jubilarse, para ayudar a su hija y también para disfrutar de su primer nieto. Yo le hablo orgullosa de mi bebé y le enseño algunas fotos que llevo en el móvil y ella me enseña las de su hija embarazada y hasta una ecografía del bebé.

Después de comer nos ponemos a cocinar para dejar lista la cena. Amalia me recuerda mucho a mi madre, quizás porque son más o menos de la misma generación y porque ambas tienen la costumbre de adelantarse con las comidas. Nunca me he considerado a mí misma una gran cocinera pero sí he de reconocer que cocinar me relaja y ver la cara de satisfacción en mis comensales, me produce una inmensa alegría.

—Uhh, casi es la hora. Laura, ¿podrías ir tú a recoger a Liam? No quiero dejar a medias la lasaña. Recuerdas dónde está la parada, ¿verdad?

—Sí, claro. Voy enseguida.

Me da en la nariz que lo de la lasaña ha sido una excusa para dejarme a solas un rato con Liam. Supongo que será porque confía en mí tanto como para encomendarme la tarea de recogerlo; de no ser así, me habría pedido que vigilara la lasaña.

Me quito la estola azul marino como la de Amalia y la dejo colgada en un gancho que hay detrás de la puerta de la cocina. Me arreglo bien la coleta en el aseo, me pongo el plumas y salgo acelerada a por el chico, sin tiempo para abrochármelo. Abro la pesada puerta de la calle con mucho ímpetu y al salir me choco de bruces contra el señor Evans.

Él me agarra con habilidad por los hombros y tiene que echar una pierna atrás y apoyarla con fuerza en el suelo para amortiguar la embestida y no caer los dos al suelo. Me quedo petrificada, con mis manos apoyadas en las solapas de su abrigo. Me falta el aliento al sentir sus fuertes manos agarrándome con firmeza. Su respiración cálida y agitada me acaricia las mejillas, y sus enormes ojos recorren mi rostro y se oscurecen cuando me muerdo el labio.

Patrick me suelta como si hubiese recibido una especie de pinchazo, vuelve a tensarse y a fruncir el ceño.

—Deberías tener más cuidado —me regaña con voz seca y mirada severa.

—Lo siento, es que... Si me disculpa, tengo que ir a por Liam.

Lo esquivo y camino a paso ligero hacia la puerta de hierro. Siento su mirada clavada en la nuca, espero que desde allí no pueda ver cómo me tiembla todo.

Cuando llego a la parada, el soponcio todavía no ha desaparecido, y al igual que esas moscas cojoneras que por muchos manotazos que les des siempre vuelven a acercarse, no puedo quitarme de la cabeza al señor Evans impecablemente trajeado, sujetándome como si fuera una muñeca de trapo. Ha sido una sensación rara, hasta juraría que él también se ha puesto colorado.

Llega el autocar y al ver bajar al chico y acercarse a mí, la mosca pesada deja de molestarme.

—¡Hola, Liam! —lo saludo a la vez que me despido con la mano de la mujer que me presentó Amalia esta mañana— ¿Qué tal ha ido tu día?

Liam no contesta pero me mira de reojo.

—Seguro que ha sido mucho más fascinante que el mío y eso que no me puedo quejar porque Amalia es una gran maestra, ¿sabes? —me mira confuso —me ha estado enseñando las tareas que hay que hacer en casa por la mañana y me lo he pasado muy bien con ella porque no hemos parado de trabajar.

Tengo muy claro que no me va a hablar y que iré haciendo un monólogo hasta casa pero es normal, aún no tiene tanta confianza conmigo. Le hablo de la lasaña tan rica que Amalia está preparando para la cena y al llegar al cruce de calles sigo caminando de frente a propósito. Liam se detiene en seco y yo me giro fingiendo sorpresa.

—¿Qué pasa, Liam? ¿Estás bien?

—No es por aquí —contesta y se frota la nuca con la mano sin moverse del sitio.

Ay, qué mono, hace el mismo gesto que su padre.

—Anda, pues estaba convencida de que era por aquí. Ay, madre, ¿y ahora qué hacemos?

Me acerco a Liam y me agacho un poco para ponerme a la altura de sus ojos. Me muerdo el carrillo y levanto una ceja.

—¿Tú sabes volver a casa?

Liam asiente y sin decir nada más emprende la marcha en la dirección

correcta, agarrando con los pulgares las asas de la mochila que lleva colgada a la espalda.

—Qué bien que sepas el camino —sigo estimulándolo para que hable conmigo—, si no, ¿qué habríamos hecho para encontrar tu casa?

—Pues llamar a Amalia o a papá —contesta señalando con la mirada hacia el móvil que llevo en la mano.

—Ay, Liam, eres genial, ¿lo sabes? —suspiro mientras le revuelvo con cariño el pelo de la coronilla. Liam sonríe satisfecho.

Al llegar, Amalia sale a recibirlo y le regala un abrazo cariñoso.

—¿Tienes hambre, campeón? —pregunta con alegría al muchacho y él asiente con una sonrisa tímida —pues no se hable más, deja esa mochila tan pesada y a merendar.

Liam sale corriendo hacia la cocina donde le espera la merienda sobre la mesa.

—Y no olvides lavarte las manos —le advierte con dulzura antes de que desaparezca del recibidor.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Has llegado bien? —pregunta Amalia cuando entramos en la cocina y yo aprovecho la oportunidad para subirle la autoestima al niño.

—Pues resulta que gracias a Liam no nos hemos perdido.

—Pero, ¿qué me dices? ¿Y eso? —pregunta Amalia con la boca abierta.

Veo que le cuesta decir lo que piensa al sentirse observado y le relato a Amalia cómo él solito me ha guiado hasta casa.

—¡Ese es mi niño! —exclama orgullosa Amalia y le da un abrazo tan fuerte que le aprieta las mejillas al muchacho en su regazo y sus ojos sonríen.

4. TREMENDO ERROR

Apenas llevo dos meses trabajando en esta casa y todavía tengo que ganarme la confianza de Liam, que aunque me va hablando cada vez más, aún le cuesta mucho decirme lo que piensa o lo que le preocupa. Y, bueno, supongo que también tendré que ganarme la del señor Evans, aunque ya no sé si es un tema de confianza o que me tiene manía por algún motivo.

Afortunadamente, en todo este tiempo hemos coincidimos muy poco —quizás por eso he aguantado tanto en esta casa— desde que se marchó Amalia, ha salido de viaje varios días y el resto ha estado trabajando hasta muy tarde en su oficina de Madrid. Lo que ya no tengo tan claro es si ha sido por exceso de trabajo —lo de llegar a casa cuando Liam y yo ya estamos en la cama— o para no cruzarse conmigo.

De verdad que no son paranoias mías, es que creo que este hombre me odia, o no le termino de caer demasiado bien y estoy convencida de que si no me ha echado todavía es porque Liam está algo mejor y está haciendo pequeños avances en casa y en el colegio.

El tiempo pasa y necesito hablar con sus profesores y no sé cuándo es el momento apropiado para hablarle del tema —sinceramente, me da miedo sacárselo y eso es algo que he de hacer cara a cara; ni de coña se me ocurriría mandarle un mensaje al móvil porque lo más seguro es que ni lo lea. Es como si fuera demasiado a su aire, como si sólo pensara en él. Supongo que el fin de semana se relajará un poco y hará planes con su hijo.

Liam, en cambio, tiene un fondo muy noble y generoso y hasta ahora, salvo un par de días que tuvimos más difíciles —coincidiendo con las ausencias de su padre— va haciendo todo lo que le pido y parece que le gusta, como lo de leer en la cama antes de dormir; costumbre que adoptamos cuando su padre se fue a Amsterdan durante cuatro días. A Liam le costaba conciliar el sueño y se presentaba cada dos por tres en

mi cuarto quejándose de que no podía dormir. Entonces me fui a su cama y le propuse leer juntos un poco antes de dormir. Y aquí estoy yo ahora, tumbada a su lado, haciendo equilibrios en el mismísimo borde de su cama pero más feliz que una perdiz escuchándolo leer en voz alta. Nos vamos turnando, él lee unos párrafos y después yo, y así hasta que terminamos un capítulo o llevamos un rato. Claro que las primeras noches solo leía yo hasta que por fin se animó y no puedo estar más orgullosa de él.

◆◆◆

Dejo preparado el desayuno de Liam sobre la mesa y me sobresalto al oír la voz ronca y grave del señor Evans.

—Buenos días —respondo atropellada.

—Hoy me quedaré a trabajar en casa —me dice en su habitual tono distante— y después iré al colegio a recoger a Liam. Regresaremos sobre las siete.

—Muy bien. ¿Le preparo el desayuno?

—No.

Se gira sobre sus talones y se marcha a encerrarse en su despacho y yo, como decía la canción, plantada allí con cara de gilipollas y cada vez más convencida de que este tío no me traga.

Por qué se comporta solo así conmigo, bueno con Liam, es una versión suave de cómo lo hace conmigo, porque reírse se ríe: alguna vez lo he escuchado hablando por teléfono. Sería alguna "amiguita" suya porque seguro que tiene algún ligue. Un hombre como él no puede estar solo, seguro que las tiene a miles detrás. El caso es que no es de estos hombres guapísimos pero tiene un gran atractivo —no es que se parezca físicamente pero me refiero al atractivo de Sean Connery (cuando era joven y estaba cañón, claro).

Se me va la pinza, más vale que me centre o me pillará Liam mirando a la nada medio bizca.

Vamos, que antes lo digo...

—¡Buenos días, Liam! ¿Has dormido bien?

Vaya cara que trae la criatura.

Resopla enfurruñado mientras se deja caer en la silla.

—A ti te pasa algo —me acuclillo a su lado y le froto el brazo— ¿Estás bien?

El niño no me dice nada.

—Uy, uy, uy, uy, uy —le digo haciendo una mueca. Acerco una silla y

me siento a su lado —A ver, cuéntame, sabes que puedes confiar en mí.

Liam se agarra las manos y las mueve inquieto.

—Es que esta tarde vamos a ir a otro cole.

—¿Y eso? ¿Vais a ir a ver a alguien? —niega con la cabeza— entonces, ¿por qué vais a ir a otro cole?

De repente rompe a llorar y yo me quedo a cuadros.

—Ey, Liam, tranquilo —le sirvo un poco de agua en el vaso —Toma, bebe un poco y me cuentas. Seguro que podemos arreglarlo.

—No se puede arreglar, mi padre quiere cambiarme de colegio porque dice que el mío es muy malo porque no me enseñan bien.

La confesión ha tenido el mismo efecto que si hubiese cogido la jarra y me hubiera regado por encima con jarra y todo. Definitivamente, este hombre no es capaz de dar puntada con hilo. Va a cometer un error tremendo. Esa no es la solución, como tampoco va a ayudar nada si me pongo nerviosa y le transmito mi preocupación al chiquillo.

—Vaya, ¿y no te apetece cambiar? ¿Quizás ese otro colegio te guste más y estés más cómodo?

—Pero aquí tengo amigos y allí no.

—Ya pero seguro que haces nuevos amigos.

—Pero yo no quiero hacer nuevos amigos —se levanta enfadado de la mesa y le agarro para darle un abrazo. Al principio se opone pero le abrazo fuerte y va cediendo y devolviéndome el gesto.

—Shhh, no te preocupes por eso ahora, cielo. Tú déjamelo a mí, ¿vale? Ahora toca ir al cole y cuando vuelva yo a casa, te prometo que hablaré con tu papá. Eso sí, aunque esta tarde vayáis a ver el otro cole, tú no te preocupes que no está todo perdido, ¿de acuerdo? Aún tenemos lo que nos queda de curso para demostrarle a papá que no necesitas cambiar de colegio, ¿te parece?

Le seco las lágrimas con los pulgares y después con una servilleta de papel.

◆◆◆

¿Sabes de esos momentos que se te presentan en la vida como súper difíciles, que piensas que no lograrás salir airosa? En mi caso uno fue el examen de conducir, otro cuando decidí poner fin a mi anterior relación, y el último, cuando me puse de parto. Lo curioso es que, aunque venzas esas experiencias, después se presentan otras que superan en dificultad a todo lo anterior. Y aquí estoy yo, plantada desde hace un rato delante de la puerta del despacho de mi jefe

porque me parece que la va a liar parda con esa idea tan absurda y estúpida, y porque encima yo le he prometido a Liam que hablaría con él.

Si el hombre que habita al otro lado fuera una persona normal, que sabe escuchar y que lo hace todo más fácil, pues no habría problema pero no tengo ni idea de cómo abordar el tema para que no me muerda en la yugular y después me entierre en su precioso jardín.

Doy unos golpecitos en la puerta con los nudillos y ya noto cómo me tiembla todo antes de abrir la puerta.

—Señor Evans, ¿tiene un momento, por favor? —le digo con un hilo de voz, con gallo incluido, mientras me asomo.

Él está sentado al otro lado del escritorio, escribiendo en su portátil. Deja de teclear, me mira con indiferencia y vuelve a lo suyo después de soltarme un "no" rotundo.

Yo alucino con este hombre. En fin, Laura, calma, vuelve dentro de un rato, quizás lo encuentres de mejor humor...

¡Ja, y una mierda!

—Pues tendrá que sacarlo porque lo que le voy a decir es muy importante y no puedo retrasarlo más.

—Es que estoy muy ocupado, ¿no lo ve? —me dice mientras se revuelve en su asiento.

—Y yo también, ¿o es que cree que el trabajo de la casa se hace solo?

Tomo asiento y él me observa atónito.

—No he venido a discutir con usted sobre quién está más ocupado como si fuéramos dos críos. Vengo para hablar de su hijo y de un tema que me preocupa especialmente.

Me mira sorprendido pero todavía incómodo por comportarme con tanto descaro.

—Usted dirá, soy todo oídos —cierra el portátil, cruza los brazos y suspira con fastidio.

—Como es un hombre tan sumamente ocupado no he encontrado la ocasión de pedirle que me solicite una cita con el tutor, y a ser posible con el responsable de orientación del centro.

—Pierde el tiempo, créame. Ya he hablado con ellos en varias ocasiones e insisten en que el problema lo tiene mi hijo y no ellos. Por eso he decidido cambiarle de colegio. De hecho esta tarde visitaremos uno.

—Oh, vaya —hago como si no supiera nada —¿y qué opina Liam?

—Eso no tiene ninguna importancia.

—Bueno, discúlpeme, pero sí la tiene, y ¿ha tenido en cuenta que esa decisión podría empeorarlo todo? —Me rehuye la mirada y se pone tan tenso como el palo de una escoba —Si le hace empezar de cero ahora mismo, con el curso tan avanzado, se bloqueará y tendrá que repetir sí o sí.

—¿Pero quién coño se ha creído que es para venirme a decir lo que es mejor para mi hijo? Yo soy su padre y usted es.... Es...

—Soy una persona que se toma muy en serio su trabajo, señor Evans. Soy la que pasa las horas con él y la que se ha dignado a escucharle y a observarle. Precisamente por eso, llevo tiempo queriendo tener esta conversación con usted.

Se frota la nuca con la palma de la mano pero vuelve a ponerse a la defensiva.

—A ver, cuénteme, que es lo que sabe de mi hijo que yo no sepa.

Trago saliva, tengo la garganta seca y el corazón me va a estallar.

—Liam es un niño muy inteligente, con una gran capacidad de aprendizaje y altamente sensible. Su único impedimento es que aún no ha sido capaz de recuperarse de la muerte de su madre. Por desgracia, sé lo duro que es perder a un padre con su misma edad y no es algo de lo que se reponga uno de un día para otro; podrían pasar años como fue mi caso. Piense en cómo lo lleva usted; seguro que la echa de menos —se retuerce en su asiento y cruza los brazos sobre su pecho —, seguro que todavía no entiende por qué tuvo que ser ella. Pero usted sale adelante porque se refugia en su trabajo y tras esa... esa especie de muro que ha levantado para que nadie se acerque a usted, ni siquiera su hijo.

Me mira con sorpresa, como cuando alguien adivina tus pensamientos y no te lo esperas.

—Su hijo no tiene problemas de oído, ni de capacidad, ni de rebeldía. No se entera de lo que explican en el colegio porque se refugia en la burbuja que se ha construido para evadirse cuando la realidad le supera.

Siento lástima por el hombre que tengo ahora delante. Está claro que he dado en el blanco porque ha apoyado los codos en la mesa y ha escondido su cara entre las manos.

Cambio el tono de voz que se había tornado severo por otro un poco más suave y amable.

—La buena noticia es que estamos a tiempo de ayudarle —levanta la cabeza —, pero tenemos que estar unidos todos los que tengamos contacto con él. Tenemos que trabajar juntos por su recuperación y ahora es el momento: Liam está mejorando, los profesores son

conscientes de ello. Lo sé por los comentarios que escriben en los trabajos de su hijo.

Se levanta y se va hacia a la ventana donde lo encontré cuando le conocí.

—¿Y qué propone? —su voz suena menos distante pero rota.

—En primer lugar, comunicación. Yo he venido a esta casa para ayudar, aprovéchelo; pero para eso es fundamental que usted hable conmigo: ya sea por algo que le preocupe o para compartir lo que le parezca interesante acerca de su hijo, o las dudas que pueda tener. Juntos podremos ayudar mejor a Liam. Y lo otro que propongo es hablar con el colegio para elaborar una línea de trabajo conjunta que ayude a Liam a reconectarse con los estudios, con los profesores y con sus compañeros. Por eso necesito una cita con su tutor y con la persona responsable del departamento de orientación.

—Y por qué quiere hablar con la orientadora —se gira para mirarme —, no quiero saber nada de psicólogos, mi hijo no tiene ningún trastorno y usted lo sabe, me lo acaba de decir.

Vuelve a girarse y a perder la mirada por la ventana que da al jardín. Doy unos pasos hacia él, tratando de acortar no solo la distancia física, también la emocional.

—No, no tiene ningún trastorno —mi voz es más serena ahora — pero piense que toda ayuda será buena para Liam.

Se da la vuelta para rebatirme y se queda bloqueado, quizás no se ha dado cuenta de que estaba tan cerca.

—Pero no se preocupe por eso ahora, lo importante es que el colegio sea consciente de la situación real y que nos pongamos todos a trabajar para ayudar a Liam.

Parece otro hombre totalmente distinto, abatido, más maleable; hasta me dan ganas de reconfortarle con un abrazo pero no sé a qué viene ese pensamiento tan... raro.

—Gracias por haberme atendido —creo que ya ha sido suficiente y que mis palabras siguen haciendo efecto en él—. Será mejor que me retire para que los dos podamos continuar con nuestras obligaciones.

No se mueve, no asiente con la cabeza, solo permanece callado. Sin añadir nada más, me marcho cruzando los dedos para que reflexione y vuelva al camino correcto.

5. ¿POR QUÉ ME ODIAS TANTO?

Como Liam y su padre no llegarán hasta más tarde, me planto mis auriculares y una lista de reproducción movidita, con ritmos latinos y música disco, y me centro en dejar preparada la cena y también la comida del día siguiente. La música hace que me vengo arriba y preparo también un bizcocho con trocitos de manzana por si la criatura viene con hambre o para suavizarle el disgusto de la visita a un colegio extraño.
Lo dejo reposando fuera del horno y apago la placa de inducción. Me voy escaleras arriba para colocar la ropa y echar un último vistazo por la planta de arriba, por si me he dejado algo sin hacer.

Bajo las escaleras con movimientos sensuales al ritmo de *Señorita* de Camila Cabello y Shawn Mendes y cuando llego a la planta baja, aprovecho para marcar unos pasos al compás, como hacía Baby, la protagonista de *Dirty Dancing*, cuando está aprendiendo a bailar merengue pero sin pataleo.

Abro los ojos y me asalta un Liam pletórico que se me abraza muy fuerte con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡No hemos ido a ese cole! Dice papá que de momento no vamos a ver ninguno, que me tengo que esforzar más para poder seguir en el mío— Me vuelve a abrazar fuerte.

Creo que es la primera vez que escucho a Liam hablar tanto seguido por voluntad propia.

Me quedo de piedra al ver al señor Evans que no me quita ojo.

Ay, Dios, seguro que me ha visto contoneándome con sensualidad al ritmo de la música latina.

Lo noto, el cosquilleo, el corazón aporreando para salirse de mi pecho y el ardor en las mejillas, que deben estar de color escarlata.

—Guau —consigo respirar por fin y disimulo como puedo —pero esa es una noticia estupenda, Liam.

Miro esta vez con disimulo a su padre y le pillo observándome de un modo... cómo diría yo, diferente pero enseguida se pone tieso como un palo y desaparece en su despacho.

¡Ay que joderse, qué tío más raro!

—Tengo bizcocho recién hecho, muy rico, ¿te apetece comer un poco?

—Sí —y sale corriendo hacia la cocina.

—Te gusta, ¿eh? —pregunto divertida mientras cuelgo la estola detrás de la puerta y me quedo con mis vaqueros y mi jersey de canalé color blanco roto con escote barco que tanto me favorece.

—Me encanta —se le enreda la lengua con el bocado que le ha dado al bizcocho. Ha venido parlanchín. Me gusta, sobre todo ver la cara que pone al masticar.

—¿Crees que a tu papá le apetecerá comerse un trocito?

En el fondo me da pena; no puede ser mala persona, solo es serio, y algo tosco conmigo, pero tengo el presentimiento de que no es más que una coraza y que debajo todavía queda algo de humanidad.

Liam agranda los ojos y mastica rápido para tragar.

—Sí, porque es muy goloso; más que yo.

—Toma, llévale este trocito —asiente masticando el último trozo de su plato —y recuerda llamar primero a la puerta, ¿vale? Ah y pregúntale si quiere también una taza de café para acompañar el bizcocho.

Habría ido yo misma en agradecimiento por haber recapacitado respecto a lo de cambiar a Liam de colegio, pero la verdad, no me apetece aguantar una de las suyas; además, no quiero que se me quite este regusto tan agradable a victoria que tengo ahora mismo.

◆◆◆

Suena un trueno relativamente cerca y me sobresalto cuando escucho el tintineo de las primeras gotas de lluvia que empiezan a caer.

¡Mierda, se me había olvidado completamente!

Salgo corriendo hacia el jardín y me pongo como las locas a echar todo tipo de pestes por la boca mientras recojo la cantidad exagerada de cojines que hay repartidos por las sillas, sofás y sillones del jardín. Lo que ha comenzado con cuatro gotas que caían esparcidas a capricho, se ha convertido, en cuestión de segundos, en el diluvio universal versión huracanada en Boadilla del Monte.

Estoy calada hasta los huesos y mi precioso jersey de canalé se ha

convertido en una plasta de tela mojada y transparente que se ciñe a mi abundante pechera y muestra alegremente mis pezones empitonados, al estilo de esas tías súper buenorras que salen limpiando los coches en las películas americanas —pero sin coche, sin espuma, pasando un frío de la leche y con la máscara de pestañas toda corrida.

Me doy prisa para terminar de recoger las pesadas colchonetas de las tumbonas que hay junto a la piscina antes de que alguien me vea así.

—¡Laura!

Escucho la voz desgarrada del señor Evans y me da un amago de infarto solo de pensar que a Liam le ha pasado algo en mi ausencia. Me giro y antes de que pueda reaccionar, la enorme sombrilla se me cae encima y me zambullo con ella en el agua helada hasta tocar el fondo de la piscina. La sombrilla es tan pesada que me cuesta quitármela de encima. Cuando se me está acabando el oxígeno, una mano tira de mi brazo y me impulsa hacia arriba.

Doy una bocanada de aire y toso sin parar porque me han entrado unas gotas de agua. El señor Evans está a mi lado, empapado y fatigado, y me lleva hacia la parte donde hacemos pie. Sigo tosiendo y tratando de coger aire y las piernas me flojean tanto del susto que soy incapaz de ponerme de pie. Me quedo sentada en la parte menos profunda de la piscina, en uno de los escalones, tiritando. Él se agacha a mi lado y me coge la cara con ambas manos.

—¿Estás bien? ¿Has tragado mucha agua?

Pregunta tan rápido que conteste lo que conteste con la cabeza no me va a entender.

Sí, estoy bien; no, no he tragado mucha agua.

Nos ponemos de pie dispuestos a salir pero mis piernas no me responden, la cabeza me duele tanto que parece que se me está abriendo en dos. Todo se vuelve negro y confuso: sigo oyendo su voz de fondo, que viene y va, que se aleja y se acerca y no alcanzo a entender lo que escucho. Siento que floto, que levito y me muevo porque siento las gotas de lluvia sobre mi cuerpo y el aire soplando sobre mi piel.

—¿Laura? —escucho la voz de Liam. Está muy asustado.

—Rápido, Liam, acércame la manta del sofá...

Noto un calor húmedo y vuelvo a levitar y a rebotar, la cabeza me da vueltas. La frente me palpita y me arde.

—¿Se va a morir?

—No, cariño. Pero tráeme el teléfono. Llamaré a emergencias, ¿vale?

—No, no hace falta —le digo a Liam algo afónica y casi sin aliento— estoy bien.

—Sí, ya lo veo —dice el señor Evans con sarcasmo.

Consigo con esfuerzo levantar los párpados que me pesan como el plomo y lo primero que veo son sus preciosos ojos azul celeste, que me miran con ternura. Y yo me estremezco al sentir su aliento sobre el mío y esos labios tan carnosos y sensuales tan cerca. Su mano se posa sobre mi mejilla y con el pulgar limpia las gotas que me van cayendo de su pelo mojado. Embobada, recorro en detalle cada milímetro de su rostro. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que estamos tirados en el suelo del salón, como si estuviéramos haciendo una representación teatral de la La Piedad de Miguel Ángel, pero en nuestro caso, yo soy la que está hecha un Cristo en sus brazos.

No puedo soportar el cosquilleo que me produce tenerlo tan cerca y las ganas que me están entrando de agarrarle del cuello y propinarle un beso en esos labios tan apetecibles. Antes de que haga una estupidez de las gordas, intento levantarme. Al incorporarme, el dolor de cabeza me late con fuerza y las ganas de vomitar aumentan hasta que echo el poco agua que he tragado.

—Lo siento. Ahora mismo lo recojo todo —digo avergonzada.

—Olvídate de eso, ya lo haré yo luego.

Me ayuda a levantarme, y de sopetón me llevo la mano al bolsillo. ¡No! Hago lo mismo con el otro bolsillo y nada.

—¿Qué ocurre?

—El móvil, estará en la piscina —tengo intención de zambullirme en el agua para recuperarlo, ¿cómo me voy a comunicar con mi niño? En esta casa no hay teléfono fijo, ¿dónde se ha visto eso? Y pedirle el móvil al señor Evans ... como que ni de coña.

—No te preocupes ahora por eso. Será mejor que nos cambiemos de ropa o los dos cogeremos una pulmonía.

Liam aparece con el cubo y la fregona y me derrito con tanta ternura.

—Muy bien, hijo. Cuando termines, puedes ver la tele un rato mientras acompaño a Laura y me cambio de ropa— le dice su padre.

Ya de pie, me acompaña en silencio hasta mi habitación. Menos mal que voy envuelta en la manta, si no, menudo espectáculo de transparencias. Nos detenemos en el pasillo, junto a mi puerta y no puedo apartar los ojos de él. Está totalmente empapado y la camisa se le pega tanto que deja adivinar parte de su ancho y atlético pecho.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta de golpe.

¡Ay, madre! ¿Lo dice por la mirada que le acabo de echar, o porque lo que

acabo de pensar lo he dicho en voz alta?

—Esas cosas se hacen antes de que se ponga a llover. ¿A quién se le ocurre salir al jardín con semejante tormenta?

—Es que no había recogido lo de fuera y... —me defiendo de forma pueril, conteniendo las lágrimas.

—¡Casi te ahogas! Menos mal que estaba en casa para sacarte de ahí. ¡Que sea la última vez que haces una estupidez así! —me ladra a la cara y yo agacho la cabeza abochornada y arrepentida.

—Lo siento, de verdad, lo último que imaginaba es que me fuera a caer encima una sombrilla gigante.

—Me da igual —se calla de golpe—. Haz el favor de tener más cuidado —aprieta los labios con fuerza, conteniéndose pero encrudeciendo el gesto— mi hijo te necesita y... da igual.

Se da media vuelta y se mete en su habitación seguido de un portazo. Me quedo helada.

¿De qué va? ¡Que casi me ahogo, oiga! ¿No podía dejar la mala hostia para otro momento?

¡A tomar por saco!

Aporreo su puerta y la abre con brusquedad. Aparece ante mí con el torso desnudo y con el primer botón de sus pantalones desabrochado de forma que apoyan sobre sus caderas. Su imagen me resulta aterradora pero fascinante a la vez, como si estuviera ante el mismísimo Zeus: grande, imponente, con sus músculos bien definidos, con menos barba, sin tableta y afortunadamente sin el amenazante rayo en la mano. Otra cosa son sus ojos, que me miran como si me fueran a traspasar como un láser.

Pierdo la noción del tiempo, no sé si han sido milésimas de segundo o minutos enteros pero me da la sensación de que llevo un rato pasmada frente a él, con la boca abierta y colorada como un tomate.

Aparto la mirada pero mi mente se ha quedado en bucle con la visión de la cinturilla de sus calzoncillos asomando bajo sus pantalones de pinzas. Otra vez el cosquilleo y ese calor en el vientre que me enciende y me confunde.

Me arropo en vano con la manta húmeda que cae pesada sobre mi cuerpo y humedezco los labios mientras me armo de valor para decirle lo que le quiero decir. Sus ojos aguardan con curiosidad y sorpresa.

—¿Por qué me odia tanto? ¿Qué le he hecho? —le suelto sin filtros y una vez que empiezo no soy capaz de contenerme— Porque yo creo que no le he dado motivos para que me trate como si fuera algo molesto o... o apestoso que aparta a base de borderías o evitándome.

Solo trato de hacer bien mi trabajo, soy amable con usted, intento comprenderle y hacer todo a su gusto... Vale que a lo mejor me haya excedido esta mañana pero era algo importante y urgente. Además, veía con claridad que iba a cometer un gran error con su hijo y—

Me agarra la cara con ambas manos y enmudezco en el acto.

Por unos instantes, se queda callado, tensando la mandíbula, abriendo las aletas de la nariz cada vez que inspira, debatiéndose internamente. Su respiración se entrecorta tanto como la mía.

—Laura —Interrumpe al fin el silencio con un suspiro pesado— Yo... yo no te odio.

—Entonces, ¿por qué me trata tan mal? —le increpo con los ojos bañados en lágrimas.

Me abraza y me amoldo a su regazo. Me acaricia el pelo y esa sensación eléctrica que me transmite su tacto se propaga por todo el cuerpo. Aprieto la mejilla sobre su pecho y siento el calor que emana de su piel desnuda, su aroma dulce y los latidos de su corazón tan acelerados como los míos.

Apoya su barbilla sobre mi cabeza y escucho cómo sorbe su nariz.

—Lo siento mucho. No quiero ser así pero no puedo ser de otra manera —su voz reverbera en mi oído y vibra en mi pecho —; es que... es que estoy muy jodido. Estoy tan sumamente jodido que siento que la vida me viene grande y cada vez hay más días en los que no me aguanto ni yo...

Levanto la cabeza. La tristeza se ha apoderado de esos ojos tan claros y tan bonitos. Quisiera consolarlo pero no sé cómo.

—Me encantaría tener la capacidad que tiene mi hijo y abstraerme lejos de todo lo que me hace daño pero no puedo.

Guarda silencio por unos instantes, se separa con delicadeza y yo le miro a sus ojos enrojecidos y brillantes. Se me cae el alma a los pies al verlo totalmente desarmado.

—No es por ti, Laura. El problema no eres tú, es que yo soy así —vuelve a tensarse y adopta su tono frío y seco habitual—. Será mejor que nos cambiemos de ropa. Tengo frío y tú hace un rato que tienes los labios morados y que te castañetean los dientes.

◆◆◆

Aunque Patrick me ha dado la tarde libre, no he querido perderme mi cita de lectura nocturna con Liam. Ya se me ha pasado el susto, en parte, pero aún me queda una mezcla de sensaciones que me dejan un regusto amargo y no me permiten conciliar el sueño. Con Liam me

relajo y la lectura me ayuda a despejar la mente.

Lo arropo bien y me tumbo a su lado. Sé que algo le inquieta por cómo me mira de reojo una y otra vez.

—Dime, ¿qué te da vueltas en esa cabecita? —Me apoyo sobre un brazo y con la otra mano le toco con dulzura en el centro de la frente.

—¿Te vas a morir? —me suelta sin rodeos pero con un hilo casi imperceptible de voz.

—¿Y eso? ¿No lo dirás por lo de esta tarde?

—Es que escuché un día que rescataron a un niño de una piscina y murió horas después.

—Bueno, para tu tranquilidad te diré que apenas tragué agua, tan solo fueron unas gotitas, así que tranquilo, que no me voy a morir por eso —le doy un beso en la sien—. Prepárate porque aún te queda Laura para rato.

Le hago cosquillas en la tripa y consigo arrancarle esa risa tan contagiosa que tiene. Le acaricio la mejilla y empiezo a leer mi trocito. Después le escucho leer y entre que estoy agotada y lo relajante que me resulta su voz, cada vez me resisto menos a cerrar los ojos.

◆◆◆

—Laura —reconozco la voz susurrada del señor Evans en mi oído a la vez que me toca el hombro con delicadeza— Ey, despierte.

Entreabro un ojo y le miro todavía adormilada.

—Se va a caer al suelo —insiste con el mismo tono de voz suave, cálido y relajado.

Me sobresalto al darme cuenta de que no es un sueño y me pongo en pie de un salto. Todo empieza a girar a mi alrededor. Con rapidez, me rodea por la cintura y me atrae hacia su pecho. Me agarro a él apurada y la misma corriente agradable que me sacude cuando me toca, me recorre todo el cuerpo, acelerando mis latidos y mi respiración.

—Despacio, te has mareado —me susurra en la oreja para no despertar a su hijo. Me estremezco con su cálido aliento sobre mi piel, que se me eriza a traición. Recobro como puedo el sentido de lo que está ocurriendo y me aparto de él despacio.

—Lo siento. Me he quedado dormida.

Salimos del dormitorio de Liam y aprieto los ojos para protegerme de la luz de los alógenos que iluminan el largo pasillo. Al parecer, lo ha interpretado como si no me encontrara bien y fuera a perder el equilibrio otra vez porque se ha acercado para sujetarme.

—Estoy bien, gracias, mucha luz de golpe —se me vuelven a enrojecer las mejillas, estoy empezando a sentirme algo incómoda por cómo reacciona mi cuerpo cuando lo tengo tan cerca.

Lo mejor es que me refugie en mi cuarto. Me despido de él.

—Espere —suena a súplica —, solo quería darle esto.

A Patrick se le dibuja una media sonrisa nerviosa cuando me ofrece un móvil.

—Es uno viejo que tengo desde hace tiempo dando vueltas por casa. He sacado el suyo de la piscina y lo único que he podido recuperar ha sido la tarjeta sim, afortunadamente es compatible con este teléfono.

Se me van los ojos hacia semejante móvil. Es de los caros y es mil veces mejor que el mío.

—Se lo agradezco muchísimo pero no puedo aceptarlo, yo...

—No puedes estar sin móvil, necesito tenerte localizada y en esta casa no tenemos teléfono fijo. Podrías necesitarlo y también... he pensado que... querrías hablar con... con tu madre o con tu hijo.

Suena bastante convincente, no solo por lo que dice sino por cómo lo dice, pero es demasiado. Me cuesta aceptar algo así.

—Está bien, me lo quedo pero solo hasta que consiga otro.

—No hace falta. Yo no lo necesito y Liam es demasiado pequeño para que tenga uno.

—Pero yo... yo no puedo aceptarlo.

—Sí puedes.

Ay, qué hombre más cabezón. Claro que puedo, pero no quiero.

Y tampoco quiero pasarme de lista y arriesgarme a que vuelva a encerrarse en su afilada coraza y me quede sin teléfono.

—Vale, me lo quedo pero si por un casual encuentro otro que se adapte mejor a mis necesidades y me lo compro, le devolveré este para que lo tenga a mano para una emergencia. Imagínese que se le cae el móvil accidentalmente al agua.

—Ja, no creo. Soy muy pero que muy cuidadoso con eso.

—Yo también y mire.

—Está bien —el suspiro que lanza suena un poco entre bufido y gruñido —como quiera.

Se despide y mientras se gira para dirigirse a su dormitorio le pillo sonriendo.

6. DETALLES

La melódica e inoportuna alarma del móvil interrumpe sin piedad un sueño que hace rato se había diluido y que trato de recuperar acurrucándome bajo las sábanas. Miro de reojo el reloj de la pantalla y me sobresalto al ver la hora que es.
¿Pero cuántas veces la he retrasado?

Doy un respingo, sacudo las sábanas, las almohadas y la colcha y dejo la cama hecha. Abro la ventana para que se ventile la habitación y coloco unos vaqueros azules y una camiseta blanca semi-entallada de manga larga sobre la cama antes de salir pitando a ducharme.

No tardo mucho en salir del baño, maquillarme un poco y vestirme. Tengo el pelo empapado. Lo seco un poco más con la toalla y desenredo mi larga melena castaña de pelo liso y lacio. Enciendo el secador y termino de secarlo por completo. Me hago una coleta alta y me voy a despertar Liam.

Al salir al pasillo tengo que hacer un esfuerzo enorme para frenar a tiempo y no llevarme por delante al señor Evans —Otra vez.

En un acto reflejo se gira y me agarra por los brazos para evitar que ambos caigamos al suelo. Me sujeta con firmeza por los hombros y ese cosquilleo eléctrico tan familiar me envuelve por completo. Su mirada casi cristalina se pasea por mi rostro para detenerse por unos segundos sobre mis labios entreabiertos y de allí revolotear hasta posarse sobre mis ojos, que le observan sin apenas pestañear.

—Oh, cuánto lo siento —balbuceo.

Me arde tanto la cara que casi puedo ver el rubor de mis mejillas reflejado en sus pómulos.

—Tiene usted una vitalidad arrolladora, señorita Laura. Menos mal que no lleva zapatos de tacón.

Miro hacia abajo y veo mis pantuflas grises con pompón blanco sobre sus zapatos brillantes e impecables.

—Ha tenido mucha suerte —le digo mientras vuelvo a poner los pies en el suelo—; si los hubiera llevado puestos, me habría tenido que llevar clavada en sus pies todo el día.

Me llevo las manos a la boca para que no salga ninguna incoherencia más —y ya de paso, para ahogar la risita histérica que se está apoderando de mí.

Él rompe el asfixiante silencio con una carcajada y me río avergonzada.

Será mejor que guardemos las distancias, una cosa es ser educada y agradable pero otra muy distinta es bromear con el jefe; o lo que es peor, que él piense que estoy flirteando con él.

—Tengo que —titubeo al principio, señalando en dirección al dormitorio del niño —tengo que despertar a Liam.

◆◆◆

Cuando he regresado de dejar a Liam en el autocar de ruta, me he encontrado una sorpresa sobre la mesa de la cocina: una carpeta con una nota escrita con trazos seguros y elegantes con tinta negra.

"Laura:

He pedido cita con el colegio. Posiblemente te hagan un hueco la semana que viene para que te puedan atender el tutor y la orientadora en una misma visita. En cuanto me lo confirmen te digo fecha y hora.

Mientras tanto, te dejo esta carpeta con toda la información que tengo sobre el curso de Liam. Espero que te sirva de ayuda.

Gracias.

Patrick"

Vaya, qué detalle.

Me siento en el taburete de la barra que hay junto a la cocina de inducción y reviso el resumen de principio de curso y el resto de folios con los objetivos mínimos de cada asignatura. En el resumen encuentro un esquema de cómo evalúan las asignaturas. El 60% de la nota es para las destrezas orales, el 20% para las pruebas escritas y el 20% trabajos colectivos y exposiciones orales y voluntarias.

—¡Dios!, ¿cómo va a aprobar la criatura?

Continúo moviendo las hojas de un lado para otro. Esto no hay por dónde agarrarlo. Solo tengo un trimestre y medio para darle la vuelta a la situación de Liam. Tiene que haber algo que yo pueda hacer, alguna grieta en estas normas tan absurdas que pueda ayudar a un

niño como él a demostrar que posee los conocimientos que se le exigen, aunque no sea tan participativo en clase.

Suena la alegre melodía de guitarra que he puesto en el móvil para las llamadas y veo en la pantalla el nombre de mi amiga.

—¡Hola! Me acaban de anular una cita y no paro de pensar en ti, ¿qué tal estás, solete?

—Bueno... teniendo en cuenta que ayer me tiró una sombrilla a la piscina y casi muero congelada; que me enfrenté a mi jefe después de que me salvara la vida y acabamos abrazados haciendo pucheros; que después me regaló un móvil y hoy me ha dejado un detallito en la cocina en forma de carpeta con información del cole y una nota en la que me dice que ha pedido cita para que me concedan una tutoría...

—Espera: ¿Qué?

Puedo imaginarme a Cris con la mandíbula desencajada, tratando de encontrarle la lógica a lo que acabo de decir. Me apiado de ella y le cuento una versión más detallada de todo lo que me ha ocurrido en las últimas horas.

—Pues eso, que estoy hecha un lío y un manojo de nervios pero en el fondo estoy contenta porque desde que se sinceró conmigo, parece que se está esforzando por ser algo más correcto y amable.

—Y verás que vuestra relación va mejorando, me refiero, en sentido laboral, claro.

—Cris, que te conozco...

—Ja, ja, ja, ¿qué pasa?

—Que es como si te leyera el pensamiento y es un no rotundo.

—Me parto contigo —se echa una carcajada—. Está claro que te hace tilín. Ja, ja, ja, seguro que te estás poniendo colorá.

—La madre que te —Me muerdo la lengua e intento defenderme sabiendo que tiene razón—. Ya pero una cosa es que me haga tilín y otra cosa es que vaya a pasar algo entre nosotros. Sería una tontería por ambas partes.

—Pues a mí me da que tú también le haces tilín.

—Venga ya, cómo se va a fijar en mí con la cantidad de pivones que tendrá a su alcance.

—Ay, Laurita, qué poco te quieres. No eres consciente ni de lo que vales ni de lo guapa que eres por dentro y por fuera.

Como si me leyera el pensamiento, antes de que lo haga yo, cambia el rumbo de la conversación y se lo agradezco.

—Bueno, querida, al lío que se me está acabando el tiempo. Te

comento tres cosillas importantes sobre lo que hemos hablado hace un momento: primero, cierra esa carpeta y desconecta, deja que las ideas fluyan. Estoy totalmente convencida de que se te ocurrirá algo ingenioso para que Liam hable, aunque sea solo delante del tutor. Segundo, estoy segura de que cuando hables con el colegio, siendo una persona externa y objetiva, te tomarán más en serio que al padre acalorado y enrabietado que les echa la culpa del fracaso de su hijo. Y tercero, está claro que Liam necesita ayuda y por eso se la vamos a dar aunque su padre no quiera. Te voy a enviar un cuestionario para que me lo rellenes. Así podré ver si hay algún tipo de patología o de trastorno que pueda estar alimentando esa conducta. Una vez tenga los resultados, crearemos un plan de trabajo y hablaremos una vez a la semana para evaluarlo e irte guiando, ¿te parece?

—Claro —respondo mientras termino de tomar nota.

—Y cuarto —

—¿Cuarto? No eran tres cositas...

—Sí pero esto también es importante: haz el favor de cambiarle la melodía al contacto de tu jefe: La Marcha Imperial, ¿en serio? Ja, ja, ja, como te pille te estrangula telequinésicamente.

Me desahogo riéndome a carcajadas con ella. No lo he podido evitar, tenía que poner una melodía diferente para diferenciarle del resto y esa le va perfecta.

—Bah, eso no va a pasar. Nunca me llama ni me manda mensajes.

— ¿A los mensajes también se la has puesto?

—Por supuesto. Al principio puse la respiración pero me daba tanto yuyu que la cambié por la versión corta de la Marcha Imperial.

—Eres la leche. Bueno, tengo que dejarte. Besos.

7. DE HORMIGAS Y JUEGOS

La nube que descargó el aguacero de la mañana ha desaparecido y ha dejado el cielo prácticamente despejado. En las zonas más sombrías, todavía hay charcos y el olor a tierra húmeda me acompaña en el camino. En la sombra hace frío pero un rato al sol, esperando a que llegue el autobús, es suficiente para sentir la necesidad de quitarme el anorak y dejar que los rayos de sol calienten mi cuerpo y se llene de vitamina D.

Por mi lado, sorteando los troncos que invaden gran parte de la larga y estrecha acera, pasa una mujer corriendo cuesta arriba. En este mismo instante me dan ganas de retomarlo. Soy consciente de que hace al menos tres años que no salgo a correr pero me sigue picando el gusanillo, y tarde o temprano tendré que ponerme una fecha para empezar de nuevo.

Mientras espero a Liam se me ocurren varios juegos para que vaya cogiendo confianza en sí mismo. Por ejemplo, que haga él de profesor y yo de alumna, jugar a juegos de mímica para adivinar palabras. Estoy segura de que en su cuarto de juegos he visto un Pictionary y un Gestos que nos vendrán de fábula para hacerlo todo más ameno y divertido.

Baja del bus contento pero menos hablador que los últimos días. Va parándose de árbol en árbol a buscar algo en la arena de los alcorques y me puede la curiosidad.

—¿Qué pasa, Liam? —me acuclillo a su lado— ¿Se te ha perdido algo?

El niño sonríe y señala el suelo.

—Vaya, esto está llenito de hormigas. Me pregunto a dónde irán.

Las observa fascinado y sin levantar la cabeza me responde.

—A su casa, mira —señala a las que cargan comida —¿lo ves? Se

llevan la comidita para almacenarla —da unos pasos acuclillado y señala otra vez, con más entusiasmo —. Allí está el hormiguero.

En un diminuto montículo de arena junto al muro, hay un agujero por el que entran y salen con orden militar.

Estudio detenidamente a donde él señala y después la línea en dirección contraria.

—Mira, Liam —señalo los restos de un bocadillo caído en la acera a un par de metros del hormiguero —habrán olido la comida y han salido a por ella.

El muchacho se incorpora y al ver el trozo de pan invadido por ellas asiente emocionado.

—¿Te gustan las hormigas? —pregunto con curiosidad.

—Sí —contesta sin apartar la mirada del suelo. Coge un palo fino, tan largo como un lapicero y tan ancho como un hilo gordo de lana. Lo pone en el camino y las hormigas lo sortean pasando por encima con rapidez — pero estas son diferentes a las del jardín de mi casa. Estas son más grandes y negras, las de casa son pequeñitas y marrón oscuro.

—Que curioso. Claro, habrá muchas especies. Me parecen muy interesantes y son muy organizadas; además sus hormigueros son muy curiosos.

—Nunca he visto un hormiguero por dentro —dice pestañeando con sus alegres ojos azules. Tiene la cara redonda y la nariz respingona salpicada de pecas.

—¿Y te gustaría ver uno?

Liam asiente y me mira confuso pero anhelante.

—Umm, déjame que piense, conozco a un chico que tiene un hormiguero en casa.

—¿Dentro de su casa? —se queda con la boca abierta.

—Sí, un vecino mío tiene uno dentro de su casa.

—¿Y dónde lo tiene? ¿En el suelo? ¿Y su mamá le deja?

—Pues claro que le deja, porque están en un hormiguero artificial. Es como una caja rectangular un poquito más grande que mis dos manos juntas. Está hecha de metacrilato y tiene también una tapa transparente de color rojo para que el sol o la luz del día no las moleste; como sus hormigueros están bajo tierra, no necesitan tanta luz.

—¿Qué es el metraquilato?

Me levanto y le hago un gesto para continuar caminando.

—Pues el metacrilato es una especie de plástico; es transparente, como

si fuera un cristal, y es muy resistente también. El hijo de mi vecina lo tiene desde hace un par de años; más o menos desde que tenía tu edad. Sus padres le regalaron uno y está encantado, pero eso sí, tiene que cuidarlas para que la colonia de hormigas crezca sana y no se muera.

Estábamos tan metidos en nuestra conversación que hemos llegado a casa sin darnos cuenta.

—Anda, campeón, a lavarse las manos y a merendar que seguro que te gusta lo que te he preparado —le guiño el ojo mientras le ayudo a quitarse la mochila y él sale embalado hacia la cocina. Saco de la nevera el plato con bombones de fruta. Es simple de preparar y a Liam le encanta. Esta vez he cortado plátano, pera y manzana en trocitos y los he bañado en chocolate fundido, que al entrar en contacto con el frío se endurece y adquiere forma de bombón.

Después de acabar las tareas del colegio y de hacer un dictado, le dejo buscar toda la información que necesite sobre las hormigas.

—Mira lo que he encontrado —me señala en la tableta dando saltitos en el sofá del salón de la televisión — aquí te regalan una colonia de hormigas Messor Barbarus, ¡con su reina y todo! Dice que son las más fáciles de cuidar. También dice que tienen vuelos nupciales que coinciden con el cambio de estación.

Me contagio con su entusiasmo y sonrío emocionada pero me nace un incómodo cosquilleo en la boca del estómago al preguntarme si habré hecho bien al animarlo tanto con las hormigas. Miedo me da lo que pueda decir su padre.

◆◆◆

Para esta noche he escogido un libro de Beatrix Potter en inglés y le he pedido a Liam que me ayude con la pronunciación o que me corrija cuando lea alguna palabra mal. Eso ha hecho que se sienta importante y ha sido muy educado conmigo. Ha tenido que corregirme en alguna ocasión y he podido notar la satisfacción del muchacho al convertirse en el profesor por unos instantes. Ahora le toca leer a él y pienso que es una pena que sus profesores no tengan la ocasión de escucharlo. Estoy convencida de que en su clase hay muchos niños que no leen tan bien como él lo hace —tanto en castellano como en inglés.

Le doy un beso de buenas noches en la frente y me retiro a mi cuarto.

Estoy agotada y la ducha me sienta de maravilla. Me planto los pantalones del pijama rosa de punto lleno de caras de gatos de distintos colores y después me pongo la camiseta a juego con un revoltoso minino atrapando un ovillo de lana gris que ocupa la parte

central del pecho. Me siento en la cama y abro la carpeta. Me pongo los auriculares y selecciono una lista de reproducción de baladas. Tomo aire para armarme de paciencia y reviso las notas que he ido tomando en mi cuaderno de espiral hasta que me da la medianoche.

Necesito seguir un poco más pero la cama se vuelve cada vez más acogedora y me resulta casi imposible resistirme al sueño. Me calzo las pantuflas grises con el pompón blanco, recojo todo y me lo bajo a la cocina para prepararme un té y continuar un poco más.

Me muevo con soltura en penumbra hasta la isla, allí enciendo los focos que alumbran la zona de la placa de inducción y parte de la barra donde están los taburetes altos. Lleno el hervidor de agua y lo pongo en marcha. Mientras espero, observo a través de la ventana cómo resplandece la luna llena bajo las nubes grises. El viento las va empujando con calma y la luna respira e ilumina tímidamente una parte del jardín. En menos de un minuto tengo el agua lista para preparar la infusión.

Me siento en el taburete, agarro la taza con ambas manos para calentarlas mientras me deleito con el aroma del té de jazmín. Miro el reloj de la cocina y me prometo que solo estaré una hora y me acuesto. Dejo a un lado la taza para que se temple un poco, extiendo las hojas y abro el cuaderno de espiral a un lado. Tomo el bolígrafo y sin levantar la mirada de los documentos, me mezo suavemente sobre el taburete al ritmo de *Cloudy Skies*, de Ugly Kid Joe. No sé qué tiene esta canción que me anima y me relaja a la vez.

Apoyo el codo sobre la encimera y la mejilla sobre la mano. Garabateo en una esquina de la libreta a la vez que canto la canción en voz muy baja, como si le cantara una nana a mi querido Hugo. Concentro la mirada en los documentos a la vez que atrapo delicadamente con los labios el bolígrafo, pensativa y tarareando la melodía que escucho a través de los cascos. Levanto la cabeza sin atender a la penumbra que me rodea, y mordisqueo el bolígrafo, estoy a punto de encontrar la inspiración, lo presiento. Por el rabillo del ojo intuyo un movimiento y doy un respingo al ver una sombra corpulenta acercándose como un fantasma.

—¡Ay! —consigo ahogar el grito para que no resuene por toda la casa y me llevo la mano al pecho. Me quito los auriculares y me muerdo el labio tratando de contener la risita histérica. Él me observa desde la penumbra mientras se acerca a la zona iluminada. Me he quedado muda, me siento como si me hubieran pillado haciendo alguna travesura. Me arde la cara.

Sus ojos azules se oscurecen al observarme pero hay mucha tensión en su gesto. Quizás no le ha gustado encontrarme a estas horas en la

cocina como si fuera mi casa. Me revuelvo en el taburete.

—Buenas noches —rompe el silencio —¿Qué hace levantada a estas horas? ¿Se encuentra bien? —pregunta al ver la taza con la infusión humeante sobre la encimera.

Uff, menos mal, no hay regañina.

—Me encuentro bien, gracias. He bajado a prepararme un té para seguir trabajando un poco más pero ya me iba, es tarde —miento descaradamente y empiezo a recoger las hojas. Me está poniendo nerviosa, ahí plantado delante, observándome. Paso por su lado apretando los documentos contra mi pecho con un brazo y con la otra mano sujetando la taza. En ese momento me fijo en la expresión descompuesta que presenta su rostro y las palabras me salen de la boca sin pensar.

—Pero usted no trae buena cara...

Me esquiva la mirada y suspira resignado.

—Ha sido un día bastante intenso y estoy agotado —se frota la frente con sus dedos largos y delgados de pianista —y creo que la cabeza se me va a partir en dos.

Dejo todo sobre la encimera y con tono dulce y animoso le pido que tome asiento.

—Ahora mismo le preparo una infusión y le doy algo para el dolor —enciendo el hervidor de agua y busco por los armarios —creo que Amalia guardaba una caja de medicinas por aquí —me pongo de puntillas para abrir la puerta del único módulo alto de la cocina en el que están integrados el horno y el microondas.

—Aquí está la caja —le digo con dificultad, dándole la espalda, estirándome todo lo que puedo y haciendo un esfuerzo por aferrarla. La alzo sobre las yemas de los dedos, manteniendo el equilibrio de puntillas y, como si fuera una bailarina de ballet, me giro dando pequeños pasitos con cuidado para no caer al suelo o para no tirar la caja.

No me he dado cuenta de en qué momento se ha acercado a mí y se me corta la respiración. Levanta un poco sus brazos, coge la caja con sus grandes manos y me libera de la pesada e inestable carga.

—Gracias —digo un poco sofocada por el esfuerzo, y por su cercanía y por ese perfume suyo tan embriagador.

¡Otra vez me arden las mejillas!

Me mira fascinado y yo me aparto de él en ese mismo momento, salvada por el silbido del hervidor. Le sirvo una taza y sumerjo una bolsita de tila en la taza. Se la doy y le pongo el azucarero y una

cuchara para que la endulce a su gusto.

Abro la caja de plástico de las medicinas y le ofrezco un analgésico.

—Aquí tiene —Patrick acerca la mano pero la cierro y la aparto antes de que coja la pastilla. Me mira desconcertado —¿Ha cenado algo?

—Pues —se frota la nuca incómodo —la verdad es que no.

—Entonces será mejor que coma algo para que la pastilla le calme el dolor de cabeza y no le de dolor de tripa. ¿Dulce o salado?

—Dulce —sonríe de medio lado.

Abro la nevera y le saco un platito con los bombones que había reservado para él. Sé que el chocolate no es lo mejor para el dolor de cabeza pero como se va a tomar un analgésico no creo que empeore.

—Esto tiene una pinta estupenda —dice comiéndoselo con la mirada. Se acerca el plato a la nariz y cierra los ojos —Mmm... Huele muy bien. Me encanta el chocolate.

—Pues espere a hincarle el diente a uno de ellos, querrá más.

Se mete uno en la boca, le sorprende lo que lleva dentro.

—¿Manzana? —sonríe y menea la cabeza —¿Con que ahí estaba la trampa?

—Ajá, a ver si es capaz de averiguar qué otras frutas he escondido en el resto.

Se ríe. Parece más relajado que hace un rato.

Me incomoda esta nueva cercanía. No por él, que me encanta verlo así, sino por mí. Algo pasa en mi interior cuando estoy cerca de él y no quiero dejarlo crecer.

—Bueno, yo ya me retiro a descansar —carraspeo —. Le dejo tranquilo.

Recojo de nuevo mis cosas pero me agarra de la mano con suavidad y vuelvo a sentir esa corriente eléctrica tan deliciosa que siento cada vez que se toca.

—Por favor, no se vaya todavía —me suplica y sus ojos insistentes se oscurecen de nuevo.

Joder, es como el gatito de Shrek.

Me siento en el taburete del extremo para mantener la distancia —no quiero que note la reacción que ha provocado en mí su tacto ni lo nerviosa que me pone esa mirada tan penetrante.

—¿Qué tal con Liam hoy? —pregunta abatido.

—Pues hoy me ha sorprendido gratamente. No le voy a contar con detalle lo que hemos hecho durante todo el día porque veríamos

amanecer pero estoy muy contenta, hemos conversado los dos durante un buen rato.

—¿Y sobre qué han hablado? Si puede saberse —pregunta con una mezcla de curiosidad y entusiasmo con otro bombón que acaba de meterse en la boca —¿Plátano? —dice para él.

Asiento.

—Hormigas —respondo orgullosa.

—¿Hormigas? —tose y me doy cuenta del malentendido.

—Ja, ja, ja, el bombón es de plátano; me refiero a que hemos hablado de hormigas.

Se relaja. Esta vez es él el que se ha puesto colorado.

—Hormigas —repite incrédulo y se lleva otro bombón a la boca. Se lo coloca en el carrillo para continuar hablando y se le infla el moflete con la forma del bombón. Parece un hámster y me hace gracia —¿Y eso da para tanto?

—Uff, ni se imagina lo fascinante que puede llegar a ser el mundo de las hormigas —pongo los ojos en blanco y me muerdo el labio—. Es más, podrían ser un buen estímulo para que Liam mejore en sus estudios, pero eso ya veré de qué manera nos son útiles para ese fin.

Los dos damos un sorbo de nuestras tazas. El buen humor de mi jefe empieza a aflorar, como hacía la luna llena emergiendo entre las nubes que la eclipsaban.

—Por cierto, los bombones estaban deliciosos.

—¿Ve que no tiene que ser un trauma comer algo de fruta?

Patrick emite una sonora carcajada, está mucho más animado que cuando llegó a la cocina, parece otro hombre totalmente distinto, más joven, más ligero; de hecho, nunca lo había visto reírse así, mostrando parte de su dentadura perfecta.

—Me tiene muy sorprendido, señorita Laura —me observa divertido — ¿Cómo lo consigue? Hace que mi hijo la hable cuando la vio por primera vez y ahora nos hace comer fruta sin que nos demos cuenta.

Patrick entrecierra los ojos fingiendo sospecha y esperando una respuesta.

—Bueno, soy un poco cabezona y tengo mucha imaginación —hago un gesto divertido alzando las cejas dándome importancia —tengo mis recursos, por extraños que puedan parecerle.

—Ya veo —se toma la pastilla y da un par de tragos al té. Su mirada es cálida y brillante —Es admirable todo lo que ha conseguido en tan poco tiempo. En serio, cómo lo hace, me gustaría aprender a hacerlo.

—Supongo que se refiere a Liam —El señor Evans me mira desconcertado pero sin perder el buen humor —porque si es por la fruta... me temo que no voy a revelarle el secreto; no sería lo mismo sin el factor sorpresa.

Patrick alza las manos a modo de conciliación siguiéndome la corriente.

—Está bien, me conformaré solo con saber cómo lo hace para que Liam se haya abierto en tan poco tiempo con usted y haya mejorado en los estudios.

—Pues no tiene mucho misterio, la verdad: Observándole, poniéndome a su altura. Siendo muy paciente con él. Me pongo en su lugar y veo a un niño que ha sufrido mucho y que no ha terminado de aceptar la muerte de su madre.

Patrick se mueve en su asiento sin ocultar su incomodidad.

—Cada vez que no responde o que no quiere hacer los deberes, entiendo que no es un acto de rebeldía sino como la respuesta de una persona que se siente sobrepasada —Me escucha con atención. Cruza los brazos sobre su pecho, como tratando de protegerse de mis palabras—. ¿Qué haría usted si su trabajo fuera territorio hostil, y estuviera tenso y asustado todo el día y que cuando llegara a su hogar, al único lugar en el que se siente protegido, de pronto se sintiera solo e incomprendido. No se usted, pero yo caería en una profunda depresión y me aislaría o estaría enfadada con todo el mundo a mi alrededor.

Los dos nos quedamos callados, sin movernos, cada uno sumido en su propia reflexión: yo, pensando en si habré hecho mal al hablarle con tanta franqueza y él, seguramente tratando de asimilar lo que le acabo de soltar.

Agacha la cabeza y pierde su mirada en la infusión, apretando los labios hasta hacerlos desaparecer.

—Lo siento, no debería haberle hablado así...

—Tranquila, es justo lo que necesitaba oír.

La conversación empieza a tensarse demasiado y no quiero que el señor se vaya a la cama como cuando llegó a la cocina.

—La buena noticia —cambio de tema— es que ha contratado a una medio chiflada que ha conseguido hacer hablar a su hijo y que de vez en cuando les cuela una pieza de fruta sin que se den cuenta.

Patrick vuelve a sonreír.

—Oh, así mejor. Y ya que lo veo participativo...

—Ah, ¿que hay más? —pregunta divertido tratando de apartar la

preocupación y la frustración a un lado —pero, esta vez ¿que toca?, ¿caricia o bofetada?

—Bueno —entorno los ojos hacia el— eso depende de con qué actitud reciba lo que le voy a proponer.

Patrick se estira en su asiento, parpadeando totalmente perdido en la conversación. Me río al verlo tan descolocado.

—Me refiero a que de usted dependerá que sea un suplicio o un reto interesante.

—Soy todo oídos, señorita Laura, me encantan los retos.

—¡Esa es la actitud! —exclamo y aplaudo como si fuera una niña.

—Le voy a poner deberes.

—¿Deberes a mí? —Se frota la nuca con la palma de la mano y sus labios se curvan hacia arriba cuando me recojo el pelo en un improvisado moño que sujeto con el bolígrafo.

—Sí, señor Evans —Saco la libreta y un lápiz del bolsillo de mi pijama gatuno y los pongo sobre la mesa

El señor Evans me observa divertido.

—¿Siempre lleva esa libreta encima?

—Bueno, también llevo un lápiz, ¿lo ve? Sin él la libreta no me serviría para escribir pero sí para hacer papiroflexia, calzar mesas cojas o para envolver chicles, por ejemplo.

Ahoga una carcajada en su puño ante mis alocadas ocurrencias y tengo que hacer un esfuerzo enorme para no despertar a Liam con mi risa. Cualquiera que entrara ahora mismo en la cocina, pensaría que somos dos viejos amigos pasando un rato agradable.

Se levanta y se acerca despacio.

—¿Puedo? —Pide permiso para ocupar el taburete que está a mi lado. Asiento tímidamente y escribo en la libreta. De nuevo, la fragancia fresca y dulce penetra en mi interior como una bocanada de aire fresco; esta vez acompañada por el calor que desprende su cuerpo. Ahora mi corazón galopa descontrolado dentro del pecho.

El dedo índice de Patrick se posa sobre mis notas y formula su pregunta:

—Pero, ¿esto son juegos?

—Exacto. Liam necesita soltarse y vencer ese miedo que tiene a hacer el ridículo. Lo haría entre semana con él pero vamos muy justos de tiempo por los deberes y las explicaciones... por eso me sería de gran ayuda que usted jugara con él algún día del fin de semana.

—De acuerdo.

—Vaya, parece aliviado.

—Bueno es que pensé que tendría que ir a coger hormigas para él, ya sabe, como estímulo para el estudio…

—Mmm, tiene razón… —Me froto la barbilla mientras entrecierro los ojos dándole vueltas a lo que acaba de decir.

—Ah, no, no, no, eso sí que no. Lo de las hormigas no —se pone nervioso y palidece — Es que me dan… me dan miedo.

Sus pómulos y hasta su frente se enrojecen y a mí me entra un ataque de risa.

—Ay, perdone —aguanto el aire para ahogar otra carcajada — ¿En serio? Con lo grande que es, ¿cómo puede darle miedo una hormiga tan pequeña?

Se ríe incómodo, es cierto que le dan miedo.

—A una no le tengo miedo pero a muchas juntas sí. Supongo que es un miedo absurdo pero… —Sacude la cabeza como si quisiera expulsar de su mente una imagen desagradable.

Pongo mi mano sobre la suya, que está helada, para calmarlo.

—Tranquilo, no estaba pensando en hacerle cazar hormigas. Pero sí podríamos utilizarlas para motivar a Liam o simplemente podría ser una buena idea regalarle un hormiguero.

Le explico mi conversación con Liam y que mi vecino tiene uno. A él no le hace mucha gracia lo del hormiguero en casa pero se muestra abierto a colaborar y llegado el caso, concederle ese capricho a su hijo.

—Por ahora, dejaremos de lado a las hormigas. Es más importante que jueguen al Pictionary o al Gestos, ya no solo por lo que le dije antes sino también para que pasen un tiempo juntos sin tensiones y vaya ganando confianza también con usted. Mañana los bajaré para que los tenga a mano para este fin de semana.

—¿Por qué dice eso? —El buen ambiente que teníamos de complicidad acaba de esfumarse — Él sabe que puede confiar en mí, soy su padre.

Me muerdo la lengua y hago un gesto con la cabeza que lo hace tensarse de nuevo y endurecer su mirada. Yo no quiero que el nuevo señor Evans vuelva a ser el hombre distante, frío y cascarrabias de antes.

—¿Qué? ¿Por qué me mira así? —pregunta desconcertado.

—Prométame que no se enfadará conmigo por lo que le voy a decir.

—Adelante… —Cruza los brazos sobre su pecho y me clava sus gélidos

ojos azules.

—A veces... —me callo, no me atrevo pero él espera a que yo hable —bueno, no me lo ha prometido.

—Joder, Laura —Se da cuenta del tono y aprieta los labios carnosos que se esconden detrás de una fina línea recta. Cambia el tono— Perdón, es que el tema de mi hijo... Por favor, continúe.

Pero aún no me ha dicho lo que quiero oír y parece que me ha leído el pensamiento porque ha levantado la mano derecha como hacen en los juicios, al menos los que yo he visto, los de las películas americanas.

—Le prometo que no me enfadaré —Me hace la promesa apretando los labios.

—Está bien: Cuando se pone tan serio, como ahora, y eso es algo que ocurre con mucha frecuencia... intimida mucho.

Ala, ya está. No hay marcha atrás, aunque se esté poniendo como el palo de la escoba y no pare de retorcerse en el taburete como si estuviera escocido.

—Lo que quiero decir —trato de ser dulce y para controlar el temblor de mi voz, carraspeo un poco— es que me intimida a mí que soy adulta, imagínese a un niño tan sensible como Liam.

Duro golpe, se ha quedado mudo y de piedra

—Entienda que no puede tratar a Liam como si fuera un adulto. Es un niño muy sensible, y muy fuerte, pero necesita que su padre haga el papel de madre y de padre a la vez. Necesita sentirse arropado y protegido. Si quiere que él se abra a usted de nuevo, tendrá que buscar a ese niño interior que aún sigue ahí —le señalo sin llegar a tocarle en el pecho.

Se encorva un poco sobre el taburete, de haber tenido respaldo se habría dejado caer. Me duele tanto verlo así...

Levanto ambas manos en son de paz, no me gusta hacer leña del árbol caído y creo que ha sido suficiente para que, al igual que el analgésico o la tila, vaya haciendo efecto en él poco a poco.

—Yo le digo lo que veo y lo que siento. Es más, si consiguiera estar delante de su hijo como ha estado hace unos minutos conmigo, les haría mucho bien a ambos. Estaría arropándolo, dándole el calor que necesita para que se sienta amado... El mal genio déjelo para protegerlo, para luchar por él.

Patrick sigue sin decir nada, sumido en su propio maremoto de pensamientos y de sentimientos.

—Lo siento, no era mi intención...

—Tranquila —dice levantando la mano para quitarle importancia sin

conseguirlo porque sigo viendo la tristeza y el abatimiento en él— es bueno recibir un bofetón de sinceridad de vez en cuando. Te hace poner los pies de nuevo sobre la tierra. Gracias... supongo.

Se gira y sonríe avergonzado.

—De nada... supongo —respondo con ternura.

En los labios de Patrick se dibuja media sonrisa. Otro logro pero antes de cagarla y que se vaya todo a tomar por saco, decido que es el momento idóneo para decir adiós.

—Es tarde, yo me retiro ya a descansar.

Siento marcharme y dejarle así pero él necesita reflexionar en soledad y yo también.

Patrick posa la mano sobre la mía y provoca en mí esa incómoda y agradable sensación electrizante. Doy un respingo.

—¿Tanto miedo te doy?

Vaya, esto no me lo esperaba. Le devuelvo el gesto poniendo mi mano sobre la suya.

—Bueno, para los bajitos como Liam y como yo, que tenemos que echar la cabeza hacia atrás para mirarle a lo alto... cuando nos mira o nos habla tan serio... pues bueno, tanto como miedo no, pero sí nos intimida bastante —Hago una pausa al verlo tan sumido en sus pensamientos —pero no hace falta conocerle mucho para ver que debajo de esa fachada se esconde una buena persona.

Aunque me acojone un poco bastante pero esto no se lo puedo decir, claro.

Dejo su mano libre.

—Y ahora, si me hace usted el favor de devolverme la mano, me gustaría irme a descansar.

Patrick menea la cabeza y se ríe, levanta ambas manos con un gesto divertido.

—Eso está mejor, que descanse.

Recojo mis cosas y paso por su lado sin atreverme a mirarlo. Desaparezco por la puerta y subo los escalones de dos en dos para resguardarme en mi cuarto. Cierro la puerta con mucha suavidad y me quedo apoyada unos instantes sobre ella, tratando de recobrar el aliento. Oigo los pasos del señor Evans dirigirse hacia su cuarto, al final del pasillo. Cuando escucho la puerta cerrarse, vuelvo a respirar.

Me meto en la cama y sin poder hacer nada para evitarlo, me desbordo. No puedo lidiar con tantas emociones y con tanta responsabilidad pero tampoco puedo salir huyendo y abandonarlos.

Liam me necesita, no puedo hacerle una cosa así y Patrick, bueno, el señor Evans me desconcierta. Trato de entenderlo y hasta llego a hacerlo pero me afectan mucho sus cambios de humor. Creo que me estoy involucrando demasiado con los dos. Quizás, si solo viniera por las tardes para cuidar de Liam, sería distinto... tan distinto que no habría aceptado el puesto porque no me habría dado para cubrir gastos.

Quién sabe, quizás sea cosa del destino o simple casualidad, el caso es que estoy hecha un lío porque ese cosquilleo que siento en el estómago solo cesa cuando él no está cerca o cuando no pienso en él. Ahora entiendo lo de las mariposas en el estómago; en mi vida las había sentido tan alborotadas. Tampoco entiendo por qué se me eriza el cuerpo cuando me roza o por qué se me aceleran el pulso y la respiración cuando siento el calor de su aliento sobre mi piel o cuando huelo su perfume. Cuanto antes me haga a la idea de que no puede haber nada más allá de lo profesional entre él y yo, mejor. Además, aunque así fuera, sería una soberana estupidez por mi parte permitirlo. ¿Qué sentido tendría? Si ambos sucumbiéramos a un calentón, habría mal rollo entre nosotros después y yo no sé si podría seguir viviendo bajo su mismo techo.

Vale, los dos somos adultos y libres pero traemos la mochila llena de piedras demasiado pesadas que no nos dejan avanzar y además, tenemos hijos y si saliera mal, les salpicaría a ellos.

8. ECHANDO UNA MANO

—Te estábamos esperando. Pasa, cariño.

Me encantan los abrazos de mi madre, son tan largos y tan reconfortantes. Como un cargador inhalámbrico ultra rápido. Mmmm, ronroneo y por el rabillo del ojo veo un bultito que se mueve a toda velocidad por el suelo.

—¿Dónde está el bebé más guapo del mundo? —pregunto poniendo voces y buscando a Hugo por el salón.

—Pues no sé, no tengo ni idea de dónde se habrá metido —Mi madre me sigue la corriente y me hace señas para que mire hacia la ventana.

Tengo que hacer un esfuerzo por contener la risa al ver los pies de Hugo asomando por el bajo del visillo.

—A ver, a ver, ¿dónde estará mi bebé? —Me acerco a un sofá y levanto los cojines—. Uy, pues aquí no está. Veamos... ¿Y esa risita de quién será? —Doy unos pasos hacia la ventana y oigo un gritito ahogado de emoción.

—Parece que viene de por aquí pero aquí no hay nadie, solo la cortina —Me alejo y miro debajo del sillón orejero que hay junto al sofá.

—Será posible, aquí tampoco está.

—¡Aquí! —Sale de su escondite y me arrodillo para recibirlo con los brazos abiertos.

No puedo evitar besar esos mofletes tan sabrosos y hacerle ruidosas y vibrantes pedorretas en el cuello. Mi niño echa la cabeza hacia atrás y encoge los hombritos en medio de un ataque de risa. Lo envuelvo de nuevo en mi regazo y vuelvo a mecerlo. Le beso en su fino y suave pelo que huele a colonia de bebé y me siento la mujer más feliz y afortunada del mundo. Por arte de magia todas las dudas y todas las preocupaciones desaparecen en este momento a su lado.

Hugo es un niño muy alegre y muy pícaro. El muy pillín aprendió a

gatear gracias al mando de la tele. Era tal la pasión que sentía por el mando —no sé si por los botones de colores o porque con él cambiaba los canales como por arte de magia— que se sentaba en el suelo y en vez de gatear, avanzaba dando saltos con el culete. Un día se me ocurrió dejarle el mando en el suelo, lejos de él. Cuando lo vio, se tumbó boca abajo y se estiró para cogerlo, como no llegaba, empezó a reptar y como yo se lo iba alejando cada vez más, comenzó a gatear.

Después de la siesta de Hugo, me lo llevo un ratito al parque, donde he quedado con Cristina para charlar un rato.

¿Qué tendrán las siestas de los niños que los hacen incansables? A mí, en cambio, me amuerman más —claro que las mías no son de una cabezadita de veinte minutos, las mías son pijameras, de dos horas como mínimo.

Hugo no ha parado desde que hemos llegado. Es pura energía. Le he columpiado un buen rato, luego al tobogán y después al caballito; menos mal que me ha pedido sus juguetes y disfruto de un ratito de descanso en el banco a su lado, absorbiendo toda la vitamina D que los templados rayos del sol de marzo me regala.

Hugo está sentado en la arena y le voy dando las figuras de distinta forma y rugosidad para que él las vaya encajando cada una en su hueco correspondiente. Cada vez que eso ocurre, suena un “bien” y cuando no encaja suena un “oh, oh”.

Levanto la mirada y enseguida reconozco la silueta menuda y airosa de mi amiga del alma, que lleva unos leotardos grises y un vestido de punto negro estampado con flores que se asoma entre el chaquetón, que lleva abierto.

—¡Aaahhh! —exclamamos al unísono mientras nos balanceamos al abrazarnos. Hugo nos mira divertido.

—Pero bueno, ¿quién es este bellezón? —Se agacha y le da un beso a Hugo—. Madre mía, qué grande y que mayorzote estás.

Hugo la escucha entusiasmado por unos instantes y después se concentra en su juego.

—Estás genial, Cris. ¿Qué tal la pierna?

—Como nueva. Tuve mis momentos malos en la rehabilitación pero tanto sufrimiento ha merecido la pena. Eso sí, ya no vuelvo a esquiar.

—Ya, ya, seguro que la próxima temporada eso que acabas de decir se te ha olvidado.

Cristina es de esas personas de apariencia tranquila pero en el fondo es un culo inquieto y como su santo marido suele decir: “Como hubiera un terremoto en Madrid, a esta no le pilla en casa”.

—Pues tú estás guapísima, como siempre, y tienes un niño que es un amor. Por cierto, ¿qué tal tu madre? ¿Sigue haciendo esas croquetas y esos bizcochos que saben a Gloria?

—Sí, hija, sí. Gracias a eso, todo el peso que pierdo durante la semana lo recupero el fin de semana.

—Ja, ja, ja, pues te sientan muy bien los mimos de tu mami.

—Vale, vale, la próxima vez te vienes a pasar un fin de semana con nosotras, a ver si sigues pensando lo mismo. Ya sabes que mi madre no acepta un no por respuesta y que de nada sirve decirle que eso no te gusta porque te prepara otra cosa... y ni se te ocurra comentarle que te duele la tripa, que te saca esa sopa tan rica que hace.

—La resucita-muertos —me apunta Cristina.

—Esa misma, ja, ja, ja.

Después de ponernos al día y de bromear como hacemos siempre, llega la hora de la verdad y nos ponemos serias.

—He estado revisando el cuestionario que me has mandado y de momento, descartamos autismo, Asperger o déficit de atención pero aun así, si la cosa no cambia, pienso que padre e hijo necesitaran ayuda y orientación para evitar que la situación de Liam se enquiste y se vuelva crónica. Ten en cuenta que dentro de unos años entrará en la adolescencia y esa podría ser una época complicada si no lo tratan a tiempo.

Me coge de las manos y las noto calientes y reconfortantes.

—No sabe la suerte que ha tenido ese hombre al contratarte —un calor abrasador me tiñe las mejillas— ¿Qué te pasa? ¿Me he perdido algo?

—No, nada, te he contado todo.

Cristina ladea la cabeza y me agarra la mano con firmeza.

—Sabes que puedes contar conmigo, dime.

Dudo, es una paranoia mía, no tiene importancia. Aparto las manos y me froto las piernas a la vez que me balanceo algo inquieta.

—Laura, por favor, no te guardes nada, por absurdo que te parezca.

—Lo sé... no es nada, solo que el señor Evans me intimida bastante y me descoloca mucho también.

Hugo me pide agua. Saco del bolso un biberón y se lo ofrezco. Cuando sacia la sed, vuelvo a taparlo y lo guardo en el bolso. Cristina espera paciente a que continúe.

—A ver, ya te he dicho muchas veces que suele estar enfurruñado y es

bastante seco conmigo pero desde que me caí en la piscina... bueno, quizás sea más bien por la bronca que le eché después o porque me dijo que estaba tan jodido... pues no sé, ha cambiado un poquitito pero la otra noche —en el rostro de Cristina aparece una amago de sorpresa e incertidumbre— llegó a casa muy mal y estuvimos hablando un buen rato en la cocina y acabamos...

—Ay, madre, Laura —me interrumpe, se lleva la mano a la boca y abre mucho los ojos.

—No, no me pongas esa cara que no pasó... joder, ¿no estarás pensando que me lo monté con él en la cocina? —le reprocho en un susurro sin perder el sentido del humor.

—Me lo has puesto a huevo —se disculpa tratando de disimular la risa —anda, sigue, prometo portarme bien.

—Ya, eso espero porque me está costando un mundo... Bueno, como te decía terminamos riéndonos un montón y me pareció que tenía delante a otro hombre y se me pasó por la cabeza que quizás... ese es el auténtico Patrick y no la versión tiesa, seria y soberbia con la que me cruzo casi todos los días.

Pierdo la mirada en mis manos que han dejado de frotar los vaqueros para quedarse entrelazadas sobre los muslos.

—Bueno, ese es un don muy preciado el que tienes: tu sentido del humor, que además es contagioso —confiesa Cristina para animarme —. Has hecho reír al mismísimo Darth Vader —niega con la cabeza mientras se ríe —¿Todavía tienes puesta esa melodía en el móvil?

—Pues sí, y no pienso cambiársela.

—Como te pille...

Nuestras carcajadas resuenan en todo el parque y las otras madres que están agrupadas en otros bancos se nos quedan mirando y sonríen con una expresión divertida.

—Y ahora en serio, lo que conseguiste el otro día es muy bueno tanto para él como para ti pero tienes que tener muy claros tus sentimientos y también los suyos. ¿No será que empieza a molarte de verdad el tal Patrick?

—Eso es lo que más me inquieta. A veces... —Me acerco más a ella en confidencia— hay momentos en los que me siento muy atraída por él. Cris, es como si fuera esa luz azulada, casi hipnótica hacia la que van inevitablemente las moscas... y yo no quiero acabar chamuscada y jodida otra vez.

—¿Y crees que el sentimiento es mutuo? ¿Que puede sentir algo por ti?

—¡Cris, por el amor de Dios!

—¿Y? —me exige la respuesta.

—Pues que parece todo un galán de telenovela turca, cómo se va a fijar en la interna semejante hombre —Sacudo la cabeza para apartarlo de mis pensamientos y evitar sonrojarme con el recuerdo de su tacto sobre mi mano la otra noche— podría estar con la mujer que le diera la gana...

Cristina abre la boca sorprendida a la vez que parece divertirse con la conversación.

—Y, ¿por qué no se va a fijar en ti? Tú no eres consciente de lo preciosa que eres, por dentro y por fuera. Te lo he dicho mil veces. ¡Joder, ya quisiera yo tener tus curvas y tu delantera tan bien puesta y no este par de limones escurridos que tengo!

—Cris, por favor —digo entre risas y lágrimas— a este paso nos echan del parque por escándalo público.

—Anda, anda, no seas tan pudorosa, la gente ni nos mira. Venga, sigue.

—Es que no tengo nada más que decir porque todo es fruto de mi imaginación, que con la edad se me está volviendo algo más calenturienta.

—Eso no es por la edad, a ver ¿cuánto tiempo hace que no echas un buen quiqui?

Me encorvo y me dejo caer sobre el respaldo del banco.

—Desde Pablo no ha habido ni buenos ni malos, celibato total.

—Pues eso no puede ser, alguien tendrá que ayudarte a quitar esas telarañas porque seguro que tú tampoco te las quitas.

—¡Cris! —la reprendo— ¡Joder, con la psicóloga!

—Ja, ja, ja, te has puesto roja. Me parto contigo —le doy un codazo— Perdón, perdón. No insistiré, de momento, pero esto hay que solucionarlo. Déjame a mí.

—Te temo —miro y reloj y siento pena de que este momento de desconexión esté llegando a su fin— Por cierto, tenemos que levantar el campamento, toca baño y después cena. Deberíamos vernos más a menudo.

—Y que lo digas —Sonríe con picardía.

—Cris... me das miedo, de verdad —Siento a Hugo en el carrito y vamos dando un paseo. Cristina ha aparcado cerca de mi portal y podemos seguir disfrutando de nuestra compañía un ratito más.

—Ostras, si desde Pablo no ha habido otro... ni durante ni antes, eso

quiere decir que a tus treinta, ¿solo has tenido sexo con un hombre? —Afirmo avergonzada.

He besado a otros, antes de mi ex pero yo no soy mujer de un lío de una noche, yo cuando me pongo voy en serio y no sé por qué siento tanta vergüenza al reconocerlo.

—Soy un bicho raro, qué le voy a hacer.

—Eres especial de la leche pero especial al fin y al cabo. Decidido, voy a montar un salida con Carol que regresa dentro de poco de su vuelta por el mundo y con Raquel. A Mario no se lo digo que me apetece una noche de chicas.

—Madre mía, qué miedo me das. ¿Cuándo vuelve Carol?

—Pues en un par de semanas o quizás menos y ya para quedarse, bueno, eso dice ella pero yo no lo tengo muy claro.

—Guau, cuánto la envidio.

Carol es nómada digital, como ella misma se define. Desde que descubrió que podía ganar dinero haciendo lo que más le gusta, viajar, se lanzó y creó un blog donde habla de su experiencia, da consejos y revela curiosidades de los distintos lugares que visita. Eso sí, curra un montón, no todo son paisajes exóticos y posados que invitan a soñar con un mundo de amor y lujo. Tengo muchas ganas de verla y a Raquel también, que es igual de aventurera y viajera que Carol pero más de fin de semana o de vacaciones.

Continuamos paseando, riéndonos de aquello que nos preocupa para despojarlo del exceso de importancia que solemos darle a todo. Llegamos a su pequeño Hyundai rojo y nos despedimos con un escandaloso abrazo y un beso sonoro. Veo su coche desaparecer al final de la calle, cuando en el bolsillo de mi cazadora suena la melodía de la Marcha Imperial, pero la versión larga, la de las llamadas.

—¿Sí?

—¿Laura?

—Sí, dígame.

—Disculpe que la llame en su día de descanso pero me ha surgido un viaje y necesito que venga lo antes posible para que Liam no se quede solo en casa. Lo siento mucho pero es que —hace una pausa —es que no tengo a nadie con quién dejarlo y tengo que hacer este viaje y no puedo llevarlo conmigo.

—Vale —le interrumpo porque está entrando en bucle—, ¿cuándo necesita que esté allí?

—Tengo el vuelo esta tarde, a las 8:10h —resopla, está desesperado— De verdad, que lo siento pero... no tengo a nadie que pueda venir a

quedarse con él. Ni siquiera Amalia puede, está fuera de Madrid este fin de semana —guarda silencio—. Acaban de ingresar a mi madre en el hospital. Tienen que operarla de urgencia y... —su voz suena angustiada.

—Claro, no se preocupe —no necesito saber nada más para ir a echarle una mano—. Estoy llegando ahora mismo a mi casa. Puedo estar en su casa sobre las siete y media, si salgo en diez minutos.

—Vale —hace una pausa seca y breve — ¡No! No me da tiempo, tengo que salir hacia el aeropuerto en media hora si no, perderé el vuelo...

A juzgar por cómo ha sonado su respuesta, me lo imagino hiperventilando y temo que le de un infarto o que tenga un accidente por conducir en ese estado.

—Ey, tranquilo, Patrick, respire y escúcheme —mi voz sale dulce y suave como si fuera una meditación guiada—. Vamos a hacer una cosa, vamos a ir los dos al aeropuerto. Está a algo menos de media hora de mi casa. Lleve a Liam con usted y yo lo recogeré allí. ¿Le parece bien?

Patrick espira despacio.

—Sí, sí así es perfecto, gracias —traga con fuerza—. Siento mucho el trastorno, de verdad...

—No me supone ningún trastorno, estoy encantada de poder ayudar a quien me necesita... por cierto, recuerde dejarme el alzador para que pueda llevar a Liam de vuelta a casa.

—Claro. Muchas gracias, se lo compensaré.

—No es necesario. Nos encontramos en el aeropuerto en un rato.

◆◆◆

Tardo en llegar veinticinco minutos y espero impaciente, buscando a los Evans entre los transeúntes que circulan por la T4 en el punto donde hemos quedado. De la multitud sale un niño corriendo con los brazos abiertos hacia mí y lo recibo con un efusivo abrazo que dura hasta que el señor Evans llega a nuestro lado, sujetando el alzador rojo del coche. Me levanto sin soltar de la mano a Liam y le saludo.

—Gracias por... echarme una mano —gira la cabeza tratando de ocultar su incomodidad.

—No se preocupe por nosotros —le contesto con sinceridad, entorno los ojos hacia el niño— porque he pensado en preparar una fiesta de pijamas, ¿qué te parece, Liam?

El señor Evans está muy preocupado y por mucho que intenta relajar las facciones y parecer divertido, no lo consigue.

—Tranquilo, no romperemos los cojines de plumas ni ninguna pieza de valor —bromeo y consigo arrancarle una sonrisa, después me dirijo de nuevo a Liam—. Venga, campeón, despídete de tu padre que tiene que marcharse ya.

Patrick se agacha y abraza a su hijo haciendo un gran esfuerzo por contener las lágrimas. Me da una punzada en el corazón.

—Muchas gracias, de verdad —sus ojos brillan pero esta vez no acompañan a su sonrisa.

—Todo va a salir bien —le digo de corazón— Ande, tire, que nosotros tenemos una fiesta de pijamas que organizar y eso lleva su tiempo —digo con voz divertida y haciendo un gesto con la mano para que se vaya tranquilo.

◆◆◆

La fiesta improvisada ha sido todo un éxito y los dos lo hemos pasado muy bien. Hemos preparado unos sándwiches para cenar y hemos hecho palomitas para ver "Jumanji". La película que Liam había elegido. Yo había visto la antigua pero he disfrutado mucho viendo la nueva y me he quedado con ganas de ver la continuación pero esa no la tenían todavía en el canal de streaming. Luego hemos jugado al Pictionary una versión adaptada a dos jugadores y nos hemos reído mucho con nuestros dibujos.

Ha caído redondo en la cama y es lo mismo que pienso hacer yo en la mía.

¡Qué gustito, por Dios!, acurrucarme bajo las sábanas cuando estoy tan cansada y fuera hace frío.

Vibra el móvil en mi mesilla y me sobresalto. Menos mal que quité el sonido para ver la película con Liam.

PATRICK EVANS:

Hola, ¿qué tal la fiesta de pijamas?

Me siento en la cama con las piernas cruzadas, el resplandor de la pantalla me ilumina cara.

Qué sorpresa que me pregunte por la fiesta, eso es buena señal, seguro que su madre está mejor. Se me ocurre algo, doy un salto de la cama y salgo a toda prisa de la habitación.

YO:

Todo un éxito

Tecleo desde la habitación de Liam. Enciendo la lamparita de la mesilla y le hago un foto. Está feliz y profundamente dormido.

YO:

Así ha acabado tu angelito…

PATRICK EVANS:

Me alegro.

La respuesta es tan escueta que soy incapaz de intuir cuál es su estado de ánimo.

YO:

¿Qué tal está su madre?

PATRICK EVANS:

Estable, gracias a Dios…
La operación ha sido un éxito.
Ahora hay que esperar para ver cómo evoluciona.
No sé cuándo podré regresar…

YO:

No se preocupe, por aquí está todo controlado, lo importante ahora es que esté junto a su madre.

PATRICK EVANS:

Sí, estoy con ella ahora mismo. Mañana llega mi hermana; ella viene de más lejos.

Amalia me había hablado de su madre y de que su padre murió años atrás pero no sabía que tenía una hermana.

YO:

Se alegrará mucho su madre cuando despierte y os vea a su lado.

PATRICK EVANS:

Sí

Empiezo a teclear y veo que está escribiendo. Borro y espero.

Ahora mismo mi madre tiene la misma expresión que Liam en la foto que me ha enviado.

YO:

Pues eso es muy buena señal, nada como un sueño reparador... verá como mañana está mucho mejor.

Veo que sigue escribiendo como si no quisiera parar, como si necesitara hablar con alguien:

Eso espero, el médico ha salido contento con la operación. Me ha dicho que de no haberla operado tan rápido habría muerto en pocas horas.

YO:

¿De qué la han operado?

Vaya, no contesta.

Me vibra el móvil en la mano y me sobresalto al ver la llamada entrante del señor Evans.

—Espero que no le moleste con la llamada, es que... prefiero hablar —susurra—. La han operado de Apendicitis.

—Oh, vaya. Pasará la noche con ella, me imagino.

—Sí —espira con fuerza.

—Y usted, ¿ha comido algo? —se me ocurre cambiar de tema aunque en el fondo me preocupa que no coma.

—No —responde.

—Pues debería tomar algo si va a pasar la noche en vela acompañando a su madre.

—¿Me está usted regañando, señorita Laura?

—Pues claro; y puedo ir más allá si no me hace caso... No se piense que por que esté lejos se va a librar.

—Ah, sí... ¿y qué piensa hacer si no le hago caso? —por el tono adivino curiosidad y me lo imagino esbozando una sonrisa.

—Pues chivarme a su madre en cuanto se despierte.

¿Estoy oyendo una risita?

—Creo que no me arriesgaré —Sí, se está riendo y yo perdiéndomelo — aunque seguro que me entiende y me da la razón: soy su hijo querido y es tan quisquillosa como yo.

—Ya veo de dónde viene el problema de la comida, creo que sería conveniente que en cuanto le de permiso el médico para viajar, la traiga usted a su casa para meterlos a los tres en vereda.

Vuelvo a escuchar su risa acariciando mi oído.

—Gracias por los ánimos y por cuidar de mi hijo.

—Lo hago con mucho gusto pero no se me olvida el tema, vaya a comer algo.

—Para su información: acabo de sacar un sándwich y unos frutos secos de una máquina y una botella de agua. ¿Contenta?

—Sí, aunque necesito pruebas.

—Ja, ja, ja, es usted muy persistente.

No lo sabes tú bien, querido.

—Bueno, no quiero entretenerla más, allí es una hora más tarde. Que descanse. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me llega un mensaje suyo con la foto de su cena y un texto debajo: “Para que duerma tranquila”.

Me quedo embobada mirando el móvil y me doy cuenta de que me había olvidado hasta de respirar. Me gusta oír su voz cuando está relajado. Me pregunto cuánto durará esta especie de tregua que estamos viviendo.

Conecto los auriculares al móvil con una sonrisa de oreja a oreja y selecciono una melodía larga que suelo utilizar cuando medito. Me pongo cómoda bajo la ropa de la cama, pongo una mano en el pecho y la otra en el vientre para notar la respiración bajo la palma de las manos. Realizo tres respiraciones profundas y me abandono a la profunda calma que me brinda la práctica. Visualizo a la madre de Patrick y la imagino parecida a Liam, tumbada en la cama, durmiendo, relajada, sin sufrimiento en su rostro. Rezo por que mejore su salud y le deseo lo mejor de corazón.

◆◆◆

El domingo lo pasamos tranquilos y como tengo el alzador en el coche, lo llevo al centro de Boadilla para dar una vuelta por el Palacio del Infante don Luis y por el coto que hay detrás. Hemos preparado una mochila con unos bocadillos, unas uvas sin pepitas y unas botellas de agua. Aparco en el mismo párking del Palacio, aprovechando que está saliendo un coche y esperamos a que se unan a nosotros Amalia y su marido, que viven en frente de donde hemos quedado. Es la primera vez que estoy aquí y me quedo admirando el precioso edificio color rosado que se erige frente a nosotros.

—Hola —dice Amalia abriendo los brazos para recibir a Liam y éste sale corriendo hacia donde está ella. A su lado va su marido, un hombre alto, delgado, con el pelo blanco y gafas.

—Hija, qué casualidad —me explica angustiada— Ayer teníamos una boda en Segovia; cuando me llamó estábamos echándole el arroz a los novios, no te digo más.

Se casaba su sobrina y ahijada y no podía faltar a ese compromiso. Hicieron noche en casa de su cuñada, la madre de la novia, y han regresado esta mañana temprano a Boadilla del Monte.

Me presenta a su marido, Mariano, que también se ha jubilado hace poco. Ha sido profesor de historia y literatura en uno de los institutos del pueblo desde que lo abrieron.

—Chica, ya le he dicho que se apunte a algún taller de los que ofrece el ayuntamiento, que todavía quedan algunas plazas libres. Yo me he apuntado a yoga.

—Guau, Amalia, eso está muy bien. ¿Y usted no se apunta con ella? —pregunto divertida a Mariano.

—¿Quién? ¿Yo? Qué va. No me veo con mallas haciéndome un nudo con las piernas.

—Hijo, puedes ir con chándal y lo demás poco a poco, o ¿crees que yo soy capaz de tocar el suelo con las manos y las piernas estiradas? Él es más de escribir —me aclara Amalia —. Y lo hace muy bien.

—¿De verdad? Pero eso es fascinante. ¿Y por qué no se apunta a un taller de escritura?

—Pues ahora que lo dices, no se me había ocurrido, ¿y aquí en Boadilla habrá? —dice entusiasmado.

—Leí en la revista de Boadilla hace poco que la escritora Carmen de Silva imparte un taller de escritura, creo que es un día a la semana, por la tarde —le digo a Mariano.

—Decidido —dice Amalia—: el lunes nos acercamos y preguntamos. A ver si hay suerte. Hay que aprovechar porque cuando nazca mi nieto, se acabó.

—No mujer, ya nos turnaremos para no perder las clases —propone Mariano —. La tuya es por la mañana y si todavía hay plaza en el taller que dice Laura, será por la tarde, así que...

—Ay, es verdad, ¿para cuándo viene el nieto?

—Pues dentro de un mes.

Entramos por un portón muy alto de madera que da a los huertos y jardines de la parte trasera del Palacio. Amalia va junto a Liam explicándole dónde estamos y hablándole del Infante don Luis como si fuera un cuento. Mariano me hace también de guía y me cuenta que el ayuntamiento ha restaurado el Palacio, los jardines y los huertos y que ahora están recuperando la antigua casa de aves del palacio. Se emociona al contarme que rodaron una película sobre Goya y que luego estuvo en el cine y hace poco la vio en televisión. También me cuenta que estuvo aquí el equipo de Cuarto Milenio grabando psicofonías porque se dice que en el Palacio hay fantasmas. Me explica que de vez en cuando hacen visitas teatralizadas y que en verano llevan a cabo las veladas del Palacio y que es una maravilla ir a escuchar música por la noche, cuando refresca, a la luz de las velas.

Cuanto más me habla, más me enamoro de este lugar.

Hago fotos a Liam en la puerta del palacio y después junto a las escaleras, con el campo de fondo. Después bajamos de nuevo a los jardines y salimos por otro portón que nos conduce al campo. Allí hay gente que pasea en familia o con perros y de vez en cuando nos adelanta un ciclista. El ambiente es alegre y agradable y Liam está feliz. Caminamos por el sendero de tierra flanqueado por arbustos bajos de brezo, retamas, romero y cardos. Entre los matorrales se elevan los árboles que pueblan este lugar con distintos grosores, y alturas. Distingo enseguida los pinos a lo lejos y las encinas a mi alrededor. Algunas deben de ser realmente antiguas y otras tienen sus troncos casi huecos pero algunas de sus ramas están llenas de hojas.

Nos detenemos junto a una gran encina vallada: “La invencible” que, según pone en el letrero, tiene más de 200 años de antigüedad, mide 15 m de altura y tiene una copa de 20 m de diámetro. No puedo evitar sacar el móvil y hacerle una foto a Liam sentado en la valla de madera con “la invencible” de fondo. Para que salga la encina entera tengo que dar unos pasos hacia atrás. Mariano se ofrece para sacarnos una foto y le dejo mi móvil. Liam, Amalia y yo posamos diciendo patata y le pido a Mariano que repitamos la foto pero poniendo caras raras y salimos bizcos y sacando la lengua y ahuecando los brazos como si fuéramos monos.

Ver a Liam tan feliz y despreocupado no tiene precio.

Seguimos avanzando y en el camino hay un gran tronco tumbado que utilizan los niños para subirse en él y caminar por encima, saltar y volverse a subir. Liam nos mira a Amalia y a mí y las dos le damos permiso para que vaya con el resto de chavales. Saco el móvil e inmortalizo el momento: Liam está pletórico y hay un niño que se ha puesto a hablar con él. Algo gracioso le ha tenido que decir porque los dos se han echado a reír. Y Liam le sigue manteniendo el equilibrio por el tronco, imitando sus movimientos.

◆◆◆

Regresamos a casa tarde, para ducharnos y cenar.

Echo un vistazo al móvil que tengo apoyado en la encimera y le mando un mensaje a Patrick mientras preparo la cena y Liam se ducha:

Hola, ¿qué tal su madre?

Lo envío y le doy la vuelta a las milanesas. Compruebo que las dos gotitas de aceite han cogido temperatura en la sartén de al lado y vierto las judías verdes de tarro ya escurridas. Suena La Marcha Imperial. Lo cojo con una risa nerviosa y leo el mensaje impaciente.

PATRICK EVANS:

Mucho mejor. Gracias.

Nos tiene asombrados a mi hermana y a mí, está muy animada.

YO:

Me alegro mucho.

PATRICK EVANS:

¿Y vosotros qué tal? ¿Se está portando bien Liam?

Saco las milanesas y las coloco en un plato con un trozo de papel absorbente. Le doy una vuelta a las judías.

YO:

De maravilla. Hemos pasado el día en la zona del Palacio con Amalia y su

marido y hemos llegado hace poco.

Sirvo una milanesa en cada plato y regreso a terminar de saltear las judías y después las sirvo en los platos.

Ahora se está duchando pero no tardará en aparecer por aquí. ¿Le gustaría hablar con él?

PATRICK EVANS:

Claro, cuando esté ahí dígamelo y le llamo.

YO:

Muy bien. Por cierto, hoy se lo ha pasado muy bien…

Le mando varias fotos de Liam en el palacio, en los jardines, sobre el árbol caído, junto al estanque de los patos y se me escapa la de la encina, en la que estamos haciendo el mono. Me llevo la mano a la boca.

Ya la ha visto, no puedo borrarla, mierda.

Lleno los dos vasos de agua y coloco los cubiertos.

PATRICK EVANS:

Guau, se le ve feliz. Hacía tiempo que no lo veía tan bien.

Vuelve a escribir y aparece la foto de la encina con un texto debajo precedido de varias caritas partiéndose de risa:

Creo que enmarcaré esta, es la mejor.

Liam aparece por la puerta de la cocina, está contento pero no para de bostezar. Se sienta en su sitio y mira de reojo a las judías y después me mira suplicante. Le ignoro con mucha pena pero tengo que enseñarle a comer de todo. Escribo:

Acaba de llegar, dese prisa o se me quedará dormido encima de las judías verdes.

Enseguida suena La Marcha Imperial en su versión más larga y Liam me mira sorprendido, ha reconocido la melodía y, a juzgar por la expresión divertida de su rostro, le gusta.

—Hola —contesto.

—Hola —la voz de Patrick es serena y habla bajo, estará en la habitación con su madre.

—Ahora mismo se lo paso.

—Liam —le ofrezco el móvil —es tu papá.

Se ha espabilado de golpe y coge el móvil con energía. Se levanta y comienza a caminar por la cocina. Me hace gracia reconocer los gestos de su padre en él.

Mientras le espero para cenar juntos, aprovecho para limpiar lo que he ensuciado en la cocina. El chico está relatando a su padre lo que ha hecho y le responde en varias ocasiones asintiendo. Cuando termino de limpiar, me siento a la mesa contemplando con entusiasmo a Liam.

—Jo no te lo vas a creer, papá, a Laura le gusta La Guerra de las Galaxias.

Ay, madre, que me da.

—Pues porque cuando has llamado ha sonado la música de La Guerra de las Galaxias —hace una pausa escuchando lo que le dice su padre —... sí, sí, esa, la de Darth Vader.

No se conforma con decirle el título, la tararea también, hay que joderse.

¡Tierra apiádate de mí y trágame, por favor!

—Vale. Un beso. Adiós.

Me devuelve el teléfono.

—Papá quiere hablar contigo —trago saliva.

Carraspeo.

—¿Sí?

—Así que Darth Vader —antes de que pueda disculparme, prosigue— Todavía no le había puesto foto a su contacto y creo que acabo de encontrar una perfecta —se ríe—. Que descanse, señorita Laura.

Será...

¿Y cómo sabe él que es la melodía de su contacto? Puedo ser una emocionada de la Guerra de las Galaxias y tenerla como tono para todas las llamadas.

9. HOSTIA A MANO ABIERTA versión oral

La melodía de mensaje del señor Evans sale de mi móvil.

Si ha sido capaz de poner mi foto haciendo el mono como contacto, yo no voy a cambiar su melodía. Eso sí, no pienso llamarle por teléfono para no darle el gusto de que aparezca mi careto haciendo muecas raras en su pantalla.

PATRICK EVANS:

Buenos días, Laura. Me acaban de avisar del colegio: Mañana tiene cita con el tutor y la orientadora a las doce.

YO:

Buenos días, señor Evans —tecleo cuando llego a la parada —. Gracias por la información.

PATRICK EVANS:

Por favor, sea puntual y no olvide llevar un calzado apropiado a la entrevista.

Me quedo boquiabierta releyendo el mensaje. No tengo ni idea de si lo dice en serio o está empezando a sacar a su niño interior. Ladeo la cabeza y pongo morros mientras escribo:

Tranquilo, solo uso las zapatillas naranja fosforito para las entrevistas de trabajo, para las de colegio prefiero llevar colores más discretos.

Miro a la pantalla. Tarda en responder y estoy tentada de borrar el último mensaje pero acaba de marcarse como leído. El corazón me da un vuelco cuando aparece el texto “escribiendo…” bajo su nombre.

Ay, Dios, lo mismo no estaba bromeando.

PATRICK EVANS:

Parece usted una persona práctica pero creo que las babuchas grises con pompón blanco tampoco son las adecuadas para el colegio, procure ponerse unos zapatos, por favor.

Estoy esperando a que llegue el autocar de ruta y tengo que ahogar una carcajada para que la chica que se acerca sorteando los troncos de la acera no me tome por la tarada del municipio.

YO:

Tendré en cuenta sus sabias recomendaciones. Gracias. Por cierto, ¿qué tal su madre?

PATRICK EVANS:

Está muy bien. Ya en su casa. Yo regreso hoy, aunque llegaré tarde. Mi hermana se quedará con ella hasta que esté más recuperada.

YO:

Qué buena noticia, me alegro mucho.

PATRICK EVANS:

Ya veremos… porque ha aceptado su invitación

Sigue escribiendo. Abro la boca y me río sin dejar de mirar a la pantalla.

Me voy a divertir mucho viendo cómo la mete en vereda.

¿Por qué tengo este cosquilleo en el estómago?

Le mando el emoji que se tapa la cara con la mano. Pongo los ojos en blanco y sonrío. Guardo el móvil en el bolsillo de los vaqueros en cuanto veo que para el autocar.

◆◆◆

Ni Liam leyendo ha conseguido relajarme. Estoy en mi cuarto delante de toda la información que hojeo y releo pero no consigo retener nada. Estoy bloqueada con tanta norma, con los criterios de evaluación y con lo que quiero decir en la entrevista. El oxígeno debe de estar más espeso que nunca porque por más que abro la boca, me cuesta respirar.

Ya casi puedo ver el surco en el suelo de tanto pasearme por la habitación. Afuera reina la oscuridad, salpicada por los farolillos de las casas vecinas que permanecen iluminados toda la noche. Apoyo la frente en el cristal y me reconforta tanto lo fresco que está que cierro los ojos por unos instantes. Me vibra el móvil en el bolsillo del pijama.

—Hola, mamá, ¿qué tal estáis? —hablo bajito.

—Muy bien, tu niño duerme ahora mismo como un angelito. Hemos estado en el parque y hemos hecho amigos nuevos.

Ay, cuánto le echo de menos.

—¿Y tú qué tal, hija? ¿Cómo va la madre de tu jefe?

—Está muy muy bien, de hecho él vuelve esta noche.

—Cuánto me alegro y por lo demás, ¿qué tal?

—Bien, todo bien —pretendo parecer segura de lo que digo.

—A mí no me engañas, ¿qué pasa, cariño?

Hace alarde del superpoder de las madres de leer las mentes de sus hijos.

—Dime, ¿qué te preocupa? —insiste.

Muchas cosas pero no te quiero asustar.

—Nada... bueno, sí; es que mañana tengo una entrevista con el tutor y la orientadora de Liam. Necesito hacerles entender que no pueden tratar a Liam como a los demás, teniendo en cuenta que todavía está en pleno duelo por la muerte de su madre, y tengo que hacerlo de forma que puedan ayudarle sin saltarse las normas para evaluarlo. Vamos, un rollo.

—Si de algo estoy completamente convencida es de que solo a ti se te puede ocurrir algo ingenioso.

—Ya pero es que la norma dice que tienen que evaluar la... capacidad... oral... de Liam —Voy arrastrando las palabras mientras me llega una iluminación—. Mamá, eres genial. Se me ha ocurrido algo. Mañana hablamos. Te quiero. Dale un beso a mi bebé.

Nada más colgar tomo el cuaderno de espiral y anoto la idea que he tenido antes de que desaparezca.

Hoy es el gran día. Mientras Liam está en el colegio, me dedico a cocinar y a limpiar antes de ir a la entrevista. Mi jefe no está pero sé que ha dormido en casa porque su cama estaba deshecha esta mañana.

Miro el reloj y voy corriendo a cambiarme las bailarinas que llevo para trabajar por unos salones de medio tacón que me dan un aspecto más profesional. Me miro en el espejo que tengo al lado del armario y me doy el visto bueno: top de tirantes en crepe de seda color marfil, pantalones vaqueros oscuros y americana negra semi entallada. Llevo una gargantilla con un pequeño aro adornado por diminutos brillantes de Swarovsky y unos pendientes discretos de un solo brillante de tamaño mediano. Me suelto el moño alto que llevo para las faenas del hogar y el pelo se me queda ligeramente ahuecado y ondulado. Repaso el maquillaje y termino dándome el bálsamo labial sabor cereza con suaves toquecitos con la yema del dedo anular. Presiono los labios para que se impregne por todo igual.

El colegio está a pocos minutos de la casa en coche. Aparco en una gran explanada que sirve de parking. Cerca hay un parque rústico con columpios, un tobogán y muchos bancos. Me detengo frente a la puerta de hierro y llamo al interfono, facilito mis datos y me dejan pasar. Entro en el imponente edificio de piedra abrazada a mi carpeta. Una mujer de mediana edad con el pelo negro recogido en un moño bajo se acerca a mí:

—¿Srta. Morán? —asiento.

—Soy Paloma Suárez, la orientadora de los más pequeños. Acompáñeme, por favor. El tutor de Liam, el señor Lennox, se unirá a nosotras más tarde.

El despacho es amplio y muy luminoso. La srta. Suárez se sienta a un lado del escritorio púlcramente ordenado, con una amplia ventana a su espalda y me pide que tome asiento en una de las sillas que hay frente a ella.

—Muy bien, señorita Morán.

—Llámeme Laura, por favor.

—Claro —Sonríe con cierto aire de ironía —. Tengo entendido que es usted la cuidadora de Liam.

—Me encargo del refuerzo escolar de Liam en casa, soy maestra de profesión y por vocación —Le devuelvo la sonrisa.

Me observa con curiosidad. Apoya los antebrazos sobre la mesa y entrelaza sus manos huesudas.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en casa del señor Evans?

—Desde principios de enero.

La orientadora ojea sus apuntes, levanta una ceja y asiente con gesto de aprobación.

—Lo cierto es que hemos notado una... pequeña mejoría en la actitud de Liam pero me temo que si él no pone más de su parte, no podrá pasar de curso —me dice con un tono suave y tranquilo pero me estremezco al oír su injusto veredicto. Tomo aire despacio para calmar los nervios.

—Tenga en cuenta que en este colegio nos tomamos muy en serio la educación de nuestros alumnos. De hecho, una de nuestras máximas es la de ser capaces de sacar lo mejor de cada uno de ellos pero con Liam nos está resultando... prácticamente imposible. Por eso le recomendé al señor Evans que buscara ayuda de un profesional.

—Y por eso estoy yo aquí —vuelvo a sonreír tratando de transmitir confianza.

La srta. Suárez se acomoda en el respaldo y apoya los brazos en la silla.

—Y eso está muy bien pero con profesional no me refería a... —busca la palabra adecuada mientras se remueve en su silla.

—Sé perfectamente a qué se refiere —le corto la frase manteniendo la cordialidad— y estoy totalmente de acuerdo con usted pero entiendo también al señor Evans. Tenga en cuenta que tanto el padre como el hijo se encuentran en pleno duelo y es normal que se muestre reacio a contratar un psicólogo o un psiquiatra para que atienda directamente a su hijo. Por ese motivo estoy asesorada en todo momento por una psicopedagoga infantil —le digo sin mentir del todo. Saco de un bolsillo de mi bolso la tarjeta de visita de mi amiga Cristina y se la ofrezco. La orientadora la toma en sus manos y la examina con atención.

—Puede quedársela por si tiene que consultar algo con ella. Como entenderá, la situación emocional de Liam es delicada, por eso debemos ir paso a paso y cuando lo veamos preparado, esta misma psicopedagoga se hará cargo de su terapia en caso de que aún siguiera necesitando los servicios de un profesional.

Grapa la tarjeta a la carpeta donde tiene el informe de Liam y vuelve a prestarme atención.

—Verá, señorita Suárez, para correr, primero tenemos que aprender a andar. En el caso de Liam, dadas sus circunstancias personales, ha de hacerlo acompañado por alguien que le de seguridad y le ayude a levantarse cada vez que se caiga, por lo menos hasta que se recupere. No nos interesa tampoco tener a Liam dentro de una burbuja, usted ya

me entiende.

Asiente mientras toma nota en un folio.

—Y ahora, me gustaría centrarme en lo que nos incumbe: a ustedes, como centro escolar, y mí, como su maestra particular.

—Adelante, escucho encantada —dice con cierto aire de reserva en su mirada gris. Se apoya sobre el respaldo y deja el bolígrafo sobre la mesa.

—En todo este tiempo que llevo trabajando con Liam, he podido comprobar que es un niño extremadamente sensible y muy inteligente —la expresión de la srta. Suárez cambia de cordial a incrédula —He estado analizando el nivel de conocimientos de Liam y aunque en un principio detecté ciertas lagunas, en cuanto conseguí hacerme con él y captar su atención lo cogió todo enseguida. Ustedes ya han notado algún cambio en todo este tiempo, por eso creo firmemente que si trabajamos juntos desde el colegio y desde casa, podremos lograr que Liam salga adelante y pase de curso. Póngase por un momento en la piel de un niño de ocho años que ha perdido a su madre hace unos meses. Está claro que se siente sobrepasado y que necesita comprensión y cariño para reponerse y no obstáculos infranqueables.

—Entiendo perfectamente a lo que se refiere pero en el colegio tenemos una serie de normas que no podemos estar cambiando a voluntad porque un alumno esté triste o no lo esté pasando bien. ¡Imagínese: sería una locura!

Santa Paciencia, no me abandones, por favor.

Tomo aire despacio y lo expulso lentamente para no perder la templanza.

—Yo también entiendo perfectamente su postura pero teniendo en cuenta la máxima de este colegio de sacar lo mejor de sus alumnos, estoy totalmente convencida de que el caso de Liam será un desafío muy interesante para un colegio de prestigio como este, que cuenta con los recursos y las herramientas necesarias para ayudar a Liam a sacar lo mejor de él. Además, trabajaremos en equipo en todo momento, estarán respaldados por la ayuda de la familia, la de la psicopedagoga y la mía propia. No estoy pidiendo que se cambien las normas del colegio para Liam, sino que se amolden al niño y a sus circunstancias personales como algo excepcional. Estoy convencida de que si navegamos todos en la misma dirección, Liam será un caso de éxito para este colegio y un ejemplo para sus compañeros.

La he dejado pensando, eso es buena señal.

—Está bien, srta. Laura, pero entienda que la decisión última no depende de mí, aunque tenga por seguro que haré llegar su propuesta

a la jefatura de estudios —mira el reloj que lleva en su muñeca y continúa —permítame que avise al tutor para que venga.

Da la orden a través de su teléfono de mesa y enseguida se oyen unos golpes en la puerta. Asoma la cara un joven que no llega a la treintena, con rasgos aniñados que pide permiso para entrar y nos saluda. Me sorprende verlo vestido con una camisa de cuadros vichy, unos vaqueros y unas zapatillas. Lleva unas gafas de pasta negras, como sus ojos, y una fina pelusa rubia, del mismo color de su cabello, cubriendo el labio superior y la barbilla.

—Thomas: La srta. Laura es la maestra particular de Liam y responsable del grato cambio de Liam en estas últimos semanas —ojea el horario en la pantalla del ordenador —. El aula está vacía ahora porque los alumnos tienen natación, quizás podríais mantener la reunión allí para que vea cómo es la clase de Liam y para que le respondas todas las dudas que desee preguntarte.

La orientadora se levanta de su asiento invitándonos a salir.

—Discúlpeme pero tengo ahora una sesión con un alumno y no tardará en aparecer. Le agradezco mucho que se haya tomado la molestia de venir. Cuente con nosotros para ayudar en lo que podamos a Liam, siempre dentro de nuestras posibilidades, claro está.

Clarísimo está que no ha cambiado de idea, hasta dudo de si expondrá el caso de Liam a la jefatura de estudios. Espero convencer al tutor.

A esa hora, la mayoría de los alumnos permanecen en sus clases. Puedo verlos por la ventana que tienen en la parte superior de la puerta de cada aula. En algunas, los alumnos y alumnas perfectamente uniformados, atienden a las explicaciones de la maestra; en otras, trabajaban en grupo y el profesor los supervisa. Llegamos al aula de Liam, que al igual que las demás, es muy luminosa y diáfana, tan solo adornan las paredes algunos trabajos hechos por los alumnos y algún póster. Cerca de la mesa del profesor hay una gran pizarra electrónica y, al lado de ésta, una pizarra blanca, en la que están anotadas las tareas que deben tener hechas para el día siguiente.

Reconozco enseguida la mochila de Liam en una mesa cercana a la pizarra. Me enseña la clase en detalle y me explica cómo trabajan. Confirma mis sospechas de que lo más importante en la rutina escolar es hablar. Es un sistema muy interesante y enriquecedor pero para ciertos casos, como niños extremadamente tímidos, puede llegar a perjudicarlos como le pasa a Liam; por ejemplo, si tiene dudas, no va a preguntar y si el profesor no está constantemente encima de él, seguramente ni se de cuenta de que hay ciertos conceptos que no ha entendido y por tanto no los ha aprendido.

Le enseño los deberes extra que Liam ha realizado que he considerado

necesarios para evaluar otras destrezas. El tutor toma nota de ello sorprendido y me pide permiso para quedarse con todo lo que he traído.

La srta. Suárez llama a la puerta y toma asiento junto a Thomas —ha terminado la sesión con el alumno antes de tiempo. El tutor estás inquieto, no hace más que mirar de soslayo a la orientadora como si esperara a su consentimiento para decirme algo de lo que ya han hablado previamente entre ellos.

—Verá, srta. Laura, le hablaré con franqueza. Para mí ayudar a Liam es un reto fascinante y haré todo cuanto esté en mi mano pero ha de entender que el componente oral en este colegio lo es todo y que por muy bien que me haga las tareas escritas, si no puedo evaluar sus competencias orales, no podrá aprobar las asignaturas y por tanto, no podrá pasar de curso y en ese caso, quizás lo más recomendable sería buscar un colegio de educación especial que se adapte a las necesidades Liam.

Este tío es gilipollas perdido.

¡Cómo tengo que decirles que Liam es perfectamente normal!

¡Ay que fastidiarse, parece que hablar es lo único importante en esta vida! ¡Aaaaaaahhhh, si pudiera salir un momento al pasillo a pegar cuatro gritos! Pero no, me toca tragarme la mala leche y dar ejemplo de sensatez a este par de ineptos; vamos que ha llegado el momento de soltarles una buena hostia a mano abierta versión oral.

—Lo entiendo perfectamente —hablo con voz serena y pausada — tiene que oírlo leer para comprobar que sabe hacerlo y para ver cómo pronuncia, ¿verdad? —El tutor asiente— Y me imagino que tiene que ver de qué manera se desenvuelve en una exposición oral para evaluar si es capaz de memorizar y exponer un tema preparado con anterioridad.

—Así es, srta. Laura —dice el tutor y los dos asienten a la vez.

—Y me figuro que para poder completar esa evaluación oral —prosigo parafraseando sus criterios como si fuera corta de mente—, necesitará ver si Liam es capaz de mantener una conversación o de responder preguntas que se le formulen sobre la marcha, ¿me equivoco?

—No se equivoca, lo ha entendido perfectamente —dice la orientadora perdiendo la paciencia y entornando los ojos para encontrarse con los del tutor.

—Eso quiere decir —la ignoro y me dirijo al señor Thomas —que si usted es capaz de evaluar todas estas destrezas orales en Liam, podrá aplicarle los criterios de evaluación y en ese caso, si lo que dice en esas exposiciones es correcto, aprobará las asignaturas y pasará de

curso, ¿es así? — el tutor asiente y antes de abrir la boca, la orientadora le corta zanjar la pesada y molesta conversación. Los dos me miran como si fuera lela.

—Exactamente —dice la srta. Suárez sin separar los dientes, con una sonrisa forzada.

Gracias, querida, justo lo que quería oír. Ahora me vais a escuchar y os vais a cagar.

—Muy bien, entonces me pondré manos a la obra para que dispongan del material suficiente para empezar a evaluarlo: en primer lugar, mandaré audios de Liam leyendo o dialogando. Cuando coja confianza, pasaré a grabarle en vídeo para que además de la voz, puedan evaluar sus gestos —miro primero a la orientadora y después al tutor— y la soltura a la hora de exponer algo o de responder a las preguntas que otros le formulen. Así podrá evaluarlo.

¡Toma ya!

Se han quedado mudos y no paran de dedicarse miradas. Ella está anotando algo en el cuaderno que ha traído y el señorito Thomas no sabe dónde meterse.

—Pues si les parece bien, pongámonos manos a la obra entonces. Consúltelo con la jefatura de estudios y si he de hablar con la jefa o jefe de estudios, lo haré encantada. Ustedes fomentan la comunicación y el trabajo en equipo, demos ejemplo navegando todos en la misma dirección, ya que de eso dependerá el éxito o el fracaso de Liam en este centro. Me imagino que al igual que yo, no querrán cargar con un fracaso a sus espaldas. Al fin y al cabo yo perdería mi trabajo pero ustedes dejarían de ser benefactores de la generosidad del señor Evans porque sé que no dudará en marcharse a otro colegio.

Lo de la generosidad les ha hecho daño, solo hay que ver la cara de retortijón agudo que han puesto. Amalia me contó durante el paseo del otro día que el señor Evans había donado una más que generosa cantidad de dinero para arreglar el polideportivo del colegio.

La orientadora ha tardado en volver en sí pero el tutor es más rápido.

—Bien, no habrá ningún problema por nuestra parte. De todos modos, tenga en cuenta que debemos contar con la aprobación de la jefa de estudios...

—Claro, Thomas, pero no se preocupe, srta. Laura, no habrá ningún problema. Hágaselo saber al señor Evans —No deja intervenir de nuevo al tutor—. Yo misma trasladaré el caso de Liam a la jefa de estudios.

—Perfecto, gracias por su tiempo y por haberme atendido tan bien — nos interrumpe el sonido de una sirena que indica el cambio de clase y

el pasillo se llena de voces de colegiales.

Me despido de ellos y salgo con paso apresurado antes de que me vea Liam, —no le he dicho que iría a su colegio y no quiero desconcertarlo.

10. EL CHAPARRÓN

Giro la llave y ruge el motor de mi viejo golf en la calle del colegio. Fuera el día es idílico: despejado, cálido y sin viento. Las ramas que han permanecido desnudas durante el invierno se van cubriendo de hojas y los pájaros revolotean buscando alimento o palitos para construir sus nidos.

Me estiro para mirarme en el espejo retrovisor y no me reconozco: me parezco al fantasma la mujer de la curva —pero en vez de estar sentada en el asiento de atrás estoy frente al volante. Me tiembla todo el cuerpo, estoy helada de frío. Enciendo la calefacción del coche y pongo el primer CD de música que pillo en la guantera. Antes de que acabe la canción llego al gran portón de hierro. No puedo respirar con fluidez y tiemblo cuando veo el coche del señor Evans aparcado en su sitio. Prefería contárselo por whatsapp o como mucho por teléfono porque cara a cara... no me atrevo.

Me cuesta introducir la llave en el bombín pero finalmente consigo meterla y hacerla girar. Entro en la cocina con discreción y de puntillas, sin hacer ruido.

—¡Laura!

Hay que joderse, ya está de mala leche otra vez.

Me asomo al pasillo y me lo encuentro plantado en la puerta de su despacho con cara de asesino agresivo.

—¿Puede venir un momento a mi despacho? —su voz es hostil y cortante.

—Sí, claro —respondo y trago saliva con fuerza. Me siento como si fuera una niña a la que le van a regañar por haber hecho alguna travesura bien gorda.

Entro yo primero y él da un portazo tan sonoro que encojo los hombros y cierro los ojos. Cuando los abro sigo quieta y abrazada con fuerza a la carpeta que llevo vacía, como si fuera el salvavidas que

evitará que me hunda del todo.

Observo con disimulo cómo se mueve por toda la habitación, camina a la deriva, va al ventanal, luego a la zona de sillones, después al escritorio y vuelta a empezar. Se rasca la frente, se frota la nuca y yo sigo temblando y mordiéndome el labio. Nunca lo visto así, tan... tan desquiciado.

—Señ... —digo con un hilo de voz pero él se gira, levanta el dedo índice con autoridad y cierro la boca inmediatamente.

Se apoya en el marco del ventanal, tratando de controlarse hasta que no puede más, se gira para mirarme y estalla:

—¡¿Se puede saber qué coño has hecho?!

Esas palabras me caen como si descargara sobre mi cabeza un chaparrón de agua fría. No sé qué responder en mi defensa porque sé que he rebasado un límite que debía haber sido infranqueable. Un escalofrío me recorre la espalda y me inmoviliza aún más. Trato de ganar tiempo para estar segura al cien por cien del por qué de su enfado, aunque en el fondo lo sé pero prefiero que sea él quien lo diga.

—Pues como no me de una pista —le digo con voz temblorosa y me mordisqueo el labio otra vez. Soy incapaz de mirarle a los ojos. Creo que el comentario le ha cabreado más.

—¿Me tomas el pelo? ¡No se sí has notado que no estoy para bromas!

Qué mal rato estoy pasando ahora me arden hasta las orejas.

Da un par de zancadas hacia la ventana, se gira y regresa hasta mi lado.

—¡Me ha llamado el director del colegio! —vocifera—¡Maldita sea! ¿En qué coño estabas pensando?

No me gusta que me hablen de ese modo tan grosero y tan autoritario y menos cuando lo que he hecho ha sido para ayudar a Liam. Toda la fuerza y el coraje que me nace en las tripas se me escapan por la boca.

—¿Y se puede saber qué le ha dicho el director para que se ponga usted así conmigo? —hablo con un tono autoritario pero no demasiado alto, más bien tirando a bajo.

Patrick se acerca aún más. Su mirada es tan cortante e intimidatoria como su voz y yo tengo ganas de salir corriendo. Afortunadamente, mi orgullo y mi amor propio no me dejan moverme, ni siquiera recular para no sentirlo tan cerca. En cambio, él sí lo hace, da un paso atrás.

—No le he dado tiempo a que me explicase los detalles porque quería hablar antes contigo —se aleja de mí algo descolocado, va hacia la ventana pero gira sobre sus talones con pasos de plomo para

refugiarse detrás de su escritorio, pega un puñetazo en la mesa.

—¡Joder! —me escupe las palabras—. Me ha dicho que tratarían de hacer todo lo que proponías y que no sería necesario que retirara mis atribuciones benéficas ni que nos fuéramos a otro colegio —Hace el amago de repetir el golpe pero se contiene, aprieta el puño con fuerza — ¡¿Me lo puedes explicar, por favor?!

Se pellizca el puente de la nariz, y cierra los ojos con fuerza. Se le marcan las arrugas de la comisura que los rodea. Respira hondo y aprieta los dientes.

—¿Les has amenazado en mi nombre?

Estoy muda y a punto de caer redonda al suelo, no me atrevo a moverme porque estoy segura de que mis piernas no me van a responder. Solo puedo mirarle con frialdad y asegurarme de que ha terminado de hablar para intervenir. Es importante hacerlo en el momento apropiado, como saltar a la comba, si entro antes de tiempo, lo más seguro es que la cuerda se vuelva en mi contra y caiga de bruces.

Apoya las manos sobre la mesa a la espera de mi respuesta.

—En primer lugar, por mucho que cueste, haga el favor de calmarse. No le consiento absolutamente a nadie que me hable en ese tono; además, no hace falta que me grite, afortunadamente no estoy sorda. Ha escuchado parte de una versión, espero que ahora, más tranquilo, escuche la mía y después saque sus propias conclusiones. Y ahora, por favor, tome asiento y conversemos como personas civilizadas porque yo también sé gritar y creamé, soy pequeñita pero tengo buenos pulmones.

El señor Evans me mira de arriba abajo con su mirada opaca pero sus labios trazan una leve sonrisa que vuelve a esconderse tras la fina línea que se forma al apretarlos con rabia.

¿Le habrá hecho gracia o es que no se cree que pueda gritar más alto que él? En fin a lo mío, no me voy a dejar pisotear por él, aunque sea mi jefe.

Para mi sorpresa, se sienta como si fuera un enorme adolescente orgulloso que acepta sentarse solo porque él quiere. Me acerco a una de las sillas que tengo delante, coloco el bolso sobre el respaldo y suelto la carpeta sobre el escritorio. Tomo asiento con decisión.

—Adelante, soy todo oídos —dice arrastrando las palabras entre sus dientes, cruza las piernas y después cruza los brazos sobre su agitado regazo.

Una vez que consigo que la temida bestia se tumbe a mis pies, comienzo a hablar, manteniendo siempre un tono serio, suave y

relajado.

—Quiero empezar pidiéndole disculpas por mi atrevimiento —Él asiente con orgullo, va a decir algo pero respeta el turno de palabra cuando levanto la mano para que espere —. Fue algo que surgió y no he tenido tiempo de hablar con usted porque ellos han sido más rápidos. Culpa mía por no haberme adelantado. Pero —Le levanto el dedo índice para que no hable. Se hunde en el respaldo del sillón guardando silencio — déjeme que le explique por qué me he visto obligada a tomar esa decisión.

Le resumo cómo fue mi encuentro con la orientadora y el tutor y su gesto se va destensando. Cuando le cuento cómo aproveché a mi favor los vacíos que había detectado en las normas, me escucha cada vez con más atención, casi con fascinación. Poco a poco se va abriendo y va relajando los músculos de su cuerpo.

—Así que, haciéndome la tonta y parafraseando los criterios de evaluación, no han podido negarse porque de ese modo no estaríamos incumpliendo ninguna norma.

A Patrick le brillan los ojos y su mirada ya no es fría ni desgarradora como antes, ahora es más cálida y la acompaña con una amplia sonrisa de asombro.

—En ese punto, tenía a la orientadora prácticamente convencida pero el tutor seguía dudando y para asegurarme de que no se echaban atrás, les di el empujón con el comentario que les hice pero en ningún momento tuve intención de amenazarlos. De verdad.

Patrick me observa con los codos apoyados en el escritorio y juguetea con un bolígrafo sin apartar sus ojos de los míos.

—Me tiene perplejo —dice después de un tenso e interminable silencio — es alucinante de qué manera ha conseguido darle la vuelta a la situación.

Las mejillas me arden y él se revuelve en el asiento, ha vuelto a tensarse.

—Siento haberla gritado, no sé qué me pasa pero... el tema de mi hijo me tiene —hace una pausa, supongo que tratando de encontrar las palabras adecuadas— se me escapa de las manos y no estoy acostumbrado a esa sensación y... le juro que no suelo perder los nervios así.

—Me lo imagino. Yo habría hecho lo mismo y seguramente le habría clavado las uñas.

Patrick me mira las manos.

—Menos mal que no las lleva largas.

—Estas no, hombre, las de los pies.

Los dos explotamos en una sonora carcajada y yo me siento un poco mal por si me he pasado o me toma por loca.

—¿Por qué lo hace? —su pecho sigue agitándose por la risa—Quiero decir, por qué siempre me hace reír.

—Porque así está más guapo —le contesto con gracia y Patrick enmudece— y porque soy feliz haciendo reír a la gente que me rodea. Créame, si todos hiciéramos lo mismo, el mundo sería un lugar mejor. Además, la risa es muy saludable, ¿sabe? Por algo existe la risoterapia...

Me encojo de hombros y sonrío divertida pero me pongo algo más seria.

—De verdad que siento muchísimo haber usado su nombre para darles el empujón. No volverá a pasar, lo consultaré todo con usted primero.

—Pues sí, prefiero que me lo comente antes. Ahora mismo voy a llamar al director para decirle que todo lo que usted ha dicho es tan válido como si lo hubiera dicho yo mismo. Me tiene perplejo, de verdad. Yo no lo habría hecho tan bien como usted, jamás se me habría pasado por la cabeza grabarlo en vídeos... Gracias por haberse tomado tantas molestias por mi hijo.

—Bueno, no cantemos victoria todavía —Me mira confuso—.Ahora lo más difícil va a ser convencer a Liam para que se deje grabar.

11. CANTANDO EN LA DUCHA

Como los días van teniendo cada vez más horas de luz, he decidido no seguir procrastinando y me he mentalizado de que tengo que empezar a correr. Ya está bien de “el lunes empiezo” o “mañana sin falta”. Como cuento con el permiso del señor Evans, puedo irme tranquila sabiendo que Liam no se quedará desatendido. Menos mal que le pillé de buenas el otro día —otra vez— pero aún así parece que no le hizo mucha gracia. No estoy segura de si la cara que puso era por la hora o porque la zona no es la más apropiada para practicar este deporte —hasta me ofreció usar la cinta del gimnasio. Pero a las siete de la mañana no puede haber tanto tráfico y es que no encuentro otro momento del día o de la noche para hacerlo y lo necesito con urgencia.

Bebo un poco de agua antes de salir, elijo la lista de reproducción que me preparé anoche y lo escondo en el brazalete. Todavía llevo su móvil, la verdad es que es una pasada y también los precios de los smartphones decentes, pero sigo ahorrando, que conste que tengo intención de devolvérselo.

Me pongo los auriculares y salgo caminando a paso ligero de la casa.

Desde luego, esta urbanización no es de las más adecuadas para salir a correr. Las aceras son estrechas e irregulares, tan pronto te encuentras zonas adoquinadas como tramos de arena con un gran tronco de pino y sus raíces que te obliga a rebasar la carretera. Es cierto que a esta hora de la mañana no hay demasiado tráfico pero los pocos coches que circulan, lo hacen a una velocidad muy superior de lo que marcan las señales.

Antes de que naciera Hugo, hacía ejercicio a diario: alternaba el yoga y la danza con salir a correr. Después de algo más de dos años sin moverme, no me queda otra que ser paciente y empezar de nuevo.

Camino a buen ritmo durante unos quince minutos y corro durante uno y así hasta ir acortando los minutos que camino y alargando los que corro. El aire es fresco y me resulta agradable mientras me muevo. Ya de regreso, el tráfico se ha intensificado y empiezo a arrepentirme de haber ido por una calle que parece la principal de la urbanización. Tengo que investigar más recorridos, seguro que hay zonas más tranquilas y más agradables para correr que esta. El comodín de la cinta, me lo guardaré para cuando haga mal tiempo.

Regreso a la casa orgullosa por haber tenido la fuerza de voluntad de salir a intentarlo. Entro en la parcela sin desprenderme de los auriculares que me ayudan a volver a un ritmo más tranquilo con música más lenta. Hago unos estiramientos antes de entrar. Tengo veinte minutos antes de despertar a Liam y subo las escaleras despacio porque me tiran un poco los gemelos. Estoy empapada en sudor y mi respiración sigue agitada. Me doy la ducha más rápida de la historia y cuando salgo del baño me siento una mujer nueva. Estoy muy relajada y una sensación de bienestar me invade de cabeza a pies.

Después de regresar de la parada del bus de ruta me empleo a fondo en la cocina —que ya le iba haciendo falta un buen repaso. Le echo un vistazo al caldo de ave y a las lentejas que huelen de maravilla. Pongo una lavadora y mientras termina el programa corto, recojo y limpio el salón del televisor.

¡Este niño es un caso! No sé si conseguiré quitarle la costumbre de dejar los calcetines tirados o escondidos en el sofá.

Paso por la puerta del despacho y oigo al señor Evans hablar por teléfono. Hoy mejor no paso el aspirador en la planta baja. Termino el aseo y paso la mopa, que sale limpia porque ayer aspiré toda la casa. Vuelvo al cuarto de la colada y tiendo la ropa en el tendedero que hay en el mismo cuarto — Me sorprende sentirme tan llena de energía después del ejercicio matutino —. Paso por la cocina, relleno mi botellita de agua y bebo tanta que tengo que llenarla otra vez. Luego me pongo con los dormitorios de la planta de arriba. Abro las ventanas de todas las habitaciones: los dos cuartos de invitados, el cuarto de juegos, el dormitorio de Liam, el mío, el gimnasio y finalmente el del señor Evans. Cambio las sábanas a las tres camas que utilizamos y bajo al cuarto de la colada para poner otra lavadora; el resto de la ropa sucia la dejo en un cesto, vuelvo a comprobar los pucheros y programo la placa de inducción para que se apaguen en una hora. En ese momento, cuando vuelvo a subir a la planta de arriba, me siento algo aturdida, como si el cansancio se me hubiese presentado de golpe. Ya solo me queda terminar de limpiar los baños, pasar el aspirador y fregar los suelos de esta planta.

Ja, qué optimista soy, como si esto fuera como el piso de mi madre,

que cabe entero en el salón principal de esta casa.

Saco los auriculares y los conecto al móvil, selecciono una lista de música variada y me animo al escuchar la primera canción *Hungry* Eyes de la banda sonora de una de mis películas favoritas: *Dirty Dancing* pero la primera, la de Patrick Swayze. Así el trabajo se me hace más ameno y llevadero y siendo como soy, no puedo evitar que se me vayan los pies y la lengua también. Cuando quiero darme cuenta estoy terminando el baño del señor Evans. Me encanta la gran bañera independiente que tiene junto a la ducha, es como las que salen en algunas revistas de decoración o de cotilleo de casas de arquitectos, decoradores o famosos. Es como las clásicas pero con líneas más modernas, a juego con las demás piezas de baño. Con lo que me gusta a mí darme baños de sales y espuma... en esta bañera sería feliz. Ahora la ducha, después el suelo y se acabó la limpieza por hoy.

Empieza a sonar una canción de esas que me chiflan y me ponen romanticona *The Scientist* de Coldplay pero es una versión acústica cantada por un hombre y una mujer. Subo el volumen y me pongo a tararearla mientras limpio los sanitarios. Me meto en la ducha para limpiar los azulejos y la mampara y me pongo a cantar.

¿Qué tendrá la ducha que hace como de auto-tuning natural y parece que canto hasta bien?

—"Nobody said it was easy. No one ever said it would be this hard" —. Estoy tan metida en el papel que mi cuerpo se mece al son de la balada mientras paso el paño para secar los azulejos. Impregno la mampara con el spray limpiador y mientras dejo que se forme la espuma que lo cubre todo, balanceo mis caderas con sensualidad —"Tell me you love me come back and haunt me. Oh, and I rush to the start..."

Paso el trapo para limpiar el producto y ahogo un grito al ver al señor Evans apoyado en el marco de la puerta, con un pie cruzado sobre el otro a la altura del tobillo y abrazado a sí mismo.

—Por Dios, ¡qué susto me ha dado! —digo con una risa nerviosa mientras me quito los auriculares. Me arden las mejillas y me muerdo el labio para que el corazón no se me escape por la boca.

¡Joder, aparece como los fantasmas, cuando menos te los esperas!

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Mmm... unas tres canciones o así —dice observándome con mirada divertida y con una amplia sonrisa.

Un tsunami de calor me cubre todo el cuerpo. Abro la boca para poder tomar aire.

—Es broma, acabo de llegar —creo que me ha visto al borde del síncope y solo trata de calmarme pero no logra esconder del todo esa media sonrisa burlona—... aunque lo suficiente para comprobar que canta usted muy bien.

Ay, Dios, qué vergüenza, no tengo forma de salir corriendo de aquí ni dónde esconderme.

Con intención de salir de la ducha, me agarro al borde de la mampara para no acabar en el suelo, despatarrada.

—Oh, perdone, ya he acabado, yo ya me voy. No...

—Tranquila —Me acerca una toalla para que me seque los pies y la tomo con la mano temblorosa—. Solo venía para decirle un par de cosas. Una es que me ha llamado el director del colegio; espere, no se asuste, me ha dicho que están impresionados con mi hijo y con el trabajo que está haciendo con él. Han escuchado los audios y me han adelantado que este trimestre va a tener prácticamente todo aprobado, excepto lengua y ciencias pero que teniendo en cuenta su evolución, y si consigue grabarle en vídeo, será más que suficiente para aprobar las asignaturas y que pase de curso.

Salgo de la ducha ojiplática, sin soltarme del todo, y con ganas de saltar.

—Vaya, qué buena noticia. Eso es que vamos por buen camino.

Con los pies ya secos, quito las dobleces que le he dado a los bajos del pantalón tratando de ganar tiempo para calmarme un poco y al incorporarme, me coloco un mechón rebelde detrás de la oreja, como en las novelas románticas, y para mi sorpresa, lo pesco con los ojos muy abiertos siguiéndome con la mirada, sin apartarse de la puerta, enfundado en unos pantalones de pinzas azul marino y una camisa amarillo claro de algodón que resalta su piel morena.

Cojo aire pero mi corazón late alterado al ritmo de mi respiración. Recojo los productos de limpieza y doy un paso hacia él pero no se mueve y verlo así, en esa postura y con esa mirada tan oscura y tan intensa me provoca un cosquilleo que nace en mi vientre y me estremece.

—Me alegro mucho de verdad.

Da un paso hacia mí y mis pulsaciones se aceleran aún más.

Me mira con cautela, se aclara la garganta:

—La otra cosa es —está claro que lo que tiene que decirme no me va a gustar o me va a incomodar pero esa media sonrisita...—que este fin de semana viene mi madre.

—A que la meta en vereda, ¿no? —me sale tan natural la broma que

hasta yo me sorprendo y me enamoro de esas arruguitas que se arremolinan cerca de sus ojos y se extienden con gracia hacia las sienes cuando se ríe.

—Sí, sobre todo por eso, y creo que también para ver a Liam.

—Claro, me imagino. ¿Y cuándo llega a Madrid?

—Iremos a recogerla el sábado a medio día, pero no se preocupe que no se quedará con las ganas de conocerla porque estará con nosotros hasta el domingo de la semana que viene, coincidiendo con las vacaciones de Semana Santa del colegio.

—Oh, pues no se hable más, cambiaré las sábanas de su cuarto; por cierto, ¿cuál es?

—El del fondo, es el más grande y a ella le encanta.

¡Ay la leche, tengo que tener todo perfecto y solo tengo... ¿dos días?! ¿Y si no le caigo bien?

A lo mejor es tan tiesa como la casera que tuvimos mi ex y yo cuando vivimos en Inglaterra. Era una vieja delgaducha, seca como una pasa por fuera y amarga como una almendra pocha por dentro. Era tan quisquillosa que nos tuvo más de dos horas esperando mientras recorría cada rincón de la casa. Por fin nos dio el visto bueno y nos devolvió la señal del alquiler antes de dejar la casal. Se lo dejamos mucho mejor de como lo encontramos, por cierto.

12. QUEDADA DE CHICAS

—Chicas os lo agradezco pero no me veo; por qué no vamos mejor a tomar un café —propongo tratando de escaquearme y eso que en el fondo me apetece.

—Eso, como si fuéramos abuelas —se queja Carol, dándome la espalda mientras busca y rebusca en su caótico armario —Además, ¿quién coño queda a las diez de la noche para tomar un café?

—Es que no tengo ganas, de verdad.

Mis amigas del alma me ignoran. Carol sigue a lo suyo con medio cuerpo dentro de su armario.

¿Pero qué estará buscando? Me esta poniendo nerviosa.

Cristina, la más cuerda de las tres, en vez de salir en mi defensa se pone a tontear con el móvil. Estoy perdida, ojalá pudiera salir corriendo de aquí. Si al menos hubiese venido Raquel, me habría apoyado un poco y habríamos buscado algo intermedio: una cenita de esas que se alargan y después una copita y a casa.

Estoy cansada y me apetece estar con mi hijo y disfrutar esas pocas horas que tengo para él, ya que el resto de la semana no puedo hacerlo y eso me hace sentir una mala madre. Me estoy perdiendo lo mejor de mi niño y si encima me voy de bailoteo... esto está fatal.

De fondo suena una melodía muy marcada que reconozco enseguida: Footlose de Kenny Loggins. Carol se da la vuelta con un salto, a lo aparición superestelar y lo alza para que lo admiremos. Es un mini vestido negro de tirantes muy mono y seguramente muy favorecedor, como toda su ropa, debería ser personal shopper. Pongo los ojos en blanco y protesto:

—Pero tía, si vas fenomenal con lo que llevas, ¿no me digas que te vas a cambiar?

—De eso nada, bonita. Es que esto es para ti —me lo lanza y lo cojo al vuelo antes de que caiga al suelo.

—Estás de coña, ¿no? ¿Qué tienen de malo estos pantalones y la camiseta que llevo?

—Que te van a decir que las abuelas bailan en el antro de al lado —me suelta Carol tan fresca.

Las muy cabronas se descojonan en mi cara pero yo insisto.

—Os he dicho que yo... yo no quiero ir a una discoteca a bailar, no me apetece nada, de verdad.

—Ya, pues tus pies dicen más bien lo contrario —se mofa Cristina y yo me doy cuenta de que no puedo estarme quieta con esta canción.

—Seguro que triunfas, qué pena que no seas consciente de tus curvas. Ya me gustaría a mí tener el tetamen que tienes, rica —Me suelta Carol tan risueña como siempre y yo me pongo como un tomate. Qué obsesión tienen con mi delantera; me imagino que esto será como pelo liso o pelo rizado: la que lo tiene liso lo quiere rizado y viceversa.

Como sé que no puedo luchar contra ellas, lo mejor en estos casos es unirse y desconectar un poco, que a fin de cuentas no me viene nada mal.

—Vale pero solo a bailar, ya lo he hablado muchas veces con vosotras, no quiero saber nada de tíos.

—A ver, nena, que ya no estamos tan locas como antes, que ya vamos teniendo una edad —protesta Carol.

—Además, ten en cuenta que vas con una casada y otra ennoviada hasta las trancas pero si te surge la ocasión, nosotras estaremos encantadas de que te quiten las telarañas del toto.

¡Qué fina la psicóloga!

—Y tú también estarás encantada de que te las quiten, jajaja —Carol me abraza y del balanceo me tumba sobre la cama. Cristina no tarda en unirse a nosotras y las tres nos quedamos un rato tendidas mirando al techo y riendo con tantas ganas que hacemos temblar el colchón.

—Cielo, mereces ser feliz y tener momentos para ti, eso no te hace ser una mala madre ni una mala persona. Si tú no estás bien, ¿cómo vas a estar entera para cuidar a los que más te necesitan?

—Cris tiene razón: date una alegría de vez en cuando porque tú lo vales y punto.

Están como cabras pero las quiero un montón.

◆◆◆

El chico de la puerta me ha lanzado un par de miradas de esas que te hacen sentir alguien especial y reconozco que hacía mucho que no

tenía esa sensación. Aun así estoy algo incómoda llevando el vestido de mi amiga y las sandalias tan favorecedoras que me ha prestado con taconazo y atadas al tobillo. Creo que voy exagerada y no me gusta llamar la atención. Además, no sé por qué he dejado que Carol me hiciera un ahumado que resalta aún más mis ojos marrones. Reconozco que frente al espejo me vi espectacular; ahora siento vergüenza, no estoy acostumbrada a ir tan maquillada. Y para colmo de males, el vestido me llega bastante por encima de la rodilla, no quiero ni imaginarme por dónde le llegará a Carol con lo alta que es, lo mismo es un top largo que a mí me queda como un vestido corto; muy bonito, por cierto, y la verdad es que con la cazadora de cuero me gusta cómo queda el conjunto.

La música está tan alta que noto la percusión y los bajos reverberando en mi pecho y, de nuevo, mis pies me traicionan, no lo puedo evitar. Hemos llegado algo pronto y el local todavía no está abarrotado pero los reservados están todos ocupados. Las tres nos dirigimos como locas a la barra a pedir una copa y el camarero se deshace en atenciones con las tres y hasta me guiña un ojo —vamos, lo que hará con todas para que vayan a pedir más consumiciones.

Las tres permanecemos muy juntas y nos comunicamos a gritos. La música es buena, o por lo menos ponen las canciones que a mí me gustan. No me extrañaría nada que Carol le hubiese pasado una lista al DJ previa amenaza de muerte si se salta alguna.

He de reconocer que me daba mucha pereza salir pero ya estando aquí, estoy disfrutando como una enana.

Las tres bailamos como si no hubiera un mañana en el centro de la pista y en nuestro círculo sagrado, no hay lugar para tíos pesados que se acercan buscando un achuchón pasajero. La música penetra por cada poro de mi piel y siento el subidón que me provoca.

Qué sensación tan rica a libertad y qué sandalias tan cómodas, que milagrosamente no me han hecho roces todavía. De vez en cuando, echamos un vistazo a los reservados por si se queda alguno libre aunque de eso se encarga Carol que es la más alta y también la más lanzada para presentarse donde empiecen a recoger para marcharse.

Esto tengo que repetirlo por lo menos una vez al mes, como una especie de terapia para liberar toda la tensión que acumulo durante la semana con mi trabajo. Solo en este momento, se me pasa por la cabeza, que quizás no sea tan mala idea si surge un rollete de una noche porque en el fondo me siento sola pero a la vez me resulta bochornosa la idea de no estar a la altura de mi amante. En fin, sacudo la cabeza y cuando veo a mis dos amigas del alma bailando con tantas ganas, esa estupidez que se me acaba de pasar por la

cabeza, se esfuma tan rápido como ha venido.

Por mucho que quiero retrasar el momento de ir al baño para no perderme ni un solo minuto de bailoteo, he de atender a la llamada y las dejo a las dos dando botes como dos adolescentes. No puedo evitar reírme al verlas así. Voy bien, no estoy borracha pero empiezo a tener la risa floja y siento que no estoy al cien por cien. Creo que voy a dejar a un lado las copas y a empezar con las coca-colas. Hay cuatro baños y están todos ocupados. Entra una chica alta y delgada como si fuera una modelo de pasarela y se pone a la cola detrás de mí. Me giro hacia el espejo y me retoco un el maquillaje de los ojos con la punta de los dedos. La chica parece bastante más joven que yo. La sonrío y dice en voz alta:

—Vamos chicas, dejad paso a una preñada que me lo hago encima —se ríe y me guiña un ojo.

—¿De cuánto estás? —pregunto sorprendida porque tiene el vientre como una tabla.

—Ja, ja, ja, no estoy embarazada, es para que se den prisa, no falla, ya lo verás.

Me parto con ella porque enseguida se abre una puerta y la que sale nos mira a las dos y me dice:

—Pasa, reina, debe de ser un coñazo estar embarazada con tantas ganas de hacer pis a todas horas.

—Uff, no lo sabes tú bien —le sigo la corriente y veo de soslayo que la supermodelo se está mordiendo el carrillo para no reírse — ¡Gracias!

Mientras orino caigo en la cuenta de que la chica que ha salido del baño se ha dirigido a mí creyendo que yo era la embarazada.

—Qué fuerte, chicas, creo que se me ha puesto cuerpo de madre —concluyo tras contarles a mis amigas lo ocurrido en el baño.

—Qué va. Eso es porque te ha visto las tetas gordas y si la otra estaba como una tabla de planchar... —dice Carol, tan natural como siempre.

—En eso le doy la razón y aunque se te esté poniendo cuerpo de madre, como tú dices, que sepas que las MILF tienen su puntito cachondo para muchos tíos —dice Cristina alzando su cubata y dándole un sorbo sin dejar de moverse al ritmo de la música.

—¿Y qué coño es una MILF? —se me enreda un poco la lengua.

—A Mother I'd Like to Fuck —responde Cris haciendo alarde de su excelete pronunciación inglesa —Vamos una madre atractiva y follable. O algo así.

Ay, madre, creo que la psicóloga empieza a achisparse más de la cuenta, menos mal que hoy dormiremos en casa de Carol, que vive

cerca.

—Cómo se nota que le das al porno, rica —Cris escupe el trago que acaba de dar a su copa y Carol me rodea con su brazo y sigue a lo suyo— De eso nada, tú ahora mismo eres una WHIP: Woman who is hot, intelligent, and in her prime.

—No, no, no, nuestra Laurita es una WHIPILF, vamos, todo eso precioso que has dicho y follable también. ¡Y yo no veo porno, joder!, que con lo que tengo en casa ya tengo bastante, aunque —se ríe traviesa —alguna vez, Dani y yo hemos nos hemos puesto como motos viendo alguna peli erótica en la tablet, cuando las niñas duermen.

Suena una canción que la mayor parte de los que están allí cantan, como si fuera la canción-himno de la discoteca pero el caso es que todos parecen conocerla y a mí me dan ganas de cantar solo por no oír lo que estas dos locas están hablando.

—¡Tías, sois unas viciosas! —las reprendo riéndome a carcajadas.

Carol hace que me tapa los oídos.

—Que no se entere la WHIPILF —se le traba la lengua —pero le voy a regalar un vibrador para que se de una alegría de vez en cuando.

—¡No, mejor un Satisfier! —grita a pleno pulmón Cris cuando la música se para de golpe para que todos canten el estribillo a capela. Las miradas se dirigen a nosotras y ella nos abraza para esconder la cara en algún sitio.

No me he reído tanto en toda mi vida.

—Anda vete a limpiarte un poco que llevas todo el rimmel corrido —me dice Carol muerta de risa —nosotras vamos a pedir otra copa y a ver si algún reservado se queda libre.

Qué vergüenza, normalmente, aunque me maquillo, no suelo ponerme tanta máscara de pestañas y cuando lo hago, es resistente al agua para evitar desastres como este. Humedezco un pañuelo de papel y procedo a arreglar la escabechina. Me recoloco bien el pecho y salgo orgullosa de lo bien que me queda el vestido negro de tirantes y escote de pico.

Al salir me reúno con mis amigas en la barra. Algo ha debido de pasar porque a Carol la pillo disimulando su mal genio tras un codazo de Cris que no me quita ojo.

—¿Qué pasa?

—Nada, si quieres nos vamos a otro sitio —propone Cristina algo nerviosa.

—Sí, buena idea —dice Carol—aquí hay demasiada gente.

Miro alrededor y no lo veo más lleno que hace un rato cuando mis ojos se detienen en la mujer alta del baño y en su acompañante. Se

besan y él la acaricia y la trata como si fuera a romperse y el alma se me hace añicos al ver que ese hombre tan considerado y atento y tan enamorado de la supermodelo descarada y divertida es el padre de mi hijo.

De golpe todo desaparece a mi alrededor: la música, la gente, mis amigas y yo me convierto en un espectador invisible, testigo de sus gestos tiernos, de sus atenciones, de sus mimos hacia aquella chica con la que he coincidido en el baño y con la que he compartido complicidad y unas risas. Me siento miserable y estúpida.

Ahora se levantan del reservado y se besan con más urgencia, seguramente locos por ir más allá de los besos y de las caricias contenidas, deseando abrazarse y desnudarse mutuamente para hacer el amor. Siento envidia, por que él sí ha conseguido rehacer su vida y yo no. Me siento defectuosa.

Sigo en plan masoca observándolos hasta que él la ayuda a ponerse el abrigo y se marchan alegres, ajenos a mi mirada.

¿Por qué es tan caballeroso con ella y por qué nunca lo fue conmigo? Quizás sea lo que tengan los primeros amores que se alargan en el tiempo, que tienden a acomodarse y a conformarse y a pensar que las relaciones deben de ser así.

Otro reservado se queda libre y las dos me llevan en volandas hacia él. Guardamos silencio por unos instantes hasta que me desbordo y mis amigas me acogen en sus brazos.

Con lo bien que lo estaba pasando, joder.

Siempre que me río con tantas ganas, termina pasando algo desagradable y toma, con lo inmenso que es Madrid y tengo que encontrarme con mi ex en este sitio. Bueno, a lo mejor que sea el sitio de moda ha tenido algo que ver pero aun así. Ni que me hubieran echado un gafe.

Rememoro los momentos más morbosos e hirientes del encuentro y vuelvo a desbordarme. Carol me acerca la copa y humedezco un poco la garganta reseca. Me limpio la nariz con un pañuelo de papel que me ha ofrecido Cris y le doy un buen trago a la copa de sabor dulzón y tropical.

—Malibú con Piña para la niña —canturrea Carol—. Está mejor que el ron con cola ese que te tomáis.

Tiene razón, o por lo menos en este momento el trago me ha sentado bien, y me gusta.

—Laura, si quieres nos vamos —me dice Cris sin conseguir ocultar la preocupación.

Sé que es algo difícil de digerir pero he sufrido tanto por ese hijo de

puta que no pienso permitir que me amargue nuestra noche de chicas. Me limpio las lágrimas y me levanto dispuesta a pasármelo en grande porque yo lo valgo.

¡Y porque también merezco ser feliz, joder!

—Nos quedamos —cojo aire con fuerza—, además ya hemos pillado el reservado y de aquí no nos sacan ni con agua caliente —las dos se miran más animadas. Alzo mi copa y las invito a que me acompañen a la pista.

Cris y yo nos pasamos al Malibú con piña. Acabo de descubrir que me encanta. Después pido otro y me siento de maravilla, ligera y desinhibida.

¡Somos las putas reinas de la pista!

Y reímos y bailamos y se nos acercan unos ilusos muy insistentes y pegajosos que piensan que ligarán con alguna de nosotras. Les hacemos el vacío y seguimos a lo nuestro hasta que desaparecen.

Milagrosamente, la imagen de mi ex se va borrando de mi mente a la vez que voy dejando que el ritmo y el alcohol recorran mis venas.

—Ahora vuelvo, voy a por otra...

¡Guau, no quiero que se acabe la noche!

—Vale, pero tómatela más despacito que no estás acostumbrada... —me sermonea Cristina con lengua de trapo.

—Bah, deja a la chiquilla, que hace un siglo que no se corre una buena juerga, yo diría que la última se la corrió días antes de conocer al innombrable ese.

Consigo llegar a la barra sorteando a parejas que bailan pegadas en plan Dirty Dancing y otros que lo hacen a su bola, como nosotras. El camarero me guiña el ojo de nuevo y me siento sexy.

—¿Malibú con piña, preciosa?

Ostras ¿me acaba de llamar preciosa? Tú sí que eres precioso con ese pelo largo y rubio y esa camiseta negra que se ciñe a esos brazos tan musculosos.

Me sonríe y me prepara la copa.

Vaya y hasta recuerda lo que le he pedido de entre toda esta mole de gente. Mierda, seguro que me he puesto colorada. Bah, aquí no se nota.

—Dentro de media hora termino mi turno —me confiesa inclinando la cabeza hacia un lado mientras se muerde el labio inferior y a mí casi me da un infarto —toma, por si te apetece que nos veamos.

Me entrega su número garabateado en un posa vasos.

Ay, va... y si le digo que sí. No, no, mejor no. ¿Pero qué coño estoy

pensando? Estoy fatal.

Me despido del chico con la mejor de mis sonrisas, nerviosa y a la vez eufórica porque alguien como él se ha fijado en mí. Me choco con un tío enorme que tenía justo detrás y que no había visto al girarme.

Mierda estoy empapada y el vestido no es mío y... ah, esto está helado.

Ahueco el vestido y ahí está, el muy travieso. Agarro como puedo el hielo resbaladizo, lo saco de mi generoso escote y lo tiro al suelo.

—Hola Laura —me clava su mirada de acero y de repente me siento como si me hubiera pillado haciendo algo muy pero que muy malo.

—Hola, jefe, ¿cómo usted por aquí? —Me río, ha sonado muy gracioso, al menos en mi cabeza o en lo que queda de ella.

Yo creo que este camarero me carga más de la cuenta las copas.

—¿Y Liam?, ¿no lo habrá dejado solo en casa? —le regaño sin conseguir un tono autoritario creíble.

—Está con mi madre —dice con su lengua afilada.

Ostras, es verdad, que su madre venía hoy.

—Y tú, ¿qué estás haciendo? —me pregunta pero no con el tono amigable y jovial de dos conocidos que se encuentran en un lugar animado, sino con el típico tono chungo paternal de qué coño estás haciendo y, claro, yo me pongo flamenca porque no tolero borderías.

—Pues divertirme un rato con mis amigas y tú, ¿a qué has venido aquí? ¿A regañarme?

—Anda vamos, has bebido demasiado, te acompaño a casa.

¿Perdona? Esto es surrealista.

—Sí claro, ahora que empiezo a divertirme —le niego con el dedo índice y sin apartarle la mirada bebo un par de tragos de mi copa y me pongo a bailar al son sensual de la canción que suena en este momento: Intensions y creo que lo saco un pelín de quicio porque ha cerrado la boca de golpe como si mordiera algo con rabia por dentro y las aletas de su nariz se abren y se cierran. Me hace mucha gracia pero no quiero que me corte el rollo y vuelvo a la pista con mis amigas levantando un brazo y contorneando las caderas.

—¿Pero quién era ese pibón que se te ha acercado? —me suelta Carol.

—Mi jefe —suelto como si nada y Cris que acababa de dar un sorbo a su Malibú con piña, escupe al escucharme— y para variar se ha enfadado conmigo porque estoy pasándomelo bien. Es más sieso el pobre...

Las dos me miran pasmadas, con la boca abierta y yo le quito importancia al encuentro y sigo bebiendo y bailando.

—Hola, soy Patrick —se presenta a mis amigas.

¿Pero qué hace aquí irrumpiendo en nuestro círculo sagrado? En fin a seguirle el rollo para se largue y nos deje tranquilas.

—Mi jefe —le interrumpo y ellas le saludan algo cohibidas, no entiendo muy bien por qué.

—Creo que debería acompañar a Laura a su casa, no está en condiciones de seguir de fiesta —insiste el muy grillado y lo peor de todo es que estas dos traidoras asienten y le dan la razón.

Ay, que joderse. Ya me he calentao.

—¿Y tú quién eres para decidir por mí?, ¿mi padre? —le digo apartándolo de mis amigas.

—Soy tu jefe.

—Ah, ah, aquí no eres mi jefe, estoy fuera de mi jornada laboral y no estoy en tu casa —canturreo como si fuera una cría, es que está tan mono y la música es genial y solo tengo ganas de bailar y de girar y girar.

—Laura, vamos o—

Qué petardo es.

—¿O qué?

—Venga, no seas cabezona, yo te acompaño a casa, has bebido mucho y no vas a acabar bien —se acerca a mí y me susurra al oído lo suficientemente alto como para escucharlo por encima de la música y que mis amigas no le oigan— ¿Es que no te has dado cuenta de cómo te miran los tíos?

Esto es el colmo, ¿pero quién coño se ha creído que es?

Empieza a acojonarme un poco, la verdad; parece un marido celoso y ni siquiera le gusto, solo me odia aunque él dice que no, que no soy yo, que él es así porque está jodidísimo y bla, bla, bla.

—Mira, querido jefe: es mi noche, ya me la ha fastidiado un gilipollas y no voy a consentir que tú hagas lo mismo, así que gracias —alargo la palabra y sigo— por tu ofrecimiento pero sé valérmelas por mí misma. Además, estoy con mis amigas y no me va a pasar nada. Ala, vete tranquilo, adiós, qué lo pases muy bien.

No vuelve a decir nada más y se gira para desaparecer por un lado de la pista y yo sigo bailando con mis amigas que me miran un poco extrañadas. Patrick se reúne con otro tío y se ponen a charlar y está... súper cabreado.

Pues allá él si no sabe divertirse.

No sé si es por haberme cruzado con él, o por el sermón, o quizás por

el alcohol, pero empiezo a perder un poco de fuelle y a sentir el estómago un poco revuelto y la música ya no me sienta tan bien como antes.

—Chicas, voy al baño a hacer una cosita que nadie puede hacer por mí —canturreo.

—¿Otra vez? —protesta Carol.

—Voy contigo —dice Cris que está junto a Carol a punto de pedirle las bebidas al camarero.

—No, tranquilas, que no voy tan mal, ¿me pedís una coca-cola, porfi?

Las dos asienten, Carol le hace una seña al camarero y Cris no me quita ojo; de hecho, siento su mirada clavada en mi nuca mientras consigo abrirme camino entre la multitud hasta el baño.

Lo cierto es que no tengo ganas de orinar pero necesito refrescarme un poco la cara porque empiezo a sentirme algo espesa. Me abanico con la palma de la mano y resoplo pero ni se va la sensación de ahogo ni avanza la cola que llega al pasillo. Espero impacientemente tratando de controlar el mareo y las nauseas que me asaltan de vez en cuando.

Mierda, otra vez los dos pegajosos de la pista y no paran de decirme chorradas, qué cansinos.

Les hago el vacío y les doy la espalda.

Uno de ellos abre la puerta de emergencia que hay al lado y me saca de allí agarrándome de la mano. Por unos momentos siento algo de alivio al respirar el aire fresco de la madrugada.

La puerta da a una especie de callejón, como los de las películas de suspense, con varios contenedores llenos hasta rebosar de bolsas de basura. Aquí no hay nadie más que el tío que me ha sacado fuera, el otro tipo —que ahora no sé dónde se ha metido— y yo. Empiezo a tener miedo. Dudo que sus intenciones sean buenas.

—¿De qué vas? —me encaro a él— Déjame entrar.

—Venga, tía —me agarra de la mano y yo tiro con fuerza para zafarme— no seas así, aquí te da un ratito el aire, que te hace falta.

—Suéltame —vuelvo a tirar con fuerza y consigo apartarme de él. En ese momento me doy cuenta de que a su amigo lo tengo detrás cuando me atrapa por detrás y me inmoviliza los brazos.

—Venga, lo vas pidiendo a gritos, a ti te va la marcha, vamos a pasarlo muy bien los tres —ronronea en mi oreja.

Estoy tiritando, joder. A ver ahora cómo salgo yo de esta.

—No me encuentro bien, buscad a otra —digo a la desesperada.

—Nosotros haremos que te sientas mucho mejor —me dice el otro y

me agarra la cara con fuerza para darme un beso en la boca con tanta violencia que me hace daño en los labios..

Siento tanta rabia que le doy una patada donde más le duele. Se agacha un momento para ahogar el grito y cuando se incorpora me devuelve el golpe con un bofetón que me cruza la cara.

—Puta, me has hecho daño —me zarandea tan fuerte que me separa de su amigo y me tira al suelo.

—¡Eh, ya basta. Dejadla en paz! Os está diciendo que no quiere nada con vosotros —le ordena alguien con voz grave y autoritaria, acompañado por otro tío pero no alcanzo a verlos con claridad desde donde estoy.

Esto no puede estar ocurriendo, es como en esas películas en las que se lían a golpes pero más, no sé, no encuentro las palabras, como si lo escuchara en mono amortiguado en vez de sonido envolvente.

Qué mal cuerpo y cómo me escuece la cara.

Todo se mueve a mi alrededor. La tripa vuelve a darme un vuelco y vomito una y otra vez hasta que en las últimas arcadas no sale nada. Me arde la garganta y el regusto que me ha quedado en la boca es amargo y muy desagradable. Estoy temblando y todo es tan confuso... No me atrevo a mirar pero lo hago y los cuatro siguen a golpes. Intento gatear para salir huyendo. Quiero reunirme con mis amigas pero mi cuerpo no responde y todo se vuelve negro.

13. PEQUEÑO MUNDO SUSPENDIDO

Me hago la remolona antes de darme por despierta, no recuerdo el sueño pero la sensación es tan agradable que quiero retenerla por unos minutos más. Acaricio el tacto suave de las sábanas y el olor a limpio, como de recién puestas, y hundo la cara en la mullida almohada para memorizar ese aroma tan fresco que... ¡que no reconozco! Abro los ojos de golpe y no consigo ubicarme porque todo está muy oscuro.

Cuando consigo acostumbrarme a la penumbra, me doy cuenta de que estoy sola sobre una cama enorme con sábanas tan suaves que parecen de seda o de satén.

Esto es surrealista.

A mi izquierda veo unas cortinas que aunque son muy tupidas, la luz de fuera consigue filtrarse tímidamente por los laterales. Los techos son altos y sospecho que estoy en uno de esos pisos antiguos de Madrid o quizás en un hotel. A los pies de la cama veo una puerta cerrada y cerca de ella otra entreabierta.

¿Pero dónde estoy? Será la casa del camarero... no, ni de coña; un camarero de discoteca no podría permitirse un piso como este. Me tiembla todo. ¿Y si esos dos me han traído aquí y han hecho conmigo lo que les ha dado la gana?

Las lágrimas empapan mis mejillas y lloro en silencio para que no me escuchen al otro lado de la puerta. Me tiembla todo.

Me armo de valor y levanto las sábanas. Para mi tranquilidad veo que llevo puesto el vestido, lo ahueco un poco y compruebo que llevo el sujetador, después palpo el tanga en su sitio. Lo único diferente es que estoy descalza.

Afortunadamente no han abusado de mí, ¿pero quién me ha traído

aquí? ¿Patrick? No, imposible, este no es su dormitorio; además, fui tan imbécil que lo eché de mi lado y se largó cabreado. Maldita sea, ¿por qué no le hice caso?

Vale, me da igual lo que haya pasado, yo tengo que salir de aquí como sea, espero que esa ventana no esté muy alta. Con los ojos cada vez más acostumbrados a la oscuridad, visualizo al otro lado de la cama, junto a la pared, una silla donde están mi cazadora y el bolso. Al lado, en el suelo, están las sandalias. Me levanto de un salto para recoger mis cosas y me tropiezo con un bulto pesado que hay tirado en el suelo y que me hace caer estrepitosamente a su lado.

—¡Ay, qué daño!

—¡Ten más cuidado! —me ladra el bulto.

—¿Patrick? —lo reconozco con alivio y alegría— ¿Qué estás haciendo en el suelo?

—Pues el idiota, eso es lo que estoy haciendo —me gruñe y enseguida le cambia la cara cuando ve cómo me froto una rodilla— ¿Te has hecho daño?

—Sí, pero no me duele tanto como la cabeza.

Ya no me lanza puñales con su mirada, ahora se muestra preocupado y hasta compasivo. Se levanta y tiende sus brazos para levantarme y lo hace como si no pesara nada. Enciende una luz que hay junto a la cama y que no había visto.

—Ahora vuelvo. Y no te muevas, por favor, no vaya a ser que te des con el pico de algún mueble en los dedos de los pies.

Le devuelvo una sonrisa burlona y desaparece por la única puerta que está cerrada y yo, haciendo caso omiso, me levanto a averiguar si la otra puerta conduce a un baño porque necesito ir con urgencia y ¡Bingo!

Es una pasada de baño. Ya caigo, estoy en un hotel pero de lujo porque el baño es muy sofisticado y sobrio a la vez y la ducha es una pasada. Aunque tanto frasco de gel y de colonia.... Ah, vale, ¿así que este es el piso donde trae a sus ligues? En fin, por lo menos tiene la cabeza en su sitio y no los lleva a casa, si no, pobre Liam.

Sacudo la cabeza para deshacerme de esta sensación tan molesta que me corroe por dentro al imaginármelo con otra mujer.

La necesidad me puede y me siento en el trono a liberar mi vejiga.

¡Qué alivio, por Dios! Me lloran los ojos, pero esta vez del gustito.

Cuando salgo del baño me lo encuentro sentado en el borde de la cama con un vaso de agua en la mano.

—Toma, para la resaca —me da el vaso y extiende la otra mano con

dos pastillas. Me observa con curiosidad mientras me las trago como una chica buena, sin oponerme y sin rechistar.

—¿Se puede saber por qué estamos aquí? —dejo el vaso vacío sobre la mesilla que tengo a mi lado enfadada— ¿Me has traído a tu pisito de soltero o algo así?

Me muerdo la lengua porque no sé ha qué ha venido soltarle eso. Ni que estuviera celosa.

Patrick se frota la nuca con la palma de la mano y puedo apreciar como tres o cuatro cambios de humor en su rostro antes de darme una explicación.

—No es mío. Es el apartamento de mi amigo Lorenzo, y este es su dormitorio; de hecho... él todavía está durmiendo en el sofá.

—Oh —no sé qué decir.

—Anoche... cuando vi que te seguían esos dos por la discoteca... —se calla y segundos después estalla —¡Joder, Laura! ¿A eso te dedicas en tu tiempo libre? ¿A emborracharte y bailar medio desnuda por las discotecas?

¿Qué? Este tío tiene algún trastorno de la personalidad.

No consiento que me trate así. Me levanto de un brinco y le propino un bofetón a mano abierta. Se queda paralizado y encrudece el gesto.

—No tienes ningún derecho a hablarme así. Si te hubieras dignado a bajar de tu altar y haber hecho el esfuerzo de conocerme mejor, jamás se te habría pasado por la cabeza soltarme la burrada que me acabas de soltar. ¡Eres un capullo!

Las lágrimas lo emborronan todo. Me pongo la cazadora, me cuelgo el bolso en el hombro, y cojo las sandalias por los cordones —ya me calzaré en otro sitio, no soporto estar ni un segundo más a su lado.

¡Será cabrón!

—¡Laura, espera!

—¡Vete a la mierda! —doy un portazo, atravieso el salón echa una furia en busca de la puerta que me saque de esa vivienda.

En el descansillo del ático hay una escalera de bajada y un ascensor que conserva la estructura de hierro de los antiguos, cuando llega a la planta, entro en él. El interior es muy parecido a los modernos, forrado con placas que imitan madera y luz en el techo. Antes de que se cierren las puertas, Patrick logra colarse dentro.

—¿Quieres parar y escucharme? —Comenzamos a bajar pero aprieta el botón de stop y el ascensor se detiene con un pequeño salto.

—¿Para qué? —me encaro a él —Para soltarme otra grosería como la

de antes, ¿tanto me odias que buscas la forma de hacerme daño? ¿Pero yo qué te he hecho?

—No te odio, joder. Si me importaras una mierda no me habría acercado a hablar contigo en la discoteca. En cambio tú, parece que solo quieres provocarme.

—Ja. Esto es el colmo, ¿yo? —dramatizo —¿Provocarte?

—Sí, tú. Te dije que no bebieras más porque ibas tambaleándote, ¿y qué es lo que haces? Beber más y mandarme a paseo. Me preocupé por ti, te vi tan mal y esos tíos mirándote de aquella manera —Se masajea la mano derecha con la izquierda, y en ese momento, a la luz del ascensor veo que lleva los nudillos rojos, al mirarle a la cara me doy cuenta de que tiene una herida en el pómulo izquierdo y una pequeña raja en el labio superior.

—Y encima desapareces de golpe y... —el azul claro de sus ojos se emborrona —si no llegamos a encontrarte a tiempo, no me lo habría perdonado.

Le abrazo impulsivamente por la cintura y escondo la cara en su pecho, me besa en el pelo y me rodea con sus brazos. La camiseta que lleva es tan suave y huele tanto a él... En sus brazos me siento segura.

Levanto la cara y me pierdo en la calidez de su mirada, que se agranda y oscurece cuando se fija en mi boca. Me acaricia la nuca y se inclina hasta que nuestros labios se rozan con cautela, como pidiendo permiso, y esa excitante corriente eléctrica que siempre aparece con su tacto, se expande por todo mi cuerpo hasta concentrarse en mi vientre, que se tensa y me hace cosquillas y me acaloro y me acelero. Debe de tener el mismo efecto en él porque ahora nuestros labios se funden con urgencia y las sandalias se sueltan de mis manos y caen al piso del ascensor con un golpe amortiguado. Su aliento me quema la boca cada vez que se separa unos milímetros para comprobar que estoy disfrutando tanto como él y después vuelve a perderse en mi boca. Sus manos acarician mi espalda y yo me arqueo y me amoldo a él siguiendo el ritmo sensual que marcan nuestros cuerpos. Sus manos masajean mis glúteos y me aprieta contra sus vaqueros. Siento su excitación empujando contra mi vientre y mis músculos se tensan ahí abajo con más fuerza. Los dos ahogamos un jadeo y dejamos que nuestras lenguas se busquen otra vez y se reencuentren para continuar con la danza frenética que hace que me olvide de respirar y que mi corazón galope descontrolado en el interior de mi pecho. Mis brazos abandonan su cintura hasta llegar a sus glúteos, los acaricio con timidez hasta que voy ganando confianza y tiro de ellos hacia mí.

Estoy ardiendo y tengo ganas de despojarme de todo lo que llevo. El mero hecho de imaginarme desnuda frente a él me excita mucho más.

Me vuelve loca su aliento caliente sobre mi boca, su lengua traviesa haciéndole el amor a la mía, esos labios tan jugosos. Me acaricia un pecho sobre el vestido escotado y mis pezones se yerguen para él. No quiero parar; no puedo. Ahora que he descubierto esta sensación tan embriagadora, quiero seguir, quiero más, lo quiero dentro de mí.

Una mano se detiene en mi cadera y me rodea para apretarme más a él. La otra baja por la espalda, busca el bajo de mi vestido y se cuela por debajo para recorrer la pierna. Él también quiere más y me acaricia y me masajea la parte interna del muslo hasta llegar a mi ropa interior. Doy un ligero respingo pero no opongo resistencia y él la sortea con destreza para acariciar mi parte más íntima. Sus dedos hábiles y calientes van buscando el centro y al palpar mi humedad gime en mi boca. Yo acaricio su abultada entrepierna y vuelve a gemir.

Unos golpes secos y rítmicos resuenan por el hueco de la escalera y llegan hasta nuestro pequeño mundo suspendido y nos sacan de nuestro abrazo frenético. Nos quedamos los dos paralizados, jadeando y expectantes.

—¿Qué le pasa al ascensor que no sube? —grita una anciana— Otra vez han dejado la puerta mal cerrada, seguro.

A los dos nos entra una risa nerviosa. Se aparta un momento de mí, aprieta de nuevo el botón y el ascensor reanuda su marcha hasta la planta baja. Me besa en los labios con suavidad y me acaricia con el pulgar la mejilla sin dejar de abrazarme. Cuando se abren las puertas, entra una pareja que me mira como si fuera algo despreciable. Ese gesto me provoca una caída libre hasta darme de bruces con la realidad.

¿Pero qué estoy haciendo?

Me falta el aire, tengo que salir corriendo de aquí. Esto no tendría que haber sucedido.

—Lo siento, yo... yo no. Esto no está bien.

Me aparto de él dando zancadas.

—Laura: espera, por favor.

No le hago caso, soy incapaz de volverme y enfrentarme a su mirada.

Me alcanza.

—Déjame que te lleve a casa. Tengo el coche cerca.

—Alzo la mano y para un taxi a escasos metros de donde estoy. Acelero el paso y me deslizo dentro del vehículo. Le doy las indicaciones a la taxista y por el rabillo del ojo dejo atrás a un Patrick totalmente vulnerable y descolocado. Las lágrimas no tardan en

desbordarse. Saco un paquete de pañuelos del bolso y hago lo que puedo por contener el lloro. Estiro y muevo los dedos de mis pies y en este momento soy consciente de que estoy descalza. No creo que Patrick se haya dado cuenta de que me he dejado las sandalias olvidadas en el ascensor. Tendré que ahorrar para pagárselas a mi amiga Carol.

Ojeo el móvil y tengo al menos una veintena de mensajes en el chat de mis amigas sin leer. Lo abro y la conversación va pasando por fases entre preocupación, ánimo para que me líe con mi jefe y de peticiones desesperadas por que de señales de vida. Todo esto me viene grande, no sé por dónde empezar, me encantaría hablar con ellas pero sé que me voy a poner melodramática y me da corte hacerlo en un taxi. Lo único que se me ocurre escribir es un "Todo bien, chicas. Ya os contaré". Pero no sirve de nada porque cogen carrerilla y me llueven más y más mensajes y a mí se me emborrona todo y no consigo leerlos con claridad por mucho que me limpie los ojos. Encima Carol ha empezado a enviar audios. No puedo, más y apago el móvil como si eso fuera suficiente para encontrarme mejor pero no encuentro alivio y la presión en el pecho no cesa.

¿Cómo le voy a mirar mañana a la cara? Y encima su madre va a estar allí todo el tiempo; como sea como todas las madres, se imaginará que pasa algo entre los dos y seguro que eso no le gusta, que su hijo se enrede con la criada. Joder, pero si ni siquiera hay nada entre nosotros... Solo ha habido un calentón, eso es todo.

Y vaya calentón, que todavía me tiene loca...

En mi vida había sentido una excitación con tanta intensidad; todavía se me contraen los músculos del vientre cada vez que revivo mentalmente cada caricia, cada beso, cada roce y cada sensación. No creo que fuera solo porque el sitio tiene su morbillo, como los probadores o los baños de una discoteca, por ejemplo. Hay algo más, no sé, yo no me había sentido así en mi vida. Con mi ex jamás me había pasado, hasta pensaba que estaba defectuosa; a ver, que me excitaba cuando hacíamos el amor y llegaba al final la mayoría de las veces...

¡Joder, casi me corro con sus caricias!

Pego la frente en la ventanilla y está fresca. Me agrada esa sensación pero ahí sigue mi conciencia para recordarme que soy un desastre. ¿Cómo he podido dejarme llevar así?

Afortunadamente, la conductora es de poca conversación, aunque la he notado pendiente de mí durante todo el trayecto porque no ha parado de mirarme por el espejo retrovisor. Me da que cuando me ha preguntado si estaba todo bien y yo le he dicho que sí, la mujer no se

ha quedado muy convencida ¡Y no me extraña! Yo tampoco me lo habría creído. Reconozco que me ha reconfortado pensar que si le hubiese dicho lo contrario, la mujer me habría consolado o me habría ayudado, en caso de ser por algo peor. Como lo que me podía haber pasado anoche. De qué manera más absurda se habría ido todo a la porra.

Tardo un buen rato antes de entrar en casa. Son algo más de las once y y con la temperatura tan buena que hace en la calle, rezo para que mi madre se haya llevado a Hugo al parque. Lo último que quiero es asustarla y mucho menos darle explicaciones y revivirlo todo.

14. LA VISITA

Me he levantado con los ojos hinchados.

Ayer por la tarde conseguí olvidarme un poco de lo ocurrido gracias a mi pequeño pero en cuanto me metí en la cama y la casa se quedó en silencio todo se me vino encima de golpe. Primero me torturé durante un buen rato con la preocupación de cómo enfrentarme a mi día a día en el trabajo después de lo de ayer: ¿Qué pasará cuando nos veamos? ¿Deberíamos hablarlo o actuar como si no hubiera pasado nada? Luego me vino a la cabeza cuando me lo encontré en la discoteca y cuando me regañó, luego el tropiezo en la habitación de la casa de su amigo y así hasta terminar repasando cada segundo que pasamos juntos en el ascensor. También me asaltó el recuerdo de ver a mi ex tratando a aquella mujer como nunca me trató a mí. No sé en qué momento del bucle infernal me quedé dormida pero lo que sí tengo claro es que dormirte llorando hincha los párpados.

Me he maquillado en exceso para lo que soy yo porque quiero camuflar un poco la mala cara que tengo hoy y mi madre, que de tonta no tiene un pelo, ha evitado hacerme preguntas hasta que me he bebido la mitad de la tila que gentilmente me ha preparado. En esos casos, lo que mejor me resulta con ella es contarle una verdad a medias, de ese modo ella queda contenta y yo también por no haberla mentido.

Le hablo de la madre de mi jefe y que me preocupa que no le guste como trabajo o que yo no sepa estar a la altura de las circunstancias. Y lo cierto es que me sienta muy bien contárselo. Ojalá pudiera compartir también lo que ocurrió ayer y todas mis paranoias mentales pero sé que eso le crearía una profunda preocupación, y no se merece cargar con ese peso.

Me meto al baño para lavarme los dientes y se me pasa por la cabeza llamar al señor Evans y decirle que no me encuentro bien pero yo no soy así; soy incapaz de mentir, además no puedo hacerles eso durante

la visita de su madre, sería una guarrada y una chiquillada por mi parte.

◆◆◆

Cuando giro la llave para entrar en la casa, me recibe un Liam radiante y feliz.

—Buenos días, Liam. ¡Cuánto has madrugado hoy! Ven aquí que te achuche.

Nos damos un abrazo con balanceo de los nuestros.

—Es que ha venido mi abuela a vernos —me dice con los mofletes apretados en mi regazo.

Escucho un carraspeo un tanto forzado que proviene de detrás de Liam.

Cada vez estoy más convencida de que esta familia no camina: se desliza sin rozar el suelo, como los fantasmas.

La mujer es calcada a la casera que tuvimos mi ex y yo cuando vivimos en Inglaterra pero su pelo está más cuidado, lo lleva corto y con gracia —diría que hasta juvenil— y sus arrugas no se dispersan por toda la cara, solo se marcan las que están más cerca de sus ojos, hacia las sienes y junto a los ángulos externos de sus labios. Va poco maquillada, tan solo sus ojos, con una sombra color berenjena y máscara de pestañas que resaltan el azul casi cristalino de sus ojos. Es bastante más mayor que mi madre o Amalia. Se ve una mujer segura de sí misma y elegante. De joven debió de ser muy bella.

Liam hace la presentación formal con un perfecto acento inglés y yo le doy la bienvenida en su idioma con entusiasmo.

Les sirvo el desayuno y los dejo solos unos instantes. Para mí es un alivio que la visita haya coincidido con las vacaciones de Semana Santa del colegio porque así Liam desconecta y disfruta de su abuela y yo no me quedo sola todo el día con ella, que no la conozco y no sé de qué hablar.

Paso a ventilar el cuarto de invitados y a hacerle la cama pero ya la tiene hecha.

—Mi nieto está encantado contigo y mi hijo también —me suelta desde la puerta.

¿Desde cuándo lleva allí?

—Y yo con ellos, señora Evans. Los dos son encantadores —respondo con educación.

—Por cierto, querida: Patrick me ha dicho que no contemos hoy con él porque tiene que trabajar hasta tarde en la oficina. Me temo que no ha

podido tomarse estos días libres.

Parece triste o decepcionada, quizás pensó que pasaría más tiempo con su hijo.

Espero que el trabajo no sea una excusa para evitarme porque empiezo a sentirme culpable.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Es que su hijo tiene mucho trabajo. El jueves y el viernes, que es fiesta, disfrutará de su compañía, ya lo verá.

—Siento mucha lástima por él. Ha sido un chico ejemplar y ha tenido mala suerte en el amor. La vida es injusta, Laura. La muerte de mi querida nuera nos dejó un vacío enorme a todos; no solo a mi familia, sino a sus amistades y sobre todo a sus padres, a los que aún les cuesta vivir con la ausencia de su hija.

—Entiendo muy bien de lo que habla. Yo perdí a mi padre cuando tenía la edad de Liam y ni mi madre ni mis abuelos fueron los mismos; de hecho, mi madre no volvió a casarse.

—Pero mi hijo es joven, demasiado joven, como para negarse a rehacer su vida con otra mujer. Se merece ser feliz.

—Quizás es pronto, señora Evans. Quiero decir, que la pérdida es muy reciente para él...

—O tal vez le guste alguien pero no se atreva a dar ese paso ni a decírmelo.

¿Por qué me pongo tan colorada? ¡Maldita sea!

—No lo sé. Quizás. Es un hombre muy reservado.

No sé qué coño estoy diciendo ni en qué pie apoyar el peso, va a pensar que tengo ganas de orinar.

—Cuánto lo siento, Laura, no quiero entretenerte, esta casa debe de dar mucho trabajo.

—Oh, no, tranquila.

Recoge el libro y las gafas que tiene sobre la mesita de noche y antes de irse me ofrezco para que me llame si necesita algo. Ella asiente con una sonrisa y desaparece.

Abuela y nieto pasan la mañana juntos. Los he visto charlando en el salón, viendo la tele juntos un rato y paseando por el jardín. El estómago se me ha encogido al ver a Liam relatándole a su querida abuela el accidente de la piscina. Él señala la sombrilla y después hace aspavientos con los brazos. La abuela se lleva las manos a la cara y se santigua y después le dice algo y Liam le responde pero no alcanzo a entender de lo que están hablando. Me pongo a lo mío en la cocina. Liam me ha chivado el plato favorito de su abuelita así que aquí estoy

liada preparando el sofrito para la paella. La cocina se ha llenado de ese aroma tan rico y mi estómago me recuerda que él también come de vez en cuando.

Entro en el salón y sorprendo a abuela y nieto leyendo.

—Disculpe, señora Evans, la comida ya está lista.

—Huele de maravilla, ¿qué has preparado para comer, querida?

—Bueno —miro de soslayo a Liam—, me ha dicho un pajarito que la paella le encanta —Los ojos de la mujer se llenan de emoción—. Espero que le guste cómo la preparo yo.

—Seguro que sí —Deja el libro sobre la mesa auxiliar y se levanta con ligereza. Liam hace lo mismo—. Mi hijo dice que tienes muy buena mano en la cocina.

—Me gusta mucho cocinar pero no sé si tengo tan buena mano como dice su hijo.

Ella se ríe y cuando se pone a mi altura entrelaza su brazo al mío y caminamos hacia la cocina.

—Dos personas no pueden estar equivocadas, Liam me ha dicho lo mismo.

—Bueno, en ese caso, me alegro de que les guste lo que hago aunque de vez en cuando tuerzan el morro y miren hacia otro lado cuando el plato tiene más verdura que carne.

—Me temo que eso es cosa de familia. Espero ser más discreta torciendo el morro.

Las dos nos echamos a reír. Tiene la capacidad de hacerme sentir cómoda a su lado.

Insiste en que coma con ellos y a mí me da mucho apuro pero no quiero llevarle la contraria a la matriarca de la familia. Tengo la impresión de que debajo de esa apariencia frágil y amable hay mucho carácter y mucha inteligencia.

—Esto está delicioso: paella —pronuncia la palabra con su marcado acento británico —me encantaría repetir un poco más, por favor.

Mira de reojo a su nieto y me regala una tierna sonrisa.

No sé por qué me da en la nariz que quiere escaquearse del postre. Con sospecha y todo me levanto y le sirvo un poco más en el plato.

Cuando llegamos al momento postre, se cumple lo que ya me temía.

—Oh, no, querida. No debería haber repetido pero es que te ha salido tan rica la paella...

Liam se come un plátano, el más pequeño del frutero, mientras nos mira a la una y a la otra divertido.

Esto no se queda así. A ver quién es más pícara la próxima vez.

◆◆◆

Ha sido un día divertido y agotador porque la abuela se ha ido acelerando según iba avanzando el día y como Liam le ha contado que estuvimos paseando por la zona del Palacio, me han pedido que repitiéramos el paseo con la merienda en la mochila. Ha merecido la pena verlos juntos, y sobre todo la cara de felicidad de Liam. Es la primera vez que lo veo tan parlanchín y tan él durante tanto tiempo seguido.

Esta noche mi lector favorito me ha cambiado por su abuela, cosa que agradezco porque de verdad que estoy hecha polvo, o quizás algo desanimada porque Patrick no ha dado señales de vida y no creo que sea porque tiene demasiada carga de trabajo. Creo que me está evitando; yo habría hecho lo mismo si hubiese estado en casa.

Me meto en mi dormitorio y lo primero que veo a los pies de la cama son las sandalias que olvidé en el ascensor perfectamente colocadas sobre la alfombra. No sé por qué las cojo y las abrazo pero antes de caer de nuevo en el dichoso bucle infernal, las guardo en el armario y me doy una ducha.

◆◆◆

Dicen que “en abril aguas mil y que todas caben en un barril”. No sé, pero me da que este año el barril es mucho más grande porque no ha parado de llover en toda la noche y a esta hora de la mañana todavía cae con fuerza, aun así me pongo mis mallas, una camiseta y me calzo para correr en el gimnasio un rato —como en su día me lo ofreció el señor Evans, le tomaré la palabra. Al acercarme a la puerta, escucho el sonido de la cinta. Me doy media vuelta y entro de nuevo en mi cuarto. No puedo, me da mucha vergüenza hablar con él. Además, seguro que está molesto conmigo por largarme de tan mala manera. Ni siquiera me ha mandado un mensaje desde lo del ascensor. Sí, seguro que está enfadado.

Un escalofrío recorre mi espalda a traición cuando me asalta el presentimiento de que cuando se vaya su madre me citará en el despacho para darme el finiquito. Vale, quizás estoy exagerando pero con los cambios de humor de este hombre... no se sabe.

Como voy vestida para hacer ejercicio me pongo a practicar un poco de yoga, aunque no tenga esterilla. Me siento sobre un almohadón, cruzo mis piernas en medio loto, cierro los ojos y apoyo las manos sobre mis muslos con las palmas hacia arriba. Absolutamente consciente de que hace ya unos años que no practico, trato de escarbar

en el baúl de la memoria lo más básico. Sereno mi mente controlando la respiración y lo demás va viniendo solo.

He tenido dificultad al hacer algunas partes del saludo al sol, me falta elasticidad y aguante pero después del esfuerzo me he sentido como nueva. Milagrosamente, la madeja enmarañada de pensamientos negativos que se empeñaba en alborotarme y en descentrarme, se ha quedado apartada en algún rincón de mi cerebro.

◆◆◆

Hoy miércoles se me parece mucho a mis sábados en esta casa. Procuro centrarme en dejarles comidas preparadas en la nevera o en el congelador. En este caso, salvo la comida de hoy, el resto lo voy a congelar por si salen a comer fuera o por si piden comida para casa. Se lo he explicado todo a la señora Evans, que anda detrás de mí todo el día dándome conversación. Reconozco que es muy agradable y me ayuda con algunas cosas de la casa, hasta he tenido que regañarla, siempre con dulzura, claro. No puedo tratarla de otra manera porque es un cielo de mujer, aunque tema sus silencios porque estoy segura de que algo teje en su mente y no saber de qué se trata, me inquieta. De todos modos, no hago nada más que desvivirme para que se lleve una buena impresión, para que regrese a su casa tranquila, sabiendo que su hijo y su nieto están bien atendidos.

La tirantez que todavía hay entre Patrick y yo sigue en el aire de algún modo, aunque apenas hayamos coincidido unos segundos esta mañana en el desayuno, antes de que se encerrara en su despacho.

Han sido pocos días para meter en vereda a esta mujer con la comida pero me siento satisfecha porque ha probado cosas que nunca antes había comido y le han gustado. Hasta he conseguido que comiera macedonia de frutas con yogur casero —gracias a Liam que me chivó que a su abuela le pierde el yogur.

La voy a echar mucho de menos.

Termino de aliñar la ensalada especial de la casa con diferentes clases de lechugas, bacalao ahumado y trocitos de naranja. Patrick comerá en casa y su madre —que hoy me he enterado de que se llama Alice — se ha ofrecido para colocar los platos, vasos y cubiertos de la mesa del salón pequeño.

Llevo la ensalada y una jarra con agua bien fresca. Después de otro paseo a la cocina, coloco el pastel de ave en el centro y todo lo necesario para servirlo.

Ella se encarga de reunir a los comensales en la mesa y yo me quedo en la cocina recogiendo y limpiando todo lo que puedo.

Oigo cómo refunfuña Patrick a su madre cuando irrumpe en su despacho y cómo ésta lo pone firme con su suave pero autoritario tono de voz. Enseguida lo veo salir detrás de ella como un corderito. No puedo evitar reírme. Termino de limpiar la encimera y barro el suelo de la cocina con la escoba. Me quito la estola y la echo al cesto de la ropa sucia.

—Laura, querida —me giro y veo a Alice plantada en la puerta.

—¿Falta algo? —pregunto preocupada.

—Sí, faltas tú.

¿Cómo?

—Sí, querida, no me pongas esa cara de susto, te estamos esperando.

Cuando llego al salón veo dos sitios libres en la mesa. No me había dado cuenta de que había dispuesto la mesa para cuatro. Menuda encerrona, por eso quería encargarse ella de la mesa.

Como soy prudente y muy educada, acepto la invitación. Ella me toma la delantera —literal, se mueve como una flecha— y se sienta en la silla que hay cerca de Liam por lo que no me queda otra que sentarme al lado de Patrick.

El nudo del estómago se me ha subido a la garganta, veo toda la comida que hay sobre la mensa y no sé si voy a ser capaz de probar bocado. A parte de los platos principales, he servido también un plato con saladitos hojaldrados, otro de embutidos variados y una tabla de quesos con mermelada y panecillos tostados. Y por lo que veo, Alice se ha encargado de servir el vino en una jarra especial a mis espaldas.

No puedo quejarme, ha tenido el detalle de invitarme a comer con ellos el último día en el que vamos a estar todos juntos.

—Que cada cual se sirva lo que quiera —me agarra con firmeza la mano— hoy estamos todos en familia.

Esa palabra me cala tan hondo que casi se me emborronan los ojos de emoción.

Si Patrick no ha hecho más que evitarme con la mirada desde que he entrado en el salón, ahora mira descaradamente hacia otro lado. Menos mal que la señora Evans es una cotorra y no nos da opción, de lo contrario, la tensión del silencio habría sido tan espesa y peligrosa como celebrar esta comida bajo el agua.

—Liam dice que tienes un hijo... Hugo. ¿Qué edad tiene?

Doy un respingo, asiento con la cabeza y carraspeo antes de contestar.

—Veintiocho meses.

—Oh, que belleza, recuerdo cuando Patrick tenía esa misma edad—

—Mamá, a Laura no le interesan esas cosas —corta a su madre.

—¿Y tú qué sabes lo que le interesa? —le riñe con cariño e ignora su comentario— Patrick nació muy grande y hermoso, su hermana, en cambio, larga y delgada, se llevan muy poquito, apenas el año y medio, el caso es que a esa edad era un terremoto.

Le miro de soslayo y juraría que lo veo sonrojarse. Contengo la risa.

—Era muy curioso, no se le escapaba una y eso que parecía que no se enteraba porque estaba entretenido con sus juguetes o cantando y bailando alguna canción, porque ahí donde lo ves, canta y baila de maravilla.

Me muerdo el labio tratando de retener una carcajada.

—Mamá, por favor—

Su madre levanta la mano y él calla de inmediato.

Me encanta, ¡qué mono!

Escucho atentamente, todavía no sé muy bien a dónde quiere llegar pero Patrick sí lo sabe, o por lo menos, lo intuye. Se revuelve en su silla y mueve la pierna de tal manera que el mantel ha empezado a moverse sobre el muslo que tengo más cerca de él. Me roza con la rodilla sin querer y la sensación es eléctrica, como siempre.

—Esperábamos visita para ese día y yo me fui bien temprano con él y con su hermana, que tendrían cinco y seis añitos, a comprar todo lo necesario para preparar la comida y también unos dulces para amenizar la reunión.

Patrick mira para otro lado mientras que Liam y yo, no perdemos detalle de lo que dice la mujer.

—Cuando llegamos a casa y dejé todas las bolsas sobre la mesa, me ausenté un momento al baño a acompañar a su hermana y él se dedicó a colocarme la compra.

—Oh, qué considerado —le miro poniéndole cara y él me propina una suave patada bajo la mesa. Doy un respingo y disimulo como puedo para que ella no se de cuenta y continúe con la historia.

—Oh, sí. Así es mi Patrick; Clarise en cambio, va más a su aire, aunque es muy generosa también. Pero bueno, a lo que iba. El caso es que cuando volvía a la cocina, escuché un golpe seco, como de un cajón que se cierra de golpe y al llegar no veo las bolsas. Le pregunto por ellas y me dice orgulloso que lo ha guardado todo en su sitio. Miro la nevera y está todo correcto, el pan y los frutos secos en la despensa pero no veo los dulces por ningún lado.

Patrick se tapa la cara.

—¿Se los había comido todos? —Liam me quita la pregunta de los

labios.

—¡Qué va! Al preguntarle por los dulces me suelta: “no te preocupes, mamá, los he guardado en tu escondite, mira”. Abre un armario, saca una cacerola y al quitarle la tapa veo el paquete de dulces allí guardado. El muy pillín había sabido todo el tiempo donde escondía yo los dulces siempre que teníamos visita.

Me llevo las manos a la boca y todos nos reímos a carcajadas.

—Bueno, vale, vale, yo creo que ya ha sido bastante —interrumpe las risas.

—De eso nada, querido, aún queda lo mejor —le dice divertida su madre, con lágrimas en los ojos —resulta que me puse a cocinar y eché en falta unas patas de gallina que, no sé si aquí también las usáis, pero yo las utilizo mucho porque le dan un sabor muy bueno al caldo de ave. Total que pensé que se me habrían olvidado en la tienda y como no podía dejar todo aquello así, ni mandar a los niños a la tienda solos, pues no le di más importancia y ahí se quedó la cosa. Días después, cada vez que volvíamos a casa, empezó a oler muy mal, como a bicho muerto.

No puedo, me parto, estoy temblando de la risa y cuanto más fuerte me pisa Patrick con el pie, más risa me da al imaginarme el final.

—Y abro el cajón de un mueblecito a un lado de la cocina, donde guardo las llaves y otras cosas pequeñas, y me las encuentro allí: las dos patas de la gallina con los dedos despatarrados y en muy mal estado.

Patrick termina riéndose tan a gusto como el resto y me encanta verle así. No puedo evitar memorizar su perfil, esas arruguitas cerca de los ojos, esos dientes tan bonitos que asoman entre sus labios tan sensuales y cómo sus hombros acompañan a sus carcajadas.

◆◆◆

Las dos nos despedimos con un largo y fuerte abrazo. La voy a echar mucho de menos, ojalá se hubiese quedado más tiempo. Nos ha sentado muy bien su visita a los tres.

—Espero que te vaya muy bien, querida. Ha sido un placer conocerte.

—Gracias, lo mismo digo.

—Patrick, ya puedes cuidar a esta mujer como a una reina porque no encontrarás a otra igual.

Los dos nos incomodamos un poco.

Me agarra del brazo y me susurra al oído.

—Sigue siendo el mismo de siempre aunque se empeñe en encerrarse

en sí mismo. Paciencia, querida y no dejes que se salga siempre con la suya, solo de vez en cuando, ya sabes, para que piense que es él el que manda.

No doy crédito a lo que me está diciendo esta mujer.

—Verá, si nosotros, no—

—Sabe más el diablo por viejo, que por diablo, querida.

Me acaricia la mejilla y vuelve abrazarme.

Y yo me acojono: ¿Tanto se me ve el plumero? Mejor no digo nada a ver si estoy yo creída que lo dice porque ha visto que entre nosotros dos saltan chispas y resulta que lo dice por otro motivo; en plan, sigue cuidando así de mi hijo porque lo he visto muy bien y cuidado y paciencia porque tiene un carácter de mil demonios.

15. LA CONVERSACIÓN PRIVADA

Cuatro días de vacaciones se me han pasado tan rápido como un suspiro prolongado pero me han venido de maravilla para disfrutar de mi pequeña familia, para desconectar un poco y para cargar bien las pilas. Empezamos la recta final del curso y es fundamental que sigamos trabajando como hasta ahora. Afortunadamente, solo le han quedado dos asignaturas este trimestre, y por muy poco, así que tendré que hacer hincapié en ellas.

Cuando entro en la casa, el sol se cuela por los ventanales altos del recibidor y lo ilumina todo pero después del jolgorio que tuvimos la semana pasada, el silencio se me hace un poco pesado. Liam baja las escaleras y viene a regalarme uno de sus abrazos de oso. Le sigo a la cocina y me encuentro a Patrick de pie, junto a la encimera, bebiendo de su taza de desayuno. Nos saludamos con cordialidad y seguimos evitándonos.

Le sirvo el desayuno a Liam y me dedico a recoger un poco la cocina. El silencio que reinaba hasta hace un momento se ve interrumpido por el tintineo de la porcelana y del cristal al transportarlos y colocarlos en su sitio. Me pone nerviosa tenerlo aquí de pie, tan tenso y tan serio. Siento su mirada clavada, siguiendo cada uno de mis movimientos. No dice nada y me resulta tan cortante que no sé de qué hablar. Si al menos charlara con su hijo.

Por mucho que miro disimuladamente el reloj que hay colgado en la pared, el tiempo no pasa más deprisa.

Abro el mueble de la escoba y de los productos de limpieza y escucho a mi espalda el portón del lavaplatos y un casi inaudible “adiós”. Liam y yo respondemos a su despedida y yo vuelvo a respirar.

Regreso rápido de dejar a Liam —Me imagino que cuatro días seguidos sin mí, me van a pasar factura. Cuelgo el abrigo en el

armario que hay en la entrada, junto al aseo. Saco el móvil y me lo guardo en el bolsillo de la estola. Cierro la puerta y me sobresalto al ver la silueta alta y corpulenta del señor Evans. Ahogo una risita nerviosa y me llevo la mano al pecho.

—Sinceramente, creo que usted y yo tenemos un problema con las puertas —me sale en voz alta sin pensar, pero es tarde para agarrar las palabras y lanzarlas de vuelta a mi linda boquita.

Me mira tratando de desdibujar el amago de risa.

—Perdone, no era mi intención asustarla —Se pone más serio sin conseguirlo del todo—. Solo quería hablar con usted un momento.

—Claro, dígame.

Ya estamos, con el ardor en la cara y el cosquilleo en el estómago y esas pupilas suyas que se agrandan.

—Solo quería decirle que hoy trabajaré en casa y que comeré aquí —Me mira como si me estuviera pidiendo permiso, como si no quisiera suponer una molestia.

—¿Y a qué hora quiere comer?, lo digo para tener lista la comida.

—No sabría decirle, la verdad —se frota la nuca con la palma de la mano.

—Bueno, no se preocupe, la tendré preparada para cuando pueda comer —Creo que hay algo más. Ladeo la cabeza, entrecierro los ojos y sonrío de medio lado— Bueno, y ahora cuénteme, ¿qué es lo que me quería decir?

A Patrick le coge por sorpresa la pregunta. Carraspea para aclarar la voz.

—También quería decirle —se frota otra vez la nuca y frunce levemente la nariz —... que me gustaría hablar de—

Suena su móvil y al ver el número duda por unos instantes y aprieta los labios con fastidio.

—Lo siento, tengo... tengo que cogerlo, de verdad, luego hablamos.

Le hago un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Sí, Lorenzo, dime.

Se gira y camina dando zancadas hasta desaparecer en su despacho.

◆◆◆

Siempre soñé con tener una familia numerosa para estar entre fogones y alimentarlos a todos. Otros tienen otras rarezas; esta es una de las mías. Quizás por ser hija única, siempre he envidiado a las amigas que tenían hermanas o hermanos con los que divertirse en casa, o con los

que poder hablar de ese tipo de cosas que no se suelen hablar con tanta confianza con los padres. Cuando empecé a salir con Pablo, era tan cariñoso con sus sobrinos pequeños que vi en él al padre ideal rodeado de tres o cuatro hijos. Jamás pensé que el embarazo fuera a afectarle tanto como para renegar del bebé que llevaba dentro. A mis treinta y siendo madre soltera de un bebé de veintiocho meses, cada vez veo más lejano mi sueño de formar una familia numerosa.

Tengo la cocina a pleno rendimiento: toda la placa está ocupada por una cacerola burbujeante, una olla rápida y una sartén que acabo de apartar para que no se me agarre el sofrito. He encendido el horno para que vaya cogiendo temperatura para meter la empanada que estoy preparando. De allí vuelvo a observar una de las cacerolas y le bajo el fuego; la verdura ya está lista para pasarla por la batidora en cuanto se enfríe un poco. La aparto sobre una rejilla y coloco otra cacerola, más pequeña, con varias medidas de agua, un poquito de sal, unas gotas de jugo de limón y una hoja de laurel.

Umm, qué bien huele a mi alrededor.

Abro una de las ventanas para que no se forme vapor de agua y para que entre un poco de aire fresco, porque ahora mismo estoy acalorada.

Limpio el fregadero y las superficies para que no de aspecto de sucio y desordenado, es una manía pero me hace estar más motivada. Coloco en la bandeja del horno el hojaldre ya relleno y lo pincelo con un huevo batido. Ajusto el temporizador y me olvido de la empanada hasta que me avise la campanilla. Cuando empieza a hervir el agua de la última cacerola echo dos medidas de arroz Basmati ya lavado y escurrido y le doy unas vueltas con una cuchara. Apago la olla rápida y le quito la válvula para que salga toda la presión y el ruido se vuelve ensordecedor. Le doy un poco más de fuerza a la campana para que absorba todo el vapor y el humo que desprende en ese momento la olla. La cocina se llena con el inconfundible aroma de las albóndigas guisadas.

Como el señor Evans parece deslizarse por la casa sin rozar el suelo y en silencio y aparecer cuando menos me lo espero, no me he puesto música para cocinar, por si en algún momento entra y me pilla cantando o meneando el trasero; o lo que es peor, bailando y cantando con el cucharón como micrófono.

Pongo los ojos en blanco y me río de mí misma porque no tengo remedio.

Bajo el fuego al arroz y muevo un poco la cacerola para que el arroz no se pegue y se apelmace demasiado. Cuando empieza a desaparecer el agua, lo tapo y lo pongo al mínimo. Abro la olla y al oler el guiso me rugen las tripas. El olor de la carne siempre me ha abierto el

apetito, desde que era una cría, qué le voy a hacer.

Echo un vistazo a la empanada y la dejo hasta que suene la alarma. Apago el mando del arroz y lo paso a una fuente de cristal.

Debería recuperar la costumbre de cocinar un día varias horas para comer toda la semana, me dejaría más tiempo para preparar las clases de la tarde.

De pronto me viene una idea a la cabeza y anoto en mi pequeña libreta: comprar moldes de galletas. Llevo días ojeando en internet sobre fruta divertida para niños y ha llegado el momento de ponerme algo más seria. No puedo inflarlos a bizcocho o a tartas para que prueben un poquito de fruta —así no compensa, porque no aprovechan sus beneficios y porque abusar de los hidratos de carbono no es saludable. Apago la alarma del horno y saco con cuidado la empanada humeante. Me apoyo en la encimera que está más cerca del horno y mordisqueo el lápiz mientras entorno los ojos recordando las fotos tan chulas que ha visto en Pinterest.

—Ejem —carraspea el señor Evans y como es de esperar, doy un respingo y me pongo del color del jersey fino de canalé que llevo: rojo pasión.

Guardo la libreta y el lápiz en el bolsillo.

—Siento interrumpir su momento de inspiración —dice rodeando la isla para acercarse —¿Escribe?

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿que si es escritora?

—Ah —me río y me sonrojo más si eso es posible —no, yo... bueno estaba tramando algo —Le miro divertida pensando en todas esas fotos que he visto e imaginándome la cara que pondrán los dos cuando les monte uno de esos platos.

—Oh, ¿y se puede saber qué es lo que está tramando con esa cara de niña traviesa?

Esta vez es él el que se sonroja, seguramente no ha querido decir lo que me acaba de decir.

Me voy hacia la campana extractora para apagar el ruido tan molesto. Y creo que los dos sentimos cierto alivio.

—Bueno —le digo arrugando la nariz—... No, mejor no. Prefiero mantener el factor sorpresa.

El señor Evans traga fuerte, totalmente descolocado.

—Pero no se preocupe... a Liam y a usted les gustará tanto que querrán repetir.

Vuelve a respirar. Me encanta ver el brillo de sus ojos cuando sonríe de esa manera.

—Está bien —levanta las manos— no haré más preguntas entonces... ¿Y una pista?

—Eso es una pregunta —me mantengo firme, sin borrar mi eterna sonrisa.

—Está bien, está bien, no insistiré, ya me doy cuenta de—

—¿Lo cabezona que soy? —termino la frase por él y los dos nos reímos.

—Por cierto —Parece incómodo—, había venido a decirle que en breve llegará mi socio, vamos a trabajar en el despacho hasta tarde.

Me da que hay algo más que no me dice, como lo veo tan apurado y el socio no tardará en llamar, no quiero insistir.

—De acuerdo, si le parece bien, les llevaré la comida al despacho.

—¿Qué?

—Que si van a trabajar hasta tarde, me imagino que su socio comerá también.

—Sí, sí, claro y en el despacho mejor que aquí, así no perdemos tiempo pero no sabría decir cuándo...

—Vale. Haremos una cosa, a las dos les serviré la comida allí mismo y a las tres entraré a retirarlo todo, hayan comido o no. Eso sí, si quieren postre y café tendrán que terminárselo todo.

La sonrisa y la fascinación se muestran en el brillo que desprenden sus preciosos ojos azules.

—Así lo haremos —se ríe —Muchas gracias.

Le sigo con la mirada hasta que sale de la cocina y me sorprendo mordiéndome el labio a la vez que enredo y desenredo un mechón de pelo en mi dedo índice.

Ya hace un rato que he dejado la cocina recogida y me he puesto a pasar la mopa, cuando llaman al timbre. La apoyo en la pared y me coloco bien la estola, me peino con los dedos los mechones rebeldes que me caen a ambos lados de las mejillas que no llegan a engancharse a la goma de la coleta. No me gustan las horquillas y prefiero esperar a que me crezca un poco más el pelo para mantener todos esos mechones a raya.

—¿Sí? —pregunto por el telefonillo, tan solo veo una parte de su oreja casi pegada a la cámara.

—Soy Lorenzo Conti, vengo a ver a Patrick.

—Adelante —le invito a pasar a la vez que pulso el interruptor para

abrirle la puerta.

Lorenzo... ¿De qué me suena ese nombre?

Abro el portón de madera y veo a un hombre alto y delgado que viste traje de chaqueta y corbata.

—Buenos días, señor Conti. Pase, por favor.

—Lorenzo, por favor —me corrige.

Antes de que él diga nada más, se acerca el señor Evans dando zancadas a la puerta.

—Adelante, Lorenzo, pasa —dice mientras se acerca a él para propinarle un abrazo sonoro. El hombre que acaba de entrar tiene el pelo liso y castaño y una mirada intensa por el color negro de las pestañas que rodeaban sus ojos color miel y la cara bien afeitada. Desde que ha entrado en la casa me cuesta quitarle los ojos de encima.

A este tío lo he visto yo antes.

—Me alegra ver que hoy tienes mejor cara —me quedo a cuadros con el comentario.

¿Me está hablando a mí?

El señor Evans le dedica una mirada asesina.

Tierra por favor, sé buena y haz un socabón bien profundo para que solo yo pueda desaparecer. ¡Qué bochorno, por Dios!

Me llevo las manos a la boca cuando lo reconozco: Dormí en su casa la única noche que se me ocurrió salir a bailar con mis amigas. No tengo ni idea de cómo acabé durmiendo en su cama, no sé si Patrick me llevó en brazos o si me llevaron entre los dos a la sillita la reina.

—Vaya. No te había... Gracias por dejarme dormir en tu casa. Qué vergüenza —cierro los ojos con fuerza y me tapo la cara.

—Bah, tranquila, esas cosas pasan. Si te contara las borracheras que he aguantado de Patrick; son peores, se vuelve demasiado besucón.

—¡Eso fue una vez, cuando estaba de Erasmus y que conste que el que se vuelve besucón eres tú, no yo! —le interrumpe algo contrariado.

No sé si es por el tono que ambos emplean o por verlos discutir como si fueran un viejo matrimonio pero consiguen arrancarme una sonrisa y así destensar un poco la situación.

—No te preocupes —me coge por sorpresa —Patrick te aprecia mucho, eso lo dice todo de ti.

Esta vez es Patrick el que se sonroja cuando nuestras miradas se encuentran.

—Muchas gracias, Lorenzo. Es muy amable y gracias de nuevo por lo

de la otra noche —le hablo en italiano que no es tan bueno como mi inglés pero me defiendo.

—¡Hablas italiano muy bien! —me responde en su lengua natal sorprendido —¿Dónde lo has aprendido?

—Estuve viviendo un tiempo en Roma... hace muchos años.

—Vaya —su mirada es cálida; al ver la expresión de Patrick que sonríe incómodo sin llegar a entender todo lo que decimos, continúa en español —qué gusto encontrar a alguien por aquí que hable mi idioma, porque aquí mi amigo estuvo todo un curso viviendo en mi país y no se dignó a aprender Italiano, ¿te lo puedes creer?

—Bueno en mi defensa diré que fuiste tú el que no paraba de hablarme en inglés y no tuve la necesidad de aprender mucho italiano, solo lo básico.

—Ya, seguro —le reprocha con ironía. Se dirige a mí en italiano de nuevo —un placer, señorita.

Me coge de la mano y me la besa al estilo de los caballeros de antaño. Tiene más peligro... seguro que es un picaflor. Patrick se revuelve a mi lado y corta esta especie de cortejo extraño.

—Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar si no queremos acabar de madrugada —refunfuña Patrick.

—Qué exagerado. Pero tienes razón. Vamos, cuanto antes nos pongamos, antes acabaremos.

Retomo mi tarea y al pasar la mopa cerca del despacho escucho a Patrick regañando a su amigo:

—Córtate un poco, no —Lorenzo se echa una carcajada.

—Te mola la niñera... —le incordia arrastrando las palabras y a la vez que canturrea.

—Vete a la mierda —le increpa Patrick. Me lo imagino haciendo ese gesto tan característico de él y de su hijo: frotarse la nuca con la palma de la mano.

—Ja, ja, ja, lo que yo digo: te mola y no me extraña, no es que sea un pibón como Belinda pero tiene algo especial y es muy lista, además habla italiano perfecto, tiene un don en esa lengua... Y hablando de Belinda, aún no entiendo por qué pasaste de ella la otra noche, hace unas semanas.

Pego un poco más la oreja para averiguar quién coño es la tal Belinda esa.

—Ya te dije que no estoy preparado para empezar una relación.

Bien, ese es mi chico.

—Pero es que Belinda es de esas tías que no quieren empezar nada, solo follar, sin ataduras de ningún tipo. Es perfecta par ti.

Me tapo la boca para que no me salga el grito.

—No soy como tú, sabes que no me va ese rollo.

—Ya te digo, no tenemos nada que ver, me duele que no me hayas contado todavía lo que hicísteis la niñera y tú en mi cuarto aquella noche. Yo te lo habría contado con pelos y señales.

—Es que no hay nada que contar...

—Venga, hombre. Dime. Seguro que algo pasó entre vosotros.

—Estás enfermo, ¡claro que no!

—¿Me vas a decir que te acostaste en la cama con semejante mujer y que no pasó nada?

Creo que no debería escuchar esto... Pero no puedo evitarlo.

—Por eso dormí en el suelo, para no hacer nada de lo que pudiera arrepentirme después.

—Vaya, no te reconozco. En Milán eras un auténtico ligón, está claro que cuando te da fuerte con una mujer te vuelves demasiado tradicional y no tienes ojos para el resto, aunque te ponga a la mismísima Belinda delante. En fin, te dejo por imposible, pongámonos a trabajar. ¿A dónde vas?

—A por agua, estoy seco. ¿Te traigo algo?

—Sí, por favor, lo mismo que tú, gracias.

De un salto me meto en el aseo con mopa y todo. No me ha pillado por poco.

Qué fuerte, todavía estoy intentando llenar de aire mis pulmones. No sé por qué me estoy haciendo ilusiones con algo que no puede ser.

◆◆◆

Empujo un carrito de servicio con la comida ya servida en cada plato, pan, copas, agua y una botella de vino. También he añadido una pequeña fuente con queso y jamón ibérico recién cortado, acompañado por unos colines, uvas blancas sin pepita y nueces peladas. Me siento un poco ridícula moviendo este carro que todavía no se si pasará por la puerta del despacho pero no quiero estar entrando y saliendo a cada momento para no distraerlos.

A las dos en punto golpeo con los nudillos la compacta puerta de madera y estoy a punto de desaparcer pero la puerta se abre antes de que salga huyendo. Quién me manda a mí escuchar una conversación tan privada.

—Les traigo la comida —Patrick asiente y me hace un gesto con los dedos para que entre. Los dos hombres están de pie y Lorenzo se despereza mientras observa cómo entra el carro con la rica y humeante comida.

—Guau, Patrick, creo que me apunto a trabajar en tu casa todos los días —se frota la barriga y se inclina sobre las albóndigas en salsa con arroz blanco —huele de maravilla. Grazie mille signorina.

—Hay que acabárselo todo, si no, no hay postre —me mira buscando complicidad y yo asintiendo con una gran sonrisa, tratando de eclipsar el cosquilleo que siento en el estómago.

Lorenzo se sienta en uno de los sillones y se acerca el carro para utilizarlo de mesa porque es bastante amplio. Se coloca la servilleta enganchada en la camisa y pincha su primer bocado.

—Acércate una silla rápido si no quieres que acabe con tu plato también.

Los dos se ríen.

Les deseo buen provecho desde la puerta y los dejo solos.

Mientras se termina de templar la tarta de manzana con hojaldre que he preparado de postre, lleno el termo con café recién hecho y una jarra con leche caliente, lo coloco todo en una bandeja junto a las tazas con sus platos a juego, unos azucarillos y dos raciones de la deliciosa tarta templada servidas con una bola de helado de vainilla cada una. Haciendo uso de mi habilidad aprendida cuando trabajé en una cafetería en mis años de universidad, soy capaz de llevar la pesada bandeja con una mano. Llamo de nuevo a la puerta y entro portándola con soltura. Echo un vistazo al carro y han dejado los platos tan rebañados que parecen limpios. Sonrío satisfecha y ellos me reciben alabando lo rico que estaba todo.

—No hace falta que me hagan la pelota, con acabarse la comida era suficiente para comer postre —bromeo y coloco la bandeja en la mesa auxiliar junto a los sillones.

Dejo al par de golosos abalanzándose sobre sus postres como si fueran unos críos.

16. Y... ¡ACCIÓN!

Subo a cambiarme porque me incomoda llevar el aroma de los guisos impregnados en la ropa. Me pongo unos vaqueros oscuros y un jersey verde oliva fino sobre una camiseta blanca de tirantes que se deja ver por el generoso escote de pico del jersey. Me calzo mis zapatillas de bota de color negro y bajo con prisa las escaleras. Escucho las voces animadas de Patrick y de Lorenzo. Me pongo la parka y salgo a buscar a Liam.

Hoy viene contento del colegio porque han tenido que dibujar un cómic y la profesora y sus compañeros le han felicitado por lo bien que le ha quedado. Aun así, salta a la vista que hay algo que le inquieta.

—Uy, ¿qué ocurre? ¿A alguien no le ha gustado tu trabajo?

—No, les ha gustado a todos.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

Duda por unos instantes.

—Es que tenemos que exponer nuestros trabajos.

—Bueno, no te preocupes. Te he grabado un montón de veces.

—Ya pero esta vez es diferente tiene que ser un vídeo y tengo que decirlo todo de memoria, no nos dejan leer.

—Vale, haremos lo siguiente —Liam entra primero y yo le sigo —: Lo primerito de todo, merendar una cosa riquísima que te va a encantar y después, nos ponemos con ese trabajo; verás cómo no es tanto como parece. Querido, yo me sé muchos trucos del mundo artístico.

Parece que lo he convencido y disfruta como el niño que es comiendo su porción de tarta de manzana y pidiéndome permiso para repetir.

Limpio los restos de la merienda y Liam me explica en qué consiste la exposición. Lo más difícil ya lo tiene hecho, que es el cómic, ahora solo hay que dividir el proyecto en pequeñas tareas y ponernos plazos.

Le pido que me explique por escrito el cómic: cuál es el título, el tema, de qué trata y quiénes son sus personajes. Así ese texto le servirá como base para exponer delante de la cámara. En mucho menos tiempo del que esperaba, termina la redacción y le pido que me la lea en voz alta. No es muy larga —tan solo tres párrafos muy cortos— así que será fácil de memorizar.

Como el cómic lo ha hecho en una cartulina tamaño A3, nos viene perfecto para que se vea bien en el vídeo.

Liam está temblando, hasta le sudan las manos al pobre. Me ha costado un mundo convencerlo y nos hemos ido a grabar al cuarto de juegos, donde no nos interrumpa nadie. He pegado la cartulina con un poco de celo en la pared que hay junto a la puerta porque es la única con mayor superficie blanca, sin muebles ni ventanas. Como el cómic va de superhéroes galácticos, le he fabricado una barita con papel de aluminio para que vaya señalando el cómic durante la exposición.

Con esa mente tan maravillosa que tiene, ha memorizado todo el texto en tiempo récord. Ahora solo falta que lo haga igual de bien que lo ha hecho conmigo pero frente a la cámara de su tableta del colegio.

Empiezo a grabar y le hago un gesto con la cabeza para que empiece. Liam traga fuerte y empieza su presentación con la voz temblorosa. Poco a poco va hablando más alto y más claro hasta que se le traba la lengua al pronunciar el nombre de uno de los personajes llegando al final. Agacha la cabeza, se encorba y pierde la mirada en el suelo.

—No pasa nada Liam, volveremos a empezar y verás qué bien te sale. Como los actores, ¿recuerdas?

—Es que no puedo —dice afligido.

—¡Pero si lo estás haciendo genial!

—Todos han expuesto sus trabajos y la profesora me ha dicho que tengo que entregarlo mañana y no nos va a dar tiempo y voy a suspender Lengua otra vez.

¡¿Cómo que mañana? ¿Y me lo dice ahora?!

Bueno, a lo mejor la criatura no tiene culpa, la profesora habrá pensado que tendría tiempo de sobra para grabarlo. No puedo perder los nervios yo también.

—Shhh, tranquilo, yo estaré contigo el tiempo que necesites pero tienes que querer hacerlo, ¿vale? No me importa quedarme hasta la hora que haga falta para ayudarte pero siempre que tú trabajes, si veo que no quieres trabajar, lo dejamos. ¿De acuerdo?

Aunque se lo he dicho con todo el cariño del mundo espero no haber sido demasiado dura con él.

—Bien. Entonces iremos paso a paso, o ¿es que te crees que la peli que dura dos horas la graban solo en dos horas? No señorito, no.

Se coloca y empiezo a grabar, esta vez se equivoca al principio, que se traba con otro nombre.

—¡Corten! —digo metiéndome en el papel de directora.

—Este actor necesita con urgencia irse a hacer puñetas y pedorretas para soltarse un poco. Venga, repite conmigo.

Me pongo a hacer el payaso hinchando los mofletes y dándome suaves golpecitos con los puños para ir soltando el aire. A él le hace mucha gracia y se anima a imitarme. Después pongo los brazos en jarra y le suelto una pedorreta larga y sonora. Después doy pequeños saltos y descargo las manos agitándolas hacia abajo y después hacia arriba.

—Uff, ya hemos entrado en calor. Venga, a sus puestos que rodamos en 3, 2, 1 y... ¡Acción!

Empieza de maravilla porque pronuncia los nombres tan complicados de sus personajes a la perfección pero se queda en blanco a mitad de grabación y se enfada. Me armo de paciencia y sin salir del papel directora-payasa.

—No pasa nada, tengo la solución para desatrancar la memoria.

Del cajón de la cómoda que tengo al lado, saco unos cuantos folios en blanco y un rotulador negro. Liam me observa con cautela.

—Venga, coge el guión y díctame.

Me obedece y yo voy escribiendo con letra grande en los folios.

—Esto se hace mucho en el cine y sobre todo en los programas de televisión. Hay una persona que apunta lo más importante para cuando el actor o el presentador no se acuerda de lo que tiene que decir, así lo lee y ya se acuerda.

—Pero eso no vale. Es trampa.

—De trampa nada, querido. Ay, cómo me gustaría que vieras cómo se hace un programa de televisión en vivo o cómo graban las pelis. Si quieres podemos ver tomas falsas. A ver, dime una peli o una serie que te guste.

Se queda mirando a la nada, hasta que dice.

—Jumanji.

Madre mía lo que le gusta esa película, se la puso a su abuela dos veces cuando les visitó en Semana Santa.

Cojo el móvil y busco algún vídeo divertido de detrás de las cámaras y Liam se da cuenta de que aunque el actor se traba o se queda en blanco, o le entra la risa cuando tiene que estar serio, siempre se lo

toman con sentido del humor y repiten la escena.

—Lo ves, el truco está en disfrutar mientras se hace y para eso hay que pensar en que es como un juego; que si te equivocas, no va a pasar nada porque se puede hacer mejor y eso es lo que se va a ver en el vídeo definitivo, solo lo mejor.

—¿Y tú lo has visto?

—¿El qué?

—Cómo se graba un programa.

—Pues claro. Cuando era más joven trabajé como público en unos cuantos programas y cuando la presentadora se dirigía a cámara, justo debajo había alguien sujetando unos letreros enormes donde le iban poniendo lo que tiene que decir por si se le olvida y luego no se nota nada. Ahora creo que usan una pantallita por donde le van pasando el texto pero nosotros lo haremos como se hacía antes, que es más divertido.

Liam me escucha con la boca abierta.

—¿Y has visto como hacen una película?

—Bueno, he visto cómo ruedan un corto y es fascinante. No te haces a la idea de la cantidad de gente que hay detrás de las cámaras. Me gustó mucho la experiencia. Pero de eso te hablaré otro día que se nos hace tarde. Anda, campeón. Vamos a rodar un poquito, así a modo de prueba, y después una buena ducha y a cenar. Podemos seguir mañana por la mañana o cuando vuelvas del cole, si lo tienes que entregar mañana, podemos entregar el vídeo por la tarde.

Liam se coloca en su sitio y uso la mesa y varias cajas de juguetes que apilo encima hasta alcanzar la altura necesaria para lograr el encuadre perfecto. Ahora ya puedo mostrarle los carteles detrás de la cámara según vaya avanzando en su exposición.

—¡Acción!

Liam está tan metido en su papel que lo hace con mucha soltura: dirige la mirada del cómic a la cámara y se olvida de los carteles. Utiliza la vara plateada para ir apuntando a las viñetas con soltura, como si llevara años haciendo presentaciones.

—¡Y corten!

Cuando vemos lo bien que ha quedado, los dos nos ponemos a botar. Liam lo deja enviado a la profesora y yo súperfeliz por el logro.

Se ha hecho tarde, el sol hace tiempo que se ocultó tras los grandes pinos. Al otro lado del gran ventanal reina la oscuridad, salpicada por las diminutas luces de las casas que hay alrededor. Le apremio para que se lo enseñe a su padre y el niño sale corriendo del cuarto de

juegos.

—¡Papá! —irrumpe en el despacho emocionado antes de que yo pueda detenerlo. No sabía que iba a entrar así, si pedir permiso antes.

Patrick y Lorenzo están de pie cerca de la puerta, despidiéndose. Liam para en seco al interrumpirlos pero Lorenzo se gira y lo atrapa en sus brazos.

—¿Qué pasa, chaval, ya no saludas a tu padrino favorito?

Ah, que además es el padrino del niño. Bueno, entones aunque sea un picaflor no será tan mala persona.

—¡Mirad, hemos grabado mi exposición!

La verdad es que le ha salido genial. Espero de corazón que le pongan una buena nota en Lengua y Literatura porque se la merece.

—Todo ha sido gracias a Laura, sabe un montón de cine, hasta tiene un amigo que es director de cine y una vez la invitó a ver cómo grababa un corto.

—Vaya, esta mujer es un tesoro —le dice Lorenzo a su amigo y Patrick me dedica una mirada con tanta admiración que casi roza la devoción.

Y ese detalle me gusta pero también me asusta un poco.

◆◆◆

Afortunadamente, he podido escaparme de la cena. Liam ha convencido a su padrino para que se quede a cenar y los he dejado cenando a su aire. Aprovecho para mandarle un e-mail a la profesora de Lengua y Literatura con copia al tutor de Liam y a la orientadora para contarles la experiencia del primer vídeo de Liam, para que sean conscientes de que ha sido todo un logro. Es la primera vez que lo hago desde mi viejo portátil y es mil veces más cómodo que hacerlo desde el móvil. No sé por qué no se me ocurrió traerlo antes a la casa de los Evans. Lo apago, cierro la tapa y me meto en la cama satisfecha.

17. CONOCIÉNDONOS

Raquel había reservado este fin de semana para quedar con nosotras desde que intentamos quedar con ella la otra vez. A ella la conocí en la universidad, el primer año de Magisterio pero se cambió a psicología en el segundo año porque era lo que más le gustaba. Cuántas veces me planteé hacer lo mismo pero no llegué a dar el paso, me quedé en Magisterio con Carol. También han conseguido que venga Mario, compañero mío de Magisterio y muy amigo de Carol y de Raquel. Esta vez es Carol la que no se ha podido unir a nosotros porque a su novio no se le ha ocurrido otra cosa que regalarle por sorpresa un fin de semana romántico en un lugar que no le ha querido revelar.
Hemos quedado en el Teatro Príncipe de Gran Vía para ver una comedia y después nos hemos dado un buen paseo hasta la plaza de Santa Ana para tomar unas cervezas por la zona, haciendo el recorrido de bares y tabernas que solíamos hacer cuando éramos estudiantes pero más corto y más comedido: hemos pasado de los minis de cerveza a los botellines acompañados por unas tapas o unas raciones. Está claro que con los años aprendemos a disfrutar y a saborear estas cosas; también es verdad que contamos con algo más de dinero que en nuestros tiempos de estudiantes y eso también ayuda.

Raquel es muy alta, no tanto como Carol pero es tan divertida como ella y por tanto, el alma de este grupo. Es de constitución fuerte y sus ojos verdes y su cara pecosa se ven realzados por su melena rizada y de color rojizo más intenso y oscuro que el pelo cobrizo de Cristina. Es de esas personas que contagian su optimismo y siempre está contando sus disparatadas aventuras y sus viajes tan fascinantes. Digamos que es la versión hippie de Carol. En cualquier caso, las admiro por ser tan lanzadas. También nos ha hablado de Javier, su prometido, de cómo se conocieron, de cómo empezaron a salir y de Javier esto y de Javier lo otro; vamos que ha cambiado el documental sobre sus aventuras por los lugares más exóticos de la faz de la Tierra por un monólogo

que gira entorno al mismo tema: “su Javi”. Y no es que la critique, solo estoy bromeando porque me alegro de corazón que por fin haya encontrado a su media naranja.

Mario en cambio, es diferente. De hecho, las aventuras de Mario son muy distintas a las de Raquel. Él prefiere disfrutar de la vida con toda mujer que se deje embaucar por sus encantos. Es un chico no demasiado alto pero muy atractivo. Sus ojos marrones y sus pestañas largas y negras y su cuerpo bien definido y muy cuidado, junto a su tremenda labia, son sus armas infalibles para llevarse a la cama a la mujer que él quiera. Pero esa característica suya de saltar de una mujer a otra la lleva también al terreno del trabajo. Desde que acabó Magisterio empezó como maestro en un colegio de Carabanchel pero fue cambiando de centro hasta que finalmente cambio de sector y se hizo un hueco en un concesionario en la Moraleja, en el que lleva algo más de un año; todo un récord para él.

Nos lo estamos pasando muy bien pero mucho me temo que ya no tenemos veinte años. Antes de cambiar de local para ir a tomarnos otra cerveza, me voy al baño escoltada por mis dos amigas. Cris ha insistido en acompañarme —creo que no se fía o que se siente culpable por no haber estado encima de mí la noche de mi borrachera. Cuando salgo del aseo, me las encuentro a las dos de cara al espejo retocándose el maquillaje y a Cris no se le ocurre otra cosa que ofrecerme su pintalabios.

—Venga, Laura, a pintarte esos labios tan sensuales que tienes.

Y antes de poder abrir la boca me agarra con una mano la barbilla y con la otra me maquilla los labios con el rojo cereza que lleva ella también.

Me miro en el espejo y me gusta como me queda y con mi cazadora de cuero negra y con el top lencero de tirantes negro que llevo debajo.

—Así estás mejor, además, tienes a Mario como siempre —dice Raquel con su sonrisita pícara.

Arqueo las cejas en plan “¿Perdona?”

—Sí, cari, no me mires así, está claro que siempre le has gustado.

—Venga ya, ¿estás de coña? —miro a Cristina, la más sincera y cuerda del grupo, y ésta asiente divertida, haciendo su sonrisa cada vez más amplia.

—Joder, ¿dónde está el papel? —Corro a cortar un trozo del dispensador que hay en la pared.

—De eso nada —Se pone Raquel en medio con los brazos en jarra—. No te vas a limpiar los labios. Estás preciosa, además aunque hubieras venido despeinada, con pantuflas y bata tendría ganas de montárselo

contigo igualmente.

—Venga ya. ¡Eso es ridículo!

Me imagino a Mario tratando de flirtear conmigo y se me revuelve el estómago. Es mi amigo y lo veo más como a un hermano que otra cosa. Tengo que zanjar este tema con ellas. No me siento cómoda.

—Vale, pero yo no quiero montármelo con él y no quiero que se haga ilusiones.

—Ah, ah —niega Cristina alzando su dedo índice —.Te arreglas y te pones guapa por ti y para ti. Reconoce que te has gustado mucho cuando te has mirado en el espejo. Pues ya está, eso es lo que importa; que te gustes tú y punto y los demás, si te miran o no te miran, a ti... plin.

—Madre mía, Cris —le dice Raquel tronchada de risa—a ti se te han subido un montón las cervezas.

—La falta de práctica, hija mía—dice con salero—. Por eso tenemos que salir más a menudo, para que no se nos suban tanto unas cervezas.

Nos abrazamos y nos reímos, como en los viejos tiempos.

Salimos por fin las tres del baño y del local. Mario nos espera fuera fumando un cigarro y cuando nos ve salir, solo tiene ojos para mí.

Hay que joderse, va a ser verdad lo que dicen estas dos piradas. Ahora sí me siento mal, lo último que quiero es confundirlo y que piense que quiero algo con él.

—Guau, pero ¿qué ha pasado en ese baño? Menudos bellezones —bromea sin apartar la mirada de mí—. Voy a ser la envidia de muchos tíos por estos lares.

Vamos paseando de nuevo rumbo a la plaza de Santa Ana. Son casi las diez y media y los pies me echan en cara que estos zapatos de tacón no son tan buenos ni tan cómodos como las sandalias que me dejó mi amiga Carol la vez anterior. Me muero de ganas por volver a casa, y esas ganas se hacen cada vez más intensas al ver la actitud pegajosa que ha tomado Mario conmigo desde que la loca de mi amiga me ha pintado los morros.

Me pasa el brazo por la cintura y me siento incómoda, claro que también ha hecho lo mismo con Raquel pero no puedo quitarme de la cabeza lo que me han contado en el baño.

De repente, entre el gentío que hay en la plaza sale corriendo un chico que viene como una bala hacia nosotros y me abraza con tanto ímpetu que Mario me agarra con fuerza para que no me caiga al suelo.

—¡Liam, qué sorpresa verte por aquí! —me suelto de Mario para

abrazar al chico.

Enseguida levanto la mirada en busca de su padre pero no lo veo y la alegría se transforma en preocupación —Liam, cariño, ¿dónde está tu papá? ¿No te habrás perdido?

—Acabamos de salir de cenar de aquel restaurante —señala hacia un restaurante italiano que hay en la plaza y es entonces cuando veo a su padre corriendo sin saber hacia dónde ha ido su hijo. Estiro el brazo y le hago gestos con la mano alzada para que se fije en mí. En cuanto me ve, corre hacia donde estamos.

Me dan ganas de preguntarle si me está siguiendo o algo así, porque encontrarnos en las dos únicas veces en las que he salido con mis amigos por Madrid es para mosquearse, ¿o será capricho del destino que nos volvamos a ver fuera de su casa?

—Hola —me saluda con la voz entrecortada y regaña a su hijo —¡Liam, no vuelvas a hacer esto. Me has dado un susto de muerte!

Liam entorna los ojos hacia su padre y esconde sus labios, arrepentido.

—Tiene razón tu papá, cariño, la próxima vez avisa, ¿vale? —Liam asiente y le despeino la coronilla.

Mis amigas y Mario permanecen a un lado, sin perder detalle de lo que hablamos o hacemos el señor Evans y yo.

Noto su incomodidad, como si quisiera decirme algo y no encontrara las palabras. Me adelanto para sacarle del aprieto.

—Me ha dicho Liam que han ido a cenar —Patrick asiente—. Vaya Liam eso está genial y ¿has cenado bien?

—Sí, una pizza de jamón y queso entera para mí.

—Guau, me dejas alucinada, ¿toda para ti?

—Sí, él solito, no ha querido compartir —lo confirma divertido su padre.

Mario no me quita los ojos de encima. Hace una mueca y Cristina le hace un comentario para que se meta en la conversación con ellas y deje de mirarnos. Ella continúa de espaldas a nosotros, quizás no quiere que Patrick la reconozca de la discoteca.

El señor Evans y yo charlamos ajenos al jaleo del gentío que nos rodea hasta que veo cómo se tensa y se pone serio.

—Bueno, pues no la entretendremos más, creo que su novio está... algo impaciente —me dice más serio, sin separar los dientes.

Me giro y sorprendo a Mario lanzándole una gélida mirada al señor Evans.

¿Pero de qué coño va? Este tío es imbécil y yo no me he dado cuenta

en todos estos años.

—¿Quién? ¿Mario? No, no es mi novio, es un viejo amigo de la universidad.

—Oh, perdone, creí que.

—Bueno él es así de impaciente siempre.

Patrick vuelve a estar relajado, como antes y yo ya no quiero seguir de fiesta con mis amigos. La actitud de Mario me está amargando la noche.

—Además, yo me voy a retirar ya. Lo cierto es que llevo un rato que estos zapatos me están matando —pongo los ojos en blanco con una expresión divertida y Liam se ríe.

—Pues nosotros te llevamos a tu casa, ¿verdad papá?

Me pongo del color de mis labios, tal cual, rojo cereza, no me esperaba la reacción del chico y el señor Evans se echa a reír.

—Claro, hijo. Solo si ella quiere que la llevemos a su casa.

—No es necesario que me lleven hasta casa. Puedo coger un taxi.

—No, insisto, la llevamos, es tarde y está cansada. No estamos tan lejos desde aquí —sonríe con la esperanza de haberme convencido.

¿Se puede una poner más colorada todavía?

En ese momento, me tenso al sentir un brazo que me rodea la cintura. Me separo incómoda al ver que es Mario.

—Lau —dice pavoneando su excesiva confianza sin separarse de mí del todo —te esperamos en el bar de enfrente para seguir la noche.

—Creo que mejor me voy con vosotros —ignoro a mi amigo y le acaricio la cara a Liam que se ha puesto a dar saltitos —. Un segundo voy a despedirme de mis amigos —le digo a Patrick y me acerco a las chicas.

—Sintiéndolo mucho, yo me retiro, estoy agotada y me matan los pies. Prometo aguantar más la próxima vez.

—¿De verdad, Lau? Quédate un poco más, porfa —insiste Raquel mirando de soslayo al señor Evans y no insiste más pero me mira intrigada —. Espera, ¿te vas con él?, ¿quién es?

—Ya la pongo yo al día, vete tranquila —Cristina sale en mi auxilio aunque me temo que “su puesta al día” va implicar que luego Raquel me llene el móvil de mensajes al enterarse de que se trata de mi jefe, el mismo que me salvo en la accidentada noche de chicas.

◆◆◆

Afortunadamente, tiene el coche aparcado en un aparcamiento, a pocos metros de donde estamos. Si hubiese podido, habría caminado descalza por la calle.

Me aseguro de que Liam se haya abrochado bien el cinturón. Lo hace él solo pero así me quedo más tranquila. Cuando me siento al lado de Patrick, me quito los zapatos.

¡Ay, qué gusto por Dios!

—De verdad, me da cosa que tenga que ir hasta mi casa, vivo muy lejos de la suya.

—No me cuesta nada, me gusta conducir —la voz de Patrick es tierna y relajada, no hay tensión ni mal humor.

—Vaya, ¿y han venido desde Boadilla hasta el centro para cenar o solo porque le gusta conducir?

—Bueno... hemos venido a dar un paseo por Madrid, mejor que te cuente Liam —le mira por el retrovisor y se ríe.

—¿Qué? —me hace un gesto y me giro para ver a Liam.

El pobre se ha quedado completamente dormido con la cabeza ladeada, como si le hubiesen desenchufado de golpe.

—Madre mía, ha caído rendido. Pobrecito, se va a despertar con dolor de cuello.

Me desabrocho el cinturón, apoyo la rodilla en el reposabrazos central. Me estiro para colocarle la cabeza bien en el respaldo manteniendo equilibrio para no caerme hacia el lado del conductor. Liam se mueve un poco pero no se despierta.

—Así mejor —Regreso satisfecha a mi asiento.

Patrick parece respirar aliviado cuando me abrocho de nuevo el cinturón de seguridad.

—Le ha tenido que meter un buen tute, ha caído en un sueño profundo y como no me de conversación creo que caeré yo también. Aunque le cueste creerlo, no estoy acostumbrada a salir de fiesta.

—Ya —responde sin ocultar su incredulidad.

—En serio, es la segunda vez que salgo en años y, como ve, esta vez he sido más cuidadosa.

—Eso está muy bien —dice satisfecho.

Cambio de tema porque no me apetece hablar de la bochornosa salida de chicas de hace unas semanas ni que esa conversación nos lleve a la escenita del ascensor.

—Bueno, ¿me va a contar usted qué es lo que han hecho o tengo que vivir con la intriga hasta que me lo cuente Liam?

Sigue de buen humor, me encanta esa sonrisa y el efecto que tiene en él (y en mí también).

—Quería pasar más tiempo con mi hijo y me apetecía mucho enseñarle el Palacio Real, la Almudena y también la casa del Ratoncito Pérez.

—Eso suena muy bien, seguro que a Liam le ha encantado.

—Sí, se lo ha pasado muy bien pero lo que más le ha gustado ha sido la casa del Ratoncito Pérez.

—Normal, a mí a su edad los monumentos me importaban más bien poco. Ahora Madrid me chifla para hacer turismo. Hace unos años estuve en una visita guiada por la noche, en verano, y estuvo muy bien. Hay distintos tipos pero en la que yo estuve te enseñaban el Madrid misterioso y me pareció muy interesante recorrer las calles por la noche y pararnos frente a los edificios donde ha habido actividad paranormal.

—¿Le gusta el misterio? —pregunta relajado, sin apartar la mirada de la carretera. El tráfico es fluido, las farolas iluminan la autopista y van dejando atrás el centro.

—Oh, me encantan las historias de fantasmas ¿y a usted?

—Me gustan mucho. Yo nací en Escocia y pasé mi infancia allí hasta que mis padres se mudaron a Londres. En Escocia hay muchas historias de fantasmas, como aquí, me imagino.

—En todos los lugares del mundo, y eso da en que pensar; cada vez estoy más convencida de que hay algo que se nos escapa a la lógica —Patrick asiente.

Me aseguro de que Liam sigue dormido y con la cabeza bien colocada en el asiento y vuelvo a perderme en la agradable conversación con mi jefe.

—¿Ha tenido alguna experiencia paranormal en su vida? —pregunto intrigada y él se ríe animado.

—Sí, bueno, eso creo.

—Cuente, cuente, por favor.

—Cuando era pequeño, más o menos de la edad de Liam, me pasó algo muy extraño en la casa de mis abuelos, en Galloway —Puedo ver cómo le ilumina la mirada—. Estábamos mi hermana y yo viendo la televisión con mis abuelos en su salón. Solíamos pasar una semana o dos con ellos en verano. El caso es que tenían la costumbre de ver la televisión con la puerta cerrada. Esa puerta no era toda de madera: tenía un cristal grande de color anaranjado semi translúcido que iba desde arriba hasta unos cincuenta centímetros del suelo. Pues bien,

esa puerta da a un pasillo. A su izquierda está la cocina, un baño, varios dormitorios y la puerta de la calle, y a su derecha hay solo una habitación, que era la de mi bisabuelo, que vivió con ellos hasta que murió.

—¿Y murió allí mismo, en ese cuarto? —pregunto con curiosidad morbosa.

—Sí.

Ahogo un gritito y me retuerzo en el asiento, disfrutando con la historia.

—¿Y qué pasó?

—Bueno —Disfruta alimentando el misterio y continúa relatando su experiencia como un auténtico narrador de historias—, pues estábamos viendo la televisión, cuando por el rabillo del ojo veo algo que se mueve al otro lado de la puerta en dirección al cuarto de mi bisabuelo, como una especie de columna de humo blanco que se desliza lentamente y desaparece.

Doy un respingo en el asiento. Qué sensación. Me remango un brazo.

—Guau, me ha puesto la piel de gallina. ¿Y qué hizo?, ¿salió a ver que había sido eso?

Se ríe y niega con la cabeza.

—No. Estaba muerto de miedo y mi hermana también; los dos estábamos agarrados el uno al otro temblando.

—¿Y sus abuelos? ¿No lo vieron?

Hace un gesto con la mano derecha.

—No dijeron nada, se encogieron de hombros y siguieron viendo la televisión como si nada.

—Venga ya, ¿en serio?

—Sí.

—Seguro que estaban acostumbrados a la presencia de su bisabuelo y por eso no le dieron importancia —concluyo mientras me acaricio la barbilla.

—Eso o que estaban más interesados viendo al pícaro de Benny Hill.

Me echo a reír al imaginarme a sus dos abuelos viendo al humorista británico rubio y regordete haciendo de las suyas y el pobre fantasma del bisabuelo vagando por el pasillo, y retirándose a su cuarto aburrido porque no le hacen caso.

Entramos en Alcalá de Henares y le voy avisando por dónde tiene que girar.

—¿Y usted? ¿Ha tenido alguna experiencia paranormal?

—En una ocasión... también cuando era niña.

Le indico con la mano para que aparque en un hueco que hay justo al lado de mi portal y él lo hace con suavidad. Detiene el coche junto a la acera y apaga el motor y nos giramos el uno hacia el otro para estar más cómodos.

—Estaba yo quedándome dormida en mi cama pero había algo en el subconsciente que me hacía estar inquieta. El caso es que me giré hacia el otro lado para conciliar el sueño e inmediatamente después noté como si me hubieran dado una bofetada. Me espabilé al instante pero no me atreví a abrir los ojos —El señor Evans me escucha con tanta atención que sus ojos se agrandan—. Seguía notando la presión de la mano que me había abofeteado. Estaba fría, como la de un muerto, y estaba apoyada sobre mi mejilla.

—¿Y usted qué hizo?

—Uff, pues cagarme de miedo —digo con gracia, aún achispada por las cervezas, y eso le arranca una carcajada al señor Evans, que reprime rápidamente para no despertar a su hijo—. Después intenté abrir los ojos muy despacio y vi unos dedos inmóviles que medio tapaban mi campo de visión y que estaban apoyados sobre mi cara así —Reproduzco el gesto apoyando la palma de la mano en la sien y los dedos sobre la mejilla y el ojo derecho.

—Entonces me entró el pánico y me senté de golpe sobre la cama y la mano desapareció. De repente, noté el peso de mi brazo derecho pero no lo sentía cuando me lo tocaba. Salí corriendo a decírselo a mis padres como una loca por la casa a oscuras, como en esos dibujos en los que los personajes corren sin mover los brazos y que con la inercia se les van para atrás —Patrick asiente riéndose a carcajadas lo más bajo que puede, moviendo los hombros.

—Mi madre me frotó el brazo de arriba a abajo y poco a poco empecé a notar ese cosquilleo tan incómodo hasta que volví a sentirlo de nuevo.

—Oh, no. No me lo puedo creer, ¿era tu propia mano? —pregunta entrecortando las palabras por la risa.

—Eso parece, sí. A mí no me hacen falta fantasmas, me asusto yo solita.

Me estoy riendo tan a gusto con él que no quiero que se acabe nunca este momento tan agradable pero recuerdo que Liam sigue durmiendo en el asiento de atrás y no debo entretenerlos más.

Me limpio las lágrimas con los dedos teniendo mucho cuidado de no emborronar el delineador de ojos y después de recobrar el aliento,

encamino la conversación hacia la inevitable despedida.

—Muchas gracias por traerme a casa. Ahora le queda un buen paseo hasta Boadilla del Monte.

—No me importa. Ha sido un placer acompañarla, me lo he pasado muy bien —se echa a reír —. Se le había quedado dormido el brazo — Niega con la cabeza sin parar de reír—. Si me llega a pasar eso a mí, me da un infarto.

—Lo mejor habría sido el titular en la sección de sucesos: "Hombre muere del susto al ser atacado por su propia mano mientras dormía".

Ahora somos los dos los que nos limpiamos las lágrimas de los ojos.

—Bueno —digo cuando recobro la compostura—, no quiero entretenerlo más, de verdad; si seguimos así, mañana tendremos agujetas en la tripa.

Miro hacia abajo e intento calzarme torpemente los zapatos negros de tacón. Mientras lo hago, él ha salido del coche para abrirme la puerta. Es todo un caballero pero los pies me matan y rompen el mágico momento.

—¿Está bien? —Su gesto de preocupación ha borrado de golpe su bonita sonrisa.

—Oh, sí —Le hago un gesto con la mano para quitar importancia —. Creo que iré descalza, mis pies se niegan a meterse en los zapatos.

Salgo del coche tratando de apoyarlos en el suelo, buscando la forma de pisar para que no me duelan tanto.

—Tenga cuidado, no se vaya a clavar algo. ¿Su casa está muy lejos de aquí?

—No. No se preocupe vivo justo aquí —señalo al bajo enrejado que tenemos justo enfrente —. Solo tengo que subir estos cinco escalones y ya habré pasado lo peor.

Antes de que pueda reaccionar, el señor Evans me coge en brazos y me agarro a su cuello tratando de no rozarle con los zapatos que llevo sujetos con firmeza en esa mano. Un familiar y agradable cosquilleo recorre mi cuerpo y acelera el ritmo de mi respiración y hace que mi corazón lata desbocado en mi pecho. Sube con ligereza los escalones como si no le pesara. Al llegar al portal, nuestras miradas se enredan la una en la otra. Me baja muy despacio hasta que vuelvo a apoyar los pies de nuevo sobre el suelo.

Sigo enganchada a su cuello, y lo que empezó con un tímido cosquilleo se ha convertido en una bestia ardiente, alimentada por el deseo. Antes de que la magia haga que todo desaparezca a nuestro alrededor, pestañeo para despegarme de su cautivadora mirada. La

garganta me raspa cada vez que trago saliva. Mojo mis labios y me aparto de él muy despacio.

No sé por qué me siento tan tímida en este momento. Él coge aire y lo suelta despacio sin ser consciente del efecto que tiene sobre mi piel su aliento.

¿Por qué se me tensan esos músculos del vientre que no sabía ni que existían hasta que lo conocí a él?

Me da un beso casto en la frente.

—Buenas noches, Laura.

—Buenas noches, señor Evans.

—Llámame Patrick y tuteémonos, por favor —gruñe y sonríe —, me resulta muy incómodo que nos hablemos de usted; además, nos hacemos más viejos de lo que realmente somos.

Asiento y me río pero no consigo deshacerme de esta timidez tan absurda que ha empezado a apoderarse de mí.

—Está bien, buenas noches, Patrick... y gracias por el viaje tan ameno.

¿Por qué me cuesta tanto despedirme de él?

—Ten mucho cuidado ahora en la carretera, por favor.

—Lo haré.

Le doy un beso en la mejilla y me meto en el portal con dos zancadas. Por la ventana de mi dormitorio, espío cómo mueve el coche, lo gira para cambiar de sentido, aprovechando que no viene nadie, y desaparece por donde ha venido.

No sé por qué me siento como esos adolescentes que empiezan un noviazgo poco a poco.

Antes de irme a la cama, pico algo en la cocina. Si me hubiese quedado con mis amigas me habría pedido un bocata de calamares pero me conformo con un trocito de tortilla de patatas que he encontrado en la nevera y que parecía llevar mi nombre.

Cuelgo la cazadora en el armario. Me quito los vaqueros, me aflojo el sujetador y me lo quito sin desprenderme del top lencero porque huele a él y me sorprendo metida en la cama medio desnuda, abrazándome a mí misma e imaginando que lo tengo a él en mi regazo. Todavía siento el tacto de sus labios suaves y carnosos sobre mi frente. Me acaricio los labios con el pulgar y me teletransporto al recuerdo del ascensor, donde nuestras bocas se devoraron con necesidad urgente, y rememoro la presión de su excitación sobre mi vientre y sus manos sobre mis glúteos para atraerme hacia él.

Me cubro con el edredón y ahogo un gemido al recordar cómo se

irguieron mis pezones con su tacto y el cosquilleo eléctrico con el roce de su mano cálida sobre mi pecho. Mi vientre se tensa de nuevo y me retuerzo bajo las sábanas cuando mi mano acaricia la parte interna del muslo, haciendo el mismo recorrido e imaginando que quien me toca es él. Imito la suavidad de sus caricias, sorteo mis braguitas negras de encaje. Casi puedo escuchar y sentir su gemido en mi boca cuando palpó mi humedad. Mis dedos la acarician también y se deslizan por los pliegues con un movimiento sensual hasta perderse en mi interior con la suavidad de la seda. Estoy ardiendo ahí abajo, me estiro y me arqueo sobre el colchón, gozando en silencio, amoldando el recuerdo a esta necesidad de desahogarme que nunca antes había tenido. La otra mano acaricia mis pechos y juega con los pezones que se endurecen y me producen un exquisito cosquilleo que me pone la piel de gallina y que aumenta más aún la excitación.

La saliva se vuelve espesa, la respiración se acelera; por un momento creo que el corazón va a salir galopando por mi boca. Me mojo los labios, me los mordisqueo y acelero el ritmo hasta que mis dedos terminan lo que los suyos comenzaron en el ascensor.

Me siento plena y relajada, tan relajada que no tengo fuerzas ni para reprenderme por la deliciosa locura que acabo de cometer. Me dejo llevar por el sueño sin apartar la mano de mi sexo aún palpitante. Vibra el móvil en la mesilla y abro los ojos desorientada.

Maldigo en susurros y lo cojo para contestarle el mensaje a mi amiga Raquel y decirle que ya hablaremos mañana. Querrá que le hable del hombre con el que he huido de los brazos pegajosos de Mario —seguro que Cristina ha alimentado más sus ansias por conocer todos los detalles. Pero es que realmente no hay nada que contar...

O sí: que me acabo de dar placer pensando en Patrick.

¡Qué fuerte, yo no soy así!

La pantalla ilumina mi cara en medio de la oscuridad y veo que el mensaje es de Patrick, suelto el móvil sobre la mesilla y me escondo bajo el edredón. Me falta el aire, no puedo respirar tan rápido, creo que me estoy hiperventilando. Asomo la cabeza y trago el oxígeno a bocanadas.

Lo cojo de nuevo y me emociono como una tonta al leer el mensaje:

PATRICK EVANS:

Ya estamos en casa. Sanos y salvos. Hacía mucho que no me reía tanto. Gracias por las agujetas que me saldrán mañana. Buenas noches

Lo acompaña con un emoticono dormilón.

Antes de que pueda contestar me llega otro mensaje:

Y, por favor, señorita Laura, tenga cuidado de no aplastar su brazo mientras duerme, que luego vienen los sustos

Y me envía un gif con la mano de la familia Addams correteando por el suelo de un pasillo.

La madre que lo parió.

Ahogo una carcajada debajo de la funda nórdica.

YO:

No se pase conmigo, señor Evans, o me veré obligada a desempolvar mi chancla con efecto boomerang de largo alcance. Le puedo asegurar que el silbido de chancla acercándose por detrás le dará más miedo que el fantasma de su bisabuelo.

Enseguida Patrick envía varias caras riéndose ladeadas con lágrimas en los ojos.

PATRICK EVANS:

Lo tendré en cuenta. Que descanses.

YO:

Gracias. Buenas noches y que descanses tú también.

Me arropo y vuelvo a abrazarme. Con el calor que me brinda el mullido edredón nórdico y la deliciosa fragancia de Patrick, me quedo profundamente dormida.

◆◆◆

—Venga, tía; desembucha —me pide impaciente Raquel mientras canturrea— "¿Quién ese hombre que me mira y me desnuda?"

—Tía, estás fatal —me río al escucharla y me viene a la mente al guapísimo Juan Reyes, uno de los protagonistas de Pasión de Gavilanes, con su larga melena ondulada, sombrero cowboy y con esos jeans que le sientan tan bien.

—Venga, dime —insiste al otro lado del teléfono y me la imagino pestañeando y poniendo morritos como suele hacer en estos casos.

—Ese hombre... que ni me mira ni me desnuda es el señor Evans, mi jefe, y el niño, porque no sé si te fijaste pero llevaba un niño adosado, es su hijo y mi pupilo, Liam. Y no hay nada más que contar.

—Que ni te mira ni te desnuda... Ja, no sabía yo que estabas tan ciega, maja. Se le iluminó la cara en cuanto te vio.

El corazón se me desboca y agradezco no tenerla delante para que no me vea ponerme tan colorada.

—Bueno —salgo en su defensa —, puso esa cara porque pensó que había perdido a su hijo y al ver que un rostro conocido estaba con su pequeño, se tranquilizó.

—Ya, ya, no intentes quitarle importancia, vi cómo te ponías tan colorada como lo estarás ahora mismo. Te conozco muy bien, Laura Morán de la Peña.

Doy un respingo porque son verdad las dos cosas, me conoce demasiado bien y me arden las mejillas. Desvío la mirada hacia mi hijo que está muy entretenido agitando un bote alargado sobre la cama y vuelvo a la conversación.

—Eres una exagerada.

—Seguro —dice con ironía —pues tendrías que haber visto la cara que puso Mario cuando vio la química que rebosabais los dos juntos. Estaba supertocado, yo diría que le reconcomían los celos.

—¡Raquel! —la regaño y la muy granuja se ríe a carcajadas con esa risa tan contagiosa que tiene.

—Siento haberos dejado así de sopetón, de verdad —me pongo seria— tenía los pies destrozados y... y Mario se estaba poniendo demasiado pesado conmigo. Necesitaba salir de allí. No me gusta que se tome tantas confianzas conmigo. No debí pintarme los labios, debió de hacerse una idea equivocada y no sabes cuánto lo siento. Espero no haberlo herido.

—¡Herirlo! Ja, ja, ja. Qué va. Mario es fuerte y, sobre todo, práctico; después de irte tú, y de aguantarle el humor de perros que se le puso durante un buen rato, se lió con una tía que conoció en el último bar en el que estuvimos. Se perdieron en un rincón y pasó de nosotras. Pero vamos a lo que realmente interesa, que te me vas por las ramas y me despistas... Estábamos hablando de tu jefe, está claro que os gustáis, para cuándo el catapún chichin...

—¡Raquel! Para, por favor, como sigas por ahí, te cuelgo... —La condenada se ríe a carcajadas y por el rabillo del ojo, veo a Hugo de pie sobre la cama.

—Neve, neve, mamá, neve —canturrea entusiasmado.

—¡No, Hugo! ¡Para! ¡Dame eso! —suelto el móvil sobre la cama y le quito el bote de los polvos de talco y le siento en la cama antes de que se me escalabre.

Hugo tiene todo su cuerpo blanco, igual que la funda nórdica de mi cama y parte del suelo de la habitación. Miro a mi alrededor y no me queda otra que tomármelo con sentido del humor.

—Raquel, cari, hablamos en otro momento —Miro a Hugo que pasa sus manitas sobre el edredón, tocando con fascinación la suave capa de polvos de talco —. Mi querido bebé acaba de vaciar el bote de los polvos de talco por toda la habitación y ha dejado esto como si hubiese nevado. Será mejor que limpie a mi muñeco de nieve y deje la habitación impoluta antes de que venga mi madre y le de un telele. Madre mía. Me ha puesto perdida a mí también.

—Ja, ja, ja, qué fuerte. Entonces, seré buena y te daré un respiro pero no me olvido de "ese hombre que te mira y te desnuda, una fiera inquieta que te da mil vueltas y te hace temblar..."

—Ja, ja, ja. Eres incorregible, ciao —no la dejo terminar la canción y cuelgo para arreglar el desastre que ha organizado mi hijo.

◆◆◆

A las ocho menos diez abro la puerta y entro en el hall. Me encanta cómo inciden los rayos de sol en las paredes y en el suelo procedente de los ventanales más altos a esa hora de la mañana.

Patrick baja las escaleras con unos vaqueros y un jersey azul marino que deja a la vista el cuello de la camisa blanca que lleva debajo.

—Buenos días —Sonríe al verme.

—Buenos días —Antes de que pueda decir nada más me pide que lo acompañe.

—Tengo algo para ti.

Le sigo con timidez pero intrigada. Me conduce hasta el salón pequeño y sobre la mesa que está junto a la gran librería, hay un libro bastante viejo. Lo coge y me lo ofrece, es una guía en inglés sobre castillos encantados y leyendas de fantasmas y de brujas en Escocia— ¿Qué? ¿Por qué te ríes?

—Porque yo también he traído algo para ti —Meto la mano en el bolso y saco un libro sobre la España misteriosa que trata más o menos los mismos temas pero en distinto lugar y cultura.

—Esta guía es quizás más vieja que la tuya pero es bastante completa. La conseguí en un mercadillo de libros antiguos.

Nos intercambiamos los libros.

—Sí, la mía tiene unos cuantos años pero creo que te gustará. Era de mi bisabuelo.

Abro la boca lo más grande que puedo.

—¿De verdad? ¿El bisabuelo fantasma?

—Ja, ja, ja, no pero quedaba muy... misterioso.

Le propino un suave codazo y los dos nos reímos.

¿Pero qué le ha pasado a este hombre? ¿Ahora hace bromas?

—Aunque no sea de tu difunto bisabuelo fantasma, empezaré a leerlo esta noche —digo realmente entusiasmada, me lo llevo al pecho y le doy una palmadita en la cubierta.

—Yo también —Levanta el libro y pasa las hojas—, aunque no se si podré esperar a esta noche, tiene muy buena pinta.

—Pues si te gusta... en varias ciudades españolas hacen rutas guiadas por lugares encantados y las más curiosas son las teatralizadas, te meten más en el ambiente. Y si lo tuyo ya es otro nivel, hay empresas que organizan un fin de semana escalofriante en casas rurales por ahí perdidas de la mano de Dios, donde por muy alto que grites no te oye nadie. Ahí lo dejo.

—A lo mejor los contrato para que nos den unos cuantos sustos en esta casa.

—Ah, no, ¿no serás capaz?

—Ahí lo dejo —repite mis palabras con aire despreocupado.

18. TODOS TENEMOS ALGUNA TARA

Salgo de mi cuarto arrastrando los pies y frotándome los ojos. He vuelto a quedarme trabajando hasta tarde para preparar las clases de Liam y he sido incapaz de salir a correr esta mañana; he preferido apurar más en la cama para reponerme. Pero empiezo a tener mis dudas de si he hecho bien saltándome la rutina del ejercicio, seguramente me habría espabilado. En cualquier caso: a lo hecho, pecho.

Entro en el cuarto de Liam para despertarlo y compruebo que la ropa que tiene preparada es la correcta. Al salir del dormitorio, escucho al señor Evans discutiendo por teléfono en el hall con susurros forzados, posiblemente para no alarmarnos. Bajo las escaleras y le saludo en silencio pero este me rehuye la mirada y yo, con la mano alzada a modo de "hola", me quedo pasmada y con cara de gilipollas, como decía la canción.

Se mete dentro del despacho, momento en el que su voz suena más fuerte al otro lado de la puerta. Esta vez, prefiero no saber de qué va la conversación, no es asunto mío. Me voy a preparar el desayuno visualizando el tazón de café que me voy a tomar para terminar de espabilarme, el té lo dejaré para otro momento.

—Hoy pasaré el día fuera y llegaré tarde, no cuentes conmigo para cenar —me suelta con el talante serio desde la puerta de la cocina, con la gabardina beige colgada en un brazo y el maletín del portátil en el otro.

Doy un respingo al escucharlo y verlo tan... enfadado y casi me echo el café encima.

—¿Está todo bien? —Me preocupa este cambio de humor tan repentino, quiero hacerle reír— ¿Hoy hay luna llena o algo así?

—No— escupe la negación con desprecio y se larga echo una furia.

Tiemblo repentinamente por el escalofrío.

¿Qué le pasa hoy?

Cuando Liam se sienta a la mesa a desayunar todavía me dura esa sensación tan extraña y desagradable. Menudo corte me ha dado: "No" y ha sido suficiente para pararme los pies y para subir esa enorme y gruesa barrera que había desaparecido en los últimos días —en las últimas horas, ayer por la mañana estuvo encantador cuando llegué y nos intercambiamos los libros.

A ver si va a tener algún tipo de trastorno sin tratar. Eso me preocupa y también me asusta.

◆◆◆

Aprovecho mi tiempo de descanso después de comer para ir a hacer un recado que tengo pendiente. Cojo dos americanas y un pantalón de vestir de mi jefe y me marcho con el coche para llevarlos a la tintorería, antes de ir a recoger a Liam.

A esa hora, en la zona del sector B de Boadilla hay mucho ambiente en las terrazas que hay a lo largo de las dos grandes avenidas. No hay sitio cerca para aparcar y tengo que dar un paseo hasta la tintorería pero lo agradezco, ha salido un día soleado, perfecto para caminar.

Salgo del establecimiento con la percha donde van las corbatas que me han devuelto limpias y cubiertas por un plástico transparente. Sonrío de camino al coche al sentir la temperatura tan agradable del sol en la cara.

—¡Laura!

Me giro al escuchar mi nombre y me encuentro con una Amalia pletórica que acompaña a una joven con un carrito de bebé.

—¡Amalia! ¡Qué alegría verte!

Nos damos un largo y fuerte abrazo.

—Estás muy guapa con ese vestido —me dice muy animada.

Necesitaba sentir que ya llega la primavera de verdad, la de los días soleados y templados, y no por que lo diga El Corte Inglés o el calendario. Por eso he rescatado este vestido hasta las rodillas con mucha caída y con un estampado floral discreto sobre un fondo azul marino que queda fenomenal con la cazadora vaquera que llevo y los botines camel, casi del mismo color de las florecitas de la tela.

—Mira, Laura, esta es mi hija Ana y este de aquí es Izan, mi nieto, mira qué cosita más linda —sonríe orgullosa mostrándome al bebé profundamente dormido bajo una mantita azul celeste.

—Oh, es una preciosidad. ¡Enhorabuena a la mamá y a la abuela! ¿Pero qué tiempo tiene?

—Hoy hace dos semanas —contesta Ana.

Está para comérselo. Es diminuto, se nota que apenas llega al mes de nacido.

Le explico a Amalia que he ido a llevar y recoger unas cosas del tinte y ella me comenta emocionada que acaban de salir del pediatra y que lo ha encontrado estupendamente y que va a ser un chico altísimo, como el padre.

—¿Y qué tal está Liam?

—Muy bien, avanzando pasito a pasito pero muy bien. Ahora están organizando una exposición que harán en unas semanas, en el día de puertas abiertas para las familias, y está muy motivado. Está sacando muy buenas notas y si sigue así, pasará de curso.

Amalia se lleva las manos a la boca emocionada.

—No sabes cuánto me alegro. Liam es un chico muy listo. Y ¿qué tal con el señor?, ¿te apañas bien?

Pongo los ojos en blanco y se echa a reír.

—Bueno, no me puedo quejar. Parece que va cogiendo más confianza conmigo y ya no está tan enfurruñado a todas horas.

—Ten paciencia, mujer. Es un buen hombre.

—Lo sé pero me desconcierta mucho. Estos días atrás ha estado encantador; hasta nos hemos intercambiado unos libros de fantasmas, porque le encantan, pero hoy se ha levantado como cuando lo conocí —o peor, la verdad es que nunca lo había visto tan cabreado como esta mañana.

Amalia me escucha sin perder detalle y se queda pensativa un rato.

—Ay, hija —suspira con tristeza —es que hoy hace un año que murió Margaret.

De repente, todo cobra sentido y se me cae el alma a los pies.

—Vaya, pobre; pobres —corrijo.

A Liam lo he encontrado como siempre, quizás un pelín apagado pero claro, los niños no tienen la percepción del tiempo que tenemos los adultos y posiblemente, tampoco sea consciente de la fecha que es.

Me siento fatal, y encima le suelto lo de la luna llena. Que vergüenza.

—Sí, está algo reciente todavía. Aunque eso que me has dicho de que está de mejor humor y que hasta te ha prestado un libro, es muy buena señal. No hay nada como el tiempo y la buena compañía para sanar todas las heridas. Doy gracias a Dios porque me escuchara y te

contratara aquel día.

—¿Qué? ¿Que rezaste para que me contratara? ¿En serio? Pero si me recibiste con una regañina y hasta parecía que me tenías manía.

—Ja, ja, ja, eso fue porque llegaste tarde, toda peripuesta, con calcetines gordos de lana y con unas zapatillas chabacanas para hacer la entrevista. Yo pensé: "Madre mía, ¿pero a esta mujer de dónde la han sacado?" Menos mal que fui testigo del milagro que hiciste con Liam porque estaba preparada para echarte a escobazos.

A las tres nos da la risa y ella y yo nos fundimos de nuevo en un tierno abrazo.

Me despido de ellas y regreso a casa dándole vueltas a la cabeza. Pobre Patrick, tiene que echar mucho de menos a su mujer.

Mierda, ese bus que llevo delante es el de Liam. ¿Pero cómo se me ha pasado tan rápido el tiempo?

Lo adelanto en la parada anterior a la nuestra, paso la rotonda y subo la cuesta. No me da tiempo a llegar a casa y volver andando a la parada a por él, así que aparco el coche subido en la acera para no dificultar el tráfico.

Para el autocar y cuando Liam viene hacia mí, lo hace cabizbajo. Al darle un abrazo, me asusto.

—Cariño, estás ardiendo.

—No me encuentro muy bien, me duele la cabeza y tengo mucha sed pero cuando bebo agua me duele mucho la garganta.

—Pues mira que suerte has tenido: tengo el coche aquí mismo, así no tendrás que volver a casa andando. En cuanto lleguemos, te doy algo para que te encuentres mejor, ¿vale?

Ni siquiera asiente, tan solo se descuelga la mochila y me la da. Como no llevo alzador, le pongo la mochila para que se siente encima y le abrocho el cinturón.

El termómetro marca 39 ºC y no sé qué hacer, es la primera vez que el niño se pone malo y lo encuentro demasiado apagado y desganado.

Busco en el botiquín y el único analgésico apropiado para su edad está caducado. Aunque tengo la farmacia muy cerca, no me atrevo a dejarlo solo y tampoco lo veo como para andarle moviendo de un lado para otro. Busco el teléfono de la pediatra en el listado que me dejó Amalia y contacto enseguida con el ambulatorio.

◆◆◆

Afortunadamente, la doctora ha llegado enseguida y ha sido muy agradable; hasta se ha quedado con él para que pudiera ir a la

farmacia a por las medicinas que le ha recetado para la infección de garganta. También me ha firmado un justificante para el colegio en el que dice que tiene que guardar reposo durante unos días.

Ahora lo tengo medio ido viendo en la televisión una de sus series de dibujos favorita: una de un gato cósmico, así que aprovecho para escribir un e-mail al tutor y adjuntarle una foto del justificante que me ha entregado la doctora para que guarde reposo en casa lo que queda de semana.

Suena la alarma del móvil para darle la apiretal a Liam y se la toma a pesar de que está medio adormilado. Tiene 38 ºC, por lo menos parece que no va a subir tanto como antes. Me acurruco a su lado, y me relajo un poco acariciándole el pelo.

Son más de las dos de la madrugada y se me hace muy raro que Patrick no haya regresado a casa. Claro que me he podido quedar algo traspuesta y no darme cuenta de cuándo ha llegado. Mañana hablaré con él para ver si está mejor y para contarle lo de Liam. Cada vez me pesan más los párpados.

El sonido de la puerta de la calle me espabila. Me imagino que será Patrick.

Me siento en el borde de la cama esperando a que suba pero no lo hace. Oigo ruidos seguidos de un golpe seco.

Ay madre, a ver si no es él y han entrado a robar.

Cojo el móvil y marco el número de emergencias sin llegar a llamar, preparada por lo que pueda pasar. Me muevo con sigilo en la oscuridad y entro en el cuarto de Patrick pero la cama está vacía y el baño también. El sonido de un cristal que se rompe me sobrecoge. Entro en el dormitorio y agarro mi botella de agua de acero inoxidable por llevar algo duro en la mano en caso de emergencia. Bajo en silencio, muy despacio por las escaleras. La planta baja está a oscuras salvo el despacho.

—Aaaaah —el gruñido viene de allí seguido de otro golpe y más cosas que caen al suelo.

Tengo que sortear papeles, carpetas y todo tipo de objetos esparcidos por el suelo cuando entro en el despacho temblando. Enseguida lo distingo a un lado, sirviéndose whisky, del que tiene en el mueble bar que hay junto a la ventana pero cae más fuera que dentro. Bebe del vaso las dos gotas que han caído dentro y lo tira con furia. Me estremezco al oír el estallido del cristal contra el suelo. Me está dando miedo. No sé qué hacer, estoy bloqueada. Sigo sin soltar ni el móvil ni mi improvisada arma de acero inoxidable por si se pone violento conmigo.

Empina la botella de whisky y bebe de ella como si fuera agua.

No puedo más, libero mis manos y me abalanzo sobre él para quitársela.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Pretendes matarte? —le grito con todas mis fuerzas.

—¿Y qué pasa si quiero matarme? Total, le haría un favor al mundo —se le enredan las palabras en la lengua y su aliento apesta a alcohol.

Me horroriza que diga semejante barbaridad pero le entiendo, sé que lo está pasando muy mal. Un año es muy poco tiempo para reponerse de la muerte de un ser amado.

—Venga —Finjo volver a la calma—, no digas eso. Seguro que no lo piensas en serio. Vamos, te acompaño a la cama. Verás cómo mañana lo ves todo de otra manera.

—No quiero —se tambalea y al sentarse, en vez de caer sobre el sofá, se estampa contra el suelo. Disimula una mueca de dolor y se cruza de piernas y de brazos como si fuera un niño malcriado que no ha conseguido lo que quiere. Apoya la espalda en el sofá y cabecea hacia atrás.

—Ey, Patrick, si te quedas dormido aquí sentado, mañana te despertarás con dolor de espalda y de cuello. Ven.

Le tiendo la mano y en vez de agarrarse, choca los cinco.

Ay, Dios mío, ¡dame paciencia!

Me acuclillo a su lado y le acaricio el hombro.

—Aléjate de mí antes de que te haga daño a ti también.

—¿A mí? ¿Y por qué ibas a hacerme daño? Eres un buen hombre que se ha pasado un poco con las copas y eso no quiere decir nada. A mí me pasó hace poco, ¿recuerdas?

Resopla y se lleva la mano a la cara. Se frota un ojo con la palma de la mano.

—Pero es diferente, tú... tú eres un ángel —me acaricia la mejilla —en cambio yo... yo soy muy mala persona.

—Qué exagerado eres.

Está como una cuba, lleva un rato hablándome en inglés y no se ha dado cuenta.

—No me conoces, no tienes ni idea de quién soy ni de lo que he hecho.

Se está alterando un poco y lo último que quiero es que se ponga a gritar y que de un espectáculo delante de su hijo, porque seguro que viene a ver qué ocurre si oye voces.

¿Pero qué les pasa hoy a los Evans? ¡Ni que se hubieran puesto de acuerdo!

—Creo que eres una buena persona que está pasando por un mal momento, nada más.

Se ríe con sarcasmo y amargura.

—Soy un asesino, Laura.

Lo dice tan serio y tan convencido que mis piernas no me sostienen y caigo de culo frente a él. Está abatido y arrepentido de lo que quiera Dios que haya hecho.

—No te creo... Tú serías incapaz de hacer semejante...

—Yo maté a mi mujer —me corta antes de que acabe de balbucear lo que estoy tratando de decirle.

Me cuesta respirar pero aun así me acerco a él y le cojo la mano.

—Patrick —susurro con un hilo de voz. No puede ser, Amalia me dijo que había muerto en un accidente... esto tiene que ser un delirio suyo —. Patrick, estás confundido, ella murió en un accidente —intento convencerlo pero mis palabras se desvanecen en el aire.

—Tú no sabes nada. Nadie sabe nada, solo yo sé lo que pasó.

Se me emborrona la mirada. No sé si quiero saber lo que pasó.

Me aprieta la mano y con la otra se seca las lágrimas que caen por sus mejillas y se pierden por el suave pelaje de su barba.

—La llamé y me dijo que acababa de salir del hospital, que estaba en el coche de camino a casa —hace una pausa y sorbe la nariz—. Había salido muy contenta del trabajo.

Las lágrimas rebosan y humedecen sus pómulos. Guarda silencio hasta recuperar el habla. Le dejo su tiempo y le acaricio el brazo.

—Estaba feliz porque la habían ascendido a responsable de su departamento.

Hace otra pausa para respirar y se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—Me lo estaba contando tan entusiasmada cuando oí el estruendo y después... Su voz se apagó para siempre.

Se derrumba. Me acerco más a él y me siento sobre mis muslos. Le sujeto la cara con las manos y le limpio las lágrimas con los pulgares.

—Patrick, escúchame —me mira a los ojos, le tiembla la barbilla —: No puedes culparte por eso. No fue culpa tuya.

—Si no la hubiera llamado, estaría viva.

—Eso no puedes saberlo. Además, piensa que no murió sola, que te

tenía a ti al otro lado. Que se marchó sabiendo que la amabas.

—¿Y por qué no fui yo? Ella no merecía un final así. ¿Por qué?

—Porque la vida es así, Patrick. A ella le tocó irse y a ti quedarte. Eso no lo podemos cambiar pero de ti depende aceptarlo para poder avanzar y disfrutar de los años maravillosos que te quedan por vivir al lado de tu hijo.

Me levanto y le tiendo de nuevo la mano. Esta vez se aferra a ella y se levanta. Sorteamos con cuidado los cristales rotos y todo lo que hay esparcido en el suelo y subimos las escaleras con cierta dificultad.

—Vamos, te acompaño.

—No voy tan mal, sé perfectamente dónde duermo —refunfuña.

—Ya, pero hasta que no te vea metidito en la cama y arropadito no me quedaré tranquila —le cojo del brazo pesado y lo paso por encima de mi hombro. Le agarro por la cintura y él se deja llevar.

—¿También me vas a cantar una nana?

—Si quieres... me sé unas cuantas, puedo hacer que te duermas de aburrimiento.

Sonríe y me da un beso casto en la mejilla. El silencio que nos acompaña mientras subimos las escaleras con dificultad se ve interrumpido por sus suaves sollozos, que poco a poco se van volviendo más calmados y distantes.

—Con esa voz tan bonita que tienes, no me importaría que me cantaras al oído toda la noche —me dice mientras se sienta a los pies de su cama.

Me río y le quito los zapatos y los calcetines. Tiene los pies muy suaves y están helados, como sus manos.

—Creo que has bebido un poquito más de la cuenta hoy. Espero que no hayas venido conduciendo.

Niega con la cabeza.

—El capullo de Lorenzo me quitó las llaves del coche y me metió en un taxi.

¡Bendito, Lorenzo!

—Recuérdame que le montemos un altar a Lorenzo —le digo mientras le quito la cazadora.

—Buena idea —se le enreda la lengua y se ríe—. Y otro para tí también.

Me abraza con fuerza. Se le cierran los ojos y el habla se le vuelve más pastosa e indescifrable. Deja caer el cuerpo hacia atrás y se queda profundamente dormido, conmigo encima.

—Patrick —le hablo al oído—. Ey, vamos, despierta.

Duerme como un bendito. Me cuesta zafarme de sus brazos, no me explico cómo puede tener tanta fuerza estando dormido.

Le cojo de los tobillos, levanto las piernas y giro despacio hasta apoyarlas en el lateral de la cama, empujo el tronco hacia el borde hasta ponerlo algo más recto. Afortunadamente la cama es de 2 por 2,10 o 2,20 así que queda completamente estirado dentro de la cama, solo me queda empujarlo un poco hacia dentro, para que no se caiga, está demasiado al borde. Lo voy girando despacio y cuando considero que ya es suficiente, le coloco una almohada bajo la cabeza. Cojo el edredón nórdico de uno de los cuartos de invitados y lo arropo con él.

Me siento a su lado y le observo mientras duerme. Memorizo con fascinación su pelo oscuro alborotado, la frente ancha y relajada, sus cejas espesas, las pestañas tan negras y tan largas, su nariz perfecta, como la de las esculturas griegas, y esos labios carnosos y sensuales rodeados de una barba suave y poco tupida.

Todos tenemos nuestras taras, nuestros miedos y nuestros anhelos. Ojalá pudiera aliviar ese dolor tan profundo que le hace sufrir. Ojalá, pudiéramos disfrutar juntos todo el amor que tenemos dentro y que no pudimos compartir con nuestras parejas. Ojalá nos hubiéramos conocido en otro contexto o en otra vida, quizás solo así, habría sido todo más fácil.

Tengo los ojos hinchados de la panzada que me di a llorar anoche cuando dejé a Patrick en su cuarto. Soy demasiado empática y, en ocasiones como esta, no es bueno porque sufro mucho. Liam ha pasado una buena noche. Aún le subió la fiebre unas décimas por encima de 38 pero se ha levantado algo mejor. Acabo de traerle el desayuno a la cama y se ha dejado casi todo porque le duele la garganta al tragar, aunque menos que ayer. Por lo menos se ha tomado el yogur bebible entero. Lo acompaño al salón pequeño para tenerlo más controlado y lo acomodo en el sofá. Le pongo la tele y él va pasando con el mando canal a canal.

Recojo el estropicio del despacho. No me explico cómo no nos clavamos ningún cristal anoche. Espero que Patrick esté mejor hoy, no me atrevo a ir a su cuarto a preguntar.

Alzo los brazos y estiro el tronco para aliviar un poco el dolor en la zona lumbar. Ahora caigo por qué me he levantado con tantas agujetas en los brazos y la espalda tan dolorida. Me da un vuelco el corazón y subo los escalones de dos en dos. Son las diez de la mañana y es raro que no haya dado señales de vida. A ver si le ha pasado algo.

Mi mente va por delante, atormentándome con un sin fin de “y si…”:

¿Y si se ha tirado por la ventana?, ¿y si ha hecho cualquier otra tontería porque estaba realmente mal anoche? ¿Y si entró en coma etílico? ¿Y si se movió y se quedó dormido boca arriba y le ha pasado como a Bon Scott, el cantante de AC/DC que murió al quedarse dormido y tragar su propio vómito? Patrick había bebido mucho...

Sacudo la cabeza con violencia para alejar la imagen tan desagradable. Llamo y no contesta. No puedo más. Abro la puerta y entro en su cuarto. Ya no está en la cama y la ventana está cerrada, respiro aliviada al oír ruido en el baño y en ese momento sale Patrick como su madre lo trajo al mundo. Frena en seco del susto, al verme allí plantada.

Abro tanto la boca que temo que se me haya desencajado la mandíbula y no pueda volver a cerrarla. Cierro los ojos con fuerza y me giro lentamente para darle la espalda.

—Lo siento, lo siento mucho de verdad, solo he venido a ver qué tal estás y como veo que estás vivito y coleando... Me voy. Joder, no... yo no... no quería decir eso. ¡Mierda! —huyo despavorida de su cuarto para refugiarme en la cocina hasta reponerme un poco del soponcio.

Vivito y coleando: ¿En serio, Laura? Hay que joderse, ¿cómo he sido capaz de decirle eso a mi jefe en pelotas?

Madre mía, y qué bien dotado está.

Cuando baja a la cocina a los dos nos entra la risa histérica.

—De verdad que lo siento, no era mi intención encontrarte así.

—Así, ¿cómo? ¿vivito y coleando?

—No —corrijo —digo sí —vuelvo a corregirme —bueno, tú ya me entiendes.

No podemos evitar la carcajada.

—Me alegro de... —pienso bien las palabras antes de soltarlas —verte tan bien —digo algo incómoda.

Por qué me da la sensación de que diga lo que diga va a parecer que guarda relación con haberle visto desnudo.

—Gracias por aguantarme anoche. Siento haberme comportado como un adolescente. Hacía tiempo que no me emborrachaba.

—Bueno, no ibas tan mal, solo un poco perjudicado.

—Siento haberte dado una mala noche, se te ve cansada y ojerosa.

—Ah, esto —me señalo a la cara —. Esto no es por ti, es por Liam. Tiene infección de garganta y ha dormido en mi cama toda la noche, para tenerlo más controlado. Pero no te preocupes, está un poquito mejor. Ahora está en el salón pequeño.

—Para tenerlo más controlado, me imagino —intenta parecer serio pero sus labios curvados le delatan.

—Sí, no lo puedo evitar, a veces me vuelvo un poco bastante protectora. Por cierto, las agujetas en los brazos y en la espalda si son culpa tuya.

—¿Mía?

—Tuve que hacer una auténtica labor de ingeniería para que no durmieras con las piernas colgando.

—Vaya —se frota la nuca con la mano y me regala una de sus preciosas sonrisas de anuncio.

Suena su teléfono.

—Lo siento, pero tengo que...

—Claro, adelante.

—Lorenzo —me mira y pone los ojos en blanco —Buenos días... ya, ya te digo... Sí, estoy bien...

Desaparece de cuatro zancadas y me entrego al trabajo para no darle demasiadas vueltas a lo que ha ocurrido en las últimas horas.

19. UN DÍA PERFECTO

Una cortina fina y fresca de lluvia me moja la cara mientras corro. He tenido mucha suerte porque ha empezado a llover cerca de casa y hasta se agradece. Subo la cuesta trotando y aunque mi mente me pide que me tire al suelo a descansar, hago el último esfuerzo, giro a la derecha para tomar la calle principal y voy bajando el ritmo hasta caminar rápido, controlando las pulsaciones y la respiración. Subo otra cuesta más y giro de nuevo a la derecha para adentrarme en el fondo de saco. Tengo la garganta seca y la saliva espesa. Abro el portón de hierro y se cierra solo detrás. Todavía muy sofocada y sudada, me paro para estirar.

Echo unas gotitas de aceite esencial de eucalipto en una esquina del suelo de la ducha donde cae el agua de forma indirecta y el baño se llena del balsámico aroma. Me meto bajo el agua caliente, cierro los ojos y respiro el aire mentolado mientras practico una meditación que leí en una ocasión en el blog de una amiga, la misma que me introdujo en el yoga hace ya unos cuantos años. Sonrío al acordarme de ella y me apunto mentalmente llamarla para quedar a caminar por el barrio algún día de los que libre.

Me vibra el reloj en la muñeca indicando que el tiempo de relax a terminado y salgo rápido de la ducha sin tentar a la pereza.

Ahora estoy lista para enfrentarme a un día tan importante para Liam.

El mes de abril ha pasado muy rápido y acabamos de estrenar mayo. La infección de garganta de Liam le obligó a quedarse en casa unos días más, hasta que se ha recuperado del todo. El pobre perdió algo de peso y a esa edad, uno o dos quilos se notan mucho. Por lo menos, en los ratos en los que se encontraba mejor ha ido haciendo los deberes para no quedarse muy retrasado respecto a la clase y también ha terminado el proyecto de ciencias a tiempo para la exposición del día de las familias, que se celebra el segundo sábado de mayo.

Me vibra el móvil en el bolsillo y me excuso un momento ante Liam para hablar con Cristina. Me refugio en mi dormitorio.

—Hola, Cris.

—Hola, bonita, ¿qué tal estás?

—Al borde de un ataque de nervios.

—Ja, ja, ja. Pues lo primero que tienes que hacer es respirar y después contarme qué te pasa.

Asiento y espiro lentamente, como si mi amiga pudiera verme.

—Estoy muy nerviosa —Vuelvo a respirar profundo— y lo peor de todo es que tengo que aparentar una templanza y una seguridad que ahora mismo no tengo—

—A ver, Laura, —Me interrumpe con cariño— tranquila, que vas como una locomotora. Ponme en contexto, porfa, ¿dónde estás ahora? ¿En tu casa?

—No, estoy en Boadilla.

—¿Y eso?

—Es que Patrick y Liam me han pedido que les acompañe a la jornada de puertas abiertas para las familias que hacen en el colegio porque Liam va a participar con su proyecto.

—Vale, eso es muy bueno; quiere decir que los dos confían en ti, eres importante para ellos y quieren que estés en ese día tan especial, ¿qué tiene de malo?

—Uff, cuando sale de ti, todo suena muy natural pero —Me froto nerviosa la tripa sin parar de caminar por la alcoba— es que, ¿qué pensará la gente? Es raro; quiero decir, que la interna les acompañe en un acto para familias... ¿Y si piensan que estamos liados y eso perjudica al niño? No sé, los padres hablan delante de sus hijos y...

—Respira, Laura —Vuelve a interrumpirme antes de que caiga en el mismo bucle— lo primero: eres especial para los dos por lo bien que haces tu trabajo y te portas con ellos. No tienen a su familia aquí, así que eres lo más parecido a un familiar y te necesitan a su lado. Eso es todo lo que te tiene que importar.

—Vale, si tienes razón pero la gente lo va a pensar...

—Pues apúntate a fuego en tu cabecita lo que te voy a decir: ¡No eres adivina! Eso déjaselo a los narradores de las novelas que son los que saben lo que piensan los personajes; ojo, y ni si quiera todos lo saben. Así que deja de dar por hecho que la gente va a pensar mal de ti. Se tú misma y caerán todos rendidos a tu encanto natural.

—Gracias, Cris. Es que...

—Es que nada, ¿cuándo coño te vas a dar cuenta de lo que vales, Laura?

—Ala, qué fina la psicóloga infantil —Me río secándome las lágrimas con un trozo de papel higiénico.

—Es que ahora no habla la psicóloga infantil, ahora habla tu querida amiga del alma —Se ríe también al otro lado del teléfono—. Anda, solete, retócate el maquillaje y lo que piense la gente, a ti ni fu ni fa.

—Gracias, no sé que haría sin ti.

—Pero qué boba eres —se mofa con cariño—. Disfruta de este día tan estupendo, sé tú y haz lo que te salga del coño.

Esta Cris tiene cada cosa, pero tiene razón.

Salgo del baño mucho más animada de mi cuarto. En el pasillo veo al señor Evans saliendo del suyo. Está guapísimo con unos pantalones azul marino y un jersey fino color mostaza y huele tan bien a recién duchado y ese perfume que usa que tanto me gusta..

—¿Nervioso?

—Un poco, sí... bueno bastante nervioso, la verdad. Es que de este tipo de cosas se encargaba siempre Margaret y yo no conozco a los padres.

—Todo saldrá bien. Respira y trata de relajarte un poco, —me dedica una mirada indescifrable y hasta se sonroja cuando alzo la cabeza hacia él y le susurro para que el niño no nos escuche —es un día muy importante para Liam, el trabajo difícil ya está hecho, así que respira y cuando salgas por esa puerta—señalo con el dedo hacia la planta de abajo—, que sea para disfrutar del día con tu hijo. Los dos os lo habéis ganado.

Parece que han tenido efecto mis palabras en él porque ya no frunce tanto el ceño y esas arruguitas que le salen cuando sonríe, han vuelto a aparecer.

Hoy llevo el pelo suelto. Me ha costado tiempo ondular sutilmente este pelo fino y lacio que tengo, espero que me dure así de bonito unas horas. También me he puesto mis pendientes de perla que tanto favorecen; además, son fáciles de combinar porque van prácticamente con todo, ¡hasta con chándal! En esta ocasión me he puesto unos pantalones negros, un top blanco de rayas negras muy finas con escote barco y mangas tres cuartas y mis merceditas negras de tacón alto. Ha sido lo menos sport que he conseguido reunir —de haber sabido que tendría que asistir a este evento, me habría traído algo un poco más de vestir.

Patrick me ayuda a ponerme mi gabardina rosa palo. Me gusta que sea tan atento; aunque pueda sonar pasado de época pero soy una romántica empedernida y quizás por eso me gusta que un hombre sea

detallista y tenga este tipo de atenciones con una mujer, al igual que yo los tengo con él. No es un tema de machismo o feminismo, se trata de complacer a la persona que estimas porque te sale de dentro. Creo que cuando en una pareja solo es uno el que da, no puede acabar bien esa relación, o se separan o uno de ellos vive amargado eternamente. De eso, tengo experiencia, quizás por eso me dolió tanto que Pablo ayudara a aquella chica a ponerse el abrigo en la discoteca.

Cuando entramos en colegio, el único de los dos rostros conocidos que localizo es el del tutor de Liam, que charla con otros padres. En cuanto me ve, se disculpa y atraviesa el camino de hormigón del amplio y cuidado jardín para recibirnos.

—Buenos días y bienvenidos, soy Thomas Lennox, el tutor de Liam —se presenta a Patrick y nos mira con suspicacia. Después se dirige al niño—. Te veo totalmente recuperado. Give me five!

El profesor se agacha para observar la maqueta. Liam ha reproducido las partes de la Tierra en una esfera de porexpán, cada capa la ha pintado con un color diferente y sobre cada una de ellas ha clavado un pequeño cartel con el nombre de cada parte. Con un gesto de aprobación, la mete de nuevo en la caja.

—Guau, Liam: te ha quedado súper chula. Seguro que Anna te pone muy buena nota por tu trabajo de ciencias.

Nunca había visto tan emocionado a Liam. A su padre le brillan los ojos.

El tutor se lleva a Liam para colocar la maqueta en la exposición. Afortunadamente, no tiene nada que ver con la mayoría de los profesores del centro, él es de los más jóvenes y de los que visten de forma menos convencional. Dice Liam que es muy divertido —quizás por eso gusta tanto a los niños, que lo ven más como a un amigo grande que como a un profesor. Lo cierto es, que me resulta muy agradable trabajar tanto con él como con la orientadora, pese a la mala impresión que me llevé de ambos el día de nuestra tutoría. Seguramente les pasó algo parecido conmigo.

Patrick y yo dejamos atrás el jardín para juntarnos con el resto de madres y de padres que charlan en grupos animadamente en el inmenso patio del colegio. Allí hay un puesto enorme donde sirven bebidas y aperitivos y algunos niños corretean entre los mayores, felices por pasar más tiempo con sus amigos en un ambiente festivo.

La temperatura no es demasiado alta. El aire de la Sierra viene fresco, y a mí no me sobra la gabardina, sobre todo en las partes en las que da la sombra. Ya se sabe: cuando marzo mayea... mayo marcea y hoy es uno de esos días más típicos de marzo que del mes en el que estamos.

El director del centro se dirige a todos los allí presentes para hablarnos de los proyectos que han elaborado los alumnos y de cómo está organizada la exposición. También nos recuerda que el alumnado de ESO y de Bachillerato han preparado un mercadillo benéfico con productos diseñados y elaborados por ellos mismos y que se encuentran situados los puestos al otro lado del salón de actos, en el patio infantil. Nos explica que el dinero recaudado irá destinado para ayudar a las familias más desfavorecidas del municipio y nos invita gentilmente a que colaboremos.

Entramos todos ordenadamente en el salón de actos, un lugar muy amplio y alargado. Al fondo se encuentra el escenario cubierto por los telones color granate. Se han quitado las hileras de asientos y se han colocado mesas donde están expuestos los proyectos. Son tantos adultos y niños juntos que me cuesta encontrar a Liam. Los dos nos paseamos de mesa en mesa, admirando los trabajos expuestos.

—Ahora de lo que se trata es de estar muy atentos para localizar a los mejores amigos de Liam y a sus respectivos padres. Él me habla mucho de Oliver y de Bonnie. El chico es pelirrojo y pecoso, y también muy alto, por lo que lo localizaremos pronto —Patrick se inclina levemente hacia mí y me escucha con atención—. La niña es mulata, pelo negro rizado y siempre lleva trenzas. Al parecer es un terremoto... quizás sea más fácil localizar a su madre porque no parará de regañarla.

Una risita traviesa se dibuja en los labios de Patrick.

—¿Qué?

—Solo te falta el sombrero, las gafas oscuras y el tabloide.

Le propino un suave codazo y se ríe moviendo los hombros.

—No te estarás riendo de mí, Patrick Evans —ladeo la cabeza y levanto una ceja tratando de fingir seriedad.

—No, eso jamás, y menos cuando me llamas como solía hacer mi madre cuando me metía en problemas —trata de esconder la risita pero no lo consigue.

—¿En serio? ¿Tú metiéndote en problemas? —no me lo imagino haciendo trastadas o enfadando a sus padres, siempre tan correcto para todo aunque, ahora que me acuerdo, su madre me dijo que de pequeño había sido un trasto.

—Bueno, digamos que tuve una adolescencia algo rebelde —se muerde el labio como si dudara en darme más detalles de su vida privada —Me presenté una noche en casa con cresta y con un cigarro encajado en la oreja. Mi padre dormía y mi madre casi se desmaya cuando me vio entrar en la cocina. La pobre se había levantado a

beber un vaso de agua, si lo hubiera sabido, se habría bebido mejor un whisky.

Le escucho con la boca abierta y soy incapaz de disimular la risa.

—Señorita Laura Morán de la Peña, compórtese, por favor, o nos echarán —me chincha y no puedo evitar reírme más.

—¿Tú? ¿Con cresta?

—Por aquel entonces —se inclina un poco más para que solo la oiga yo —tenía el pelo más largo que ahora y me tapaba los lados de la cabeza, que llevaba rapados. Solía ir así peinado por el día y cuando salía con mis amigos, me cardaba el pelo y se obraba el milagro de la cresta, pero esa noche iba algo —pone los ojos en blanco y menea la cabeza —bebido y se me olvidó bajarme la cresta antes de entrar en casa.

—Verás cuando Liam te venga a casa con un pendiente en la nariz o con un tatuaje en la pantorrilla, ja, ja, ja, te acordarás de lo que le hiciste pasar a tu madre.

—Uff, espero que no le de por hacer las locuras que yo hice de joven —dice divertido pero en el fondo preocupado.

—Entonces, tendrás que hablar mucho con él y armarte de paciencia.

—¿Y tú? ¿No hiciste ninguna locura? Quiero decir, por rebeldía.

Paseo por mis recuerdos y rescato una anécdota.

—Bueno, tendría yo unos dieciocho y llevaba tiempo que salía los fines de semana por una zona de Pubs de Alcalá con mi novio de entonces. Siempre volvía apestando a tabaco porque entonces la gente fumaba dentro de los sitios y también porque mi ex fumaba bastante. No sé por qué pero yo nunca me había sentido tentada a probarlo. El caso es que cuando llegaba a casa, mi madre siempre me decía lo mismo: “hija, tú has fumado” y por más que yo le decía la verdad, ella no se lo creía. Así que en una ocasión, bailando y bebiendo un mini de cerveza que compartía con mi ex y viendo que se sacaba un cigarro del bolsillo, me dije “por qué no, total, cuando llegue a casa me van a echar la bronca otra vez, por lo menos que sea por algo que he hecho”.

Patrick me escucha con mucha atención y yo continúo con mi confidencia.

—Así que esa noche empecé a fumar. Pero no te alborotes, no pasé de un par de fines de semana y nunca llegué a tragarme el humo; vamos, que me duró muy poco la rebeldía.

—Vaya, vaya, así que también tienes una vena rebelde...

—Solo la saco ante las injusticias... entonces es cuando la loca que

llevo dentro se desata.

—Oh —Me observa con diversión —. Me estás dando más miedo que mi difunto bisabuelo vagando por los pasillos de la casa de Galloway.

Nos reímos a gusto hasta que veo algo interesante.

—Ahí está, Liam, yo creo que mejor le preguntamos a él dónde están sus amigos y así acabamos antes.

—Pues a mí me gustaba más el plan de la detective —bromea — aunque creo que no va a hacer falta ninguna de las dos cosas. Mira.

A Liam se le acaban de unir un chico alto y pelirrojo y una chica morenita y pizpireta. Me hace gracia ver a Bonnie, con sus trenzas ya casi deshechas y que no para de hablarles. Oliver le ha pasado el brazo por encima del hombro a Liam y los dos escuchan pacientemente sin atreverse a interrumpir el discurso de la niña. Los tres se dirigen hacia las puertas que dan al patio descubierto, al igual que han hecho muchos de los chavales y unos cuantos padres que van saliendo según van terminando de ver la exposición.

Los seguimos, manteniendo la distancia, admirando lo bien que se encuentra el niño con sus dos amigos.

A esa hora en el patio, los suaves rayos de sol de la última hora de la tarde bañan las frondosas copas de los árboles y proyectan sus sombras alargadas sobre el suelo. Empieza a refrescar un poco más.

Los tres niños caminan hacia una parte del jardín que bordea el patio, donde se encuentra un conjunto de árboles altos y robustos. Liam les señala algo en el suelo, los tres se agachan y peinan el césped con unas ramas que han encontrado por allí caídas.

—Me da en la nariz que no tardaremos en saber quién es la mamá de Bonnie.

—¿Por qué dices eso? —Patrick levanta una ceja con curiosidad —, ¿acaso eres adivina?

—¡Bonnie! ¡Levántate de ahí ahora mismo o te pondrás perdida! — dice una mujer rubia con el pelo por encima de los hombros, acompañada por un hombre alto y corpulento, con pelo color zanahoria y pecoso.

Yo miro a Patrick con un “¿lo ves?”, y él pone los ojos en blanco y menea la cabeza sin borrar su amplia sonrisa.

—Ahora te toca a ti. Vamos, acerquémonos.

—Buenos días, me imagino que usted será la madre de Bonnie —los dos le miran con curiosidad, la mujer sonríe.

—Sí, así es —contesta la mujer, algo cohibida —yo soy Annie, la mamá de Bonnie

—Y yo soy Chema —le ofrece la mano para saludarle —, el padre de Oliver.

—Encantado, yo soy Patrick, el padre de Liam y ella es Laura, amiga de la familia y la profesora particular de Liam.

Me da un vuelco el corazón cuando me presenta como amiga y maestra y no como lo que soy realmente: la interna. Siento una punzada en el pecho, me ha dejado bastante desconcertada. ¿Acaso se avergüenza de que sea la que limpia su casa y cuida de su hijo por las tardes?

Sonrío tratando de ocultar mi desconcierto y les saludo con un beso a cada uno en la mejilla.

Patrick se pone a hablar con el padre de Oliver mientras observa a su hijo jugando con sus amigos y yo converso con la madre de Bonnie.

—Tienes una niña preciosa. Liam me ha hablado mucho de ella y también de Oliver.

—Sí, hija, desde que entró Liam en el colegio, se hicieron inseparables.

Annie es una mujer muy expresiva hablando. Es tan alta como yo y algo más rellenita pero es muy estilosa y guapa. La parka verde militar y los pantalones vaqueros ajustados que lleva le sientan muy bien con las botas altas de piel color camel, a juego con un elegante bolso de Prada.

—Me imagino por qué se llevan tan bien —le digo y las dos nos reímos al verlos a los tres en la zona arbolada, entretenidos jugando a construir algo con los palos que han encontrado y unas piedras, mientras los otros corren por el patio o juegan con el balón.

—Sí, a Bonnie le encanta la naturaleza, dice que sus amigas se pasan el día cotilleando o montando bailes y que eso a ella no le gusta. Pero es un trasto, mírala, se va a manchar —da unos pasos en dirección a su hija —¡Bonnie!

La niña se gira y ve cómo su madre le hace gestos para que no se siente en el suelo y ella se levanta, se sacude la falda y se pone en cuclillas.

—A quien veo muy bien últimamente es a Liam —continúa Annie hablándome como si no acabara de regañar a su hija —dice Bonnie que está sacando muy buenas notas.

—Sí, está mucho mejor ahora —sonrío cohibida —, el pobre lo ha pasado muy mal con la muerte de su madre y eso se ha notado en los estudios.

—Es que todavía está muy reciente, creo que el mes pasado hizo un

año. Pobres, Margaret era una amor de mujer. Tan sonriente siempre y tan enérgica, cuando me enteré de lo ocurrido, no me lo podía creer —comenta angustiada.

—Sí. Es muy duro perder a un ser querido, sobre todo cuando se marcha tan joven —se me hace un nudo en la garganta. Las dos guardamos un incómodo silencio. Volvemos donde estábamos antes, junto Patrick y Chema.

—Madre mía, esta niña, ¡se me va a poner perdida! —dice elevando la voz.

—Y los otros dos también —dice Chema metiéndose en la conversación —¿Qué más da? Se lo están pasando como lo que son, niños.

—Pues tienes razón, os confieso que prefiero que jueguen con la naturaleza a que estén todo el día parados delante de una pantallita —confiesa Annie.

—Yo también pienso lo mismo —digo aliviada por el cambio de conversación—. Los niños necesitan jugar, descubrir y relacionarse. El otro día vi a cuatro chavales en un burguer y estaban todos sentados a la misma mesa pero cada uno enfrascado en su propio móvil y las hamburguesas quedándose frías, seguro que estaban chateando entre ellos, cuando podrían estar charlando y divirtiéndose. Es ridículo.

—Eso no puede traer nada bueno —continúa Patrick—. Yo recuerdo que después de la escuela quedábamos toda la pandilla para ir al parque. Unas veces nos tomábamos un bocadillo en el banco y charlábamos y otras jugábamos al fútbol o íbamos descubriendo nuevos sitios por el barrio como si eso fuera una aventura. Estos niños necesitan quedar más.

Cruzo los dedos para que Annie o Chema den el paso y me preparo para intervenir en el caso de que no lo hagan. No podemos permitir que se nos escape la oportunidad para que queden los niños fuera del cole.

—Qué razón tienes, Patrick —dice Chema asintiendo y mirando a los chicos, Annie también observa, más pendiente de que su niña no se siente en el césped otra vez.

Se hace el silencio por unos instantes.

—Por qué no hacemos que queden los tres —miro de reojo a Patrick y le pillo escuchándome con esa mirada suya tan especial que suele tener cuando está a gusto y confiado.

—Podemos quedar en mi casa o para tomar algo por ahí nosotros mientras ellos se divierten.

—Eso estaría genial —responde Annie entusiasmada y Chema también

se apunta —Lo complicado va a ser cuadrar una fecha que nos venga bien a todos, con tanta extraescolar...

Liam, Bonnie y Oliver siguen agachados en el mismo sitio. La niña se ha sentado en un tronco cortado que sobresale del césped, Liam les está contando algo y Oliver se ha puesto en pie muy emocionado. Salen corriendo los tres y se acercan donde estamos nosotros.

—¡Papá! ¡Papá! —grita Oliver— No te lo vas a creer: ¡A Liam le encantan las hormigas!, ¿puede venir esta tarde a casa para enseñarle mi hormiguero?

No me lo puedo creer: ¡Benditas hormigas!

—Vaya, Oliver ¿tienes un hormiguero en casa? —pregunto sorprendida y encantada.

—Sí, me lo trajo Santa el año pasado —me aclara el chico con orgullo.

—¡Yo también quiero verlo, Oli! —reclama Bonnie y después se dirige a Chema pestañeando y con sonrisa angelical —¿Puedo ir yo también a ver el hormiguero, señor papá de Oliver? Por favor —canturrea a la vez que gira su tronco de un lado a otro con las manos entrelazadas a modo de súplica y una amplia sonrisa mellada por el cambio de dientes.

—¡Bonnie! —la regaña su madre, algo incómoda.

—Ja, ja, ja, pues claro que sí —dice el padre de Oliver pero el entusiasmo con el que lo dice se borra de golpe —. Ah, pero hoy es imposible, la mamá de Oliver ha doblado turno y ahora estará durmiendo... pero podemos quedar para mañana por la mañana o el lunes después del cole, ¿os parece?

—Mañana nosotras no podemos —interrumpe Annie con fastidio — comemos en casa de mis padres y los lunes tenemos música.

—Jo —Bonnie da un zapatazo en el suelo y se cruza de brazos toda enfurruñada. Los chicos se quedan tristones.

—Pues si no tenéis ningún plan para esta tarde, podéis venir a casa a merendar. Aunque no tengamos hormiguero en casa, en el jardín hay muchas hormigas —propone Patrick con sentido del humor.

—¡¡Sí!! —gritan los tres dando saltos.

—Anda, anda y meterte en semejante follón —dice Annie.

—De verdad, no me importa, venid a casa, ellos podrán jugar y nosotros nos tomamos un café, un té o una cerveza, lo que más nos apetezca.

—Venga, me apunto a esa cervecita —dice Chema.

—Vale, me apunto a la cervecita yo también —dice Annie más

animada —si no te importa que te invadamos tu casa unas horas, porque serán horas con estos niños, ¿lo sabes, no?

—¡¡Bien!! —gritan de nuevo los pequeños y salen corriendo hacia el mismo sitio donde estaban antes.

—Eso sí, señores —dice Annie —, antes tengo que pasarme por el mercadillo, que llevan mucho tiempo preparándolo y es por una buena causa —los dos hombres ponen los ojos en blanco a la vez.

—Yo te acompaño —Me apunto sin dudarlo.

—¿Qué tendrán los mercadillos que vuelven locas a las mujeres? —pregunta con ironía Chema.

—Pues lo que tienen las jugueterías para los críos —responde Patrick lanzándole una mirada divertida al padre de Oliver.

Hacemos que no hemos escuchado nada pero a las dos nos hace gracia. Atravesamos el patio y Annie, que se conoce los entresijos del lugar, me conduce por un atajo hasta donde está instalado el mercadillo.

Hay mucha gente y la mayoría son madres o chicos y chicas más mayores que Liam. Primero ojeamos los puestos de una pasada y luego nos vamos deteniendo en aquellos donde hemos visto algo interesante. Ella me va explicando cómo lo preparan durante el curso: primero las ideas y luego las propuestas. Después eligen las mejores o las más viables y elaboran los productos que van a vender.

Por un momento nos separamos y a los pocos minutos las dos nos reunimos sonrientes cada una con su bolsa en la mano. Aceleramos el paso para no hacerles esperar más de la cuenta y los encontramos charlando muy amigablemente en la zona del parking. Cuando los niños nos ven aparecer, se meten como un rayo dentro del coche de Patrick y éste menea la cabeza divertido.

—Tranquila Annie, no pasa nada, les hace mucha ilusión ir juntos —le dice antes de que regañe a su hija por el atrevimiento —. Seguidnos, vivimos muy cerca.

—Vale, vale, allá tú —levanta las manos como quitándose la responsabilidad —Laura, ¿te vienes conmigo? —pregunta Annie —Así no te vuelven loca esos tres.

No tardamos en llegar a la casa y yo no he parado de rezar por el camino para que Liam no diga quién soy realmente. Eso echaría por tierra lo que Patrick les ha dicho al presentarme y podría provocar algún tipo de rumor malintencionado. Y con razón, visto desde fuera, a mí me olería a romance clandestino.

Chema y Annie se acomodan en el salón grande y se sientan en la zona de sofás.

—¿Qué queréis tomar? Tengo cerveza pero también tengo refrescos y batidos.

—Nada, nada, los refrescos y los batidos para los niños, a nosotros cerveza —dice Annie muy animada y Chema le sigue el rollo.

—Yo lo que diga aquí la señora, ya se sabe que no se les puede llevar la contraria a las mujeres porque son las que mandan.

Annie se ríe y le propina un suave codazo.

—¿Qué? Es verdad, tu santo marido me lo dice muchas veces mientras jugamos al pádel y yo le doy la razón.

—Miedo me dais cada vez que os juntáis, dudo que esas charlas podáis tenerlas en pleno partido, seguro que os explayáis en la cafetería después de jugar.

Patrick escucha relajado y divertido.

—Dile a tu marido que venga también, tengo cerveza para todos.

—Es que está de viaje y regresa esta noche, creo que llega a Barajas a las once menos algo. Si llega a Boadilla y todavía estamos aquí... ya no nos vuelves a invitar más.

Me parto con las salidas de esta mujer.

Entran los niños corriendo al salón reclamando la merienda.

Patrick traga fuerte y se pasa la palma de la mano por la nuca.

—Yo te ayudo —le digo con energía y de una zancada me pongo a su lado.

—¿Queréis que vaya yo también? —se ofrece Annie.

—No, no hace falta, Laura me echa una mano. Ahora venimos.

Los dos marchamos hacia la cocina seguidos por los tres inseparables.

Le doy un par de botellines fríos y un cuenco con aceitunas para que se los lleve a los otros dos al salón y vuelve mientras les preparo unos bocadillos de lomo embuchado con un chorrito de aceite de oliva.

Patrick saca de la nevera un pack de zumitos y se los ofrece. Los niños se los beben con muchas ganas. Después preparo una bandeja con dos botellines de cerveza para Patrick y para mí y él vacía una bolsa de patatas fritas en un gran cuenco. Estamos tan compenetrados moviéndonos por la misma zona de la cocina que parece que bailáramos y cada vez que cruzamos miradas, nos sonreímos pero con timidez.

—Hecho. Creo que con esto bastará, de momento —digo satisfecha.

—Muchas gracias por ayudarme tanto, de verdad.

—Lo hago con mucho gusto.

Los chicos han dejado los restos de la merienda sobre la mesa.

—Déjalo, ya lo recogeremos luego. Ahora —levanta la bandeja —a divertirnos un rato que nos lo hemos ganado.

Me sonrojo y hasta me acaloro.

¿Pero qué me pasa con este hombre?

◆◆◆

Nos lo hemos pasado todos tan bien, que hemos tenido que pedir unas pizzas para que los invitados se fueran cenados y contentos. Ahora la casa se ha quedado algo desordenada y en silencio. Patrick y Liam me traen las cajas de las pizzas y los platos a la cocina. Yo lo reparto entre los cubos de basura y el lavaplatos.

Parecemos una familia feliz.. solo me falta Hugo al lado para sentirme completa.

Uff creo que las dos cervezas que me he tomado me están trastornando.

Me encanta verlos tan contentos a los dos. Nada que ver con lo que me encontré al llegar a esta casa por primera vez. Esta noche parecen otras personas: se complementan y se comunican con complicidad, y eso me llena de satisfacción.

Ostras, que casi se me olvida.

Aparto la gabardina que he dejado sobre la mochila en uno de los taburetes que hay en la isla y saco una bolsa de papel del mercadillo del colegio. Les muestro dos pulseras de cordón trenzado: una negra y otra azul eléctrico.

—Elegid una, son pulseras de la suerte, pero de la suerte buena de verdad.

Liam elige la azul sin dudarlo y Patrick se acerca despacio y coge la negra de la palma de mi mano. Su leve roce me provoca ese electrizante cosquilleo al que no termino de acostumbrarme.

El niño se la pone enseguida muy entusiasmado y Patrick lo imita, presionando con un dedo una de las dos tiras y tirando de la otra con sus dientes fuertes y perfectos para ajustar la pulsera a su muñeca. Me humedezco los labios inconscientemente mientras lo observo. Patrick entorna los ojos hacia mí y sonríe.

Noto cómo el calor tiñe mis mejillas.

—Muchas gracias —dice con voz melosa y me pierdo en la profundidad de su mirada—. Ha sido todo un detalle.

—Y tú, ¿no tienes pulsera? —pregunta Liam apenado, sacándome de

golpe de esta extraña ensoñación en la que me he perdido por unos instantes.

—No —carraspeo—, es que yo soy más de collares.

Qué tierno es este niño, me lo como.

Le sonrío con picardía y saco de la bolsa un collar de cuerda color negro, parecido a las pulseras pero adornado con nudos alrededor. Me lo pongo y el chico se queda contento. Se sienta en una silla junto a la mesa y empieza a bostezar.

—Venga, Liam —Patrick le aprieta el hombro con cariño—, a la cama, que es tarde y te vas a quedar dormido aquí de mala manera.

Con esa voz tan suave y tan cálida, a mí me darían ganas de acurrucarme aún más y quedarme profundamente dormida. Creo que a Liam le pasa lo mismo, o simplemente quiere estar con nosotros un rato más, a pesar de que se cae de sueño. Patrick insiste y Liam termina cediendo. Le da un beso de buenas noches. Me acerco a él y le digo mientras lo abrazo balanceándonos a un lado y a otro:

—Me ha encantado ver tu proyecto allí expuesto, es el que más me ha gustado de todos —le doy un beso fuerte y sonoro y Liam cierra los ojos sonriente.

20. VELADA INESPERADA

Tan solo tres puntos de luz quedan encendidos en toda la casa: la cocina, las escaleras y el pasillo de la planta de arriba.
Patrick coloca en un plato los restos de lomo, jamón y queso que habían quedado repartidos en dos platos.

—Se lo han pasado todos muy bien —me dice mientras busca algo en uno de los cajones.

Abro el cajón que tengo al lado, en la isla, y levanto el rollo de film transparente. Coge el plato, bordea la isla y se pone a mi lado.

—Pues... prepárate porque repetirán —digo mientras paso la bayeta por la encimera.

Patrick echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—No me extraña. Ha sido perfecto, y todo gracias a ti.

—Bueno, tú también lo has hecho muy bien —le digo casi en un susurro. Me siento tímida cuando estamos solos y lo tengo tan cerca.

—Al final ha quedado comida, creo que nos hemos pasado un poquito —Cambio de tema, sonrío y aparto la mirada hacia el plato donde ha colocado los embutidos y el queso de tal forma que parece recién preparado.

—Pues es una pena porque huele tan bien y tiene tan buena pinta —Apoya los antebrazos sobre la encimera de la isla y gira hacia un lado y hacia otro el rollo de film transparente con sus manos. El jersey color mostaza que lleva le favorece mucho y le da una nota de color al ambiente—. Sería una lástima guardarlo en la nevera, ¿te apetece una copa de vino para terminar de rematarlo todo?

En los labios carnosos de Patrick se dibuja una pícara sonrisa.

No sé si es una buena idea pero disfruto tanto a su lado cuando está así, tan relajado y tan abierto.

—Perdona, seguramente estarás agotada y te estoy reteniendo y

abusando de tu generosidad, querrás acostarte pronto para salir mañana temprano a tu casa. Porque te quedas a dormir, ¿verdad? Es muy tarde y un sábado por la noche en la carretera te puedes encontrar cualquier cosa...

Vaya, nunca lo había visto así, no quiero que se martirice.

—Si te quedas más tranquilo, haré las dos cosas, quedarme a dormir aquí y acabar con estos restos de comida, para que no se estropeen en la nevera.

La preocupación repentina que se imprimía en su frente se ha esfumado de golpe.

—Sacaré un par de copas —Me dirijo al armario con ligereza y saco dos copas pero antes de dejarlas sobre la encimera, las aparto como si dudara—. A lo mejor prefieres beber a morro de la botella en el parque que hay aquí al lado, como tienes alma punky...

—Ja, ja, ja, hace unos años tal vez —Le acerco las copas y él sirve el vino —. Ahora prefiero la comodidad y el calor de mi casa. Será la edad —Deja la botella a un lado, tomamos asiento cada uno en un taburete. Chocamos nuestras copas y bebemos un trago.

El vino se desliza con suavidad aterciopelada por la garganta y me deja una sensación de calor muy agradable. Me estiro sobre la encimera para acercar un cestillo de mimbre lleno de colines. Enrollo un trocito de jamón en el colín y cruje en mi boca el exquisito manjar. Patrick me observa con fascinación y yo me ruborizo, por el vino y por esa mirada que salta de mi boca a los ojos y de los ojos a la boca de nuevo. Bebe un sorbo de su copa.

—Eres increíble —Dejo de masticar al instante—. Quiero, decir ¿cómo lo haces?

—¿El qué? —me tapo la boca con la mano mientras hablo —, ¿enroscar el jamón en el colín?

La carcajada de Patrick resuena en toda la cocina.

—No —dice cuando consigue reponerse un poco pero sin perder el buen humor —, me refiero a que haces que todo parezca más fácil — Se inclina un poco hacia mí y me empuja suavemente con su brazo—. Y divertido.

Noto un calor exagerado en mis mejillas. Bebo un poco de vino y me meto un trocito de queso en la boca tratando de ganar tiempo para encontrar las palabras adecuadas y también para mantener un poco la intriga.

—Bueno, la verdad es que le doy muchas vueltas a todo, incluido el jamón en el colín —Le guiño el ojo y saboreo el regusto que me ha dejado la combinación de la bebida y el queso. Vuelve a reírse.

—Supongo que ver una situación desde distintos puntos de vista ayuda a que aparezca la forma más fácil o más práctica de resolver el problema.

—¿Y cómo te organizas para llegar a todo? —me pregunta con interés sin borrar su preciosa sonrisa—. Yo sería incapaz, trabajando todo el día y luego dedicarme a explicarle las cosas a Liam y conseguir que grabe vídeos de sus explicaciones... En serio, me tienes alucinado.

—¿Qué cómo me organizo? Pues yendo como las locas todo el día para tenerlo todo hecho y poder dedicarle a Liam todo el tiempo que haga falta y... también antes de acostarme: que es cuando puedo organizar y preparar lo que voy a ver con él al día siguiente. Bueno y también un día o dos a la semana pongo al corriente a su tutor y a la orientadora de todo lo que hago con Liam por la tarde, sus progresos, si he encontrado alguna dificultad, su actitud...

Patrick se pone serio y cambia el talante de admiración por el de preocupación.

—Pero entonces, ¿cuándo duermes?

—Pues... cuando termino, aún me quedan unas pocas horas para descansar —Le miro directamente a los ojos pero esta vez los míos no acompañan a la sonrisa que dibujan mis labios.

Lo cierto es que estoy agotada. Duermo una media de cuatro horas diarias. Aguanto como puedo el tirón porque queda poco para que termine el curso. Me levanto cada día con la preocupación y la incertidumbre de si seré capaz de hacer que Liam apruebe el curso o si lograré que el chico consiga ser más independiente y me vaya necesitando menos en los estudios. Cosa que por un lado me alegraría mucho y por otro, me atormenta.

—Pero eso... eso no puede seguir así, me siento ahora mismo como si te estuviera explotando —Se frota la nuca con la palma de su mano y después recorre con ella su cabeza hasta acabar en su flequillo—. Perdóname, no tenía ni idea. Pensé que con un poco de refuerzo por las tardes estaba siendo suficiente.

—Oh, no —le interrumpo —no quiero que pienses que me quejo, todo lo contrario, lo hago encantada. Me reconforta ver que todo va saliendo bien; como lo de hoy, por ejemplo. Me he sentido feliz al veros a los dos disfrutando tanto...

Patrick agacha la cabeza y niega mirando a la copa que tiene en ese momento en sus manos, bebe un trago y la deja de nuevo sobre la encimera.

—Voy a buscar a alguien para que se encargue de la limpieza y de las comidas.

Me quedo de piedra.

—¿Qué? No —balbuceo.

—No puedes aguantar tanto trabajo sin dormir lo suficiente durante tanto tiempo, caerás enferma.

—Pero, de verdad, que lo hago todo con gusto, no me estoy quejando —

—Lo sé —me interrumpe preocupado —pero yo no me siento bien teniéndote así... ¡Joder, te estoy explotando, Laura!

Me rasco la frente compulsivamente. Quiero convencerlo de que no hace falta que contrate a nadie más y no se me ocurre cómo hacerlo.

—Decidido. El lunes hablaré con el director de la agencia de empleo, es un viejo conocido mío... ¿Qué pasa? —me pregunta sobresaltado. Mi cara debe parecer un poema.

—Es que si solo me dedico a darle las clases a Liam, tendré que buscarme otro trabajo por las mañanas, si no... —los ojos se me humedecen —Vaya, no quería decir esto en voz alta.

—No, no, Laura, seguirás cobrando lo mismo, no se me ocurriría por nada del mundo bajarte el sueldo, solo quiero que sea justo. Quiero que sigas igual, durmiendo en casa para que seas tú la que se encargue exclusivamente de mi hijo y que aproveches las mañanas para organizar las clases, para visitar el colegio si es necesario, incluso retomar el máster que no pudiste terminar y que así te de tiempo a descansar por la noche.

No doy crédito, ¿de verdad me está proponiendo esto?

—¿Qué te parece? —insiste esperando un sí por respuesta.

—Que se nos está subiendo el vino a la cabeza —respondo irónica.

—Laura, ni tú ni yo estamos borrachos ahora mismo —se pone serio.

Guau qué cosquilleo en el estómago de repente. Tú quizás no pero yo ya voy un pelín achispada, no estoy acostumbrada a beber vino.

—Creo que estás siendo demasiado generoso conmigo.

—Laura —pone su mano sobre la mía —. Estoy tratando de ser justo. Considéralo un ascenso, te lo has ganado con creces. ¿Qué me dices?

Pues que esto no me lo esperaba y que no sé si me siento cómoda porque te preocupes tanto por mí.

—Perdona, es que esto... esto no me lo esperaba.

—Lo sé, pero ¿qué me dices? ¿Aceptas lo que te propongo?

Pongo los ojos en blanco y me lanzo.

—Está bien, pero de las comidas seguiré encargándome yo —le

advierto levantando una ceja.

—Hecho —alza su copa y brindamos.

—Por su merecido ascenso, señorita Laura —choco mi copa con la suya y bebo un buen trago.

—Muchas gracias.

—Venga y ahora a terminar este plato, ¿qué prefieres el trozo de jamón o el trozo de queso?

Me meto el queso en la boca y saboreo el último trago de vino de mi copa.

Patrick coge la botella para servirme otro poco, está tan entusiasmado que me cuesta negarme pero me noto un poco mareada y pongo la mano en el borde de la copa.

—No, gracias, creo que me voy a la cama, no estoy acostumbrada a beber tanto vino; bueno, a beber tanto en general.

—Solo han sido dos copas —le quita importancia él.

—Sí, solo dos copas enoooormes llenas a rebosar. No me explico cómo puede quedar todavía algo de vino en la botella.

—Quizás he sido algo generoso sirviendo el vino, sí —Se ríe avergonzado al comprobar que apenas quedan unas gotas dentro—. Pero, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy bien pero —me inclino hacia él y le susurro en el oído —... No quiero que mi jefe me vea borracha y se arrepienta de haberme ascendido.

Al levantarme del taburete se me va algo la cabeza y pierdo un poco el equilibrio. Me agarra con rapidez por la cintura y su aliento me hace cosquillas en la mejilla y ese perfume tan delicioso y sensual que desprende, me embriaga. Se me acelera el pulso y trato de llevar a la calma la respiración que se torna más pesada y entrecortada cada segundo que pasamos así, sin movernos. Me aparto despacio de él, no quiero que mi gesto le parezca un rechazo pero por mucho que me guste su compañía, lo mejor es que salga de aquí y me refugie en mi cuarto.

—Es tardísimo, ahora sí que me retiro —digo con un hilo de voz, tratando de disimular la reacción de mi cuerpo porque hace tiempo que he abandonado la ilusa creencia de que puedo controlarlo cuando estoy a su lado.

—Creo que yo también voy a hacer lo mismo —interrumpe el silencio y me siento atraída por su voz tan melódica.

Subimos las escaleras despacio y en silencio, exprimiendo los últimos momentos de su compañía porque sé que cuando cada uno se meta en

su dormitorio, esta especie de magia que flota a nuestro alrededor desaparecerá y todo volverá a la normalidad.

—Bueno... parece que este día tan perfecto llega a su fin —Patrick sonríe cuando lo dice pero el entusiasmo se va diluyendo a medida que llega el momento de la despedida.

—Sí —susurro.

—Gracias por todo, sin ti no habría salido todo tan bien.

—No me atribuyas todo el mérito a mí, hacemos un buen equipo, eso es todo.

—Sí, sobre todo preparando aperitivos y sacando cervezas.

—Cierto.

—Será mejor que te deje descansar, mañana te marcharás temprano, ¿verdad?

—Sí, me gustaría salir pronto para aprovechar mejor el día.

Me encanta Patrick cuando se frota la nuca. Hay algo que me quiere decir.

—Si quieres puedes tomarte toda la semana libre, te debo unos cuantos días, así podrás disfrutar más de tu hijo; no debe de ser fácil para ti estar tanto tiempo separada de él.

—Sí, a veces se me hace duro y desearía poder pasar más tiempo con él pero a estas alturas de curso no quiero estar tanto tiempo lejos de Liam, no quiero que baje el ritmo por mi ausencia y que pueda repercutir en sus resultados —Hago una pausa al verlo tan afligido. Creo que se siente culpable.

—Pero para que no sientas que me estás explotando, aceptaré este lunes como día libre y el resto de días que me debes... lo vamos viendo sobre la marcha.

—Me parece bien —responde después de debatirlo internamente.

—¿Qué? —pregunto intrigada al intuir que hay algo que quiere decirme pero que no sabe cómo hacerlo.

—Que me sorprendes; tienes que dedicarte a esto.

—¿A regatear? —bromeo— No creo que se me de tan bien.Fíjate que mi jefe me acaba de ofrecer una semana de vacaciones y he conseguido convencerlo para que me de solo un día; créeme, esto no es lo mío.

Los dos nos reímos controlando el tono para no despertar a Liam.

—Me refiero a la enseñanza para casos que necesitan una atención especial. Me comentaste en la entrevista que no habías terminado el máster, es imposible que lo suspendieras; tampoco creo que te diera

un arrebato y lo dejaras a medias, ¿qué pasó?

Es una larga e incómoda historia de la que no quiero hablar ahora porque todavía me escuece demasiado. Aun así, prefiero contestarle con sinceridad pero sin meterme en detalles innecesarios.

—No pudieron evaluarme el trabajo de fin de máster porque el banco devolvió el último recibo y me fue imposible pagarlo.

—Vaya, cuánto lo siento. Entonces, ¿tienes hecho el TFM?

—Sí —no quiero darle más explicaciones porque eso implicaría hablar de mi ex y no quiero que estropee este momento solo con mentarle. Patrick parece advertir mi incomodidad.

—Pues deberías hacer todo lo posible por acabarlo... te abriría muchas puertas.

Me río con sarcasmo.

—Y lo haré, pero cuando sea el momento; de todos modos, gracias por la recomendación.

Todavía me duele tanto recordar la impotencia que sentí en aquel momento, hace dos años y medio, cuando la vida que había construido junto a Pablo se estaba derrumbando a toda velocidad y sin remedio. Los sueños que tenía quedaron atrapados entre el amasijo de escombros tras nuestra ruptura.

Me acoge en su regazo y me regala un beso casto en la frente. Para mi sorpresa, respondo a su gesto con una familiaridad que me inquieta y me gusta a la vez. Mis brazos le rodean la cintura y escondo la cara en su pecho, no quiero que vea que estoy a punto de echarme a llorar. Me acaricia el pelo y me abraza con más fuerza. Cierro los ojos y me dejo embriagar por su calor y por su aroma dulce y fresco. No sé si estamos así durante segundos o minutos pero me agrada, me calma que me arrope de esa forma tan protectora en sus brazos.

Se separa un poco y me levanta la barbilla con suavidad. Dibuja una sonrisa preciosa con sus labios tan sensuales y esa mirada tan tierna que me hipnotiza.

—Ey, seguro que llegará ese momento cuando menos te lo esperes.

Sostiene mi cara con ambas manos y me acaricia las mejillas con los pulgares. El profundo azul de sus ojos se oscurece cuando le devuelvo la mirada. Muevo con mucha suavidad la cabeza hacia un lado y hacia el otro para alargar sus caricias y el cosquilleo eléctrico se propaga por todo mi cuerpo a gran velocidad. Cierro los ojos unos instantes para memorizar su tacto suave sobre mi piel y los abro despacio cuando siento el calor de su aliento sobre la boca. Separo los labios para recibir a los suyos, que se acercan despacio pero con decisión, como si una fuerza invisible se empeñara en unirnos y de la que no

pudiéramos escapar.

Sus manos se deslizan por el cuello, los hombros, los brazos hasta terminar agarrándome la cintura con firmeza mientras nuestras bocas se saborean, se exploran y se reconocen. Paso los brazos alrededor de su cuello y él me alza en sus brazos como si no supusiera esfuerzo alguno. Aprieto las piernas alrededor de sus caderas para facilitarle el trabajo y sin dejar de besarnos, a tientas por el pasillo, llegamos hasta su dormitorio. Con pericia cierra la puerta y pone el pestillo. Ese gesto me provoca un ardiente cosquilleo en el vientre porque sé que tiene intención de terminar lo que empezamos semanas atrás en el ascensor, cuando dormimos en el apartamento de su amigo Lorenzo.

Me deja con suavidad en el suelo. Ambos estamos acalorados y excitados. Me empuja hacia la pared. Me alegro de contar con un soporte extra porque creo que no voy a ser capaz de mantenerme en pie si me suelta. Una mano me rodea la cintura y la otra me acaricia la espalda hasta llegar a la nuca. Me gusta ver la excitación y las ganas de besarme en su rostro. Me pongo de puntillas y le rodeo el cuello con los brazos. Mis dedos se pierden en su suave y alborotada cabellera. Me vuelvo loca cuando se muerde el labio con sensualidad y me regala una pícara sonrisa. Le atraigo hacia mí y me ruborizo por tal atrevimiento. Sus ojos se oscurecen aún más con mi gesto. Le humedezco los labios con mi lengua y se estremece entre mis brazos.

Los labios ardientes de Patrick rozando los míos me provocan un cosquilleo exquisito que se propaga por todo el cuerpo, que va despertando y avivando todos mis sentidos a su paso. El silencio que habita en la penumbra de su dormitorio se ve interrumpido por los besos jugosos y la respiración entrecortada.

Me levanta la camiseta de rayas y yo alzo los brazos para facilitarle la labor. La tela se desliza con suavidad y deja al descubierto el sujetador azul claro de encaje. Empiezo a levantarle el jersey y la camiseta que lleva debajo pero es tan alto que tiene que terminar él y lo lanza a un lado, junto a mi ropa. Me abraza y volvemos a comernos la boca, la barbilla, el cuello, excitados por el contacto desnudo y febril de nuestros torsos. Desabrocho sus pantalones y caen al suelo y lo dejan con sus boxer ajustados que no ocultan su excitación. Se quita los zapatos sin agacharse y sacude las piernas para liberarse de los pantalones. Me coge en brazos y me tumba sobre la cama.

Me desabrocha los zapatos con galantería, sin borrar esa sonrisa pícara que no puedo seguir mirando, y me dejo caer sobre la cama. Cuando me quita las merceditas, tira de mis pantalones con firmeza y me deja en ropa interior —menos mal que llevo el tanga a juego con el sostén, también de encaje, que transparenta mi bello púbico con descaro. Avanza a cuatro patas sobre la cama, como si fuera un felino, hasta

ponerse encima de mí. Se detiene un momento a saborear mis labios y después va dibujando un sendero ardiente de besos por la barbilla, el cuello y la clavícula para detenerse sobre mis pechos.

¿En qué momento se ha quitado los bóxer? Madre mía.

Hunde sus dedos largos y hábiles por el borde del encaje del sujetador y juega con el pezón que se yergue y endurece con su tacto. Apoya su peso sobre los antebrazos y continúa con su juego. Atrapa el pezón con sus labios y después lo acaricia con su lengua húmeda y caliente. Mi cuerpo se arquea de placer. Me abraza y me desabrocha el sujetador para apartarlo a un lado, vuelve a apoyarse sobre sus antebrazos y me lame los pechos mientras observa mi reacción. Vuelvo a arquearme y echo la cabeza hacia atrás. Se me escapa un gemido y me besa con fuerza en la boca. Noto la suave presión de su excitación entre mis piernas y me despierta el palpitante deseo de tenerlo dentro de mí.

Me acaricia el vientre y me quita las braguitas despacio con gesto sensual. Ahora estamos los dos totalmente desnudos y jadeantes. Pierde una de sus manos en mi entrepierna. Sus dedos ardientes la exploran con suavidad acariciando mis pliegues e impregnándolos con mi propia humedad.

—Cómo estás por ahí abajo —me susurra con voz ronca y gratamente sorprendido mientras hunde sus dedos dentro de mí con la suavidad de la seda. Se me escapa un gemido que se ahoga en su boca.

Patrick para de golpe y apoya su frente sobre la mía, controlando su agitada respiración.

—¿Qué pasa? —la voz me sale con dificultad. No quiero que pare ahora, sería la peor de las torturas.

—Tomas algo, para... joder, es que no tengo condones —responde avergonzado.

—Tranquilo, llevo un DIU desde hace un tiempo.

Me mira con ojos ardientes, me aparta las piernas con sus rodillas y gimo de placer al sentirlo dentro, deslizándose con movimientos suaves, lentos y rítmicos mientras nos saboreamos. Le araño la espalda y voy bajando por las caderas hasta detenerme sobre sus nalgas, que se endurecen con cada embestida. Lo agarro y lo atraigo marcando el ritmo y la intensidad.

Rodamos por la cama y cabalgo sobre él. Me mira embelesado, separando los labios a la espera de reencontrarse con los míos. Ahogamos los jadeos con besos impacientes y sonoros. Patrick me agarra por las caderas y se queda quieto.

—Para, creo que no voy a aguantar mucho —gruñe con voz ronca y

jadeante.

—Yo tampoco —le sonrío y le mordisqueo el labio inferior. Patrick tiene las mejillas tan sonrojadas como las mías. Reanudamos los sensuales movimientos, esta vez más lentos y profundos. El placer se intensifica y la saliva se vuelve espesa. Nos dejamos llevar por el torrente de placer que sacude nuestros cuerpos a la vez. Me desplomo exhausta sobre su pecho, tratando de recuperar el aliento y Patrick me acaricia la espalda con las suaves yemas de sus dedos hasta perder la conciencia.

Estoy tirada sobre una tumbona, hipnotizada por el sonido y por el vaivén de las olas en un día soleado de playa, que se va oscureciendo hasta desaparecer por completo. Aprieto con fuerza los párpados para atraer de nuevo la sensación tan exquisita que me ha provocado ese sueño pero no regresa. Los mantengo cerrados por si me quedo dormida otra vez pero el calor del sol abrasador del sueño es lo único que se ha quedado conmigo. Medio atontada saco una pierna fuera del edredón para equilibrar la temperatura y en seguida caigo en que el edredón no es tan pesado como para sentir tanta presión en el pecho y en la cintura. Abro los ojos de golpe y dejo de respirar cuando reconozco la lámpara del techo que hay en el dormitorio de Patrick. Agacho la barbilla y encuentro una mata alborotada de pelo castaño que sobresale del edredón, a la altura de mi pecho. Levanto con cuidado el trozo de tela y lo encuentro profundamente dormido, abrazado a mi cintura.

¡Ay, va!

¡Estoy en pelotas y Patrick está... joder, joder, joder!

La sucesión de recuerdos de anoche me vienen a la cabeza de golpe.

Ay, madre, ¿pero qué he hecho?

Yo estoy ahora mismo al borde del ataque de histeria y él parece que se lo está pasando de fábula, a juzgar por la sonrisa que tiene de oreja a oreja.

Encima me estoy poniendo a mil otra vez. ¿Pero esto es normal?

Es temprano y por la ventana se ven los tonos dorados y rosados del amanecer a lo lejos y poco a poco va bañando de luz tenue el dormitorio. Deben de ser las seis o las siete de la mañana. No me atrevo a moverme para averiguarlo.

Me debato entre salir corriendo o cerrar los ojos y hacerme la dormida. Quizás Patrick salga directo al baño cuando se despierte y así puedo esconderme en mi dormitorio o irme a mi casa directamente.

Patrick se mueve y me hace cosquillas en el pecho con el pelo

alborotado. Bajo la barbilla de nuevo y observo de reojo cómo aparece su cara colorada bajo el edredón. Palidezco cuando levanta la cabeza y me observa fascinado. El brazo que descansaba sobre mi cintura se mueve bajo la ropa de cama, me acaricia la cara y sonríe.

—Mmm —ronronea —No ha sido un sueño... —y hunde la cara en mi pecho.

¿Qué hago? Tierra, bonita, trágame, por favor.

Vuelve a mirarme sonriente y me da un beso casto en los .

—Buenos días.

Esto tiene que ser un sueño.

Me arden las mejillas y le devuelvo el saludo con un hilo de voz.

Qué vergüenza por Dios.

—Creo que... que lo mejor será que me marche de aquí —Pero solo de pensar que tengo que salir de la cama y moverme por el cuarto desnuda, me da más vergüenza todavía.

Me tapo la cara con ambas manos y cierro los párpados con fuerza.

—Me parece que ese truco para desaparecer solo le funciona a los niños pequeños —se ríe y me aparta las manos con ternura.

Le miro de soslayo y se me escapa una risita histérica.

—Quédate conmigo un ratito más, no te vayas, por favor.

Me atrae hacia él e inevitablemente volvemos a amarnos bajo el edredón pero esta vez con más calma y con más intensidad.

21. ENCUENTROS Y algún desencuentro

Me costó un buen rato salir de Boadilla del Monte el domingo por la mañana. Tuve que aparcar a unos metros de la casa para respirar y tranquilizar el alboroto corporal y mental en el que me había sumido el detalle de Patrick, de salir expresamente a regalarme un beso furtivo mientras Liam desayunaba en la cocina.
Cómo es posible que me haya vuelto tan insaciable de golpe. Cuanto más lo pienso, siempre llego a la misma conclusión: este hombre es adictivo.

Cuando vi que estaba en condiciones de conducir, encendí el motor y apreté el acelerador.

Por un lado, deseaba hablar con Cristina —que es la más sensata de todas mis amigas— pero no me apetecía que me regañara por haber consentido que ocurriera lo que no tendría que haber ocurrido, así que finalmente, desistí y proseguí mi marcha.

Lo poco que me quedaba de fin de semana lo he aprovechado a fondo con mi peque que, cada vez que lo veo, lo encuentro más grande y más mayor. He conocido a varios de sus amigos del parque y a sus respectivas madres y también a algún padre y lo he pasado muy bien relacionándome con gente nueva. Me ha venido fenomenal para abstraerme y no pensar tanto en lo que ha ocurrido entre... nosotros. Si hubiera hablado con las locas de mis amigas, Patrick habría sido el monotema del día, ¡y de la semana!

Desde que han admitido a Hugo en la guardería pública, hace una semana, mi madre tiene más tiempo para ella y ha vuelto a desempolvar las agujas de ganchillo y los hilos. Ya tiene varios encargos y con ello se gana un dinero extra a la vez que se relaja y se entretiene. Me ha venido muy bien cogerme el lunes para hacer gestiones que en fin de semana no puedo hacer y se me ha pasado la

mañana volando.

—Hija, trabajas demasiado —me sermonea con cariño mi madre —. Desde que empezaste a trabajar en esa casa has perdido peso y ayer llegaste ojerosa y cansada. ¿Está todo bien?

—Sí, está todo bien, es que han sido días de mucho trabajo; de hecho, el señor Evans me ha dicho que me encargue solo de su hijo, que va a buscar a alguien para que se dedique a las tareas del hogar y así quitarme algo de carga.

—Entonces... —mi madre es tan transparente como yo y piensa lo que yo pensé en su día.

—Tranquila, me mantendrá el sueldo pero he de seguir interna.

—¿Y eso?

—Porque a veces viaja o tiene que acudir muy temprano a la oficina y no puede dejar a Liam solo. Además, tampoco sería bueno para el chico que viniera otra persona extraña a cuidarlo. Ya sabes que es un chico especial y conmigo ha conectado muy bien y estando tan cerca del fin de curso, es mejor no correr riesgos.

—Te preocupas mucho por ese chiquillo —no termina de recriminármelo pero en el fondo lo está haciendo.

—Sí, es que me necesita...

—Ya, me imagino.

—Mamá, soy consciente de que mi hijo también me necesita a su lado, y yo lo necesito a él también, pero gracias a Dios te tengo a ti para darle el cariño que yo no puedo darle entre semana. Tengo la esperanza de que Liam deje de necesitarme tanto. Está mejorando mucho y si es así, para el curso que viene, no me necesitará y yo buscaré otro trabajo que me permita estar con vosotros más tiempo.

Momento que por un lado ansío para ver crecer a mi hijo pero que en el fondo temo, porque no quiero que se acabe esto que estoy viviendo con Patrick.

—Anda, no te castigues pensando eso, lo importante es que el tiempo que pases con tu hijo sea de calidad.

—Pero a mí me gustaría pasar mucho más tiempo con él, con vosotros dos.

—¿Y qué vas a hacer, hija? Ahora no puedes dejar ese trabajo, así que solo te queda tener paciencia, hacer muy bien tu trabajo y esperar.

—Aunque quiera dejar este trabajo, ahora no puedo hacerlo, no podría dejar tirado a Liam a estas alturas de curso y tampoco podemos prescindir de mi sueldo.

—Lo sé, cariño. Es solo que como a mí me va bien con el ganchillo, a lo mejor, para el curso que viene, puedes buscar otro trabajo que no te tenga tan atada y más cerca de casa.

No quiero que la tristeza me invada y emborrone este momento tan agradable con mi madre. Busco la manera de cambiar de tema pero ella saca uno que a mí me escuece especialmente.

—Qué pena que no te dedicaras a la enseñanza, estarías trabajando en un colegio con un horario compatible con tu hijo.

Me viene a la cabeza el comentario que me hizo Patrick sobre retomar el máster. Ya me gustaría a mí poder terminarlo, ¿pero de dónde saco el dinero? Además, tendría que empezar desde cero otra vez, asistir a las clases y aprovechar el TFM que ya tenía terminado. Si lograra superarlo, con el programa de prácticas remuneradas y con la experiencia que estoy ganando este año con mi querido Liam, podría entrar en algún colegio a trabajar. Estoy segura de que tanto Paloma, la orientadora, como Thomas, el tutor de Liam, no tendrían inconveniente en hacerme una carta de recomendación.

En fin, Laurita, en otra vida será porque en esta todavía tienes que ayudar a pagar facturas y sacar adelante a tu hijo.

El timbre del teléfono de mi madre me saca de mis cavilaciones. Se extraña al ver el número y descuelga con prudencia.

—Sí, Pepe, ¿va todo bien?... ¿Qué?... ¿Cuándo?

Se deja caer sobre la silla. Me acerco para averiguar qué ha pasado.

—Vale —Me hace un gesto con la mano para que le acerque una hoja de papel que tiene en la mesa de centro y un lápiz—. Dime —se echa a llorar y apunta sobre el papel lo que Pepe, su primo de Barcelona, le dice.

—Voy a intentar por todos los medios ir hoy. Lo siento mucho, Pepe, piensa que Tere ha descansado... Lo sé, cariño, lo sé... Voy lo antes que pueda. Un beso.

Se derrumba y se echa a llorar en mis brazos. La mujer de su primo, Teresa, acaba de fallecer en el hospital. Llevaba ya un tiempo ingresada por neumonía pero no ha podido superar la enfermedad. Para mi madre, Pepe es como un hermano porque cuando eran pequeños, se quedó huérfano y mis abuelos lo acogieron en su casa; desde entoces, se hicieron inseparables hasta que él se fue a hacer el servicio militar a Barcelona. Allí conoció a Teresa y se enamoró perdidamente de ella, se casaron y él hizo su vida allí.

—Tengo que ir, hija, ¿y qué hacemos con Hugo? Puedo decírselo a María, la vecina, o puedo llevarlo conmigo...

—Tranquila, mamá, yo me encargo de mi hijo. Hablaré con la

guardería para que sepan que no irá esta semana y tú vete tranquila, el tiempo que haga falta. Ahora el tío Pepe te necesita.

—Pero, ¿vas a llevártelo allí? Y si no le gusta al señor que te presentes allí con el niño, no te dejará trabajar... a ver si te va a despedir.

—Olvídate de eso, no habrá ningún problema. Él está tremendamente agradecido por todo lo que he hecho hasta ahora con su hijo, no se va a oponer, y si lo hiciera, seré yo la que deje el trabajo, por mucho que me duela... por Liam —Y por él también—. Ven, que te saco el billete y después te acerco a la estación.

◆◆◆

Hugo ha ido dormido durante todo el viaje. Llevaba el maletero a reventar. Mientras colocaba todo (sillita de paseo, trona portátil, cuna de viaje, maleta, cambiador, paquetes de pañales y un largo etc.) di gracias a mi dilatada experiencia como jugadora empedernida de Tetris.

Por suerte, Patrick se ha mostrado muy comprensivo y no ha puesto ninguna objeción por traer a Hugo. Reconozco que tenía mis miedos acerca de si mi hijo me dejaría trabajar con Liam o si sería negativo para el chico; lo último que quería era que Liam se me descentrara y no acabara bien el curso por tener a Hugo toda esta semana con nosotros, pero es mi hijo, y no me siento cómoda dejándoselo durante varios días a la vecina que, aunque es de confianza, es más mayor que mi madre y no se desenvuelve tan bien como ella.

Para mi sorpresa, Liam ha reaccionado muy positivamente y los dos niños parecen llevarse de maravilla. Juegan mucho. Liam tiene mucha paciencia con Hugo, es súper niñero y mi peque se ríe mucho con su nuevo amigo, hasta está aprendiendo alguna palabra en inglés. Liam termina las tareas y el estudio como un rayo, solo para estar más tiempo con él. Lo llego a saber y lo traigo antes.

Patrick ha tenido una semana intensa de trabajo, apenas hemos coincidido y cuando lo hemos hecho, estaba custodiada con un niño a cada lado y tan pendiente de ellos que yo tampoco he podido prestarle toda la atención que me hubiese gustado. Aunque en el fondo doy gracias por no haber coincidido a solas con él porque no puedo olvidar lo que pasó días atrás. Se me hace un poco raro cruzarme con él. No sé, me da la sensación de que para él no ha sido más que un desahogo y, quizás debería verlo yo así también. Pero creo que me estoy enamorando de él y no sé cómo parar este sentimiento viviendo bajo el mismo techo y durmiendo a escasos metros de él. El caso es que Patrick lleva un par de días que se comporta como solía hacerlo, serio y distante pero no tan frío ni tan hostil como al principio. Espero

que en el fondo no le haya molestado que haya traído a Hugo. La alternativa era tomarme esos días que me debía y dejar solo a Liam en un momento tan crítico para sus estudios.

Aprovecho que Hugo está disfrutando de su siesta y me pongo con la plancha. Quiero tenerla al día antes de ir a recoger a Liam.

Patrick entra en la cocina y se inclina sobre la sillita para observar cómo duerme mi angelito.

—¿Podemos hablar un momento en mi despacho? —mira a Hugo y me hace un gesto para conversar fuera. Desconecto la plancha y salgo detrás de él.

—Dime, ¿pasa algo?

—Llevo tiempo queriendo darte algo pero —Patrick duda unos instantes— no sé si te va a gustar...

—¿Y por qué no me iba a gustar? —pestañeo intrigada.

Se arma de valor y me entrega una carpetilla. Cuando leo lo que pone en la cubierta me quedo sin palabras.

—¿Qué? ¿No la vas a abrir? —Se muestra ansioso y a mí me duele rechazar el gesto tan noble que ha tenido conmigo.

—Lo siento, pero yo... yo no puedo aceptar esto, Patrick.

—¿Por qué?

—Porque no puedo —

—Claro que sí —No me deja acabar—. Estoy convencido de que lo vas a conseguir, solo tienes que presentar el TFM y me dijiste que ya lo tenías terminado así que... tienes tiempo —responde desconcertado —: la entrega es a finales de junio y la defensa a principios de julio.

Estoy en shock. Moralmente, no puedo aceptar esto. Es demasiado.

—Me he reunido esta semana con la responsable del máster y le he expuesto tu caso. No ha dudado en darte una oportunidad para que no tengas que empezar desde cero el curso que viene.

Él insiste y a mí me da igual lo que diga porque ya he tomado una decisión.

—Es que es demasiado. Han pasado dos años y no he vuelto a tocar los apuntes...

Me agarra por los hombros con suavidad.

—Ey, sé que lo vas a hacer bien —me dice con el convencimiento de un coach—. Yo creo que estos meses con Liam te dan ventaja respecto a cuando lo estudiaste, ¿no crees? Además, vas a tener las mañanas libres para revisar el trabajo por si quisieras hacer cambios.

—Ya pero —De pronto caigo en una de las condiciones del máster—. Ah, no, Patrick, no me digas que has pagado todo del máster.

Se pone firme y después agacha la mirada mientras mueve la punta del pie de un lado a otro sobre el suelo.

—Eso sí que no —le entrego la carpeta y le ordeno con tono autoritario—. Pide que te devuelvan el dinero ahora mismo.

Le doy la espalda y me alejo de él dando zancadas.

—Me temo que eso no va a ser posible —Paro en seco—. Y aunque fuera posible, no lo haría.

—¿Te has vuelto loco? —Me giro y doy varios pasos hacia él y elevo un poco la voz —Es... ¡es mucho dinero!

—Laura, no hay cantidad de dinero suficiente para pagarte lo que estás haciendo por mi hijo y... y también por mí. ¡Joder, olvídate de lo que cuesta y acepta la oportunidad; te la estoy sirviendo en bandeja. Maldita sea!

Hacía tiempo que no lo veía enfadado y está empezando a tensarse entero y a fruncir el ceño.

—Pero yo... yo no puedo devolvértelo. No es cómo tu móvil viejo.

—Claro que no es lo mismo. Esto es un regalo.

Me cruzo de brazos para que no vea que me tiembla todo el cuerpo.

—¡Es que no quiero deberle nada a nadie!

Le escucho gruñir.

—Eres una cabezona.

—Y tú... tú eres demasiado... demasiado mandón —mierda, no me salía la palabra autoritario —. Te crees que porque tienes dinero tienes el poder para elegir por mí lo que te de la gana.

—No lo he hecho porque me de la gana sino porque es lo mejor para ti —vocifera manteniendo la distancia.

—¿Y qué sabrás tú lo que es mejor para mí? —le grito toda acalorada.

Salgo del despacho para zanjar la conversación pero él me agarra del brazo y me mete de nuevo dentro. Cierra la puerta detrás de mí, me apoya en la pared y apoya sus brazos a ambos lados de mi cuerpo sin rozarme para retenerme y para que le escuche.

—¿Sabes lo que te pasa? Que tienes miedo —dice apretando los dientes —Miedo de no conseguirlo.

—¡Eso es mentira! —Intento escabullirme pero el me sujeta los brazos con manos acero.

Al no conseguir liberarme y salir corriendo de allí, exploto queriendo

rebatir su argumento, aun sabiendo que tiene razón.

—Suéltame. No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Ya. Entonces, ¿qué es lo que te frena, Laura? —Su mirada celeste se vuelve tan exigente como su voz.

—Ya te lo he dicho: que no quiero deberle nada a nadie —le susurro con rabia mientras me retuerzo tratando de escapar hasta que las lágrimas me delatan y rebosan y me mojan las mejillas.

Me acoge en su regazo cálido y protector y hundo la cara en su pecho.

—Eso ya me lo has dejado claro —me mece en su regazo y me acaricia el pelo —Lo he hecho sin esperar nada a cambio. No me debes nada, es un regalo y te lo mereces. Acéptalo, por favor.

—Es un regalo demasiado ostentoso para mí —me quejo por quejarme; sé que tengo la batalla perdida.

—Bueno, considéralo como una especie de bono por haber conseguido tus objetivos. En el estudio lo hacemos todos los años y en otras empresas también lo hacen.

—Pero si todavía no hemos terminado el curso —le rebato sin apartarme de él, disfrutando del calor que emana de su cuerpo, de su fragancia que me cautiva, de sus caricias que me deshacen, de sus latidos que vuelven a la calma como los míos.

—Perdóname —me suplica con voz apagada. Levanto la cabeza y le miro confundida —debí consultártelo primero pero ya está hecho. Eres libre de aceptarlo o no. Hagas lo que hagas, lo entenderé.

—Perdóname tú a mí. Tienes razón, estoy —corrijo a tiempo de soltarle que estoy acojonada —tengo miedo... mucho miedo de que confíes tanto en mí y de que te falle.

—Eso no va a pasar, y si pasara, te admiraré igual que te admiro ahora, simplemente por haberlo intentado.

Me besa con fuerza en la frente y me mece en sus brazos.

Escucho a Hugo reclamándome desde la cocina y me cuesta despegarme de Patrick.

—Ya voy, cariño —le digo entreabriendo la puerta, para que sepa que estoy cerca y no se asuste.

Patrick me sonríe y me agarra de las manos mientras dibuja estelas sobre el dorso con sus pulgares.

—Anda, ve; tu niño te necesita y yo tengo una reunión online importante que tendría que haber empezado hace —Mira el reloj sin soltarme y continúa en tono desenfadado—... unos quince minutos.

—Vaya. Entonces no te entretengo más —Me limpio los restos de

lágrimas con los dedos.

Antes de salir de su despacho le regalo un beso en los labios, que me acogen con ganas de alargarlo lo máximo posible. Sus brazos rodean mi cintura y mis manos acarician su espalda, atrayéndolo cada vez un poco más hacia mí. Los besos se vuelven más impacientes impregnados de una placentera urgencia que nos excita cada vez más.

El lloriqueo de Hugo se va amplificando hasta llevarnos de vuelta a la realidad.

Patrick apoya su frente sobre la mía mientras emite un leve gruñido. Me agarra la cara con ambas manos y me besa de nuevo.

—Vete antes de que no pueda parar.

Emito un suspiro desesperado. Vuelvo a saborear su boca una última vez y salgo corriendo a atender a mi hijo, antes de que el lloriqueo se convierta en berrinche.

◆◆◆

Hugo ha estado un poco más revoltoso de lo habitual después de la siesta. Tampoco estaba cómodo en el jardín y aunque quería seguir jugando con Liam, algo le inquietaba, ni siquiera nos ha dejado terminar nuestra lectura nocturna.

“A lo mejor le duele la tripita” me ha sugerido Liam, preocupado por su amiguito. Desde luego que algo le dolía o le molestaba porque me ha costado que se quedara dormido en la cuna, y yo estoy tan agotada que no consigo conciliar el sueño. Chateo un rato con mis amigas y Carol y Raquel me arrancan más de una risa con sus burradas. Menos mal que Cristina es la más cuerda de todas y nos ha recordado de forma muy sutil y eficaz que tenemos que madrugar.

Dejo el móvil en la mesilla, le echo un último vistazo a mi bebé y apago la luz de la mesilla. Empiezo a notar ese soporcillo tan agradable que te invita a entregarte al sueño. Doy una cabezada y me despierta el llanto agudo de Hugo. Lo levanto de la cuna y lo cojo en brazos. Se me encoje el corazón al ver esos lagrimones resbalando por sus mejillas coloradas. Se las limpio y le beso en la frente. Está algo caliente y no para de mordisquear el chupete. Le miro la boca y le noto la encía inflamada. Le debe de estar saliendo algún diente, pobre. Busco dentro de la bolsa de cambio y no encuentro la apiretal, debí dejármela olvidada en casa. Menos mal que en la cocina queda la que le recetó la pediatra a Liam cuando enfermó.

—Hola —susurra Patrick desde la puerta y entra a mi dormitorio.

Lleva puesto un pijama fino de punto que le queda como un guante. Camina descalzo con ese andar tan elegante y sexy que tiene sin

apartar sus ojos de los míos con una expresión que no consigo descifrar. Me pongo nerviosa.

—Cuánto lo siento, de verdad. No consigo calmarlo, creo que son los dientes.

Se acerca y le acaricia la mejilla. Hugo deja de llorar y yo flipo en colores. Se le ha quedado mirando con la misma cara de fascinación con la que los miro yo a los dos pero el momento idílico dura unos segundos y retoma la llantina. Patrick le observa la boca, apartando un labio y luego el otro.

—Sí, son los dientes, me temo que le están saliendo dos a la vez, tiene las dos encías algo inflamadas.

—Sí iba a ir ahora a la cocina a por la Apiretal pero quería calmarlo un poco antes para no despertaros, cuánto lo siento, de verdad.

—No te preocupes, Liam estaba así a cada rato. Anda, trae —Extiende los brazos reclamándome al niño—. Yo me encargo de él mientras vas a por la medicina.

Cuando regreso le veo dando saltitos suaves, tarareando una canción con voz suave y melódica —su madre tenía razón, canta muy bien.

Hugo ya no llora con tanta fuerza pero todavía sigue molesto y medio se le cierran los ojos.

Al verme entrar, se sienta en el borde de la cama con él en brazos y yo me siento a su lado. Me indica con un gesto que le de la jeringa dosificadora y le administra el calmante. Me la devuelve y me hace un gesto para que le eche unas gotas en el dedo meñique y le extiende el calmante por las encías. Hugo empieza a relajarse un poco en sus brazos, ha dejado de sollozar y se está quedando dormido. Yo me quedo embobada observándolos a los dos. He visto a otros padres cuidando de sus hijos en el parque pero jamás me habría imaginado a Patrick en su faceta de padre, involucrándose tanto y menos con mi hijo.

Hugo ha caído rendido a su hipnótico encanto. Lo acuesta con mucho cuidado y lo arropa con cariño. Sortea la cuna y da unos pasos hacia mí.

—Es una tortura tenerte tan cerca y no poderte tocar —me susurra con la mirada encendida.

¡Ay, va! Esto no me lo esperaba.

Da un paso más.

—No sabes lo que me gusta que te muerdas el labio de esa manera.

Me suelto enseguida el labio y me quedo cortada.

Se echa a reír en silencio, se acerca más aún y me rodea la cintura con

su largos brazos.

—Me encanta que te ruborices así.

Me acaricia la mejilla y sus pupilas se dilatan al verme tan excitada.

—Y también me vuelve loco, que tu cuerpo responda así a mis besos —Envuelve mi boca con un beso suave y sensual—. Y también a mi tacto...

Desliza la mano por mi barbilla, el cuello y el escote. Sus dedos juguetones se meten debajo de la camiseta del pijama y el pezón se yergue bajo sus yemas.

Busco sus labios y ahogo un gemido de placer cuando agarra mi mano y la lleva a su entrepierna.

—¿Ves cómo me pones?

—Sí —le susurro jadeante en el oído.

—¿Y qué podemos hacer? Así no nos podemos ir a dormir.

Le sonrío con picardía y le lamo el lóbulo de la oreja a la vez que hundo la mano bajo su pantalón de pijama para acariciar su enorme y suave excitación, que se endurece aún más al notar mi tacto. La agarro con firmeza y le susurro con sensualidad:

—Podemos terminar lo que hemos empezado antes en el despacho.

Me besa en los labios sin borrar su picarona sonrisa y nos amamos entre susurros y jadeos ahogados, ocultos en la frágil intimidad que nos brinda la penumbra del cuarto de baño.

22. ESPECIE DE LUNA DE MIEL

Patrick regresa a media mañana y yo continúo haciendo las labores del hogar, hasta que se incorpore mi sustituta parcial, que empieza la próxima semana y viene recomendada por Amalia. Se asoma por la puerta y me lanza un beso al aire sin apartar el teléfono de la oreja y se va dando zancadas a encerrarse en su despacho. Suspiro como una quinceañera cuando el amor platónico de su vida la mira de soslayo. Retiro la cacerola de la placa y escurro la pasta.
Me vibra el móvil. Un mensaje suyo.

PATRICK EVANS:

Estás guapísima.

Me pongo colorada, para variar.

YO:

Tú también estás guapísimo

PATRICK EVANS:

Creo que dormir juntos nos sienta muy bien a los dos

Acompaña el texto con un corazón.

Desde que Hugo ya no está, dormimos juntos, unas veces en su cama y otras en la mía, y por la mañana temprano, como madrugamos tanto, nos separamos antes de que Liam se despierte.

Mmmm.

YO:

¿Solo dormir?
Porque a mí me sentó muy bien eso que me hiciste con la lengua anoche...

PATRICK EVANS:

¿Ah, sí? ¿Y en qué pensabas cuando te lo hacía?

YO:

En hacerte lo que te hice yo a ti después.

PATRICK EVANS:

Vaya, así que lo visualizaste primero y lo llevaste a cabo después.

YO:

Exactamente. Primero lo imagino y después lo hago...

Saco de la nevera unos paquetes de jamón, lomo y fuet y coloco las lonchas en un plato. Oigo la puerta de su despacho abrirse. Tardo unos segundo en sentir su cálido aliento en mi oreja.

—¿Y puedo saber qué estás imaginando ahora?

Sin separarse mucho de mí, se apoya en la encimera con una pose muy sexy.

—Que me abrazas y me besas —suelto despreocupada, como si siguiera concentrada en lo que estaba haciendo.

—¿Así? —Me gira, me envuelve en sus brazos y después me besa en la boca.

—Sí y también que me mordisqueas el labio...

—Ajá —dice mientras hace todo lo que digo —¿y después?

Su aliento me hace cosquillas en la nariz.

—Después, me masajeas las nalgas —Lo hace y su mirada se oscurece —. Sí, así es, y te das cuenta de que no llevo nada debajo —Doy un respingo al sentir sus manos curiosas en mi trasero comprobando que lo que digo es cierto—. Entonces me sientas en la mesa.

Me sienta y me levanta la estola con cara de fascinación.

—Creo que ahora es cuando descubres que me lo he depilado todo enterito para ti.

Acaricia la suavidad de mi sexo y como si me leyera la mente, me aparta más las piernas y su boca se entretiene besando y saboreando la novedad, dibujando estelas muy placenteras con la punta de su lengua húmeda y caliente sobre la piel desnuda. Me arqueo sobre la mesa y lanzo un gemido que resuena en toda la cocina. Se levanta y los dos nos devoramos a besos.

—¿Y ahora en qué estás pensando? —me pregunta jadeando.

—En que te voy a desabrochar los pantalones —Gime cuando lo hago y caen al suelo— Luego voy a liberarte para que puedas perderte dentro de mí como lo haces siempre. Me agarra por las caderas y me atrae hacia él hasta quedar los dos perfectamente encajados. Me acaricia los pechos por encima de la ropa y se detiene sorprendido.

—No llevas nada debajo, ¿solo la estola? —jadea muy cerca de mi boca —. Me vuelves loco.

—Y tú a mí.

Me la quita de un tirón y hacemos el amor hasta que los dos nos desplomamos sobre la mesa, fatigados, sudorosos y extasiados.

◆◆◆

Estoy convencida de que mi querida amiga Cris es adivina. Hemos tenido una larga e interesante charla por teléfono. Lo habitual es que hablemos un poco de todo al principio y después nos pongamos a fondo con Liam: sus avances, sus malos momentos —si los ha tenido —y las propuestas y los nuevos objetivos para la semana siguiente. Como Liam va muy bien, hemos pensado que lo mejor será insistir en la ayuda de una psicóloga de cara al curso que viene, solo en caso de que todavía tuviera dificultad para integrarse por completo en la clase a la hora de trabajar en equipo, de hablar en voz alta y de exponer delante de todos.

Ha sido al terminar de hablar de Liam y antes de despedirnos cuando me ha soltado un “a ver, Laurita, ¿desde cuándo estáis liados tú y tu jefe?” que me ha dejado sin respiración, como cuando caes de espaldas y te cuesta llenar de aire los pulmones.

¿Y qué he hecho yo en cuanto he recuperado el aliento? Podía haberle dicho: “Anda, tía, qué imaginación más calenturienta tienes” —que es lo que le habría dicho de haber sido mentira— pero no, voy y se lo cuento todo, con pelos y señales y con mis contradicciones mentales del principio y de cómo al ver que no podía ir en contra de lo que

siento, me he dejado llevar; así, a lo loco, como una adolescente. Y después de soltarle el rollo se ha echado a reír a carcajadas en mi cara, o más bien en mi oreja, y eso me ha puesto de mala leche, no sé por qué.

—Venga, no te enfades que ya me agradecerás esta especie de orgasmo verbal que acabas de tener.

—¡Vete a la mierda! —me entra la risa histérica porque en el fondo me siento como si lo hubiera tenido de verdad.

—Vale, perdona, es que antes me hablabas un montón de él: que si Darth Vader, esto; que si el señor don Palo Tieso, lo otro... y de un tiempo a esta parte nada de nada. Así que me han venido a la cabeza dos opciones: una, has enterrado su cadáver en el jardín y has pasado página, o entre tú y Patrick ha habido más de un catapún chin chin.

Las dos nos reímos y le cuento, más tranquila y con más detalle, todo lo que ha pasado en estas semanas y mis frecuentes comparaciones con la única referencia que tenía en mi triste vida sexual.

¡Qué gozada tener una amiga con la que poder hablar, incluso de las cosas que más me preocupan o me incomodan!

—Lo mío es la psicología infantil, no la de pareja, y mucho menos la sexología, pero te recomiendo que seáis honestos el uno con el otro. Me preguntas si es normal sentir todo lo que sientes por él y cuando estás con él... Uff, nena, qué mal estabais Pablo y tú, lo que no sé es cómo aguantaste tanto tiempo así, siendo una mujer a medias.

—Sí, muchas veces pensé que tenía que ser así, que ellos necesitan desahogarse sí o sí siempre y que nosotras... si no acabamos, pues no pasaba nada.

—¿Y no se lo decías? Ya sabes... cuando...

—Sí pero le daba pereza ayudarme a terminar o ponía mala cara y a mí se me cortaba el rollo, o simplemente me miraba como si fuera defectuosa. Lo pasé tan mal que opté por vivir con ello y fingir las veces que era incapaz de llegar.

—Vaya, Laura, no tenía ni idea.

—Lo sé, no es fácil hablar de ello, me sentía frustrada; hasta aborrecía cualquier escena romántica a mi alrededor; ¡con lo romanticona que soy! Lo del embarazo fue la gota que colmó el vaso. Acabé tan harta de él y de sus cosas que no quería saber nada de hombres, ya lo sabes.

—Hiciste bien en cortar con él. Son de ese tipo de hombres que no saben amar y que marchitan todo lo que tocan; y a ti te estaba consumiendo poco a poco.

Mi amiga tiene razón, hacía tiempo que había dejado de ser la Laura

alegre, divertida y aventurera que era antes de conocerlo. Yo pensaba que era así porque entonces tenia solo dieciséis años y estaba llena de la vitalidad propia de esa edad, pero en el fondo sabía que no era así, que con él se me estaba agriando el carácter y que mis alas se hacían cada vez más pequeñas a su lado.

—Ojalá que esa chica con la que lo vi consiga cambiarlo a mejor —pienso en voz alta—. Desde luego, los detalles que tuvo con ella la otra noche nunca los tuvo conmigo.

—Eso es porque estaba tan desesperado por mojar que no sabía cómo camelársela. Cariño, ese tipo de tíos no cambian nunca. No sabes cuánto me alegro de que ese mamarracho ya no esté en tu vida y de que Patrick te haga feliz. Y por lo demás, no te preocupes, los dos sois adultos, estáis libres y no hacéis daño a nadie; eso sí, lo más delicado en este asunto son los niños, sobre todo Liam, que es más mayor. Tened cuidado de que no se entere de lo vuestro hasta que no tengáis claro que queréis estar juntos y compartirlo con él. Contad conmigo si necesitáis ayuda para manejarlo de la forma más natural posible.

—Gracias, Cris.

Todavía no me he parado a pensar en cómo nos iría estando juntos —como pareja— porque tengo miedo de que esto se acabe. Prefiero seguir viviendo esta especie de luna de miel sin fin y que todo siga su curso, sin forzar nada. Si lo nuestro funciona, iremos paso a paso y se lo diremos a los niños; y si no sale bien, pues cada uno por su lado, sin implicar a nuestros hijos.

23. PREPARATIVOS Y VISITA

Margot es la chica que ha recomendado Amalia para que me sustituya por las mañanas y es un auténtico solete de mujer. Es salvadoreña, bajita y menuda, ojos verdes, piel canela, media melena lisa y negra recogida en una coleta. Me explicó que es de madre india y padre turco, de ahí el color de sus ojos. Tiene 59 años y es alegre, divertida y muy cariñosa. Tiene tres hijas y un hijo, y nueve nietos —¡pero si es súper joven!— Al primero lo tuvo a los 15, con un apuesto hacendado que le prometió la luna y dejar a su esposa y a la vez dejó embarazada a otra muchacha de su misma edad. Aquello la hizo madurar de golpe y se dedicó a trabajar para sacar adelante a su niño. Con 21 años, se casó con el que hoy es su marido. Los dos emigraron a España bien jovencitos y fue precisamente aquí donde nacieron sus tres hijas.
Vive en Carabanchel con su marido y con su mamá, a la que ha conseguido traer hace un par de años y le ayuda con su casa y a cuidar de los nietos más pequeños. Hace un par de meses murió la anciana a la que cuidaba, vecina de Amalia, y se había quedado la pobre echa polvo porque dice que era muy buena y que se había encariñado mucho con ella, después de asistirla durante diez años.

Da gusto trabajar con ella. Lo ha cogido todo enseguida —mucho más rápido que yo cuando empecé— y me parto con las historias que me cuenta cuando comemos juntas. Me habla de su tierra con gran nostalgia, hasta me ha dicho que me va a enseñar a cocinar pupusas y tamales. Tiene un gran sentido del humor; incluso cuando me cuenta auténticas tragedias, que las dos terminamos partidas de la risa.

Lleva viviendo en España desde hace más de treinta años pero no ha perdido su acento tan peculiar aunque en ocasiones trate de disimularlo. Qué lástima que no se quede a hacer noche con nosotros,

estoy segura de que Liam se lo pasaría pipa escuchando sus historias.

Gracias a ella puedo centrarme en preparar las clases de Liam y en el máster. Todavía me siento incómoda porque Patrick haya pagado tanto dinero para que yo lo termine. Como no hay marcha atrás, lo mínimo que puedo hacer es trabajármelo para aprobarlo con la mejor nota.

Ahora, con Margot en casa, tenemos que contenernos un poco y disimular cuando nos cruzamos. A veces se planta en mi dormitorio, cuando estoy estudiando, a regalarme un beso por el mero hecho de que le apetece besarme. Otras soy yo la que se acerca a su despacho para ver qué tal está y achucharle un rato. El sexo lo dejamos para la noche o para cuando estamos solos. Tiene su morbo pero me gustaría que pudiéramos actuar con naturalidad cuando estamos con Liam o con más gente, como si fuéramos una pareja normal. No sé si llegará ese día o si nos cansaremos del juego y del enamoramiento juvenil que tenemos los dos.

◆◆◆

Me pongo con los preparativos del cumpleaños de Liam, que cumple nueve años este sábado. Va a ser una doble celebración porque el viernes terminan las clases ¡Y Liam ha aprobado todo! Será una fiesta sorpresa y familiar a la que Patrick ha invitado a Oliver y a Bonnie para que sea más divertida para Liam. Ojalá para el año que viene pueda invitar a más amigos de su edad. Será mi próximo objetivo.

Amalia vendrá a la fiesta pero en calidad de invitada. Me ha costado convencerla de esto último y al final ha accedido. No sé por qué me da, que no se quedará quieta picando algo o bebiendo refrescos como una más.

Al hablar con ella por teléfono la he notado muy contenta. De fondo oía el balbuceo de su nieto y a Mariano cantándole el “Cinco lobitos”. Amalia dice que el bebé está muy grande y que es muy espabilado y que su hija está pensando en encargar el segundo en cuanto pueda, para que no se lleven mucha diferencia. Cómo la envidio, yo en su lugar, habría hecho lo mismo.

Ayudo a Margot a preparar los cuartos de invitados: hoy vienen la madre y la hermana de Patrick y estoy muy pero que muy nerviosa y no sé si voy a ser capaz de disimular que mantengo una relación con Patrick. Alice se mostró muy amigable y cariñosa conmigo pero, ¿cómo será su hermana? Por lo que él me ha contado, es de esas mujeres que tienen claro lo que quieren y que no paran hasta conseguirlo. También me ha dicho que desde que se separó de su marido, se ha centrado en su negocio de moda y que viaja por todo el

mundo, aunque su domicilio lo tiene en Londres.

—En el fondo, siento mucha lástima por ella —me confesó una noche Patrick con pesar.

—¿Por qué? —no entendía por qué sentía lástima por una mujer tan exitosa y empoderada.

—Porque si no se pone límites y empieza a quererse un poco más, cuando se jubile no tendrá a nadie con quien compartir todo eso que está creando.

Yo creo que exagera, hay gente mayor que vive sola y es feliz.

◆◆◆

Se abre la puerta principal y escucho el rodar de maletas y una animada charla en inglés liderada por una voz que no reconozco y que presumo será la de su hermana. Me aliso bien la estola, me atuso el pelo, hago unas cuantas respiraciones profundas y bajo las escaleras con el cesto de la colada seguida de mi compañera, que baja cargando el aspirador.

Pongo el pie en el último escalón y Alice se acerca a saludarme. Suelto el cesto y me da un fuerte abrazo.

—Clarise, ella es Laura, ven a saludarla.

Clarise me observa con desconfianza y se limita a extenderme la mano. Respondo a su gesto con educación. Miro de soslayo a Patrick y lo encuentro escondiendo esa risita que tanto me gusta y que ahora me incomoda enormemente, seguro que lo hace porque me he puesto colorada.

Su hermana tiene la constitución de su madre, es menuda y delgada —quizás demasiado delgada, dudo que pese más que un pajarito. De cara, se parece mucho a Patrick aunque sus ojos son verdes y su cabello es rubio. Me parece una mujer muy guapa y elegante.

Les doy la bienvenida y les presento a Margot. Patrick se adelanta y les explica cuál es su función y que la ha contratado para liberarme un poco de carga laboral. La madre sonríe complacida y su hermana... digamos que pone cara de póker. Margot se va a la cocina a poner la lavadora y terminar la plancha y yo las acompaño a su cuarto. Patrick nos ha adelantado para subir las maletas y dejarlas en su cuarto correspondiente. Me despido de ellas y antes de marcharme sin que me vean, miro a Patrick con descaro y acaricio mis labios con la lengua para provocarlo a modo de venganza por reírse de mí cuando han llegado. Menea la cabeza y pone los ojos en blanco.

Margot se despide hasta la semana que viene y me pongo a preparar la comida.

—Me han dicho que cocinas muy bien —doy un respingo al oír la voz aguda y vibrante de Clarise que se dirige a mí en castellano. Dejo de cortar un calabacín y me giro para atenderla. Entra en la cocina con movimientos felinos, como acercándose a su presa.

—Me gusta mucho cocinar, me relaja bastante, aunque dudo que sea tan buena cocinera —contesto con sinceridad y le regalo una sonrisa.

—Has conseguido que mi madre pruebe la verdura, hasta la fruta; te felicito.

Las dos reímos con cautela.

Sé que me está examinando, como si quisiera calarme; de vez en cuando, disimula mirando alrededor. A esa hora de la mañana, la cocina se ilumina totalmente con la luz exterior y no es necesario encender los focos.

Como no se si la conversación va a ir para largo o no, coloco en la pequeña encimera que hay junto a la placa de inducción, la tabla con el calabacín y el cuchillo y el plato donde voy echando los vegetales que voy cortando. Así no descuido mi trabajo y no le doy la espalda a la invitada. No soporto el silencio.

—Hablas muy bien español, ¿dónde lo has aprendido?

—Oh, bueno, trabajé un par de años en Zaragoza, cuando me licencié, hace muchos años.

—Pues tenéis facilidad para los idiomas. Liam habla muy bien en los dos y también se le da muy bien el alemán, que lo ha empezado este año.

—Sí, será cosa de familia entonces. Por cierto, mi hermano me ha dicho que Liam ha aprobado todo gracias a ti.

—Bueno, el mérito es suyo, yo solo le he guiado un poquito.

En ese momento entra Patrick en la cocina.

La que me faltaba, esta nos pilla fijo. De tonta no tiene un pelo y creo que ya me ha calado nada más poner un pie en la casa.

—Te encuentro muy cambiado a ti, hermanito —la conversación cambia a su idioma natal de manera natural.

—Hace tiempo que no nos vemos, yo también te veo a ti algo más vieja, es normal.

Le da un codazo en el costado y Patrick se lleva la mano en el lugar del golpe, como si le hubiera hecho daño de verdad.

—No me refiero a eso —le ignora y se dirige a mí —. Lo encuentro más relajado, ya no tiene esa cara de estreñido de hace unos meses, me pregunto por qué será.

Nos está escaneando a los dos con esos ojos de gata tan claros y tan desconcertantes.

—Será por la fruta y por las verduras que le obligo a comer todos los días —echo todos los vegetales cortados en la cazuela con naturalidad.

Al principio se queda cortada, quizás porque no es ni la reacción ni la respuesta que esperaba escuchar pero rompe el silencio con una sonora y contagiosa carcajada.

Patrick me mira de soslayo y yo me pongo como un tomate, quizás no debería haber hecho ese comentario; al fin y al cabo soy la interna para ella y no me conoce.

Patrick también se ríe pero apremia a su hermana y se marchan a recoger a Liam al colegio. Hoy es el último día de clase y al niño le va a hacer mucha ilusión encontrarse a su abuela y a su tía a la salida.

Emerge el vapor del agua entre la espuma y el agradable olor a lavanda invade todo el baño. Me recoge el pelo en una coleta y acomodo la espalda sobre su pecho, dentro de la bañera. Me besa en la mejilla y coge la esponja para echarme agua y frotarme con ella.

—¿Qué te pasa? Te noto algo ausente —me dice con voz ronca.

—Nada y mucho.

—Una respuesta muy esclarecedora.

Los dos nos reímos casi en silencio. Me encanta su sentido del humor y su infinita paciencia, dos cualidades que no creí que tuviera cuando lo conocí: tan hermético, frío y autoritario. Suspiro reconfortada por la transformación.

—¿Es por el máster? —insiste. Me riega la rodilla que sobresale entre la espuma y noto la calidez del agua que cae sobre ella.

—Ajá.

—Pero ya has entregado el trabajo. No tienes por qué preocuparte.

—Ya claro, solo me queda defenderlo delante de un tribunal —protesto con ironía.

—Y lo harás muy bien, ya lo verás —me besa en el cuello —Una preocupación menos, ¿qué más?

Así de fácil.

Sigo nerviosa pero su voz melosa me reconforta.

—Bueno, la fiesta de Liam —corrijo—; no por la fiesta en sí, sino por tu madre y tu hermana. Me preocupa que digan que soy la que trabaja en tu casa para cuidar de Liam y que los padres de Bonnie y de Oliver se sientan engañados y que corran los rumores morbosos sobre

nosotros y que lleguen a oídos de Liam—

—Shh —Me retira un mechón rebelde detrás de la oreja y me besa en la sien—, tranquila, hablaré con ellas para que me sigan el rollo.

Me incorporo y me giro para mirarle a los ojos.

—Pero ellas harán preguntas; ni siquiera yo entiendo por qué no les dijiste la verdad a Annie y a Chema: que soy la interna que trabaja para ti , ¿acaso te avergonzabas de eso?

Se acomoda en la bañera y me agarra la cara con ambas manos.

—Nunca me he avergonzado de ti, todo lo contrario; además, no les mentí porque con todo lo que habías hecho por nosotros te consideraba una amiga de la familia.

—¿Y por qué les dijiste esa verdad a medias?

—Porque sabía que te preocupaba lo que pudieran pensar de ti y para que no hicieran preguntas que pudieran incomodarte.

Vuelvo a la postura inicial y él me abraza por detrás.

—No te preocupes por mi madre o por mi hermana, harán lo que yo les diga.

Me masajea el cuello y me dejo llevar por la agradable sensación que provocan sus manos resbaladizas sobre mi piel.

—¿Algo más?

Creo que voy a terminar con su infinita paciencia pero tengo que decírselo.

—Y si... ¿y si tu madre y tu hermana se enteran de lo nuestro y no les gusta? Creo que a tu hermana no le caigo muy bien.

—Bueno, a mi madre le encantas y Clarise... es Clarise. De primeras, es un poco desconfiada y muy protectora con la familia pero en cuanto te conozca de verdad lo dará todo por ti, estoy seguro. Y en cuanto a si les gusta o no lo nuestro, no es a ellas a quien les tiene que gustar, basta con que nos guste a nosotros dos, ¿no crees? —hunde una mano bajo el agua y acaricia la desnudez de mi sexo.

—Mmmm —gimo mientras me arqueo—, eres muy convincente. A mí, desde luego me gusta mucho.

—Tengo ese don —me mordisquea el lóbulo de la oreja sin dejar de acariciar mi depilada entrepierna —¿Algo más que te inquiete, amada mía?

—No, amado mío — doy un respingo de placer y jadeo en susurros —, ya no me inquieta nada más. Gracias.

—Entonces, date la vuelta y ponte encima —me exige con un suave ronroneo —Me encanta saborearlas mientras me cabalgas.

24. LA CELEBRACIÓN

Patrick y yo nos desenvolvemos muy bien en la cocina juntos. Se me ha ocurrido que podría ser original —aunque la idea la he sacado de internet— hacer una cabeza de tiburón con una sandía. Primero he vaciado la pulpa haciendo bolitas y las tengo preparadas para cuando tengamos lista la cabeza. Patrick anda agazapado sobre la carcasa de la sandía, haciendo una auténtica operación de cirugía maxilofacial y los colmillos afilados le están quedando muy bien.
La colocamos sobre la fuente que tengo preparada y rellenamos la boca con las bolitas de sandía y unas gominolas con forma de pez. Como colofón, Patrick ha colocado dos aceitunas negras como los ojos de la fiera. Me encanta el resultado y seguro que les llama la atención, tanto a niños como a mayores.

Ya tengo todo preparado, tan solo un par de detalles de decoración y estará perfecto para cuando empiecen a llegar los invitados.

Como era de esperar, Amalia ha venido mucho antes y nos ha echado una mano llevando todo a la mesa. Está guapísima, jubilarse para ejercer de abuela le ha sentado fenomenal.

—¿Pero qué le has hecho a este hombre, niña? —me sacude un cosquilleo en el estómago cuando me hace la pregunta.

—¿Yo? Nada, ¿por?

—Lo encuentro tan cambiado; nunca lo había visto tan entusiasmado.

—Eso es porque Liam ha aprobado todo y porque su madre y su hermana están aquí.

—Sí, supongo que será eso —hace una breve pausa y continúa—. O a lo mejor está enamorado.

Doy un respingo.

—Puede ser —respondo intentando disimular el calor que me ha entrado en la cara.

—Y a ti también te encuentro muy bien, ¿no será que tú también estás enamorada? —levanta una ceja y me clava la mirada. Mis mejillas y mis orejas combustionan.

Quiero decir muchas cosas, quitarle importancia, desviar el tema pero no paso de un torpe balbuceo.

—Tranquila, a mí no tienes que darme explicaciones. Esa complicidad que tenéis solo la tienen las parejas que están profundamente enamoradas.

Vaya, qué directa.

—¿Liam lo sabe?

A ella no puedo mentirle y por lo que veo tampoco podría engañarla aunque quisiera, son de esas mujeres con sexto sentido de verdad.

—No, es pronto para todo. Amalia, te juro que ha surgido sin más, que ninguno de los dos nos hemos buscado...

—Lo sé, cariño. A Patrick lo conozco desde hace unos años. A ti no hace mucho, pero eres tan transparente que te calé enseguida el primer día que te vi.

Patrick se acerca a nosotras muy sonriente.

—Acabo de hablar con mi hermana. Ya han salido del restaurante y van a jugar un par de partidas de bolos para hacer algo de tiempo. En cuanto terminen, me mandarán un mensaje. Eso nos dará un par de horas, lo suficiente para que vayan llegando los invitados.

Suena el timbre y Patrick se llena de entusiasmo.

—Ahí vienen los primeros. Iré yo a recibirlos —me mira de soslayo. Entra en el salón dando zancadas.

Los primeros en aparecer son el pack Oliver y Bonnie con sus respectivos padres. Bonnie viene a saludarme con los brazos abiertos gritando mi nombre como si fuera el amor de su vida.

—Pero si solo la has visto una vez, hija —protesta su madre tan alegre como siempre.

—Es que la señorita Laura me cae muy bien. Yo también quiero que sea mi profe, me gusta más que las profesoras del cole. Dice Liam que es la mejor y yo le creo.

—Anda, anda vete a jugar un ratito con Oliver mientras llega el cumpleañero —La invita de forma sutil a que nos deje tranquilas.

Amalia se excusa y desaparece antes de que pueda presentarla. Annie me da dos besos, con la energía y la alegría que le caracteriza y me presenta a su marido, un brasileño tan alto como Patrick pero de complexión más fuerte. Su piel es más morena que la de Bonnie y

tiene unos ojos negros almendrados muy cautivadores.

Paso un rato muy agradable hablando con Annie, con Chema y con sus respectivas parejas. La madre de Oliver es alta y delgada, de pelo castaño y corte Pixie que le sienta muy bien. Trabaja en el mismo hospital en el que trabajó Margaret y se conocían más de coincidir en el colegio que en su lugar de trabajo. Veo al padre de Bonnie algo adormilado, buscando un rincón donde sentarse. Annie nos ha contado que ha llegado de Tokio hace unas horas y que está sufriendo uno de los desagradables efectos del jet lag. Aun así, el hombre lleva un buen rato aguantando estoicamente pero como se siente...

Llaman a la puerta y como Patrick está metido de lleno en una conversación con otros padres y yo sigo charlando con Annie; Amalia me hace un gesto para que no me preocupe y va ella a abrir.

Aparece Lorenzo cargando un paquete de regalo, vestido con vaqueros, una camiseta blanca y una americana, todo de marca, fiel a su porte de cotizado soltero. Saluda a su querido amigo sin importarle interrumpir la animada charla en la que estaba sumido y se abrazan con unas sonoras palmadas en la espalda. Le hace un comentario halagador y Patrick lo acoge con serenidad y le indica dónde dejar el regalo. Me alejo de mis acompañantes y me dirijo a la mesa a servirme un refresco. Enseguida me ve Lorenzo y viene a saludarme.

Me da dos besos y me regala un abrazo tierno.

—Si has dormido en mi cama y me has dado de comer, hay confianza suficiente como para saludarte como a una amiga, ¿no? —me susurra con mirada pícara, sin soltarme del todo, y le doy un suave codazo, todavía me avergüenzo de por qué acabé en su apartamento en mi salida de chicas.

—Ahora en serio: Gracias por traerme de vuelta a mi amigo.

Antes de que pueda decir nada, Patrick nos avisa de que están llegando a la puerta. Nos juntamos todos bajo el porche y aguardamos impacientes en silencio.

La cara de Liam al entrar en el jardín y vernos a todos gritando "¡Sorpresa!", no tiene precio. Enseguida lo rodean sus amigos inseparables y se pierden por el jardín a jugar un rato mientras los mayores charlamos y disfrutamos del bufé.

Ha quedado todo precioso, la decoración con globos y guirnaldas, los distintos canapés repartidos por la enorme mesa del jardín y los vasos y bebidas en otra más pequeña. El día nos acompaña porque las nubes que se esparcen a lo lejos no son una amenaza y hace calor pero sin llegar al extremo. El jardín está de revista, los jardineros se han esmerado esta semana y las lilas y las rosas llevan su aroma a cada

rincón de la fiesta. Música variada suena de fondo y todos parecen estar pasando un rato muy agradable, cosa que me llena y me reconforta. Estoy deseando llegar al momento de los regalos y que Liam abra el mío. Espero que le guste.

—Está todo espectacular, querida. Los invitados se están relamiendo y mira cómo ha quedado el tiburón —me confiesa Alice a la vez que entrelaza su brazo al mío, que doblo automáticamente acogiéndola a mi lado con mucho gusto.

Hoy se ha puesto muy guapa, con una blusa suelta color verde de manga corta con escote barco a juego con un pantalón estampado con tanta caída como la blusa y zapatos beige de medio tacón grueso. Sin duda, la elegancia de Clarise viene de su madre. Ella también va muy arreglada pero sencilla con unos pantalones pitillo crudos, camiseta blanca y americana ligera azul marino, los zapatos de tacón de aguja los ha cambiado en el último momento por unas deportivas más prácticas que le combinan a la perfección sin restarle estilo. Al lado de estas dos mujeres me siento chabacana con mi vestido cruzado en color blanco estampado con flores azules diminutas que tanto le gusta a Patrick —y a mí también porque me disimula un poco el pecho y me lo hace muy bonito.

Las dos caminamos por la parte solada del jardín, disfrutando de la tarde tan agradable. Me siento a gusto con Alice.

—Me ha encantado el tiburón, creo que te voy a copiar la idea, querida.

—Lo más complicado es hacerle los colmillos, para eso he contado con la ayuda de su hijo y le ha quedado espectacular.

—Siempre ha tenido un don para las manualidades y también para tocar el piano, ¿sabes? Apunté a mis dos hijos a clases de piano y él enseguida destacó, a Clarise no se le daba tan bien, aunque tiene otros dones igual de admirables.

—Lo del piano es porque mi querido hermano tiene los dedos muy largos —Se cuela en nuestra conversación sin perder su sonrisa ambigua—. Te felicito, por cierto, ha quedado todo de maravilla y mi hermano y mi sobrino están pletóricos. Ya me contarás cuál es tu secreto.

Si la sonrisa es ambigua, sus palabras son la ambigüedad en estado puro. Espero que no traicione a su hermano y trate de ponerme en evidencia delante de los invitados. Tengo la corazonada de que por algún motivo no le gusto, así que lo mejor en estos casos es parecer tonta y tirar por la calle de en medio.

—Pues mucha imaginación, mucha creatividad y reconozco que

internet me ha abierto mucho los ojos. Está lleno de ideas. La de la sandía la saqué de allí y también la del gusano hecho con donuts de colores y lo de los cupcakes. Sé que en esta familia hay muchos golosos.

—Ja, ja, ja, —Alice se ríe y me da una palmadita en la mano del brazo que mantengo doblado a su lado— Chica lista, me gusta.

Creo a que a Clarise no le ha gustado tanto y por unos instantes he creído ver que se le hinchaba la vena de la frente, como a su hermano cuando se guarda el enfado para sus adentros.

Me fijo en Patrick con disimulo y me parece otro hombre mucho más joven, más enérgico. Desborda alegría y simpatía a raudales. Alza su copa y una cucharilla y llama la atención de todos con un agudo y rítmico tintineo.

—Hora de soplar las velas y después... ¡A abrir los regalos!

Los críos salen disparados de a saber qué rincón del jardín y se colocan al lado de la tarta que le he preparado a Liam: tarta de zanahoria, su favorita. La he hecho con un molde rectangular grande para que alcance para todos. La he decorado con varias zanahorias hechas con fondant de color naranja y de color verde. Me encargo de hacerles fotos a todos, a Liam soplando las velas ayudado por sus amigos, con su familia y también cuando llega el momento de los regalos, me coloco de forma que lo tengo de frente para captar sus mejores momentos: con un juego de mesa, con una videoconsola, con una camiseta graciosa, con un coche con mando... Está tan emocionado que no da a basto. Llega al mío y lo abre. Saca la guía ilustrada sobre las hormigas recolectoras Messor Barbarus, me mira y viene corriendo a darme un abrazo. Oliver y Bonnie se acercan a hojearlo junto a Liam y a los tres se les iluminan los ojos cuando ven las imágenes, las solapas y los desplegables.

Aparece Patrick portando un bulto bastante alto oculto bajo una tela azul marino de raso estampada con estrellas plateadas, como si se tratara de algún número de magia. Lo coloca sobre la mesa y anima a Liam a que descubra su regalo. El chico se acerca sin soltar el libro, que lo lleva cerrado bajo el brazo, y todos los invitados callan expectantes. Retira la tela y aparece una caja de cartón agujereada boca abajo, con las solapas extendidas sobre la gran bandeja. Todos se ríen, incluido el cumpleañero. Liam la levanta despacio y aparece un sombrero mexicano de paja decorado con bandas de colores alegres (fucsia, morado, amarillo chillón y verde lima). Liam se queda mirándolo extrañado.

—Gracias, papá. Es un sombrero muy bonito —dice la criatura por educación.

—¿No te lo pruebas? —Liam le sigue la corriente a su padre, debe de pensar que no tiene ni idea de cuáles son sus gustos—, tendrás que cogerlo con cuidado porque es algo frágil.

Liam deja el libro sobre la mesa y levanta el sombrero muy despacio, con ambas manos, cuando se lo pone y ve en la mesa lo que estaba oculto debajo, empieza a dar saltos, corre a abrazar a su padre y regresa a admirar su primer hormiguero. Dentro, bajo la tapa roja se transparenta el trasiego de varias hormigas que corretean por el laberinto de canales que conducen a una zona más despejada. Allí está la comida y unas gotas de una especie de jarabe de glucosa donde se encuentra la hormiga reina en ese momento. Oliver le explica fascinado que la reina es la más grande y que debajo del hormiguero hay un cacharrito donde siempre tiene que haber agua para que la seta se mantenga siempre húmeda y las hormigas no se mueran.

—Ha merecido la pena cuidar la guardería de hormigas durante estos días —nos dice sonriente a su madre, a su hermana y a mí.

—¿Y eso? —pregunta Alice frunciendo el ceño con intriga.

—Es que la colonia de hormigas viene en un tubo transparente cerrado con una bola de algodón y no se pueden soltar en el hormiguero hasta que pasan unos días y las hormigas están más grandes y habituadas, si no podría morirse la colonia entera.

—Lo que hay que hacer por los hijos —se ríe ella a carcajadas —Con el miedo que te dan a ti las hormigas, y ¿dónde las tenías escondidas?

—En un cajón de mi dormitorio.

—Conociéndote, habrás tenido pesadillas —suelta su hermana riéndose.

Así que por eso últimamente dormías en mi cama, pillín.

Le miro con disimulo y pesco esos ojos tan claros y profundos mirándome de soslayo y curvando los labios, como si hubiese escuchado mi pensamiento.

Cuando todos se marchan, me quedo sola en la cocina terminando de recoger y de limpiar. Ya le echo de menos y hace unos minutos que hemos estado juntos cuando me ha ayudado a traer las bandejas y los restos a la cocina. Ahora está reunido con su familia y tenemos que guardar las apariencias.

Me despido de los Evans, que están en el salón charlando animadamente, y me retiro a mi habitación con una sensación extraña en el pecho. Me gustaría pertenecer a su mundo, ser parte de la familia y me pregunto si algún día podré compartir un momento así con ellos, como una más.

No tardo mucho en oír murmullos en el pasillo. Unos minutos más

tarde, cuando todo está en completo silencio y a oscuras, se desliza por la puerta su esbelta figura.

—Como nos pillen, me da algo —aun así levanto las sábanas y le invito a que se tumbe a mi lado —. Anda, escóndete aquí conmigo.

—Todavía llevas el vestido puesto, ¿te ibas a alguna parte?

—Te estaba esperando para que me lleves al paraíso—le susurro en la boca y él me acaricia por debajo del vestido.

—¿Otra vez sin bragas, señorita Laura? ¿Qué voy a hacer contigo? — Me besa con fuerza y nos amamos sumidos en la oscuridad, al ritmo de sus embestidas, ahogando los gemidos y los jadeos bajo las sábanas.

Me despierto con la cabeza apoyada sobre su pecho. Todavía tengo el vestido puesto pero totalmente remangado hasta la cintura. Un pecho se me sale por un escote más pronunciado de lo normal.

—¿Estás despierta? —me susurra en el pelo.

—Sí —Me incorporo. Mis ojos se han acostumbrado a la penumbra y alcanzo a distinguir sus facciones—. Y tú, ¿por qué no duermes?

—Es que no paro de darle vueltas a algo.

—A ver, ¿qué es lo que te inquieta? —me tumbo a su lado y apoyo la cabeza en la almohada mientras le acaricio el pecho con los dedos.

Toma aire y lo suelta despacio.

—Venga, dispara —le animo.

—Me gustaría saber qué opinas sobre... vaya, en mi cabeza suena más fácil; no sé cómo decirlo. No quiero agobiarte.

—Pues suelta lo primero que se te ocurra pero no me dejes así.

Sonríe de medio lado y frunce el ceño hasta que por fin, se decide:

—Me gustaría pedirte que tú y Hugo os vinierais a vivir aquí, conmigo y con Liam y formar una familia. Quizás es demasiado pronto pero, no sé. Los días que tú no estás, se me hacen cuesta arriba y sé que echas de menos a tu hijo...

—Vaya.

Esto no me lo esperaba. No así, todo de golpe.

—¿Qué me dices?

Me levanto de la cama y paseo descalza por la habitación, me estoy hiperventilando.

—Laura, ¿qué te pasa?

—Es que... —Me cuesta respirar— Es que vas muy rápido. Por favor,

no me malinterpretes, nunca me había sentido tan bien como me siento contigo pero tú tienes a Liam y yo a Hugo. Bueno el mío es muy pequeño como para que se entere pero Liam, ¿y si él no está de acuerdo? ¿Y si se lo decimos y resulta que me odia por querer ocupar el lugar de su madre?

—Pues iremos poco a poco.

—Vale —Vuelvo a respira —. Poco a poco.

—Sí. Pero no sé cómo hablarlo con Liam. Será mejor cuando volvamos a estar solos, sin mi madre y sin mi hermana en medio.

—Sí, será lo mejor —respondo acalorada mientras vuelvo a la cama.

—Entonces se lo diremos los dos, ¿te parece bien? —Me pasa un brazo por la nuca y me acurruco a su lado. Estoy temblando.

—Me parece bien.

Sellamos esta especie de acuerdo con un beso y un abrazo y volvemos a recostarnos. Los dos miramos al techo, sumidos en nuestros pensamientos.

Unos golpes en la puerta nos deja a los dos casi en estado catatónico.

—Laura —es Liam, ¡Ay, que la liamos! —¿Puedo pasar?

Empujo a Patrick y cae a la alfombra con un ruido amortiguado. Me giro y le pido perdón con la mirada y se esconde debajo de la cama.

—Sí, cariño, espera —Me coloco bien el vestido y lo estiro. Quito el pestillo y abro la puerta— ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Es que se me mueve mucho este diente, mira —Abre la boca y aparta el labio de abajo, empuja con la lengua y el diente queda medio colgando—. Me da miedo tragármelo mientras duermo y me duele cuando me lo toco.

—Pasa, corazón. Acompáñame al baño que vamos a quitar ese diente para que el Ratoncito Pérez pueda llevárselo esta noche.

—¿Podré enseñárselo primero a papá?

—Claro que sí, cuando te lo quite, lo lavaremos bien y se lo enseñas a papá —digo voz alta para que su papá me oiga y salga de su escondite.

Liam pasa delante de mí y le hago un gesto a Patrick para que se marche ya.

Qué subidón de adrenalina.

Después de removerlo un poco, ayudada por una gasa, se suelta con facilidad. Enrollo un poquito de gasa y se la doy a Liam para que la presione un poco y pare de sangrar. Mientras, hago tiempo esmerándome en la limpieza del diente hasta que calculo que Patrick

está metido en la cama con su pijama haciéndose el dormido.

—Este diente está muy bien, no sé si sabrás que el Ratoncito Pérez valora mucho que el diente no esté picado.

Liam me escucha fascinado, apretando trozo de gasa, que sobresale un poco entre los labios.

—A ver, déjame ver —Abre la boca bien grande y le quito la gasa—. Ya ha dejado de sangrar. Anda, enjuágate un poco y ve a enseñarle el diente a papá, y no olvides dejarlo bajo la almohada.

25. ASUSTADA PERO ESPERANZADA

Cuando salgo del baño duchada y arreglada, se cuela en la habitación una melodía de piano que me resulta muy familiar. Es una versión de *Times like these* de Foo Fighters. Me encanta esa canción porque ahora mismo me siento como cuando Dave Grohl la escribió: asustada pero esperanzada. Trata sobre esos momentos adversos que se nos presentan en la vida y que nos hacen sacar lo mejor de nosotros mismos —quizás no sea exactamente lo que quiere decir, pero a mí me transmite esperanza y me siento identificada con la letra, sobre todo cuando viene a decir que es en esos momentos cuando aprendemos a vivir y amar de nuevo.

El caso es que esta versión instrumental no la había escuchado nunca. Cojo mi bolso y bajo las escaleras siguiendo la procedencia de la melodía. Me dirijo al salón y veo a Patrick sentado, concentrado tocando el piano y tras él una espectacular vista al jardín. Aunque está lloviznando fuera, el paisaje sigue siendo hermoso. Qué cosquilleo en la tripa solo de pensar que él es el que está produciendo ese sonido tan hermoso. Me muerdo el labio y le escucho desde la puerta. Cuando quiero darme cuenta, me estoy limpiando las lágrimas con los dedos y tengo la piel de gallina. Hasta ahora, esto sólo me pasaba con tres canciones: La Salve Rociera, Alfonsina y The time of my life —de la banda sonora de Dirty Dancing.

Espero a que termine para despedirme de él hasta la mañana del martes.

Cuando acaba la melodía, me mira fascinado, se acerca, y me limpia alguna lágrima que se me ha quedado olvidada.

Me echo a reír avergonzada.

—Es que me has emocionado. Por cierto, siento el empujón que te di anoche, espero que no te hicieras daño al caer. Si nos llega a ver,

habría sido horrible.

—Lo sé. No te preocupes, no sé hasta qué punto me empujaste tú o me tiré yo. Gracias por ayudarle con el diente, vino entusiasmado a enseñármelo. Hacía tiempo que no entraba así en mi dormitorio.

—¿Se habrá llevado el diente el ratoncito?

—Sí, y le ha dejado una generosa recompensa.

—Bien, se lo merece.

—Y tú también te mereces una recompensa —el azul casi cristalino de sus preciosos ojos se oscurece cuando nuestros labios se acercan para saborearse furtivamente.

—Bravo —Interrumpe el momento idílico su hermana y los dos nos ponemos colorados —. Tal y como me lo imaginaba.

—¿Y qué pasa? —protesta Patrick con severidad.

—Que podíais cortaros un poco: A plena luz del día, para que todo el mundo os vea. ¿De qué vas? ¿Acaso no has pensado en que Liam podía haberos visto así como os acabo de ver yo ahora?

—Que yo sepa, no estábamos haciendo nada malo —protesta Patrick, encarándose a su hermana.

En realidad, Clarise tiene razón, la confianza nos está haciendo descuidados y podría haber sido Liam en vez de ella.

—Parece mentira que te hayas dejado engatusar por esta. Te creía más inteligente —Me mira con desprecio—. Sois todas iguales, unas aprovechadas sin escrúpulos, a vosotras solo os importa el dinero y que os mantengan.

Me quedo paralizada. No sé qué decir. Me duele mucho que se haya hecho una idea tan errónea de mí. Jamás me ha interesado su dinero, solo su bienestar y el de su hijo.

—No te consiento que hables así de ella —Da un paso hacia su hermana tensando todos sus músculos.

—¿Tan ciego estás? Seguro que está todo el día dispuesta a complacerte.

—¿Y que tiene de malo? Yo también estoy dispuesto a complacerla, a hacerle la vida más fácil porque ella me lo ha dado todo a mí y a mí hijo, sin esperar nada a cambio; sin pedírselo.

—Ya —le interrumpe para manifestar su incredulidad.

—Y cuando se lo he pedido también. Gracias a ella pude estar con mamá en el hospital porque tú no estabas a su lado cuando más te necesitaba.

—Esto es el colmo, ¿y qué coño crees que estaba haciendo? Estaba

trabajando, por amor de Dios.

—¡Y yo también! Y no dudé en dejar lo que estaba haciendo para acompañar a mamá. Cosa que tú no hiciste, ¿o es que ya no te acuerdas lo que tuve que insistir para convencerte de que vinieras para estar con ella unos días? Los médicos no sabían si saldría viva del hospital, joder. ¡Siempre estás trabajando, siempre! O mejor dicho: huyendo porque no soportas que tu marido te dejara por la muchacha y por eso crees que Laura es igual. Pero escúchame bien: ¡Te equivocas!

—Por favor, bajad la voz —les suplico con la voz quebrada pero me ignoran.

—Estás ciego —Niega con la cabeza y con lágrimas en los ojos.

—No, no estoy ciego, ni me he encoñado con ella como hizo tu marido con esa chica. Nosotros estamos enamorados y es algo que en ningún momento hemos buscado. Simplemente ha surgido. Y Liam, claro que nos importa a los dos, por eso estamos esperando el momento adecuado para decírselo.

Clarise se cruza de brazos y repiquetea nerviosa con el pie en el suelo.

—¿Qué está pasando aquí? —nos reprende Alice con autoridad.

—Que esta ha engatusado a tu hijo y que los dos son unos descarados. Anoche pillé a tu hijo correteando por el pasillo con el culo al aire. ¡Es vergonzoso!

Patrick aprieta los nudillos y tensa la mandíbula. Antes de que lleguen a las manos, su madre interviene.

—Haced el favor de comportaros, que ya sois mayorcitos. Vergonzoso es que te pongas a dar voces de esa manera y que les acuses sin tener toda la información.

—¡Pero están liados! —dice desquiciada.

—¿Y qué hay de malo en eso? —protesta la madre—. Tenía clarísimo que terminarían juntos cuando vine en Semana Santa.

—¿Y lo ves bien? —se cruza de brazos.

—Es más, he rezado todos los días para que así fuera porque esta mujer ha conseguido sacar del pozo a tu hermano y a tu sobrino. Me alegro de que estéis juntos y si sirve de algo, tenéis mi bendición.

—Esto es el colmo —Está tan furiosa que dudo que pueda contenerse — ¿Cómo podéis estar tan ciegos?

—Clarise, por favor —le suplico —baja la voz. Liam no sabe nada todavía, le harás daño si se entera así.

—¿Y cuándo pensabais decírmelo? —interrumpe la voz de Liam, que

al igual que su familia tiene el don de acercarse con la sutileza de un felino.

Los cuatro nos volvemos hacia la puerta y lo vemos con los brazos en jarras y enfurruñado.

Estupendo, mi futura cuñada es gilipollas.

—Liam, cariño —le digo tratando de mantener la calma pero sale corriendo y se escucha el estruendo de la puerta de la calle al cerrarse de golpe.

—¿Contentos? —dice Clarise—. Sois un par de egoístas. Eso os pasa por no haber tenido en cuenta a Liam.

Me reprimo para no soltarle una buena hostia a mano abierta a la hermana de Patrick.

—Aquí la única que no ha tenido en cuenta a Liam eres tú —le reprocho modulando la voz para no escupirle las palabras a la cara—. No tienes ni la menor idea del daño que le acabas de hacer a tu sobrino. Si eres tan inteligente como creo que eres, ata cabos y llega a tus propias conclusiones.

Salgo corriendo tras él. Le busco en el jardín, en la caseta de las herramientas y en los coches pero no lo encuentro por ningún lado. Entro de nuevo en casa e ignoro a la imbécil de su hermana.

—Patrick, Liam no está, no lo encuentro. No está.

Me derrumbo por momentos, me tiembla todo solo de pensar que pueda pasarle algo o que alguien se lo lleve y no volvamos a verlo nunca más. Creo que me está entrando el pánico. No puedo quedarme paralizada.

—Hay que encontrarlo. Está empezando a llover con más fuerza. Se pondrá malo.

—Tranquila, vamos fuera. ¿Tienes tu móvil? —le confirmo con un gesto—Bien, así estaremos comunicados por si tenemos que separarnos. Vosotras quedaros aquí por si regresa.

—Voy con vosotros —dice Clarise.

Antes de que Patrick se oponga le convenzo de que cuantos más le busquemos, más posibilidades habrá de encontrarlo.

Vamos gritando su nombre por nuestra calle. Subiendo la cuesta viene caminando un señor con un chubasquero y nos dice que no se ha cruzado con ningún niño.

—Entonces, tú vete hacia abajo, todas las calles son fondos de saco. No te dejes ninguna por mirar —le ordena a su hermana con voz cortante— y nosotros dos calle arriba. ¿Se te ocurre a dónde ha podido ir?

—No —me sorbo la nariz— Bueno, espera. Cuando estuvo Hugo aquí, solíamos ir al parque de la urbanización de al lado. A Liam le gusta mucho ese sitio.

—Vamos.

Me agarra de la mano y avanzamos dando zancadas. Con la urgencia, ninguno de los tres hemos cogido paraguas, tan solo nuestros chubasqueros. Hay momentos en los que la lluvia no nos deja ver con claridad pero estamos tan concentrados en encontrar a Liam que no es un impedimento.

Vamos sorteando los gruesos troncos asentados en la estrecha acera y tenemos que tener cuidado con los coches que pasan a gran velocidad salpicando en los charcos que se forman en algunos tramos de la carretera.

—Como le pase algo a mi hijo te juro que no se lo perdono en toda mi vida —dice Patrick alterado.

—Ey, no pienses eso ahora. Lo vamos a encontrar, ¿de acuerdo?

Caminamos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Yo no hago más que rezar para que esté donde creo que está y que no le pase nada. Me aterra la idea de no volverlo a ver.

—Joder, es que mi hermana es imbécil perdida. ¿Cómo no ha pensado en que Liam podía escucharnos?

—Porque no sabe lo que es tener hijos y actuar con cuidado.

—Ya pero se ha pasado. Eso no se hace. No pienso perdonárselo, joder.

—Patrick, solo lo ha hecho para protegerte.

—¿Para protegerme o para joderme porque es una amargada de mierda?

—No digas eso de ella, te estas dejando llevar por el dolor y por la rabia...

—¿Pero a ti qué te pasa? —Se detiene de golpe —Te ha humillado y te ha tratado de forma injusta ¿y ahora te pones de su parte? ¡Maldita sea, no hay quien os entienda a las mujeres!

Me suelta la mano y continua la marcha. Sus piernas son mucho más largas que las mías y me cuesta seguir su ritmo. Le agarro del brazo y se detiene con brusquedad.

—Claro que me ha dolido mucho lo que ha dicho de mí —le contesto indignada —, de nosotros, pero entiendo por qué lo ha hecho. Solo trato de ponerme en su piel y comprenderla. Si hubiera sido al revés, no sé: imagínate que hubieras estado casado con una mujer que te deja por el jardinero porque el tío la ha engatusado y ella te pide el

divorcio. Tú qué harías si años después tu querida hermana se enamora de su jardinero, por muy bueno que fuera y por muy buenas intenciones que tuviera con ella.

Guarda silencio. Las gotas de lluvia resbalan por su cara y se mezclan con sus lágrimas. Continuamos la búsqueda en silencio, con los ojos bien abiertos, sin perder la esperanza de encontrarlo pronto y de volver juntos a casa.

No tardamos mucho en llegar al parque. Es un parque rústico, embebido en pleno campo. Da a la parte de atrás de un conjunto de casas independientes y está rodeado de árboles y de matorrales con flores que en días soleados llenan de aroma y de color el parque vallado con troncos de madera. Hoy huele a tierra y hierba mojada y a esperanza e incertidumbre y a miedo también.

—Es allí, vamos —Le tiro del brazo y llegamos corriendo.

—¡Liam! —gritamos al unísono— ¡Liam!

Me echo a llorar cuando recorremos cada rincón del castillo de madera y sus pasarelas y no lo encontramos.

Me derrumbo, se me aflojan las piernas y caigo al suelo de madera. Patrick se agacha a mi lado y nos abrazamos. No somos conscientes de que ha dejado de llover hasta pasado un rato.

—Llama a tu madre, a lo mejor Liam ya está en casa.

Patrick obedece pero su cara lo dice todo cuando termina la llamada: sin noticias de Liam. Ahora es él el que se derrumba y lo acojo en mis brazos.

—No perdamos los nervios. Volvamos a casa y llamemos a la Guardia Civil para que nos ayuden a encontrarlo —le digo sin saber de dónde saco esa serenidad—. Montarán un dispositivo de búsqueda y seguramente hagan un llamamiento a los vecinos para que ayuden a buscar. Lo encontraremos. No ha podido ir muy lejos.

Nos encontramos con su hermana al llegar a la puerta grande de la casa. Está tan preocupada como nosotros y hasta diría que parece sentirse culpable por lo que ha provocado. Entramos en la casa en silencio y Alice sale a nuestro encuentro. Se abraza a su hijo y él la acaricia en la espalda. Caminamos todos hacia el salón pequeño.

—¿Pero a dónde habrá ido Liam? —pregunta Alice todavía arropada por su hijo —¿Vive algún amigo cerca?

Patrick niega con la cabeza. Apenas puede hablar, está tan acongojado que le cuesta articular palabra.

No, desde luego a casa de Bonnie o de Oliver no ha podido ir porque viven en la otra punta de Boadilla, en la urbanización Montepríncipe,

demasiado lejos para ir andando y con lluvia. Además, dudo que Liam sepa exactamente dónde viven.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta su hermana con un hilo de voz.

Patrick y su madre se sientan en el sofá pero ambos están ausentes, entonces Clarise se dirige a mí con la misma pregunta.

La recibo como una sacudida eléctrica que me hace reaccionar.

—En primer lugar, debemos mantener la calma.

Patrick se levanta y de un paso se coloca frente a mí.

—Laura —su trémula voz rompe el silencio—, si le pasa algo a él también...

Se derrumba buscando mi regazo y se vuelve diminuto a mi lado.

—Shhh —le acuno en mis brazos— Aparecerá, sano y salvo, ya lo verás. Venga, no perdamos más tiempo. Llama para que vengan a ayudarnos cuanto antes. Yo estaré a tu lado en todo momento, ¿de acuerdo?

Asiente algo ido. Marca el número de la guardia civil y aguarda temblando a que contesten.

26. OTRA VEZ NO, POR FAVOR

Una patrulla se ha personado en casa de Patrick en pocos minutos. Después de tomarnos declaración a todos y de explicarles lo sucedido, comienzan a preparar el dispositivo de búsqueda.
El ambiente es tan tenso y desolador que me asfixio estando parada.

—¿Les apetece un café, agentes? —les pregunto tratando de no interrumpir lo que están haciendo. Uno de ellos está hablando con el cuartel para organizar a los agentes que van a participar en la búsqueda.

—Sí, por favor, esto llevará un rato. Gracias —responde por los dos el otro, el más joven.

—Para nosotros prepararé mejor una tila —les propongo y es Alice la única que consigue reunir fuerzas para darme su aprobación asintiendo con la cabeza.

—Voy contigo y te ayudo —se ofrece Patrick y enseguida se pone a mi lado.

Le pasa lo que a mí, necesita mantenerse ocupado.

—Otra vez no, por favor, otra vez no —repite en susurros a mi espalda mientras caminamos hacia la cocina, como si fuera una especie de mantra.

Le agarro de la mano y le abrazo.

—Todo va a salir bien. Tiene que salir bien. Que no pase otra cosa diferente por tu cabeza. Ellos nos ayudarán a encontrarlo. Aparecerá y todo esto terminará siendo una anécdota. Como la tuya con las patas de gallina o el escondite de los dulces.

El amago de sonrisa se borra con las lágrimas que rebosan de sus ojos.

—Vamos. Mantengámonos ocupados —propongo y él me sigue sin

soltarme la mano.

◆◆◆

Nos movemos en silencio por la cocina con un manto de tristeza y miedo. Patrick llena el hervidor y yo coloco las cuatro tazas y sus respectivos platos en una bandeja. Añado también unas servilletas de papel, las cucharillas y el azúcar. La cafetera expréss rellena las dos tazas de los agentes haciendo ese ruido tan característico e impregnado toda la estancia con el inconfundible aroma del café. Las coloco en la bandeja, sobre sus platos.

Saco la caja de infusiones y después de rebuscar en ella solo encuentro una bolsita.

—No hay suficiente tila para los cuatro.

—Tiene que haber un paquete o dos en la despensa.

—Vale, voy a ver.

Entro y al encender la luz pego un salto al ver por el rabillo del ojo un bulto en el suelo.

Liam está en una esquina de la pequeña habitación, echo un ovillo y dormido.

Quiero abalanzarme sobre él y abrazarlo pero no quiero asustarlo.

—¡Patrick, ven! —le llamo susurrando—. Mira dónde está Liam.

Quiero sonreír pero el llanto no me deja.

—Por favor, no seas muy duro con él.

—Pero es que esto no puede hacerlo, no está bien.

Le agarro del brazo para que me preste atención.

—Lo sé, y ha de tener su castigo pero no le regañes ahora, háblalo con él cuando estemos todos más tranquilos.

—Liam —Patrick se arrodilla ante él.

Liam se espabila y se asusta al vernos allí a los dos. Patrick se separa un poco para comprobar que está bien y lo abraza fuerte.

—No vuelvas a hacerme esto jamás porque me matas del disgusto.

Me arrodillo a su lado. Le abrazo también y él me envuelve con sus brazos delgados.

—¿Has estado aquí todo el tiempo? —le pregunta su padre y ante la respuesta afirmativa Patrick se tensa.

Antes de que la rabia lo eche todo a perder, le froto el brazo para que se calme y recuerde lo que le he dicho antes. Parece surtir efecto.

—Voy a avisar a los demás de que está aquí, para que detengan la búsqueda.

Salgo dando zancadas a compartir con los demás la buena noticia y corren hacia la despensa a interesarse por él. Después de firmar todos el informe que han redactado los agentes y de pedirles disculpas por lo ocurrido, ellos se marchan satisfechos por haberse resuelto felizmente el caso antes de desplegar todos los medios para la búsqueda.

Ya en el salón, algo más tranquilos, Clarise le pregunta a su sobrino:

—¿Y por qué no has salido antes? Estábamos todos muy preocupados —le riñe con cariño.

—Es que me daba miedo salir y que os enfadarais mucho conmigo.

Todos guardamos silencio a su alrededor y Alice le pasa el brazo por los hombros para que se sienta protegido.

—¿Es verdad lo que ha dicho la tía? —pregunta a su padre, que está sentado al otro lado de Liam.

—No cariño. Al menos no todo —la mira con reproche manteniendo el tono calmado en la voz.

Clarise se pasea incómoda por el salón hasta encontrar un sitio apartado, junto a la ventana.

—¿Y por qué ha dicho esas cosas tan horribles de Laura?

—Verás —La mira de reojo sofocando su ira y su frustración con esfuerzo y a la vez, tratando de ponerse en su piel—. La tía tuvo una mala experiencia con una persona que trabajaba para ella y la traicionó. Le hizo mucho daño y por eso pensaba que Laura iba a hacérnoslo a nosotros también.

—¿Y cómo ha podido pensar eso de Laura? —insiste entre sollozos.

—Porque tu tía no la conoce tan bien como la conocemos tú y yo.

—¿Y tú también nos vas a hacer daño? —me pregunta lleno de dudas con sus ojos rebosantes de lágrimas.

—Claro que no, Liam. Eso jamás —Me agacho frente a él y agarro sus pequeñas manos con firmeza —. Haría lo que fuera para que no sufrieras.

Cabizbajo, se sorbe la nariz.

—¿Y es verdad que sois novios? —Nos escruta con la mirada herida a ambos.

Los dos asentimos en silencio y nos miramos desesperados, sin saber qué decir. Lo último que queremos es hacerle más daño.

—Cariño, siento mucho todo lo que ha pasado, queríamos decírtelo para que fueras el primero en saberlo. Siento mucho que te hayas

tenido que enterar así... —retuerce sus manos para soltarse de las mías y se gira para darme la espalda.

—Liam, ¿quieres que me vaya? —lanzo la pregunta aunque me aterroriza su respuesta.

Asiente con la cabeza, sin girarse, sin mirarme. Ese silencio y su rechazo me desgarran el alma.

Está claro que sobro allí. No puedo soportar la atmósfera. Me despido de todos ellos desde la distancia y me marcho.

—Laura, espera —Me alcanza Patrick en la puerta de la calle.

Sigo caminando hacia mi coche. No quiero mirarle, no puedo.

—Será mejor que nos demos un tiempo para pensar en si merece la pena que sigamos adelante con lo nuestro.

—¿A qué viene eso? —Me toma del brazo y me obliga a encararme. Su voz suena desgarrada— Yo tengo claro que quiero estar contigo. Que formes parte de mi vida, que Hugo y tú seáis parte de esta familia. Laura te quiero

—Y yo también a ti —Le abrazo con desesperación y él me besa en el pelo.

Los dos estamos entrelazados, temblando. Me separo un poco de él para mirarle a los ojos. Me tiembla la barbilla.

—Deberíamos tomar una decisión en frío. No quiero que vuelvas a perderlo, eso os haría polvo a los dos. Y si eso ocurre, seguramente tú y yo nos culparíamos por eso y terminaríamos cada uno por nuestro lado.

Empieza a chispear y el suelo se va oscureciendo a nuestro alrededor

—Laura, por favor, no. No podemos echar a perder lo nuestro por una rabieta de mi hijo.

—No es solo una rabieta, Patrick. Está echo un lío y posiblemente hasta me vea como la bruja que viene a ocupar el lugar de su madre. Creo que deberíamos darnos un tiempo para ver todo con más claridad y ver si merece la pena seguir juntos a pesar de que Liam no lo vea bien.

Me separo de sus brazos que caen como inertes a ambos lados de sus caderas.

—Me marcho por un tiempo, deja de pagarme, no quiero que encima pierdas dinero.

—Estás exagerando.

—Necesito tiempo para poner todo en orden, y tú también deberías hacer lo mismo. Además, ya que hiciste semejante gasto, me centraré

en sacar el máster y después buscaré otro trabajo. Si después de todo decidimos volver juntos, lo haremos con más ganas pero si decidimos dejarlo... será más fácil para todos desde la distancia.

Patrick se abalanza sobre mí y los dos nos besamos, primero con ternura y después con la desesperación de las despedidas inciertas, explorándonos una vez más, memorizando cada milímetro, cada sensación, cada reacción.

27. TIEMPO DE DUELO

En cuanto llego a casa, mi madre me persigue hasta al baño, preocupada por verme tan desolada. No para de hacerme preguntas al otro lado de la puerta. Abro y ella pasa en silencio, se sienta a mi lado, en el borde de la bañera y logro contarle lo ocurrido entre violentos sollozos. Hugo trepa hasta mis brazos y me acoge en su pequeño y blando regazo. Sabe que estoy triste y quiere reconfortarme pero me derrumbo más ante tanta ternura.

◆◆◆

Pasan los días y de tanto ignorar las llamadas y mensajes de Patrick, ha desistido y ha dejado de intentar comunicarse conmigo. Me duele mucho no estar con él pero me hiere terriblemente no haberle podido explicar todo a Liam. No haberle podido hacer entender que su padre y yo nos amamos y que eso no quiere decir que tenga que olvidarse de su madre o que yo vaya a sustituirla, aunque me gustaría que me viera como una madre.

Pero lo conozco demasiado bien y si me hubiera quedado a hablarle el día de su búsqueda, no me habría escuchado y lo más probable es que se hubiera ido corriendo a encerrarse en su cuarto.

Han pasado ya dos semanas y parezco un zombie. Los echo de menos a los dos. Pero Patrick es, no sé, como si fuera una droga o algo así. Echo de menos su voz, su tacto, su calor, su olor, su complicidad, sus abrazos cálidos y protectores, su sentido del humor, esas arruguitas que se arremolinan alrededor de sus ojos cuando se ríe... Me escuece tanto su ausencia que no sé si algún día se pasará este dolor tan amargo y punzante que se ciñe en mi pecho y me impide respirar.

Todavía sigo llorando a escondidas, sobre todo por la noche, para aparentar estar bien delante de mi madre y de Hugo; ya lo hice cuando murió mi padre, tengo experiencia en sufrir en silencio pero

entonces no se me cerró el estómago como ahora. Mi madre ha pasado de compadecerse de mí a regañarme. Tiene razón, debería comer algo pero se me hace un nudo en el estómago antes de que caiga el primer bocado y me dan náuseas, por lo menos no tengo esa sensación con el agua así que bebo todo lo que puedo para no deshidratarme.

Continúo preparando la defensa de mi proyecto. Una promesa es una promesa y pienso luchar hasta el final. Pero la conciencia me reprende con dureza porque no hace más que repetirme que debería hacer lo mismo por Patrick y por Liam, pero ¿cómo lo hago? ¿Por qué tiene que ser tan complicado el amor? ¿Y por qué escuece tanto? He intentado contestar a los mensajes de Patrick pero solo seleccionar su contacto y empezar a escribir me hace daño, tanto daño que borro lo que escrito y aparto el móvil de mi lado como si quemara.

Quizás solo me estoy preparando para pasar página, a pesar de que sea incapaz de dejar de amarle. Tampoco quiero hablar con mis amigas, aunque alguna vez he estado tentada de llamar a Cristina. Está todo muy reciente, todavía duele demasiado y tampoco participo en el chat de amigas ni contesto a sus mensajes y ni a sus llamadas.

Hoy mi madre ha ido a dejar a Hugo en la guardería y me ha dicho que volvería tarde. Creo que está harta de ver que no hay manera de sacarme de este bucle infernal.

Suena el telefonillo y lo ignoro. Lo interpreto como una señal para volver a los apuntes y estudiar.

Vuelve a sonar. Me da igual, mi madre tiene llaves, el que sea, que vuelva más tarde.

Aporrean la puerta.

¡Joderrrr!

Salgo de mi dormitorio, desahogando mi rabia en cada pisada sobre el frío suelo de terrazo. Abro para ladrarle a quien quiera que ose molestarme y las veo a ellas, con una sonrisa forzada y con lástima en sus ojos. Lástima por mí. Lo último que quiero es que venga nadie a compadecerse de mí. Quiero estar sola pero ellas me llevan en volandas al salón y Carol saca de su bolso shopper un par de botellas de sangría mientras Cris y Raquel buscan en la cocina cuatro copas.

—¿Estáis locas? Tengo que estudiar, tengo la defensa la semana que viene.

—Bah, tienes tiempo de sobra. Necesitas despejarte un poco —Me mira Carol con desaprobación, menea la cabeza de un lado a otro y chasquea la lengua —¡Chicas! Antes de aplicarle la terapia a nuestra Laurita tiene que darse una buena ducha y cambiarse.

Las dos se asoman al salón con las copas y las dejan sobre la mesa de

centro. Raquel coge las botellas.

—Entonces esto a la nevera para que no se nos ponga calentorra. Venga, operación Laurita.

◆◆◆

He de reconocer que la ducha ha sido una buena idea. Me ha despejado y se ha llevado toda la negatividad y la mala leche que tenía cuando han llegado mis amigas para rescatarme del bucle lamentable en el que estaba cayendo.

—Madre mía, Laurita, te estás quedando en los huesos —me dice Raquel preocupada.

Tengo que echar mano de un viejo cinturón para que no se me caigan los pantalones y cuando me doy la vuelta, me encuentro a Cristina con la base de maquillaje en una mano y con la brocha en la otra. Pongo los ojos en blanco y me siento en el borde de la cama con desgana y con resignación, porque sé que no tengo escapatoria. Después de unos minutos me pide que me mire en el espejo y se obra el milagro. No parezco para nada maquillada, es tan natural y favorecedor que me agrada verme con mejor aspecto. Las tres me abrazan y el espejo se convierte en testigo del selfie que nos hace Carol para inmortalizar el momento.

—Y ahora al lío. Venga, Raquelita, saca la sangría que con este calor apetece algo fresquito —sugiere Carol.

Al principio todo son chistes, cotilleos y anhelos para evitar hablar del tema hasta que Carol abre el melón y la conversación fluye sin incidentes. Me sorprendo hablando de todo lo que ha ocurrido con una serenidad que desconocía en mí. Ellas escuchan y se muerden la lengua para no decir algo que me incomode, y de pronto me siento bien, como si me hubiese liberado del insoportable peso que había cargado sobre los hombros desde que la hermana de Patrick abrió la caja de Pandora.

—Tía, tú eres Santa, yo la habría agarrado de los pelos y te digo que no nos separan ni con agua caliente —suelta Raquel, tan espontánea como siempre.

—Pues yo creo que lo hiciste genial —dice Cristina después de darle un sorbo a su copa —Verás cómo todo se arregla. Liam es un chico muy listo. En cuanto ate cabos dará con la verdad. Ese niño te adora. Me fijé el día que los vimos en el centro. Ya lo verás.

—No lo sé —Se me hace un nudo en la boca del estómago —, tengo mis dudas.

—Cielo, los dos estáis enamorados y tienes a la futura suegra de tu

parte, eso es muy importante —me dice Raquel dándome un codazo suave y se echa un puñado de frutos secos en la boca que crujen mientras los devora.

—Ya y también tiene a la petarda de su cuñada para dar por culo, como las moscas cojoneras —comenta Carol con su falta de tacto habitual y con la gracia que tanto le caracteriza.

Nos reímos todas y por primera vez las lágrimas que se deslizan por mis mejillas no son de dolor, si no de alegría, por lo afortunada y agradecida que me siento por tenerlas a ellas, animándome, recordándome que en la vida también hay diversión y esperanza.

—Venga, a cambiar de tema que esto ya huele —nos regaña Cristina —. Carol saca la otra botella que esta ya no tiene nada.

—Voy —se levanta de un salto del sillón.

—Eso, eso, a cambiar de tema: ¿Para cuándo una quedada? —propone Raquel.

Nos reímos y hacemos planes y recordamos viejos tiempos y así pasamos un rato agradable entre amigas. Aprovechando que mi madre come con la vecina, pedimos que nos traigan una pizza.

Por fin soy capaz de probar bocado.

28. NOTA DE COLOR

Me recibe Mercedes, mi tutora, en una sala junto a otros dos profesores del máster y otra mujer a la que no conozco. Nos saludamos formalmente y me la presenta como la directora del máster. Mercedes me ayuda a conectar el portátil al proyector. Toma asiento con discreción junto a la directora del máster y el resto de profesores.

—Laura, estamos encantados de que estés aquí —dice la directora—, de que hayas podido presentarte. Leí tu trabajo de hace dos años y he de decir que me sorprendió gratamente. Veo que has presentado otro totalmente distinto. ¿Y eso por qué?

—Porque quería aportar la experiencia que he adquirido en los meses en los que he estado trabajando con un chico que tenía dificultades en el colegio. En mi trabajo demuestro que de no haber intervenido, el alumno habría tenido que repetir el curso y le habría perjudicado, teniendo en cuenta su estado emocional.

La mujer asiente.

—Bien. Comience con la defensa de su proyecto, por favor —me apremia.

Las palabras fluyen con serenidad y mi tono es calmado y profesional. Voy apoyando la explicación en las diapositivas que he preparado y por lo que veo, tengo ganada su atención por completo; no veo ningún gesto que me indique falta de interés sino más bien todo lo contrario.

—Por eso tengo el convencimiento de que es vital que los profesores, independientemente de la etapa en la que impartan sus clases, tengan una mínima formación que les ayude a detectar este tipo de problemas. Deben estar capacitados para actuar y ponerse de acuerdo con las familias para trabajar en equipo con ellas, y asesorarlas en caso de que el alumno necesite ayuda externa por parte de un psicólogo o psicopedagogo. Así reduciríamos el fracaso escolar de los

alumnos que precisan una atención especial.

◆◆◆

Selecciono el contacto de Patrick para compartirle la buena noticia pero no me atrevo a hablar con él. No le he contestado al teléfono ni a sus mensajes durante todo el tiempo que hemos estado separados y estará enfadado conmigo y con toda la razón del mundo.

Me dejo caer en el banco que hay en el pasillo y saco las deportivas del bolso que llevo envueltas en una bolsa de lona.

Me las calzo sin prestar atención a los que pasan por mi lado y guardo los zapatos de tacón. Estiro las piernas y muevo los pies en el aire.

Qué recuerdos...

Me pongo en pie para salir de la facultad antes de dejarme llevar por la tristeza que me da evocarlos. Me he ganado darme un capricho y comprar esas gominolas tan originales y tan ricas que venden en La Chinata.

—¿Te he dicho alguna vez —El aliento aterciopelado de Patrick sobre mi oreja me produce ese cosquilleo eléctrico tan familiar que sacude todo mi cuerpo—... que me deslumbraste desde el primer momento en que te vi entrar con esas zapatillas en mi despacho?

Me giro hacia él y nos fundimos en un dulce y largo abrazo. Patrick mira a su alrededor, tantea la puerta que tenemos al lado y entramos en un aula vacía. Me rodea la cintura con sus brazos y nuestras bocas se saborean con urgencia.

Paramos por unos instantes para recobrar el aliento y le pregunto con curiosidad.

—¿Cómo que cuando me viste entrar? Que yo recuerde, me dabas la espalda porque estabas hablando por teléfono...

—Vi tu reflejo en el cristal de la ventana y me costó un buen rato dejar de observarte: abrazada a tu bolso, mirando asustada a tu alrededor y después derritiéndote mientras admirabas mi trasero —Le doy un suave empujón con las manos. Mis mejillas combustionan porque lo que dice es cierto—. Teñiste de color uno de mis días más grises y desde entonces, no me imagino mi vida sin ti. ¿Qué me dices? ¿Lo intentamos?

Le miro hechizada por el tono cariñoso y sincero de su voz, por la calidez de su aliento y por esa mirada tan intensa y profunda que me invita a dejarme llevar sabiendo que puedo confiar en él.

Acepto su proposición y sellamos nuestro pacto con un beso prolongado que nos hace levitar y rozar el cielo con la punta de los

dedos.

EPÍLOGO

Dos años después...

La semana ha sido especialmente dura por tener que despedirme de mis alumnos. Sé que volveré a verlos después de las vacaciones de verano y del permiso de maternidad pero los voy a echar mucho de menos todos esos meses, aunque en el fondo estoy deseando que llegue el momento de que nazcan las gemelas. Tengo ganas de verlas y de sentirlas en mis brazos, y ya de paso deshincharme un poco para no estar tan torpona y poder correr de nuevo.
Inspiro hondo y aparto con suavidad todos esos pensamientos, me estiro en la cama y me hago la remolona un ratito más para rescatar y saborear el recuerdo del sueño que he tenido. Espero no haber jadeado tan alto como cuando estaba dormida...

Abro un ojo para comprobarlo y pillo a Patrick mordíendose el labio sin dejar de dibujar esa sonrisa picarona que me vuelve loca y me enciende algo más que las mejillas.

—¿Qué? —pregunto divertida.

—Que me encanta verte dormir. Sobre todo cuando gimes y jadeas de esa manera tan escandalosa. ¿Me pregunto... qué estarías soñando y qué puedo hacer yo para que vuelvas a disfrutar de esa forma?

—Bueno —Le regalo un beso breve y sensual en los labios—. Si quieres que te lo cuente —Le acaricio su excitada entrepierna, que me responde con un sexy empujón—... será mejor que eches el cerrojo y nos demos prisa antes de que Liam y Hugo vengan a la cama a despertarnos como hacen todos los fines de semana.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero darte las gracias a ti por haber escogido este libro. Deseo de corazón que hayas disfrutado mucho con su lectura y que la historia de Laura y de Patrick te hayan dejado un buen sabor de boca.

Quiero darle las gracias también a mi familia, amigos y todas las personas que me apoyan y me echan una mano para evitar distracciones y poderme dedicar en cuerpo y alma a esta pasión tan fascinante pero incierta.

Y también GRACIAS, Juan: por tu infinita paciencia. Tu apoyo ha sido clave para que este sueño mío tan loco que me ronda desde que nos conocimos, empiece a hacerse realidad.

A todos: Gracias, gracias, gracias.

Este libro se terminó en su primera edición en diciembre de 2022